C 33090

DG
Ar

t. 144030 c. 118217

VIDA

DE LA SIERVA DE DIOS

FRANCISCA JAVIERA DEL VALLE

POR EL

P. MARCELINO GONZÁLEZ

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

1856 - 1930

LIBRERÍA RELIGIOSA
AGUSTÍN FRAU
JOVELLANOS, 5
PALMA

SALAMANCA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CALATRAVA
A CARGO DE MANUEL P. CRIADO

1932

Quedan reservados los derechos de propiedad literaria.

CASTILLA Y LEON BIBLIOTECA
R 109829

NIHIL OBSTAT:
Censor eccles.
RAMIRUS DE ARRI.

IMPRIMI POTEST:
ENRICHUS CARVAJAL
Praep. Prov. Leg.

IMPRIMATUR:
✝ **FRANCISCUS FRUTOS,**
Episcopus Salmanticensis.

PRÓLOGO

Con la ingenuidad, que de consuno reclaman mi estado de Sacerdote y el respeto a los lectores debido, he de confesar que no merezco el honor de poner mi nombre en la primera página de este libro.

Y es que la presente historia, más que fruto de prolongadas y costosas indagaciones, es una urdimbre de hechos sacados principalmente de los escritos de la Biografiada.

Por fortuna; mejor, por Providencia de Dios, conservamos muchos autógrafos de aquella alma privilegiada. Decimos por Providencia de Dios, porque nos consta que Francisca se propuso quemarlos todos, y al fuego arrojó varios de ellos; pero la sagacide una hermana suya logró salvar algunos.

De éstos, una pequeña parte fué a parar a manos de D. Lorenzo García, Cura-Párroco de Magaz, que tuvo la amabilidad de remitírnoslos.

Otros, los más, fueron casualmente hallados por un niño prohijado de D. José Ruiz y su esposa doña María Ballesteros, quienes los recogieron y los pusieron a mi disposición.

Consérvase además un cuaderno de ochenta y seis páginas, al que faltan ocho al principio y al fin

deben faltar otras tantas. Este cuaderno no fué escrito por Francisca; la letra y la ortografía empleadas claramente lo demuestran.

Pero es indudable que trata de Francisca; tal vez fué escrito por su P. Espiritual, con datos recibidos de la Sierva de Dios.

Si acerca de la autenticidad de estos escritos no cabe la menor duda, tampoco es posible dudar de su veracidad. La lectura serena de ellos lleva al alma el convencimiento de la ingenuidad, del buen espíritu y de la unción, dotes exclusivas de los escritos de los Santos, con que fueron redactados.

Sería temerario sospechar que el capricho, la vanidad u otra razón de esta índole, hayan sido los móviles de Francisca al escribir los apuntes espirituales que nos ha legado.

Véanse algunos párrafos, elegidos al acaso, que demuestran el espíritu de obediencia y de sacrificio que la animaban al escribir los apuntes que nos ocupan.

«A la mayor gloria de Dios y confusión de quien lo escribe. Siempre he deseado obedecer, y de todos los mandatos de mis confesores siempre los he cumplido con toda la alegría de mi alma. Hoy no puedo obedecer con alegría, yo prometí al Señor obedecer al que hoy tengo por confesor y guía de mi alma; es verdad, Dios mío y Padre mío, que así os lo prometí;

. . . . . .

pero esto que hoy me manda, jamás se me ocurrió que tales cosas entraban en mandato, jamás se me ocurrió que en estas cosas había que obedecer, pues yo siempre creí que estas cosas nunca llegaban a mandar y mucho menos con mandato tan formal, como a mí me ha sido impuesto. No quiero deciros con esto, que vaya yo a tener pesar de habéroslo pro-

metido, y quisiera volverme atrás. No, Dios mío y Padre mío, sólo pretendo recordaros lo que Vos ya sabéis, que yo este mandato nunca me creí le había, pues yo siempre me creí que estas cosas eran libres; es decir, que el que quería, lo decía, y el que no, nunca faltaba a la obediencia, aunque no lo dijera. ¡Oh Dios mío y Padre mío! Véate yo glorificado y véame yo confundida, y para que así sea, conózcate a Tí, y conózcame a mí; conozcan tu bondad, y conozcan mi miseria, mi ingratitud, mi ruindad; dales a conocer, aunque ya lo conocen, que todo lo que soy, lo soy en Tí, que todo cuanto yo he hecho, ha sido robarte mucha gloria, abusar de tus dones, y corresponder a vuestro amor con grandes ingratitudes. Si vuestra gloria, como me dice el confesor lo exije, pierda yo la salud y la vida, antes que robaros la gloria, que en obedecer se encierra, pues bastante os he robado; y haced Vos que ninguno os robe nada. No consientas vayan a creer que algo hice yo para merecer lo que Vos me habéis dado por pura bondad, movido sólo del grande amor que me tienes; dales una luz, con la cual vean sus entendimientos, que no yo te glorifico, sino que Tú te glorificas a Tí mismo en mí, obrando en mi alma no por mis obras, sino por las finezas de amor que tenéis para conmigo; y esperando en que esto así lo harás, escribo lo que me ha sido mandado».

Hállanse en los escritos de Francisca algunas expresiones de difícil inteligencia y aun casi manifiesta inexactitud. Este hecho tiene una explicación obvia. Era la Sierva de Dios una mujer sin letras, una costurera. ¿Tiene nada de particular que en ocasiones no haya acertado a exponer bien su pensamiento?

Para no dar excesiva importancia a este defecto, basta recordar que incurrieron en el mismo aun algunos SS. PP.

Para no multiplicar las notas explicativas, juzgo conveniente omitir la mayor parte de las expresiones indicadas.

Consigno esta omisión para que, si algún día se publicasen todos los escritos de Francisca, no se crea, al leer aquellas frases, que he intentado rodearla de una aureola que acaso no le pertenezca.

Del riquísimo arsenal de los citados escritos, he sacado la parte más interesante de este libro.

Pero no han sido aquéllos la única fuente de los datos que van a referirse. Y es que poseo varias relaciones de compañeras y amigas de la Sierva de Dios.

Con el fin de dar enseñanza a sus hijos en el Seminario Menor de Carrión, pasó a vivir a esta ciudad, doña María F. Cerón. Logró obtener algunas habitaciones en la antigua Fonda, es decir, en el mismo local donde vivía Francisca, y donde estaba el costurero que dirigía.

Esta señora dice que atisbaba siempre que podía, la vida y costumbres de la Sierva de Dios; tenía ésta cubierto con un paño el montante que daba luz al pasillo; también ponía algún pañito en el agujero de la llave de su aposento, para evitar miradas más o menos indiscretas.

Todo era inútil; D.ª María buscaba ocasiones y pretextos para enterarse minuciosamente de Francisca. Si oía un ruido en su cuarto ponía el oído en el suelo para ver si podía sorprender algo de lo que allí pasaba.

Pues bien; esta señora, a petición mía, escribió una larga relación que no poco me ha valido para mi objeto.

La M. Priora de las Jerónimas de Toledo, Victoria de la Ascensión, que fué compañera de Francisca, escribe también una larga e interesante relación acerca de esta Sierva de Dios.

Convivieron con Francisca en la misma casa, cerca de un año, unas Religiosas Jerónimas al ser desterradas de Méjico. Hoy viven en Gijón, desde donde han tenido la amabilidad de darme por escrito algo de lo que vieron en Francisca en el tiempo que la trataron.

Entre personas seglares, nadie trató tan íntimamente, y por tanto tiempo a Francisca, como doña María Ballesteros de Ruiz. Abundantísimo material, para escribir esta historia, me ha proporcionado aquella señora.

Merece también citarse la superviviente del costurero, y por lo mismo compañera de Francisca, Damiana Gil, de la que he conseguido más de lo que le pidiera, una relación jurada que contiene datos de importancia para escribir esta Vida.

El presbítero D. Julio Ruiz, que fué Capellán de los Sres. Ruiz Ballesteros, recogió no pocos datos de la vida de Francisca en un folleto inédito, que tuvo la amabilidad de poner a mi disposición.

A este buen amigo, y a las demás personas que dejo citadas, rindo aquí el testimonio de mi sincero agradecimiento.

Dos palabras acerca del método de que voy a servirme para escribir esta Vida. Consistirá aquél en aprovecharme, en cuanto es posible, de los escritos de Francisca que citaré textualmente.

En el original o faltan palabras o son oscuras. Para suplir estas lagunas, van entre paréntesis las que se suponen. También he creído conveniente suprimir algunas palabras y aun frases, que hacen oscura la lectura. En este caso, se da a entender la supresión por medio de puntos suspensivos.

Como la ortografía de Francisca es totalmente *anárquica,* se hace necesario suplirla por completo.

Por esta misma razón creí conveniente dividir los escritos de la Sierva de Dios en párrafos. De lo contrario, al ver un folio entero sin punto donde descanse la vista, se volvería muy difícil el manejo y la lectura de los preciosísimos escritos de la Biografiada.

Esta Vida puede ser gustosa, y lo será de seguro, a los que conocieron a Francisca y creyeron y estimaron sus virtudes.

A las contadísimas personas, que teniendo ojos, parece que no vieron ni apreciaron la eximia santidad de esta Sierva de Dios, puede servirles de provechosa lección para el porvenir.

Enseñanza y aliento pueden hallar en este libro las almas afortunadas que caminan por la senda de la perfección que, sin vacilaciones ni cobardías, aquélla recorrió.

Finalmente, viene a ser esta Vida una apología práctica y convincente de la santidad y de la divinidad de nuestra Religión, en la cual se forman y brillan, sin distinción de clases ni condiciones, almas tan extraordinarias como la Esposa del Crucificado

Salamanca, 18 de Enero de 1931.

El Autor.

CAPITULO I

Diseño y nombre de la Sierva de Dios.

I

No encontramos mejor manera de comenzar la narración de la extraordinaria Vida de nuestra heroina, que trazar en el primer capítulo con breves pinceladas su diseño y reunir los nombres que a la misma fueron impuestos.

Era Francisca más bien baja que alta, menudita de cuerpo y de carácter animado, franco y enérgico (1). Vestía una sotana de paño negro y una esclavina semejante a la que, según el arte cristiano, llevaba S. Francisco Javier.

Usaba siempre pañuelo negro a la cabeza y, para salir de casa, se ponía un manto negro algo largo que recogía con unas gomas a los brazos para que no le arrastrara. Su paso, algo precipitado, denunciaba la energía de su alma.

II

Tres, y de procedencia muy diversa, fueron los

---

(1) Conviene advertir de antemano esta viveza y energía, notas características de Francisca; porque pueden explicar cierta como tendencia extremosa, que más de una vez nos ha de salir al paso en la vida y escritos de la Sierva de Dios; así en el modo de practicar las virtudes como en el de expresar sus apreciaciones y sentimientos. Tanto más que la gracia va perfeccionando pero no destruyendo la naturaleza; y no es tan difícil sobre todo a los principios, confundir el impulso natural del temperamento con el sobrenatural de la gracia.

nombres con que se la ha designado. Púsole el primero la Iglesia al regenerarla con las aguas del Bautismo, y nació el segundo del fondo del pueblo, admirado de tanta virtud y de los prodigios que realizaba.

Origen mucho más levantado, nada menos que divino, tuvo el tercero.

III

Oigamos las palabras con que la misma interesada expone la manera algo original como se le impuso el nombre que llevaba.

«El Sacerdote que me bautizó, D. Jacinto Puertas, decíame cuando yo tenía 5 o 6 años: ¿Estás contenta con llamarte Francisca? Yo le decía que sí, porque yo quería mucho, de niña, a todos los santos que tenían el Crucifijo en la mano, y como en la Iglesia a que yo pertenecía, le había de más de un metro y estaba como si nos miraba y enseñaba el Crucifijo, yo por esto le quería mucho; y me decía con mucha gracia: si no es por mí, te ponen Magina, y por mí te llaman Francisca, porque al echar el agua, en lugar de decir Magina, dije Francisca, y por esto quería yo mucho al Sr. Cura cuando era niña».

¡Cómo bullen y palpitan en estas palabras de Francisca, ideas y sentimientos superiores a los de los niños de su edad!

IV

La Santa; he aquí el nombre que dió la voz del pueblo a la Sierva de Dios.

Y que este honorífico nombre no fué algo pasajero, demuéstralo el hecho siguiente: Francisca heredó de su tía, Cecilia del Valle, una tierra que vendió a principios de este siglo No obstante, haber tenido ya varios dueños, la finca sigue conociéndose entre los labradores con el nombre de la Santa.

La misma Sierva de Dios llegó a enterarse de que se le daba aquel nombre, que en su humildad no creía merecer.

En el día o institución de su «Decenario al Espíritu Santo», hablando de que una de las cosas que más

agrada a Dios, es buscar los desprecios, dice: «Y que todo esto que digo se alcanza con el desprecio buscado, lo comfirma lo ocurrido a una amiga mía, la más inseparable que yo tengo, y que no tengo más amigas que ésta» (1).

«Dice que un día la llamaron un nombre que no tenía fundamento, esto cundía y cundía tanto, que ya todos, para nombrarla, la daban aquel nombre y apellido, que la habían puesto; diré lo que la llamaban, porque está muerta, lo mismo me da, la llamaban unas veces, Santa, otras, Fulana la Santa».

Los medios de que se sirvió para alejar de sí el nombre de Santa, se dirán más adelante.

V

En una cuenta de conciencia dada a su Director Espiritual, al R. P. Hipólito Ibeas, expone Francisca, en medio de luces y de sentimientos propios de las almas grandes, el nombre de «Esposa del Crucificado» que el mismo Dios le impusiera.

Por el encanto de este escrito y por la luz que proyecta para conocer a esta Sierva de Dios, vamos a transcribirle íntegramente:

«Mi P. Ibeas en Señor:

Víspera de la Augusta Trinidad, estuve todo el día sintiendo como avenidas grandes la consolación que inundaba mi alma, y especialmente desde las cuatro de la tarde; el día siguiente, fiesta de la Augusta Trinidad, apenas hube pasado la Sagrada Forma, sentí que toda yo vivía en Dios, viviendo su misma vida, vida toda de amor. Allí entendí lo que jamás yo hubiera entendido si el mismo Dios no me lo hubiera dado a entender; sentí una manifestación grande de amor que toda la Trinidad hizo a mi alma, y esta manifestación de amor puso a mi alma tan herida y tan llagada, que si el Infinito Poder no me sostiene y conserva la vida, yo hubiera muerto en aquel

---

(1) «Iba un día por la calle y unas cuantas señoras, se lo llamaron de una manera que ella lo oyó; y no había cosa que más la hiciera sufrir, que oir alabanzas que Dios solo se merece».

instante a la violencia del amor, y no del que yo a Dios tenía, sino del que toda la Trinidad a mí me manifestaba.

Esta llaga produjo en mi alma una grande y profunda pena, pero me era esta pena tan dulce y sabrosa, que entre los goces espirituales no hallo ninguno a quien pueda yo esta pena comparar, pues a todos supera. Yo daba grandes quejidos y no les daba por la violencia de algún dolor, pues yo ningún dolor en mí sentía, y estos quejidos que mi alma daba, atraían las miradas de Dios, y nuevamente yo sentía que toda la Trinidad me acariciaba y me daba nuevas manifestaciones de amor, con las que creció tanto esta herida y esta llaga, que con seguridad yo hubiera muerto a esta vida presente si el Infinito Poder milagrosamente no me hubiera conservado; sentía también mi alma en estas manifestaciones tan grande felicidad, tan grande dicha, tan grande bienaventuranza, que no puedo a V., Padre, explicar.

Oí a la Primera Persona, que me decía:—¡Hija mía muy amada! Yo te dí a mi Hijo por Esposo; mas tú, hija mía, no has correspondido al grande amor que te tiene y siempre te ha manifestado. ¿Quieres ya, hija mía, amarle con amor de verdadera esposa?—Padre mío, quiero amarle desde hoy más que a mi vida, más que a mi alma.—Hija mía, me dijo: Muchas veces me lo has dicho, mas sabiendo como sabes que tiene sus complacencias en que voluntariamente entres en la conquista, tú voluntariamente aún todavía no has entrado; mira, hija mia, el padecer es tu campo de batalla, entra en él y pelea hasta el fin; yo te daré lo que ha de ser tu fortaleza en la pelea; desde hoy ya no tendrás otro nombre que ESPOSA DEL CRUCIFICADO. El te hará tener presente tu vida de sufrimiento, mas también te recordará que el triunfo es seguro, y tu victoria completa sea para tí. Este nombre, el más glorioso, llévale, hija mía, dignamente, y no le llevarás dignamente si a padecer no estás siempre dispuesta; y padece con gozo y alegría, siéndote el padecer tu único consuelo.

Esto, que la Persona del Padre me decía, me encendió tanto en mi corazón los deseos de padecer, que yo nunca los he tenido mayores. Yo ardía toda

en deseos de padecer. La Segunda Persona oí que me decía:—¿Ves, amada Esposa mía, los grandes deseos que tienes de padecer para complacerme? Pues todavía me has de ser infiel y has de desear lo que sabes no es mi voluntad; mas yo me olvido de tus infidelidades, porque cercano está el día en que me has de complacer.

Dime: ¿Te honrarás de llevar el nombre que mi Padre te ha impuesto?

—¡Oh dulce amor mío y esposo único de mi alma! El me será más dulce, más consolador, que cuantas dulzuras y consuelos hasta hoy me habéis dado; él será mi alegría, mi consuelo, mi esperanza, mi felicidad; y su recuerdo será mi gloria, y el pronunciarle mientras me dure la vida, será mi bienaventuranza; él será el recreo de mis potencias y sentidos, y de todo mi ser deleite.

¡Oh dulce esposo mío!; cuando tú de él me hablas, a vida eterna me sabe. Haced Vos que dignamente le lleve... Padre, no puedo continuar».

CAPITULO II

Nacimiento y niñez de la Esposa del Crucificado.

I

La histórica ciudad de Carrión de los Condes, en Palencia, fué la cuna de la infancia de esta Sierva de Dios y el escenario de sus eximias virtudes y heróica santidad.

Antonio del Valle estuvo casado en segundas nupcias con Práxedes Rodríguez. El humilde, pero piadoso hogar de este matrimonio, vióse alegrado por el nacimiento de la niña, Francisca Javiera, que tuvo lugar el día 3 de Diciembre de 1856.

Práxedes, su madre, debió de ser, por su piedad, medio eficacísimo para que Dios desarrollase los designios que sobre la niña tenía.

II

Cuenta Francisca en sus apuntes espirituales de sí misma, que debió gozar del uso de la razón en edad muy temprana, tal vez a los tres o los cuatro años. Así parecen probarlo algunos hechos que ella califica de niñerías y que, obligada por su Director Espiritual, nos refiere con minuciosidad que pudiera parecer excesiva.

Antes de transcribirlos, parece conveniente dar cuenta de un cuadro de la Virgen Santísima con el

Niño Jesús en los brazos, que saldrá repetidas veces en esta Historia.

Tenía la niña su cama en un cuartito del piso de su casa; en uno de los lienzos de la pared y a una altura a la que la niña podía llegar, hallábase el mencionado cuadro.

Las tiernas e idílicas escenas, que allí tuvieron lugar, las saboreará el lector en los trozos de los escritos de la Sierva de Dios que vamos a copiar.

Cuán grande sacrificio fué para la Santa el escribir las relaciones que nos ocupan, lo dice ella por las siguientes palabras:

«Voy a hablar de mis niñerías, Jesús mío, y hablo sólo por tu amor, bien puedes darme por ello lo que te pido, porque, Jesús mío, lo que cuesta, a tus ojos siempre vale; pues mirad, dulce Bien mío, que si bien es verdad que en los días de mi niñez gocé tanto, también es verdad que hoy me proporciona una cruz superior a mis fuerzas; alíviame lo que puedas, y mejor sería que esta cruz te dignaras que yo no la hubiera de llevar; óyeme, Dulce Bien mío, y mientras te dignas oirme, hablaré de mis niñerías tan sólo por obedecer, y obedezco tan sólo por complacerte; dame por ello lo que te pido, vida única de mi alma; dámelo, que con todas las veras de mi corazón te lo pido por el amor que tenía a esa Cruz Bendita, cuya fiesta te prometo celebrar lo mejor que pueda y sepa; y para manifestarte que te quiero complacer y agradar, voy por tu amor a obedecer, empezando a hablar de mis niñerías.

III

Me dió una vez una Señora, que mucho a mí me quería, higos verdes; yo nunca los había comido, y comí antes de llegar a casa a dárselos a mi madre, dos. Como tanto me gustaron, me resolví a no dárselos a mi madre y dárselos a unas niñas pobres por amor a la Santísima Virgen y al Niño Jesús, como me lo había mandado y enseñado mi Señor (1). Yo

(1) Este Señor es probablemente el maestro de la escuela.

subía arriba con los higos para decir a la Santísima Virgen que iba a dar a una niña pobre aquellos higos; cuando subí arriba, me hallé con la Santísima Virgen y el Niño Jesús, no en la estampa, sino de veras; yo cuando de veras les veía, sentía una alegría que yo no puedo explicar, y enseguida de verle dije: Sal, rico, mira cuántos higos te traigo; tómales todos para tí; con la boca y con la mano derecha me dijo nos los quería; yo me eché a llorar porque no les quería coger; entonces díjome la Santísima Virgen:

—No llores ni te aflijas, hija mía; baja y da estos higos a tu madre, y los que ella te dé, traeles, que nos serán muy agradables.

Bajé, dí los higos a mi madre, y como la dije que había comido dos, no me dió más hasta por la tarde; yo, cuánto lloré, pero aunque lloré, mi madre no me dió ninguno. Subí llorando arriba, y subía llorando por dos cosas, una por no subir higos y otra porque pensaba no encontrarles allí a Jesús y María; cuando entré en la sala, allí estaban, y no como yo les había dejado, solos los dos, sino que estaban allí ya aquellos Santos que otras veces ya habían estado.

Me preguntó la Santísima Virgen por qué lloraba; díjela que porque no tenía higos para dárselos al Niño y porque ya no les iba a ver cuando subiera; díjome la Santísima Virgen que si yo no los dejaba, ellos a mí no me dejarían.

IV

Cuando esto la oí, yo nada le dije, pero dentro de mí, para mí sola decía yo: Otro día, aunque me llame mi madre, no les dejo. De allí a un poquitín ya me llamó mi madre, lo hice como lo había pensado, yo no la respondí como si no estoy en casa; esto estaba ya pensado cuando yo no sé cómo fué, me dejaron a mí sola; cuando así sola me ví, yo llorando decía: si decían que no me iban a dejar sola; esto me acuerdo que decía por no decir y pensar que me habían mentido, porque pensar eso me parecía a mí una injuria. Yo allí estuve sin bajar, esperando a ver si venían, pero no volvieron; cuando bajé, cuánto me pegó mi madre.

V

Incomodada no quiso darme la comida, y me dijo que no me la había dejado para que otro día aprendiera a venir a las horas a casa; yo, qué pena tenía, porque esperaba que a la hora de comer me dieran higos; me mandó ir a la escuela sin darme nada; yo me fuí, cuando ví a la niña que venía a por el pan que yo le daba todos los días cuando iba a la escuela, me eché a llorar, acordándome del pan y de los higos que yo le podía haber dado, si me lo hubiera dado a mí mi madre. Cuando fuímos a dar lección, me acordé de los higos; fuimos al contador y me acordé del pan y de los higos que yo podía haber dado, fuimos a escribir, me volví acordar, y siempre que a la niña veía, me acordaba y pensaba en lo que le habrían gustado los higos, y cuanto más esto pensaba, más sentimiento tenía; yo deseaba que se pasara la tarde.

VI

Cuando el reloj dió las seis, qué alegría yo sentí, pensando que al ir a casa, me iba a dar mi madre entonces higos y la comida. Cuando salí a la calle, llamé aquella niña y la dije que viniera conmigo; la niña como yo se lo dije, lo hizo, vínose conmigo a mi casa. Después de decir: Ave María Purísima, y besar la mano a mi madre, la dije: Esta niña viene a jugar conmigo; me miró entonces mi madre, y me dijo, si quieres comer, come aquí, que yo te vea lo que comes. Cuando esto la oí, me iba a echar a llorar alto, pero vínoseme al pensamiento que, si me sentía llorar, no me lo iba a dar y me iba a pegar. Estuve un poco en la cocina, pensando lo que a mi madre le iba a decir; como lo pensé, así se lo dije; salí de la cocina y me fuí donde estaba mi madre y la dije, no tengo ganas de comer, no quiero más que higos y pan; díjome mi madre, que lo cogiera. Yo que sabía que cuando iban niñas conmigo, las daba a ellas, de lo que me daba a mí, cogí el pan y la cesta con los higos, y me fuí que me partiera el pan mi madre, para que así diera también pan y higos a aquella niña; así mi madre

lo hizo; luego nos fuimos a jugar; cuando volvimos una esquina, nos entramos en un portal; allí le dí el pan y los higos que me había dado mi madre.

VII

Estábamos jugando un juego que llamamos *comba*, que se juega con una soga, cuando ví pasar a mi madre con los cántaros por agua. Como mi madre dejaba apretada algunas veces la puerta, fuí a ver si había dejado así, y como ví que estaba la llave puesta, llamé a la niña, la dí la comida a comer, y cuando concluyó la dije que fuera a casa y no dijera a nadie nada. Yo volví la puerta como mi madre la había dejado, y me subí allá arriba.

VIII

Cuando subí, vi en mi habitación a la Santísima Virgen, al Niño Jesús y a otros dos Santos, al uno ya le conocía..... .....
Vi aquel día al Niño Jesús que metiendo la mano en su pecho sacaba de él unas flores muy bonitas: estas flores, unas se las daba a la Santísima Virgen, otras las tenía El, y según las sacaba con su mano derecha, las pasaba a la izquierda y allí tenía ya muchas. A los pies de la Santísima Virgen, había un frutero con muchas flores, y de aquellas flores hacía coronas aquel Santo, que la Santísima Virgen le dijo que era San Bruno. El otro Santo, que yo ya mucho le conocía, y él me había dicho que se llamaba Ignacio, también las hacía, pero cogía pocas del frutero que había a los pies de la Santísima Virgen; pero las que sacaba el Niño Jesús del pecho, todas se las daba a este Santo la Santísima Virgen. Después que hubo entretejido el Santo todas las que le dió la Virgen, cogió las coronas el Niño Jesús y El entretejió en ellas la que tenía en la mano y después que las puso todas las que tenía, se las dió otra vez al Santo; cogió enseguida flores del frutero y dándomelas a mí, me decía:

—Toma a cambio de las que tú hoy me has dado; como yo no le había dado ninguna porque no las te-

nía, le dije:—Rico, si yo no te las dí porque no las tenía, la que tenía tantas era Felisa, que tiene una huerta con muchas flores. Empezó entonces la Santísima Virgen a contar las veces que yo había deseado dar los higos, el pan, la comida a aquella niña, contaba las veces que la miré a ver si en la cara la conocía yo que tenía hambre, la alegría que sentí cuando dió las seis, el haber sacado el pan y los higos para que mi madre diera a la niña, el meterme en el portal y darle lo que allí le dí, el ir a ver si estaba la puerta abierta para darle la comida, el dársela y otras cosas que había hecho por la mañana, y me dijo:—Todas estas son flores que diste a Jesús, recibe tú ahora, hija mía, éstas en cambio de aquéllas. Cuando esto me dijo, dije yo:—Rico, dame de esas que Tú tienes escondidas o guardadas en el pecho, que son más bonitas; cuando esto le dije, rióse conmigo y me dijo:—Día llegará en que si quieres te daré cuantas desees, hasta hoy nada me has dado que sea digno de esconderlo y guardarlo en mi pecho como tú me dices.

IX

Cuando esto le oí, me quedé sin hablar pensando en que yo le daba de todo cuanto tenía, mas yo dentro de mí, para mí sola, decía: ¿Qué le darán para guardarlo así? Y empecé a pensar que yo no tenía otra que darle, y me eché a llorar por esto; díjome entonces la Santísima Virgen:—No te aflijas, hija mía, que sí tienes más que dar, puedes dar a Jesús muchas cosas por las que tú merezcas que El te dé de esas flores que tanto te han encantado.

—Mira, hija, Jesús guarda en su pecho todos los actos de obediencia hechos con alegría y prontitud; allí conviértense en flores tan exquisitas, que ellas son la alegría de Dios y la admiración de los SANTOS, cuando ven que un pequeño acto de obediencia prémiale el Señor con un premio tan superior en valor y en hermosura al que recibirán por vírtudes heróicas que practicaron.....

Como mi Señor (1) me había dicho que, dando a

(1) El Maestro de escuela.

los pobres de lo que tuviera, me había de querer mucho la Santísima Virgen, y me había de dar todo cuanto le pidiera, pedía yo cosas a mi madre con el fin de dárselas yo a un pobre, pero mi madre luego me decía: Hija, si somos pobres y no te lo puedo comprar; como mi madre me quería tanto, me acariciaba y lloraba cuando yo le pedía algo y por ser pobre no me lo podía comprar. Yo cuando noté que mi madre lloraba, dejé de pedirla aquellas cosas que le pedía y nunca más se las volví a pedir.

X

Como mi maestro había puesto tanto interés en enseñarme, de seis años leía yo en cualquiera libro, aunque fuera manuscrito, muy bien; como yo era tan niña no sólo de años, sino que era tan chiquitina y sabía tantas cosas que mi maestro me había enseñado, me quería mucho; cuando iba por la calle, muchas veces me llamaban algunas mujeres y señoras, que las dijera las oraciones que sabía; cuando se las había dicho, dábanme muchas cosas y eran de las que mi madre no me podía comprar. Yo siempre daba a mi madre todo lo que me daban, y luego mi madre me daba a mí lo que a ella le parecía, que para mí era bastante; luego que me lo daba, me sentaba yo en la escalera, y cuando a mí me parecía estar entretenida mi madre, me quitaba los zapatos, y con mucho cuidado me subía arriba, y de rodillas delante del cuadro de la Santísima Virgen decía yo al Niño que la Santísima Virgen tenía: Mira lo que tengo, que me lo ha dado la señora fulana, se lo voy a dar a una niña pobre, que no lo tenga su madre y no se lo pueda comprar.....

XI

Tenía yo cuatro años, cuando fijándome en que otras niñas iban por agua al río, sin fijarme en que eran mayores que yo, dije a mi pobre madre que yo quería subir agua.

Tanto por esto lloré, que ya un día me compró unas cantarillas como dos pucheros pequeños. Los

primeros días fuí con mi madre, y como viese mi madre que yo por aquella cuesta que había que subir no podía con ellos, no me dejó volver con ella por agua, porque decía que valía más el tiempo que yo la hacía perder que lo que yo hacía.

Con ella no volví, porque nunca más me quiso llevar, pero me dejó ir con otras niñas mayores que yo, y las encargaba que me llenaran las cantarillas, y ellas con mucho gusto lo hacían.

Yo las quería seguir y no podía; cuando me hallaba que ya no podía, fijaba yo la vista en un trecho un poco largo, y luego decía para mí sola: Hasta allí no poso por amor a Dios; cuando llegaba allí, echaba la vista más adelante, otro trecho y decía: Por amor a la Virgen no poso hasta allí; cuando llegaba allí, echaba yo la vista a la Ermita de la Cruz y luego decía: Hasta allí no poso, por amor al Bendito Cristo de la Cruz, y al llegar allí, siempre posaba.

Cuando llegaba allí, yo no podía responder cuando me hablaban, porque el corazón parecía que se me iba a salir por la garganta; mas al posar o descansar, era tal el gozo que yo tenía dentro de mí, sin saber qué era, que me acuerdo que levantaba yo los ojos al cielo y decía yo a Dios: Si yo te viera así, te abrazaría, y me abrazaba yo sola a mí misma, y le decía con todas mis fuerzas; cuánto te quiero, Dios mío, cuánto te quiero y más que te tengo que querer.

Y cuando esto le había dicho, me ponía a pensar en el camino que me faltaba hasta llegar a casa, y con la imaginación yo lo dividía y en trechos lo andaba. El primero por amor a Dios, el segundo por amor a la Virgen, y el tercero por amor al Bendito Cristo de la Cruz.

Cuando llegaba a casa, otra vez sentía las mismas alegrías y porque estas cosas sentía, era yo tan aficionada a ir por agua todos los días, una vez antes de ir a la escuela y otra vez después que salía de ella; pues qué, ¿no es esto una manifestación de Dios en que para amarle a El me hacía? Yo no me acuerdo haber notado nada de esto a las demás niñas».

CAPITULO III

Primeras comuniones e incidentes a que dieron lugar.

I

Fué Francisca un alma eminentemente eucarística; los numerosos hechos que de ella conocemos, lo prueban evidentemente.

Se acercó por vez primera a la Mesa de los Angeles, en el Altar de San Francisco Javier, Parroquia de San Andrés, a los nueve años de edad, que hoy estimamos excesivamente tardía, pero que para la práctica de aquel tiempo, se juzgaría con exceso temprana.

Sólo por un incidente de sus escritos conocemos algo de lo que el Señor le concedió en aquel acto tan importante. Cuenta ella que sintió unos gustos tan exquisitos y unos consuelos tan grandes, que difícilmente hubiera podido sospechar su existencia, de no haberlos experimentado.

A partir de este día, empieza para la virtuosa niña una serie de sucesos, gratísimos unos, y otros penosos a la edad en que se hallaba. Y es que el Párroco, D. Jacinto y su madre, se oponían a que comulgase con la frecuencia que la niña quería. Parece que por este tiempo confesaba con el P. Agraz, el cual la exhortaba a que recibiese la Sagrada Comunión con mayor frecuencia. Pero, ¿cómo desentenderse una niña de la prohibición de su madre y de su Párroco? Ella misma nos dirá cómo en varias ocasiones resolvió en su favor el Cielo dicha dificultad.

II

Hablando con Nuestro Señor le dice:

«Si no me dejan comulgar, llámame Tú, cuando vayan las mujeres a comulgar como el otro día; que yo me peinaré y me mudaré para ir a Misa; y si me llamas, voy. El otro día no fuí, porque no estaba mudada; ¿lo vas hacer?, rico; ¿lo vas hacer?, cuánto te quiero; dábale muchos besos y con el mismo cuidado bajaba sin que mi madre me oyera, buscaba a una niña que a mí pareciera pobre y se lo daba (1). Sentía yo tanta alegría cuando se lo daba a un pobre, que de alegría lloraba; y como no me gustaba que me vieran llorar, me iba a casa, subía a mi habitación, alcanzaba con una silla el cuadro y le ponía encima de la cama, y yo me ponía encima de la silla. Esto lo hacía porque no se me rompiera el cuadro, que mi deseo era tenerle encima de mí, y puesta de rodillas encima de la silla, empezaba a besar al Niño que tenía la Virgen y con cuidado que no me oyeran, decía yo: Sol, Estrella, cuánto te quiero, y más y más que te tengo de querer; mira, escúchame; mañana, voy luego a Misa, llámame si van a comulgar las mujeres como el otro día; no se te olvide, y dando muchos besos al Niño y a la Santísima Virgen, ponía la silla y volvía a colgar el cuadro. Estos entretenimientos me quitaban la sed, el hambre y muchas veces el sueño; yo tenía hambre y no de comer, sino de que amaneciera a ver si el Niño me llamaba y yo comulgaba aquel día.

III

Amaneció otro día, tocaron en Belén a Misa y me fuí a ver si el Niño me llamaba y comulgaba; no hubo ninguna mujer a comulgar, y yo me quedé con mucha pena; me fuí a S. Andrés a ver si allí iban mujeres a comulgar, no hubo tampoco; vine a casa con mucha pena y dije a mi madre: nunca va gente a comulgar a S. Andrés; otro día no voy allí, me voy donde vaya gente. Me mandó mi madre que fuera a

(1) Alguna limosnita.

hacerla los recadillos que le hacía todos los días, y cuando salí, vi a una niña, vecina mía, que se iba a confesar a S. Zoilo; díjela que me esperara un poco, hacía los recadillos a mi madre y bajaba con ella a oir otra Misa; yo no iba por oir otra Misa, sino por ver si iba gente a comulgar y me llamaba el Niño Jesús.

Me esperó, sin que mi madre me viera, me puse el vestido de los domingos y me fuí con aquella niña.

Yo me puse a la misma reja; mas yo cuando se levantó tanta gente a comulgar, me dió mucha pena porque no me iba a ver el Niño a mí y no me iba a llamar para comulgar; cuando fueron más mujeres a comulgar, me levanté y me fuí con ellas, no a comulgar, sino a ponerme allí a ver si el Niño Jesús me llamaba, y si me llamaba, iba.

Mientras abría el Sagrario, yo no pensaba en otra cosa que en acordarme si se le habría olvidado lo que yo le había dicho y no me llamaría.

Cuando se volvió el Sacerdote con la Sagrada Forma en la mano, vi en ella al Niño Jesús y con las manos me llamaba, yo me acerqué y comulgué sintiendo el gusto y las demás cosas que en mi primera comunión. Yo me estuve mucho tiempo en la Iglesia, y cuando subí, habían dicho a mi madre que había ido a comulgar sin confesarme; cuando entré en casa, cuánto me pegó mi madre por haber ido a comulgar sin ella habérmelo mandado y sin antes haberme ido a confesar; yo no lloré aunque tanto me pegó, porque yo tenía tanta alegría, que nada de lo que me decía me podía hacer llorar.

IV

A otro día nada más levantarme por la mañana, me fuí a Misa a S. Zoilo; hice lo del día anterior de ir con las que iban a comulgar, para que el Niño Jesús me viera; aquel día bajó mi madre y bajó a ver si era verdad lo que la decían, que yo iba a comulgar sin confesarme. Cuando bajó mi madre, yo había ya comulgado; cuando yo salí, salió mi madre, pero nada me dijo; cuando fuí a la escuela, tampoco me dijo nada; y al mediodía, cuando salí, ya la habían

dicho a mi madre que había comulgado. Cuando entré en casa, empezó mi madre a llorar y a decirme por qué iba a comulgar dos días seguidos y sin confesarme; mas yo aunque me pegó mucho, no la dije nada, ni una sola palabra, y mi madre de sentimiento porque yo comulgaba sin confesarme, se puso mala.

V

Entonces yo lloré, y no hacía yo otra cosa que pedir a la Virgen que pusiera buena a mi madre; a los dos días ya se levantó; aquellos dos días no me dejó ir mi madre a Misa; y luego que estuvo bien, me dijo que no fuera a Misa si no era con ella. Yo como tanto lloraba, me dijo que me levantara pronto y me fuera con ella a Misa y si no iba entonces, que ya no iba, porque ella no podía ir más tarde. Fui con mi madre a Misa y me puso delante de ella; cuando dieron comunión, sin acordarme que estaba con mi madre, me levanté para ver al Niño Jesús; como mi madre no me dijo nada al levantarme, yo me fuí con la demás gente hasta cerca del altar, y allí estaba a ver si el Niño Jesús me veía y me llamaba; le vi y me llamó, y yo sin pensar en mi madre, comulgué, y luego de comulgar, ya no sé dónde me puse, pero sí sé que yo a casa no volví con mi madre; cuando en casa entré, mi madre nada me dijo; subí arriba, me quité la ropa y bajé para ir a hacerla los recadillos como todos los días le hacía. Como mi madre no me mandaba nada, yo estaba con mucho miedo que me iba a pegar, pero no me pegó ni me mandó nada más que almorzar e ir a la escuela; cuando de ella salí, me mandó mi madre enhebrarla agujas para más pronto concluir la labor.

Estando yo enhebrando las agujas, me decía una señora vecina: - ¿Qué tal hoy, Paquita? ¿Dónde has oido Misa? Yo no respondí, pero mi madre la dijo: — Hoy ha ido conmigo, señorita — Entonces, ¿no habrás comulgado? Yo sin hablar palabra, a lo que estaba, a enhebrar agujas, para subirme pronto allí arriba; entonces mi madre, mirándome a mí y amenazándome con la mano, me dijo: - Dios la libre que

mis ojos la vean o vuelvan a decirme que ha ido a comulgar, sin que yo se lo mande, porque el día que me lo vuelvan a decir, concluyo con ella; con esto cogí tanto miedo, que ya decía yo: ya no voy hasta que me mande mi madre.

VI

Al día siguiente fuí otra vez a Misa con mi madre, porque mi madre iba todos los días a Misa, y alguna vez que en tiempo de invierno, cuando por hacer mucho frío la decían las vecinas que por qué me mandaba a Misa, las contestaba que su madre así a ella le había enseñado y así quería ella enseñarme a mí.

Púsome mi madre delante de ella de rodillas, como siempre me ponía, yo estaba resuelta a no ver al Niño para que así no me llamara; pero cuando se levantó la gente a comulgar, yo me levanté y con ellos me fuí, sin acordarme ni de mi madre, ni de que había dicho yo que ya no iba, y aquel día nada más verle, no me aguardé a ver si me llamaba, sino que me levanté y me fuí a comulgar; también aquel día, fué mi madre a casa primero que yo, pero cuando me acordé que había ido con mi madre a Misa, y había comulgado, me eché a llorar con grandísima pena; entré ya llorando en casa y al sentirme mi madre llorar, salió a ver si me habían pegado.—¿Quién te ha pegado?, me dijo.—Nadie, la contesté.—Pues, ¿por qué lloras? y mirándome mi madre, me vió con la mantilla puesta.—¿Así has ido con la mantilla puesta a hacer los recados? Yo no la respondí y me mandó que me la quitara y la guardara.

VII

Como no pegó, qué alegría yo tenía; bajé y con la mucha alegría que yo tenía, abracé a mi madre y la dije: —¿Me deja ir a comulgar todos los días, madre?; y con mucho cariño me dijo: —¿Cómo quieres ir todos los días, si todos los días no reciben a Dios, más que los que son sacerdotes? Tú una vez al mes, y cuando seas mayor, cada ocho días; ¿No ves que es mucho pecado hacer lo que hiciste el otro día; ir sin

confesarte y sin comulgar más que la primera vez? Te fuiste porque fueron las demás, eso no se hace nunca, que es mucho pecado, y tú, aunque te mande quien quiera, como no te lo mande tu madre o D. Jacinto, no vayas.

Entonces la dije yo:—¿Y si me manda ir la Virgen o me llama el Niño Jesús? Y mi madre, llenándome de caricias, decía:—Entonces, entonces, vete si te llama; pero el Niño Jesús no llama sino a las niñas que son muy buenas, y tú no lo eres. Cuando oí esto a mi madre, me subí a arriba y puesta encima de la cama como de costumbre, decía yo a la Virgen y al Niño Jesús:

—Que quiero ser buena, que quiero hacer todo lo que me mande mi madre. Estando yo diciendo esto, me llamó mi madre para que la enhebrara agujas antes de irme a la escuela; yo muy contenta la dije a mi madre.—Yo la enhebraré todas las que quiera, y me deja ir a comulgar mañana, ¿eh?; entonces mi madre me dijo:—Mira, hazte muy buena y después te metes monja, que allí comulgan todos los días. La enhebré las agujas y me volví a subir arriba a decir a la Virgen que yo quería ser monja; apenas me arrodillé en la habitación, vi, no en la estampa del cuadro a la Santísima Virgen, sino de veras, como yo veía a mi madre y al Niño Jesús y muchos Santos.

El Niño Jesús tenía en la mano una corona de espinas y una cruz, que a mí me pareció entonces que era negra; la Santísima Virgen traía en la suya una de flores y un lirio morado; dióselo la Santísima Virgen a uno de los Santos que venían con ella y éste me puso la corona y se quedó con el lirio; al mismo tiempo se puso el Niño Jesús la corona que El tenía en la mano de espinas y la cruz, teniéndola El en la mano, la Santísima Virgen de rodillas la besó y lo mismo ví hacer a todos los santos que allí estaban.

Mandóme la Santísima Virgen que hiciera yo lo mismo y también la besé, y nada más besarla, díjome el Niño:

—¿Qué quieres ahora que te dé? Pídeme lo que quieras.

—Ser monja quiero y no quiero más.

VIII

Entonces díjome la Santísima Virgen:—Hija mía, no serás lo que ahora pides, pero serás lo que deseas; tú serás religiosa en la Religión que este mi amado Hijo fundó; y como testimonio de lo que ahora me oyes, es la corona que mi Hijo te ha dado, y el lirio que ahora de su mano vas a recibir; y el Santo que me puso la corona, me dió el lirio que él tenía en la mano; al dármele me dijo:

—Grande gloria me es contarte en el número de mis hijos. ¿Deseas saber quién soy? Soy Ignacio de Loyola.

Dicho esto, el Niño Jesús me quitó la corona que yo tenía puesta y se la dió a la Santísima Virgen; la Santísima Virgen se la dió al Santo que me la había antes puesto, y dándome Jesús la Cruz que tenía El en la mano, me dijo:—Esta es la llave con que tú puedes abrir a muchos el Reino de los Cielos.

—¿La quieres?—Todo cuanto Tú me des lo quiero mucho, le contesté; mas El me dijo:—Antes que Yo te regale esta cruz, me has de dar testimonio de ser toda mía, como Yo soy todo tuyo, y ese testimonio me lo has de dar haciéndome cinco votos y agregándote con entera voluntad a la Religión que mi Madre te ha indicado, y todo desapareció, quedándome yo sin entender aquello que me decía, y por más que lo pensaba, yo no lo pude entender, y por más que le pedía me dijera qué era lo que yo había de hacer, para hacerlo enseguida, jamás he vuelto a oir nada de esto. No sé lo que el Señor querría; yo no tuve después otro deseo más grande que el que tenía de conocer las monjas de este Santo; hasta que ya tuve once años que entendí que S. Ignacio no tenía monjas, y cuando esto entendí, me quedé muy desconsolada sin poder entender qué sería aquello que a mí me había pasado, pues no podía ser verdad aquello que yo había oido, porque este Santo no había fundado ningún convento de mujeres, mas estos dos años que faltaban hasta cumplir yo once años, les pasé muy regalada y visitada de este Niño Jesús.

IX

El me enseñaba a hacer el Vía-Crucis, devoción que desde entonces no la puedo dejar de hacer ni un solo día, porque de edad de doce años, cuando yo tenía obligaciones que cumplir, por estar ya trabajando en un taller de costura, no tenía tiempo para hacerlo, leía todas las estaciones, y sin hacer esto yo no podía quedarme ninguna noche dormida.

¡Oh Dulce Bien MIO! ¿Qué quieres que haga y qué quieres que diga?; yo no me propuse decir lo que he dicho y mucho menos lo que ahora viene a mi memoria y no sé si decir que Tú me lo traes; ¿qué quieres que haga?; que esto, Dulce Bien mío, que me viene o Tú me lo traes tan presente a mi memoria; esto no es lo que me fué la primera vez mandado; esto no era el intento de mi confesor ni el mío. ¿Por qué consientes que esto venga a mi memoria y me domine tanto, que no pueda hablarte de otra cosa? ¡Oh Amor y Vida de mi alma! ¿Por qué habiendo pasado tantos años sin haber hablado jamás de ello a ninguna criatura, consientes ahora que hable cuando ya no puedo valer para otra cosa que para que juzguen de mí lo que no soy ni seré, vistas las ingratitudes e infidelidades que yo tengo para Tí en este mi corazón ingrato y desagradecido a las finezas de tu amor? ¡Oh vida de mi alma! Que tu amor no es amor mío, que tus finezas no son mis virtudes, que tus misericordias no son merecimientos de esta tu criatura; que las bondades de tu Inmensa Caridad no son paga ni pueden serlo jamás a los servicios que yo te hubiera hecho, porque yo jamás hasta hoy tengo el consuelo de poder decir con verdad, serví a mi Dios. ¡Oh Dios mío, Dios mío! Que cuando esto pienso tengo que confesar con lágrimas en mis ojos y dolor en mi corazón te veo como un esclavo, Dulce Bien mío, sirviéndome Tú a mí en todos los instantes de mi vida porque en todos has sido Tú para mí el todo en todas las cosas. Pues, Amor de mi alma, ¿por qué consientes ahora hable de cosas que, aunque a quien se las digo es mi confesor, él no sabe ni puede llegar a comprender lo que te movió a darme lo que me diste aun en los días de mi más tierna edad?

Borra estas cosas de mi memoria y no consientas que yo jamás ni por escrito ni por palabra hable de ello a ninguna criatura; si lo has hecho porque yo lo tenía como olvidado y no te lo había agradecido antes por niña y ahora por ingrata y desagradecida, te prometo, Dulce Bien mío, poniendo por testigo a vuestra Madre y mía, de vivir desde este instante agradecida a tantas bondades y haciendo que no pase un solo día sin recordar tus finezas manifestadas en los días de su niñez a esta su criatura. Te lo prometo, Vida de mi corazón, y déjame en olvido de ello lo que toca a las demás criaturas.

Mueve a mi confesor a que me levante este mandato, que es para mí la carga más pesada de cuanto en mi vida he tenido; mira que este puede ser el medio más fácil de poder robarte lo que es tan propio tuyo y tan verdaderamente tuyo. Muestra ahora la gloria que yo he debido de darte por ello y no te la he dado, y la que te hubiera dado cualquiera criatura que hubiera recibido lo que yo entonces recibí; no consientas que este mi confesor juzgue, con lo que le digo, que yo en algo te hube correspondido; hazle ver que, si yo me movía, era porque tú me llevabas tras el imán de tus regalos, dulzuras y consolaciones. Muéstrate ahora celoso por la gloria de tu Padre, y no consientas me atribuyan a mí lo que sólo es de Él y le quiten a El lo que es de El, y me den a mí lo que El solo se merece.

Cela en esta ocasión la gloria de tu Padre y para que esto se cumpla, borra de mi memoria lo que me ha traido, que tú me los has traido y déjame vivir en el olvido. No puedo continuar; así que, Padre, espero me levantará esta carga que me ha impuesto, porque me hallo muy mal».

CAPITULO IV

Describe la Sierva de Dios las faltas en su niñez cometidas.

I

SUPONDRÍA una ignorancia religiosa no pequeña el suponer que esta niña, de Dios tan favorecida y regalada desde la infancia, había pasado por este mundo sin salpicarse al menos con las faltas y pecaditos de que sólo consta se haya librado la Virgen Santísima.

Con la ingenuidad propia de los Santos y sin las repugnancias, que hemos visto en el capítulo precedente, refiere en la edad madura las faltas en que recuerda haber caído en la niñez.

«Tenía yo además de esa propia voluntad de que ya he hablado, dice, era yo muy iracunda; esta ira no me llevaba jamás a vengarme con nadie, porque el Señor me había dado un corazón que a todos amaba entrañablemente, y tanto, que si yo veía a una niña llorar, yo al momento de verla, con ella lloraba entrañablemente y sin consuelo. Cuando yo veía algunas niñas y niños pegar a otros sin que les hubieran hecho nada, sólo porque eran más pequeños, parecía me iba a dar a mí alguna cosa, de tanto sentimiento como de mí se apoderaba; además, era yo de un genio no desigual, pues esto tampoco puede ser nunca, porque cuando yo veía niñas que hoy amaban y mañana aborrecían, me desagradaba mucho y esto no lo hicieron jamás conmigo, pues hacía el Señor que todas me amaran mucho; porque como ellas eran tan buenas, las gustaba hacer altares, y éstas como no

las dejaban sus madres, la mía nos dejaba una habitación sólo para este fin.

Hablo de este modo porque me parece una necesidad para entender mejor lo que después diré.

Digo que era yo, no de un genio desigual, sino mal humorado y esto jamás con los de fuera, sino con los de casa; además, con los de casa, era yo dura de genio, porque así me mataran, no sacaban nada de mí, porque si al mandarme hacer una cosa me reprendían que no lo hacía bien, tiraba lo que fuera, y ya por más que hacían, no lograban que yo por entonces en mis manos lo cogiera, aunque mucho me castigaran. Esto tenía yo de niña; con la ayuda del Señor lo vencí y me pude vencer de esta manera:

II

Una vez en uno de esos entretenimientos que yo tenía con la SANTISIMA VIRGEN, vi a San Ignacio y a más Santos con él dar flores a la Santísima Virgen, todos la daban flores al empezarse a abrir, pero este Santo bendito la daba espinas y con bien de puntas y en la punta de aquella espina tenía como un botón y la Virgen se las daba éstas a Jesús Niño, y éste abría con sus manecitas el pecho y allí las dejaba, y enseguida se volvían lo largo de la espina el mango de una flor, que salía del botón que estaba a la punta de la espina, y las flores eran para mí las más bonitas. Yo como vi que eran espinas y había yo oido que todas las flores que se plantaran, salían si se cuidaban, yo decía para mí:—¿Cómo hallaría yo espinas como éstas para sembrarlas, que me salieran flores así de bonitas, para dárselas yo a la Virgen y al Niño?

Me acordé de un hombre, que como no tenía hijos, a mí quería mucho. Con una paja que cogí de una escoba de hierba, me fuí a decirle me trajera unas espinas que hallara por el campo, así de largas, y le dí yo de larga la paja como yo había visto las espinas, entonces me dijo él: mira, entra en el corral, que ahí hay un haz de ellas, coge las que quieras. Yo las busqué y no las hallaba así de largas, pero como no había más, las cogí.

Había en casa un tiesto de flores que había plan-

tado mi hermana y allí las enterré, para que salieran; a todas las horas que podía, iba yo a ver si salían las flores del tiesto. Yo no las veía salir; pasaron quince días y como no salían, metí el cuchillo para sacar una a ver como estaban, y estaba la que saqué, lo mismo que cuando la había metido; me dió tanta pena el verlas así, que lloré mucho por esto; después de haber estado un buen rato llorando, me subí arriba muy desconsolada por no tener esperanza alguna de dar yo flores tan bonitas al Niño Jesús y la Santísima Virgen.

III

Cuando abrí la puerta de mi habitación, ya estaba allí la Santísima Virgen; me preguntó enseguida de entrar por qué había llorado; yo la dije que por no salir flores que yo había sembrado para ella. Díjome que las flores que a ella y a su Hijo Santísimo la gustaban, no las había de sembrar yo, que sembradas ya estaban, y díjome que lo que ella más quería de mí y de todo lo que le daba, era que yo en casa obedeciera a todos como un motril obedece a los demás criados y que cuando me levantara del sueño mal humorada, que no respondiera a ninguno ásperamente, que respondiera a todos en el mismo instante que fuera preguntada; porque yo también esto tenía, que cuando estaba así de malhumorada, no respondía a ninguno aunque más me preguntaran, y si por las muchas veces que me preguntaban, me hacían hablar, les hablaba tan ásperamente, que obligaba con ello a mi madre a pegarme, y si me pegaban, peor lo ponían, porque si me había de estar una hora mal humorada, después estaba tres o cuatro horas o más.

Con esto que la Santísima Virgen me dijo, me fuí yo en casa de los Gasparines que llamaban, porque allí había una niña sobrina de ellos y íbamos juntas a la escuela, y por eso éramos amigas y también porque éramos vecinas.

IV

Yo entonces no fuí por estar con ella, sino por ver al motril qué hacía; y veía yo, que si le llaman los

señoritos o los criados o criadas o la Pepita, a todos respondía y a todos hacía lo que le mandaban, y como a mí me costaba tanto hacer lo que aquel motril yo veía que hacía, yo todo me volvía pensar lo que me había dicho la Santísima Virgen; cuanto más pensaba lo que me había dicho la Santísima Virgen, más imposible me parecía a mí que yo respondiera a todos los de mi casa como yo veía responder al motril y hacer enseguida sin responder a ninguno mal ni siquiera a la Pepita y eso que era niña; eso me puso a mí tan pensativa, que me pareció imposible yo poder hacer aquello; después que esto vi, yo no podía estarme allí más, y me marché a casa.

V

—¿Dónde has estado, me dijo mi madre, que vienes tan pensativa?—Pues el callar fué mi respuesta, y por más que me pegó, yo no la pude decir dónde había estado. Luego que fuí a la escuela, yo no podía pensar en nada más que en lo que me ha dicho la Santísima Virgen y en lo que yo había visto hacía el motril y en lo que yo había hecho, y para mí decía yo a cada momento:—¿Y por la Virgen no lo voy a hacer? Sí, lo hago; cuando vaya a casa digo a mi madre dónde estuve esta mañana. Cuando yo me resolvía a esto, me venía un pensamiento que si la decía dónde estuve, me diría que a qué fuí, y entonces decíame yo a mí misma; no se lo digo y así excusa preguntarme.

Aquel día nos tocaba dar Gramática en la escuela, que era lo que a mí más me costaba aprender. Fuése mi Señor con los de escribir a echar las cuentas y mandó a mi Señora nos diera la lección de Gramática; como tanto nos pegaba mi Señora cuando no la sabíamos, dije yo a la Virgen: —¡Oh Virgen Santísima!, que la sepa y cuando salga digo a mi madre dónde estuve esta mañana.

Yo tenía mucho miedo, porque no sabía bien la Gramática; me llamó mi Señora para darla, y al levantarme, volví a decir a la Virgen: Virgen Santísima, que no me pegue mi Señora, y yo haré todo lo que me has mandado hacer.

Me puse a decir la Gramática y dije sin equivocarme en nada, como decía el Padre Nuestro Cuando me fuí a sentar a mi sitio, decía yo a la Virgen:— Bendita seas, Virgen Santísima, mil veces y muchas más veces; por Tí he sabido la lección, por Tí no me ha pegado mi Señora. Cuánto, pero cuánto te tengo que querer desde hoy. Me puse a coser y nada más ponerme, parecía que una cosa dentro de mí me decía: tienes que hacer lo que prometiste a la Virgen; de decir a tu madre dónde estuviste esta mañana; esto me llenó de pena porque yo no sabía cómo decírselo, pues no me podía vencer.

Esto me parecía que, si no lo hacía, otro día que me ocurriera algo, no me hacía caso la Santísima Virgen; y todo el tiempo, hasta que salimos, no me ocupé en otra cosa que en pensar cómo se lo diría, y yo a mí misma me decía muchas veces: ¿y por la Virgen no se lo vas a decir?; y mirando yo a un cuadro grande de una Inmaculada que había en la escuela, decía yo a la Virgen:—Madre, que te quiero querer mucho; por Tí sí se lo digo cuando salga.

Nada más animarme a decírselo a mi madre dónde había estado, me alegraba con una alegría que me hacía llorar, y nada más pensar lo que me había de costar y que yo no se lo diría, me llenaba de pena y de sentimiento.

Salí de la escuela y al ir a besar la mano a mi madre, la misma cosa de antes parecía decirme, díselo dónde estuviste; mas yo no se lo dije, y en lugar de decírselo, me puse a pensar qué diría; decírselo ahora que no me pregunta; no decírselo cuando me preguntó, me dirá ahora que no le hace falta ya saberlo. Con esto me resolví a no decírselo, y con esto ya no tuve gana de subirme arriba, y me marché a hacer *croché* con otras niñas. Mas aquella cosa que no podía yo saber qué era, no me dejaba estar tranquila y yo sola me decía: voy a ir a decírselo, me diga lo que quiera; más es la Virgen que todo. Y dejando la puntilla a otra niña, me fuí a decir a mi madre, dónde había estado; cuando fuí a decírselo, estaban dos vecinas con mi madre cosiendo, y yo, así que las vi, me salí sin decir nada, y para mí decía yo: qué dirá, no se lo digo, y me volví a hacer *croché;* mas yo tenía

cada vez más pena por no decírselo; y aquella cosa otra vez parecía decirme: díselo, vete, díselo. Yo ya no pude resistir más y corriendo fuí a decírselo, mas al entrar en casa me detengo en la puerta y empiezo otra vez a pensar: ¿qué dirá? y con una grande resolución dije: ¿y qué dirá la Virgen?; pues más es la Virgen que todo, y sin respetar que estaban las mujeres, dije a mi madre: – ¿Quiere V. que la diga dónde estuve esta mañana?—No, me dijo mi madre, desobediente, que no has de decir las cosas más que cuando a tí se te antoja; no te quiero escuchar; mas yo sentí en el instante mismo una cosa que me obligó a hacer lo que hice, y abrazando a mi madre la dije:—Ya no lo volveré a hacer, yo la diré siempre lo que me pregunte. Estuve en casa de sus tíos de la Pepita; decir esto y echarme a llorar como sin consuelo, todo fué uno. Y ¿para esto lloras así?, me decía mi madre; yo no la pude responder; al ir a decírselo, fué tal el consuelo que de mí se apoderó, que ésta fué la causa de llorar sin que yo pudiera remediarlo; empezar a llorar, empecé por esto que dejo dicho, pero después lloraba porque yo decía:—¡Ay, qué desobediente he sido! ¡Ay Virgen! qué poco te quiero, y yo quiero quererte mucho.

VI

Con este sentimiento me subí arriba y la Santísima Virgen, al entrar, me cogió de la mano y queriéndome mucho, me decía:—Consuélate, hija mía, que yo estoy de tí muy contenta por las flores que me has dado; ahora te dará Jesús las que tú tanto quieres; y metiendo Jesús la mano en su pecho, me dijo con dulzura que yo jamás en El había visto mayor:—Toma estas cuatro flores a cambio de cuatro ratos de placer que yo en tí he tenido por verte cómo te instruyes en las cosas propias de mi servicio.

Hoy has empezado el camino que conduce a mi Padre y a Mí, no lo olvides lo que ahora te voy a decir: éste es el que has de seguir con prontitud hasta la muerte.

– ¿Me amas? Y yo fuera de mí sin saber lo que me

pasaba, le dije:—Te quiero más que a mi madre, más que a mi hermano, más que a mi hermana, más que a... y le fuí diciendo todas las niñas a quienes yo quería mucho para decirle que más que a todas le quería a El. Entonces El me dijo:

—Si me amas, este camino has de seguir, y el día que en él te entibies, cree que no me amas, y el día que dejes de andar por él, te expones a perderme. Todos los que quieran amarme, por este camino han de ir.

Yo no entendí nada de lo que entonces me dijo; cogí las cuatro flores y las tuve un poco en la mano. Díjome la Santísima Virgen se las diera a S. Ignacio para que él las entretejiera en la corona, yo se las dí y apenas las cogió, me dijo:—Enseña tú a mis hijos con alegría todo lo que Jesús te enseña a tí por pura misericordia.

VII

Yo nada entendí ni he podido jamás entenderlo; en ello no he pensado, ni me he acordado hasta ahora que lo escribo; de lo que me dijo Jesús, sí lo entendí a los pocos días que el Señor me llamó a su santo servicio. Sigo: me llamó mi madre para comer, y como yo tenía presente que la Virgen quería que cuando mi madre me llamara, inmediatamente fuera a ver lo que me mandaba para hacerlo por alegría, lloré porque tenía que dejarles para irme y al empezar a llorar desaparecieron, quedándome sola yo allí. Me preguntó mi madre qué había hecho yo allá arriba y en los labios parece me ponían lo que yo le había de responder y la dije: – ¿No dice V. que hace usted compañía a la Virgen cuando está V. allá arriba? Pues eso hacía yo, sin decirla ni una palabra más, y me contestó mi madre que no podía estar mejor empleada.

VIII

Otro día me levanté también con muy mal humor, y apenas abría los ojos, ya conocía yo estaba mal humorada; apenas conocí yo que ya tenía aquel mal humor, me ponía a los pies de la Santísima Virgen y

y decía: que yo no quiero ser mala, Virgen Santísima, que yo quiero hacer todo lo que me mande mi madre para agradar a la Virgen Santísima, y levantándome y poniéndome de pie, decía yo sola: no, pues ahora bajarás, después la digo si ha descansado; la quiero bien de ello; y la digo que me mande lo que quiera, que todo se lo he de hacer sin decirla ya nada ni enfadarme.

Entretenida en esto, bajé a la cocina, después de haberme estado ensayando yo sola allá arriba cómo lo iba a decir; entré en la cocina y sin decir a mi mamadre buenos días, me fuí a abrazarla y a decirla que me mandara lo que quisiera, tal como yo allá arriba lo había pensado, y nada más abrir y dejar un velón que llevaba antes de llegar a hacer lo que yo llevaba pensado y ensayado, me dijo mi madre: Buenos días nos dé Dios. Decir mi madre esto y quedarme yo sin responder ni una sola palabra, todo fué uno. Me pegó mi madre, me hizo salir al portal para que volviera a entrar en la cocina y la diera los buenos días. Yo volví a las andadas, a quedarme arrimada a la pared y nada más, y aunque más me pegaran, yo sin moverme, sin llorar y sin hablar una palabra.

IX

Apenas me arrimé a la pared, empecé a sentir aquella cosa que yo no sé decir lo que era, parecíame decía esa cosa: anda, entra y haz lo que tenías pensado; enseguida ya me quité de junto a la pared, y decía yo: ¡ay Virgen, que no quieres Tú que yo haga esto y poniéndome yo como nerviosa, decía: ¿y ha de poder mi genio más que yo? Pensando esto, eché a andar para entrar en la cocina y hacer lo que tenía pensado, pero al levantar el picaporte, empezó a venir la vergüenza y a pensar qué diría mi madre de mí, que enseguida dejé el picaporte y me senté en la escalera, y decía yo: mañana sí lo hago, Virgen Santísima, pero hoy ya no.

Esto lo decía yo para mí sin que mi madre me oyera; yo no podía estar de pena, y si no lo hago, ¿qué dirá la Virgen?; acaso ya no me quiera; voy,

diga mi madre lo que quiera, mas como yo temia que me entrara otra vez vergüenza y no lo hiciera, discurría yo qué haría, mas aquella cosa que yo sentía que no sé lo qué era, parecía decirme: no discurras, vete y nada te detenga; cuando esto me pasó, sin esperar a más me levanté y dije: Virgen, no me dejes volver atrás, aunque me dé vergüenza; eché a andar, entré, dije a mi madre lo que debía decir y todas las penas se me quitaron, y desde ese día ya empecé a hacer lo que me mandaba mi madre.

X

Sentí tanta alegría, que dije a mi madre llena de aquella alegría, voy allá arriba a hacer a Virgen una visita. Subí arriba, y así que vi a la Santísima Virgon, me eché a llorar por temor me riñera por lo que había yo hecho. Díjome entonces la Santísima Virgen que no llorara, que Jesús mucho se había complacido y que, si así me vencía, pronto sería lo que ella deseaba.

Tenía San Ignacio unas cuantas espinas, que no conté las que eran, como las que yo otro día le había visto dar, que a la punta de la espina tenían como un capullo de una flor, y se las dió a él un ángel que allí había, el Santo se las dió a la Santísima Virgen, y la Virgen se las dió al Niño Jesús. En esto me llamó mi madre, y como yo esperaba a ver si me daban flores, no respondí a mi madre, y la Santísima Virgen por esto me reprendió, y me dijo que si no era obediente a mi madre y puntual en responderla al instante que me llamara, que ni ella ni su Hijo volverían más, y me mandó bajar a ver qué era lo que me mandaba mi madre; ya no pude volver hasta por la tarde.

XI

Por la tarde subí, y nada más entrar, me eché a llorar porque no les hallé allí como otras veces, tardaron un grande rato y al anochecer les vi y vi con ellos a San Ignacio y al angel que le había dado las espinas. Hízome el Niño Jesús muchas caricias y luego metiendo una de sus manecitas en el pecho, me

dió unas cuantas flores de aquellas que yo tanto quería. Díjome que me las daba a cambio de las que yo le había dado por la mañana y en lo restante del día, y no entendiendo yo por qué me las daba, díjome San Ignacio, que eran aquellas espinas que él había dado a la Santísima Virgen, y que aquellas espinas significaban la propia voluntad mía en contradicción con la voluntad del Niño Jesús, y los capullos eran las violencias que yo me hacía para vencerme; y las flores son el propio vencimiento; flores sacadas del pecho de Jesús para enseñarte que el propio vencimiento es lo más agradable que tú le has de poder dar, y así como ves que es necesario que para abrirse ese capullo, coja Jesús los capullos y les guarde en su pecho, así te es necesaria a tí la gracia que con oración fervorosa has de sacar de su Corazón Divino, sin la cual nunca te podrás vencer.

Cercan a esta flor tantos botones, para darte a entender que del propio vencimiento han de brotar las demás virtudes que tú has de tener para que le puedas agradar; te es a tí la más agradable entre las demás flores, como a Jesús le es el sacrificio más agradable de todos cuantos por su amor quieras hacer. Nada de esto yo entendí, pero siempre tuve mucha gana de entenderlo; lo que sé es que bajé aquella noche tan resuelta y decidida a no dar un disgusto a mi madre, que lo cumplí hasta que entrando a trabajar, de once años, en un taller de costura, me entibié y después daba más que los que la había dado».

Lo que en estas últimas líneas dice la Sierva de Dios, merece capítulo aparte.

CAPITULO V

Cae en la tibieza: causa de esta desgracia.

I

Al ver los primeros pasos de Francisca por el camino de la santidad, pudiera esperarse que no había de hacer en él parada alguna, sino que por el contrario con la velocidad de los Santos habría de correr aquella espinosa senda.

No fué así; Francisca misma confiesa con ingenua sencillez este hecho y apunta con cierta timidez la causa.

«A los once años entré a trabajar en la misma casa donde mi madre trabajaba; éramos cuatro mujeres y tres hombres, todos eran jóvenes, pero tenían doble de edad que yo; en tiempo de vela tenían costumbre de merendar todos juntos cuando volvían al taller; yo los primeros días no fuí con ellos, y dieron quejas los oficiales a mi madre; con este motivo dijo mi madre que yo fuera también con ellos, hasta entrar a velar, y cuando juntos todos merendaran, que yo también lo hiciera, porque en un taller, decía mi madre, si todos no están unidos, es un infierno... de disgustos cómo unos a otros se ocasionan; con esto empecé yo a entrar a la hora que iban los demás».

II

Parece que nada tienen de particular los hechos apuntados. Sin embargo, ellos causaron en el alma

de la niña costurera un cambio que pudo haber tenido fatales consecuencias.

Oigamos a ella misma el resultado de un modo de proceder, en realidad, tan inocente:... «Empecé yo a tomar gusto en las meriendas, y perdí la costumbre de ayunar, con esto entró ya el gusto a los bailes pero no me gustaba bailar, sólo me gustaba ver, mas antes de un año, ya me gustaba bailar algo. Los días de fiesta no iba yo con los del taller, sino con mis amigas, éstas eran poco aficionadas, como yo, al baile, pero después todas fuimos (al baile)».

¿Quién negará que el retrato moral, que de sí misma hace Francisca en las palabras copiadas, en nada se parece al que en su niñez pudimos apreciar?

Es indudable que Francisca había dado algunos pasos atrás en la senda de la virtud. De continuar así, hubiera, como otra Teresa de Jesús, opuesto serios obstáculos a los designios que el Señor tenía sobre ella.

III

No hay motivo para pensar que la joven costurera, haya perdido la inocencia bautismal durante este tiempo que fué relativamente corto, desde los once a los diez y seis años, en que tuvo lugar su conversión, como veremos en el capítulo siguiente.

En confirmación de esta verdad, hay un argumento que, aunque negativo, tiene en nuestro caso mucha fuerza; y es que ella, que contó con tan ingenua sinceridad las pequeñísimas faltas de su niñez, no ha hecho alusión alguna a más graves caídas.

Nos consta además por afirmaciones de la Sierva de Dios que confesaba y comulgaba con alguna frecuencia, práctica de gran eficacia para prevenir las caídas.

Tampoco hay que echar en olvido la piedad de Práxedes Rodríguez, madre de nuestra Francisca, la que la acompañaba al taller y no dejaría de velar por la moralidad de su hija.

Hay aún una prueba más; oigámosla de labios de Francisca: «Y fué el ir (al baile) de esta manera: todos los domingos nos entreteníamos en hacer altares y procesiones.

Un día fueron unos cuantos jóvenes, tres de ellos eran parientes míos; uno de ellos, era Deogracias Blanco el que hoy está en ésta de Boticario y dijeron les dejáramos ir al altar, que ellos tocarían cuando nosotras cantáramos la letanía y demás, y nos predicarían. Les dejamos vinieran con nosotras, y los domingos estudiaban unas cuantas hojas de memoria de la Historia Sagrada, y eso era el sermón»...

Según esto, el baile a que Francisca podía asistir, tenia lugar entre personas conocidas, algunas parientes y piadosas todas. ¿Quién no ve que estas circunstancias alejan el peligro de caer en pecados graves?

Por último, entre los escritos de la Sierva de Dios, hay uno que dice así: «Mi vida desde que entré en el taller, hasta que me llamó el Señor a su Santo servicio». En él ni se citan ni se hace alusión alguna a pecados graves. De haberlos cometido, el documento que nos ocupa, no respondería al título con que se le encabeza.

En resumen, no tenemos prueba alguna para creer que Francisca haya caído en pecado grave durante el período que ella llama de tibieza, y los tenemos en cambio para juzgar que, durante dicho tiempo, vivió siempre en gracia de Dios.

CAPITULO VI

Conversión de Francisca.

I

Hoy empiezo, Señor, día tres de Febrero, a devolverte lo que Tú me has dado por pura bondad; sea todo, Señor, para tu mayor gloria y honra de la virtud por mí deshonrada. ¡¡Oh, y quién creerá, Señor, lo que voy a decir- que me has dado, si Tú que me lo diste, Señor, no les mueves a creerlo!! Hágase, Señor, tu querer en todo».

Alude la Sierva de Dios, en las palabras copiadas, a su disipación y tibieza en los años de que se ha tratado en el capítulo precedente.

Ella declara humildemente que ha deshonrado la la virtud del Señor y paladinamente confiesa que parece increible que el cielo la haya favorecido tanto, después de haberse entibiado en su amor y servicio. Confesión sincera y humilde, que habrá recabado las abundantes gracias que le eran necesarias para empezar el género de vida a que iba a dar principio.

II

«Empiezo. Era el diez y seis de Junio, el año que era no lo sé; sólo sé que yo iba a cumplir quince años de edad (1), cuando vinieron a dar un triduo en la

(1) Francisca dice que tenía quince años; hay en esto una inexactitud, explicable por haber escrito esta relación muchos años después del suceso; debía tener diez y siete años y algunos meses.

Iglesia de Santa María de este mi pueblo D. Melchor Serrano, D. Marcelino de la Paz (1) y D. Vicente Garrido.

Era este triduo para desagraviar al Señor de las ofensas que se le habían hecho en Palencia, ultrajando a la Santísima Virgen María».

Aclararemos un poco el suceso que aquí se menciona. Corría el año mil ochocientos setenta y cuatro y era Gobernador de Palencia D. Ventura Merino.

Los republicanos tuvieron la sacrílega osadía de entrar en la Iglesia llamada de la Compañía, de coger del altar la Imagen de la Virgen del Carmen y de arrastrarla por la calle

Este vandálico sacrilegio motivó el triduo de desagravios que la Sierva de Dios cita y al que concurrieron los tres sacerdotes que menciona.

III

«El día primero fueron todas las Hijas de María; a las siete de la mañana fué la Comunión general; nos dió la Comunión D. Melchor Serrano, al darnos la Sagrada Forma, la levantó en alto a vista de todo el pueblo que allí se hallaba reunido, y nos decía que nadie mejor que las Hijas de María, para poder desagraviar al Señor; que nos consagráramos a su santo servicio y le ofreciéramos la pureza del cuerpo y del alma, y este era el mejor medio para nosotros poderle desagraviar.

Yo así lo hice; le ofrecí al punto, tal como se lo oí, la pureza de mi alma y de mi cuerpo; nada más hice y seguí siendo como siempre; sólo noté que desde este día yo tenía un afecto particular a la Sagrada Comunión y no comulgando más de una vez al mes, desde este día, diez y seis de Junio, me iba a comulgar todos los domingos y todas las fiestas; yo no sé si era la Comunión lo que me dejaba un descontento

---

Nadie extrañará esta equivocación si se recuerda que Santa Teresa de Jesús tuvo otra parecida.

(1) D. Marcelino de la Paz entró en la Compañía de Jesús, en la que aún vive, a los tres años de éstos hechos.

a todo, que yo no hallaba gusto ni en diversiones ni en amigas.

Sentí también en este tiempo, una inclinación grande a leer libros que me hablasen de Dios y de los Santos. Como yo había leído los libros que había en casa, pensé pedir uno a mi confesor, que era el Coadjutor de la Iglesia de Santa María con quien yo siempre fuí desde que expulsaron a los PP. de la Compañía.

IV

Era el segundo Domingo de Cuaresma del siguiente año, cuando yéndome a confesar con D. Pedro Sánchez, que así se llamaba este sacerdote que dejo dicho, le pedí me diera un libro de la vida de Santa TERESA para leer en ella los domingos; yo así le dije: el yo pedir este libro fué por haber oido hablar mucho a mi hermana de esta Santa, pues ella la tenía mucha devoción. Me dijo D. Pedro que no tenía este libro de Santa Teresa, pero que me daría uno de San Francisco de Sales que me gustaría; que fuera por él a su casa, para allí dármele, a las siete de la tarde. Yo estaba como impaciente esperando a las siete de la tarde para ir por el libro; me fuí luego de haber comido con todas mis amigas, como de costumbre, al sermón, y después de él a las eras; allí esperaba yo con mucha impaciencia que dieran las siete para irme enseguida por el libro; así que empezaron a dar los cuartos del reloj, las dejé a mis compañeras y sin decirlas nada, me fuí a casa de D. Pedro por el libro. ¡Oh y quién me había de decir a mí que aquel dejarlas, iba a ser para siempre! ¡Con lo que yo las amaba!

Llegué a casa de D. Pedro y no estaba; ¡qué pena me dió tan grande!; porque ni imaginar puede ninguno con cuánta impaciencia yo pasé este día, esperando las siete de la tarde; mas me dijo una sobrina, que tenía, que no sabía si sería por mí por quien había dicho que si le iba a buscar, que le llamara enseguida, que estaba en casa de otro Sacerdote. Como yo estaba con aquella impaciencia por el libro, vete, la dije con viveza, que yo soy la que me dijo que viniera a las siete por un libro. Al punto fué a llamarle; vino

don Pedro y me mandó subir para darme el libro; antes de dármele, me preguntó si iba a amar a Dios mucho, porque para sólo esto nos ha creado, me dijo, y me empezó a hablar del amor de Dios y de que había un coro de vírgenes en el Cielo que seguían a Cristo a donde El fuera y que éstas habían sido creaturas como yo lo era, pero que habían vivido sirviéndole y le habían consagrado la pureza del alma y del cuerpo, y a éstas se las da, me dijo, el nombre de vírgenes.

V

Cuando El me hablaba de esto, yo no sé qué pasó en mí, que no lo pude entender qué era, mas yo empecé a llorar alto, sin saber qué tenía ni poder decir por qué lloraba. Los efectos que esto que me pasó, que yo no pude entender qué fué, esto sí lo sé; fueron los efectos tres y los tres los sentí al mismo tiempo y en un instante, estos fueron los efectos que me causó aquel que yo sentí y no sé lo qué fué.

Como si a uno que es ciego de nacimiento, le empezara otro a hablar de estas maravillas que Dios ha creado acá en la tierra, y el que es ciego hubiera formado una idea de lo que oía hablar....., de repente le quitara Dios la ceguera, ¿qué sentiría en sí, viendo con sus propios ojos y en un golpe de vista las hermosuras de la creación? Pues esto fué exactamente lo que a mí pasó en el alma; parece que yo, como este ciego tenía la idea de la creación, así yo tenía la idea de Dios, y cuando D. Pedro me estaba hablando de Dios, de todo aquello que me decía de repente hubiera hecho Dios que yo aquello que sólo sabía por lo que había oido empezara...»

Aquí termina la página la Sierva de Dios sin concluir su pensamiento, pero ya se vé cuál éste haya sido.

Las palabras del celoso sacerdote fueron el medio de que Dios se sirvió para iluminar el alma de Francisca y separarla para siempre de las criaturas.

Hermosamente nos lo dice la Santa: «¡Oh y quién me había de decir a mí, que aquel dejarlas (las amigas), iba a ser para siempre! ¡Con lo que yo las amaba!»

CAPITULO VII

Luces y gracias que a raíz de su conversión recibe de Dios.

I

Cuenta la Sierva de Dios que cuando, por efecto de la expulsión de los PP. Jesuítas de Carrión de los Condes, hubo de cambiar de confesor, tropezó con uno muy bueno, pero que daba importancia a las cosas que no la merecían.

Advirtió ella esta equivocación de su confesor, y se vió en la precisión de dejarlo. ¿A quién confió entonces la dirección de su alma? Ella misma nos lo dirá claramente. He aquí sus terminantes palabras: «...Desde el primer día que me llamó para sí (el Señor), me enseñó que el camino de la santidad estaba en la práctica de las virtudes, y éstas las había yo de adquirir por el propio vencimiento».

Copiaremos todo lo que sobre esta materia encontramos entre los escritos de la Sierva de Dios dividiéndolos, según costumbre, en varios párrafos para hacer más amena su lectura.

II

«Dióme también a entender cómo había de orar y orar mucho, pues en la oración yo había de recibir gracia para vencerme a mí misma, sin la cual no se puede uno vencer a sí mismo; dióme también a entender cómo me es de necesidad que me negara a mí misma en todo aquello que yo por primera vez desea-

ra, porque el corazón no mortificado lo primero que desea es desordenado e imperfecto; dióme a entender que, para llegar al perfecto vencimiento de mí misma, había de mortificarme hasta vencerme en la comida, en el sueño, bebida, en el deseo de saber y en el que de mí supieran, en el olvido de mí; me dió a conocer cómo quería que me olvidara de mí en la oración y tuviera siempre presente a todos; me enseñó a tener los males ajenos como si serían míos propios; me dió también a conocer cómo había yo de conducirme en las enfermedades; me enseñó a no ser molesta ni quejada, y me dió a desear no curarme en las enfermedades, sino llevarlas con alegría todo el tiempo que Dios quisiera dármela; dióme también a entender cómo era imperfección comer fuera de hora y a las horas comer sólo para vivir; enseñóme cómo no me había de levantar de la mesa sin haber hecho un acto de mortificación o comiendo lo que no me gustaba, o dejando de comer algo de lo que me gustaba y, si era fruta o cosa alguna parecida, la dejara de comer por su amor; me dió a entender cómo en cada momento tenemos ocasiones de mortificarnos y vencernos y si yo me vencía en todas las ocasiones que encontrara, pronto dejaría de vivir en mí, para vivir en El; dióme también a entender cómo quería fueran para El solo todos los afectos de mi corazón; dióme a entender lo muy delicado que es en esto; dióme también o entender cómo huye el Espíritu Santo del alma que tiene algún pequeño afectillo a las criaturas; dióme a entender la necesidad que tiene que el Espíritu Santo las asista y cómo una motica pequeña de afecto a alguna cosa, que no sea a Dios que halle en el corazón, le impide la entrada en aquella alma.

III

Dióme a sentir también desde el primer día ratos de quietud y reposo en El, y esto me lo daba de esta manera: entraba yo en la soledad de mi casa y puesta de rodillas lloraba yo amargamente mis imperfecciones, después de un rato llorarlas no yo, sino que que conocía yo que otro lo hacía, quitábanme de repente el pensamiento que yo tenía puesto en mis im-

perfecciones y me lo ponían en la bondad de Dios, para conmigo; con este conocimiento de la bondad de Dios para conmigo, parecía ensancharse mi corazón y se deleitaba en deseos de amar a quien por pura bondad y misericordia me amaba; las potencias de mi alma, mi alma y todo mi ser parecían deshacerse en palabras, y éstas salían sin yo saber cómo, y digo sin yo saber cómo, porque yo no discurría aquello que a Dios decía, sino que ellas brotaban ya hechas y formadas de los afectos de mi corazón, y de allí a un rato cuando más ardía mi corazón y mi alma, en deseos, en lágrimas y en suspiros, sentíame sin saber cómo sin yo haber hecho nada, me hallaba en una quietud y reposo tan grande, que a nadie podré hacer yo imaginar; gozaba mi cuerpo de más quietud que el que goza de un sueño tranquilo y me estaba de rodillas ocho y nueve horas sin cansarme ni desear moverme.

IV

Aquí cesaban los desahogos del corazón, no suspiraba ni hablaba, llorar yo no lloraba tampoco, pero sin yo saber cómo, brotaban mis ojos abundantísimas lágrimas muy llenas de dulzura y de consuelo; mis potencias gozaban un grandísimo reposo, no estaban ociosas aunque ellas no ejercían, la única que ejercía era mi voluntad, ésta nunca estaba sin ejercer, mi memoria no ejercía porque a ¿qué recordar lo que presente tenía?; y no veía nada pero yo gozaba de aquello que deseaba y gozaba tanto que no tenía nada que desear; mi entendimiento no ejercía, pero no estaba ocioso porque le daban muchas cosas a entender.

Allí entendía yo lo que era imperfección y conocía el remedio que había de poner para no caer en ella; entendía yo perfectamente cómo se han de practicar las virtudes, pues muy perfectamente me las daban a entender; allí entendía yo las astucias del enemigo y sutilezas del diablo, los medios de que se vale para engañar a las almas, y después cuando esto se me quitaba, estaba yo llena de fortaleza para vencerme a mí y vencer todas las astucias del enemigo; conocía también cómo el diablo, cuando las almas dejan

todas las cosas por servir a Dios, las pone delante como engaño de Satanás, el que se retiren a la soledad y las aconseja entren en amistad con almas consagradas al servicio de Dios.

V

Dióme también a conocer el Señor cómo esta quietud y reposo, de que vengo hablando, a las almas que todo lo dejan por El, es lo primero que las da de extraordinario y el diablo a estas almas lo primero que pretende es que tengan algún afectillo el confesor y la dirigida, porque sabe que si esto logra, Dios del alma se retira, y como Dios se retire, entonces es la suya, porque este mal difícilmente se cura cuando es entre el confesor y la dirigida; dióme a entender el Señor que las almas a quien El dé a gozar de quietud y reposo en El, si no velan mucho por sí mismas para no dar entrada a extraños amores en su corazón, su enfermedad es segura y más difícil de sanar que lo es el volver a la vida un hombre de muchos años muerto; dióme también a entender cómo estas almas, no teniendo nada, dicen que lo tienen todo, y no tienen sino soberbia y afectos desordenados; dióme también el Señor a entender, cómo a los confesores no se les ha de amar sino en El, y este amor se ha de mostrar en la oración y nada más, y si algún día le quiere hacer algún regalo, sea éste ofrecer al Señor alguna mortificación y penitencia y pidiéndole mucho le asista con su gracia en las tentaciones del enemigo y le dé la perseverancia en su santo servicio hasta la muerte; dióme también el Señor a entender la cuenta que les ha de tomar a los que dirigen almas si, por su descuido o mal ejemplo, ha sido causa de su enfermedad y caída; dióme también a entender cómo muchos confesores tienen vanidad en dirigir almas y siendo la obra sola de Dios, se lo atribuyen a sí; dióme también a entender cómo el trato y familiaridad con los confesores es la ruina de las almas, y dióme también a entender cómo estas almas no aman a Dios ni al prójimo, y sí se aman así mismas y a sus confesores muy desordenadamente».

VI

De las páginas copiadas dedúcese una consecuencia muy importante, la de que Francisca fué favorecida por Dios con el don de la contemplación.

Son elementos constitutivos de esta oración el cese de los discursos y trabajos del entendimiento, el descanso del mismo a la vista de la verdad que se le ofrece y el rendimiento absoluto de la voluntad a Dios nuestro Señor ¿Quién no ve en las palabras transcritas la existencia de aquellos elementos en el trato de la Siarva de Dios con Dios Nuestro Señor?

Decía en una ocasión ella a D.ª María Fernández, que no sabía meditar. En su obra, *El Decenario*, repite las mismas palabras. Es que el Señor la había elevado al grado de la contemplación sin obligarla a recorrer los grados inferiores de la misma.

CAPITULO VIII

Fiel correspondencia de Francisca a las gracias que le fueron concedidas al principio de su conversión.

I

ESTANDO un día dando gracias al Señor después de haberle recibido en la Sagrada Comunión, como un mes había pasado desde el día de mi conversión hasta ahora, sentí meterme dentro de mí, como con una gran pujanza, y haciéndome como quedar de asiento en mi misma alma, con grande reposo, quietud, mucha dulzura y suavidad sentí que recogían las potencias y me hacían como un traslado de ellas al Portalillo de Belén, y sin trabajo alguno de mi memoria, me hallé recordando el Nacimiento de aquel Niño que roba y encanta a los corazones, y sin el uso de mi imaginación yo me veía delante, no de los ojos de mi cuerpo, porque éstos siempre que me metían dentro de mí, estos ojos ellos solos se cerraban y quedaban como apagados a la luz natural, sino a los ojos de mi alma, pues me parecía a mí, o que tenía ojos mi alma, o me los daban entonces para ver, porque yo puedo jurar con toda verdad que yo veía, y no con los ojos del cuerpo, sino con otros ojos que parecíame a mí que entonces tenía mi alma, y no me hacían fijar estos ojos en el rostro de aquel Niño que yo allí veía, sino que donde me hacían fijar y tenerlos como una cosa que está clavada, era en la pobreza que voluntariamente abrazaba con tan entera voluntad, que parecía que sus delicias aquí se cifraban en esta tan consumada pobreza, y por otra parte instábame la reflexión,

no que yo me hiciera, sino que era reflexión hecha que me daban, que bien notaba yo que tampoco me la hacían entonces, sino que ya me la daban como hecha y sacada ya la consideración en provecho; porque me ponían a mí delante lo que yo había de sacar de aquella instrucción o enseñanza divina, y lo que me daban que yo me había de coger de esta enseñanza, era la renuncia completa y para siempre de todo regalo, comodidad y riqueza, haciendo renuncia a todo voluntariamente con todo mi corazón, no queriendo ya en la vida sino el ser pobre, y pobre por amor de Aquel que la abrazaba por solo proporcionarme a mí una enseñanza tan divina que, con sólo renunciar a estos bienes terrenos, me habían de dar por la renuncia los celestiales y divinos, que me habían de durar eternamente, mientras Dios fuere Dios.

II

Aquí en estos ratos de instrucción que la bondad de Dios me hacía, debía de haber algo de paralización de los sentidos, porque habiendo sido a los pocos días después la contínua ocupación de mis potencias, yo notaba que, cuando estaba en mi taller de costura, trabajando, no me daba cuenta, ni si me llamaban, ni si cosía, y que me llamaban y no oía, las compañeras de costura me lo hacían notar, pues cuando salíamos a mediodía, o por la tarde, me decían por qué no había respondido a los maestros, pues me estuvieron preguntando y yo no les dí más señales, que si nada me hubieran dicho ni preguntado.

A una que además de ser compañera de costura, iba a buscarme los días de fiesta, y que también quería servir y amar a Dios mucho, la solía yo alguna vez preguntar cómo podía ser que llamara y no contestara, y ella me aseguraba que así era, y me decía que qué tenía que en todo el día dejaba de llorar; yo no notaba en estos ratos si lloraba, pero yo sí puedo decir con juramento que la labor la encontraba yo mojada, y los dedos de las manos según estaba la cabeza inclinada cosiendo, los hallaba muchas veces como si me hubieran echado agua en ellos; la labor solía muchas veces ocurrir que cogiéndola por la mañana

a las cinco, no dábamos cuenta hasta las ocho, que siempre daba cuenta a esta hora, que era la hora de ir todos a almorzar, y yo me iba en esta media hora, que nos daban de almuerzo, yo me iba a la Iglesia que entonces dijeran Misa y allí con permiso del confesor comulgaba todos los días.

Parece que no viene esto al caso de decir, pero sí, lo digo para que vea V., Padre, qué bondadoso es y siempre fué el Señor para conmigo, pues ocurriendo muchas veces entierros y bodas en misa, yo no podía comulgar, porque tardaban una hora y yo sólo disponía de media para poder comulgar.

III

Ocurrió un día que habiéndome entretenido el Maestro en pegar unos botones antes del almuerzo, que me dijo hacían falta, llegué a Misa a la hora crítica de comulgar el Sacerdote; como estaban tocando la esquila para comulgar el Sacerdote, pues yo entraba por la puerta, por no llamar la atención y no dar en qué decir y mal ejemplo, pues me hubieran visto ir sin más preparación para ir a comulgar que el entrar de la calle, yo me arrodillé sin pasar más adelante. ¡Ay, Jesús Mío, que hoy me quedo sin Tí! No hablé más; yo en aquel momento sentí todos los efectos que yo sentía cuando comulgaba, que eran unas suavidades en la boca grandes con unos gustos sabrosísimos que me duraban algunas veces todo el día, quitándome toda gana de comer, y parecía que era la saliva lo que así me sabía después que había pasado la Sagrada Forma, y unos olores de tanta fragancia yo entonces experimentaba, que sentidos y potencias todo me lo recreaban. Salió enseguida a responsear las ofrendas de los fieles difuntos, yo no pude esperar ya más a que me diera la sagrada comunión después que hubiera concluído. Otro día por la tarde me dice aquel Sacerdote:—Dí, ¿estuviste ayer en Misa?; y le conté lo que me había ocurrido con mi Maestro y cómo ya llegué tarde.—Pues mira, me dijo, puse Forma como siempre la pongo para tí, y teniéndola allí, cuando yo comulgué, como no ibas, por no abrir el Sagrario como no era más que una

Forma, la iba yo a recibir, yo no la hallé por más que la busqué por todos los sitios, no hice más labor ayer que buscar la Forma, sin duda debió ir a buscarte a tí. Yo no le dije nada más que llorar, pero por los efectos pudo haber sucedido así. ¡Oh Bondad Suma, cuánto te debo! Con esto que no pude comulgar, me dijeron los Sacerdotes: —Si algún día llegas tarde, o no puedes ir porque tenéis que hacer, vas a mi casa, me lo dices y enseguida abro la iglesia y te doy comunión. No pude mirar esto como un favor que me hacían, sino como una fineza del amor con que el Señor, mi Dios, me ama, con cuyas manifestaciones de amor queda mi corazón como obligado a pagar ese amor tan tierno con un amor sacrificado, que todo sacrificio abrace por darle a Dios gusto y contento.

IV

Vuelvo a decir, Padre, que esto parece no viene al caso de lo que yo estaba hablando, mas ahora continuaré en lo que estaba diciendo: de este modo como a mí me metía Dios en el centro de mi alma, que no era otro quien me metía que El, me duró como vivir en este Portalillo de Belén, más de tres años, en ellos logré lo que tanto deseaba y adquirí el llegar a donde imposible me parecía.

Aquí me fué dado el conocimiento claro y verdadero de toda virtud y de la solidez y perfección de cada una de ellas; aquí fué poner como los cimientos de la vida espiritual con toda firmeza y constancia; tanto me ha sido dado, que desde el primer instante de mi conversión, lo mismo que hoy he estado siempre dispuesta a dar la vida y mil vidas que tuviera antes de dejar servir a Dios, ó amar a otra cosa que El sin interés alguno, pues ya sabe bien aquel mi Dios, única vida de mi alma, que ni en la tierra ni el cielo quiero cosa alguna, sólo a El quiero, y si su Infinita Bondad algo me quiere dar, sea lo que me quiera dar, amor y más amor, para más y más amarle, que es todo cuanto mi corazón quiere y mi alma desea, lo demás déselo el Señor a quien lo quiera, que a mí esto me basta.

Estos sentimientos y deseos sentí que, durante

estos tres años que yo viví en este Portalillo de Belén, me quedaron en mi alma como engendrados y con muy hondas raíces metidos en el corazón de tal manera, que ni todas las creaturas, ni todo el poder del infierno me podrá jamás arrancar ninguna de mis resoluciones, ni hacerme vacilar en lo más mínimo de todas las enseñanzas que yo en estos tres años recibí.

Enamorada de la virtud, así de esta manera que el Señor de ella me hacía enamorar, me propuse adquirirla por todos los medios y caminos, aunque más difíciles y costosos fueran, y árduos se me presentaran y ofrecieran, pidiendo al Señor a ver por dónde yo había de principiar a ejercitarme en la virtud; hallé que no había camino mejor que el desasimiento propio, haciéndome entender con mucha claridad que el propio desasimiento es semillero de toda virtud, y que cuando la virtud se procura adquirir sin el propio desasimiento, se trabaja mucho y se consigue poco, porque sin el propio desasimiento, la voluntad no está bien dispuesta para obrar con gusto el sacrificio que hay que hacer para adquirir la virtud y luego para conservarse en ella.

V

Con esta instrucción y enseñanza mi alma se llenaba de fervor y mi corazón de fortaleza, y todo mi ser de ánimo invencible que nada le acobardaba, y así habiéndome ido a una Iglesia, allí hice renuncia delante de Jesús Sacramentado de todo cuanto tenía y de lo que yo pudiera tener o adquirir en el transcurso de mi vida; allí hice renuncia a toda consolación de las creaturas todas por Dios, y de los goces y consuelos de Dios y renuncia al mismo que me lo daba, por amor al mismo Dios de quien yo lo recibía, prometiéndole no amar jamás otra cosa que a El, dador de toda dulzura y de toda consolación, y fuera de la pureza de su amor le prometí ser a todo indiferente.

Estas resoluciones de tal manera dispusieron a mi alma, a mi corazón y a todo mi ser, que bien puedo decir con toda verdad, después del día de mi conver-

sión, este fué el día de todas mis dichas y de mis felicidades, temporales y eternas.

VI

Cuando yo salí de la Iglesia de hacer aquellas mis firmes resoluciones, parece que salí como en posesión de aquello que yo anhelaba y no tenía, de la seguridad de ser admitida a la amistad con Aquel que era mi Creador y mi todo, y con una seguridad cierta que parece me habían dejado como sellada e imprimida en mi alma, de que me había de conservar siempre en esta amistad, y fué tal el gozo que por esto yo sentí, que en seis años no hubo un instante en que yo pudiera dejar de llorar, ni despierta ni dormida, por la abundancia de consuelos que en mi pecho se encerraba, y desde este momento fué tal y tan grande la confianza que yo con el Señor, mi Dios, tenía, que yo no le podía llamar con otro nombre, que con el nombre de Padre mío, Amor mío, Maestro mío, y mi todo en todas las cosas Yo hacía muchos exámenes a ver qué hallaba en mí, ya fuera en los apetitos, ya en las pasiones, ya en los sentidos, ya en las potencias, para poder vencerlo y mejor quitarlo, y todavía la fuerza de mi deseo no se contentaba con vencer y quitar, sólo se satisfacía cuando de raíz lo arrancaba, porque como yo me había propuesto servir y amar a Dios para siempre y ser suya enteramente, todo mi afán y desvelo le ponía en arrancar de mí, cuanto yo hallara que no fuera virtud, sacrificio y amor.

VII

Habíame también dado el Señor un amor grande, pero muy grande a la pobreza, y como este amor era tan grande, el desasimiento exterior le logré tener en aquella perfección que el Señor me pedía, en el mismo día que fuí por primera vez llevada al Portalillo de Belén, y le logré sin trabajo alguno, porque al meterme en aquel Portalillo de Belén y ver aquel Divino Niño en tanta pobreza, y que la amaba tanto, que todas sus delicias parecía se cifraban en ella, yo por

sólo esto que ví, la amé tanto... tanto... que yo desde entonces la empecé a amar como con delirio, y así desde este día que ví aquel Dios tres veces Santo, humanado en el Portalillo de Belén y que en la pobreza tenía sus delicias, por sólo amar lo que El amaba, empecé yo a dar cuanto tenía para quedarme pobre por su amor.

Dí cuantos libros y estampas tenía, dí cuanto pude dar sin que los de casa se apercibieran de ello; yo deseaba dar la ropa que tenía para poder estar como el Niño del Portalillo de Belén, pero esto no lo podía hacer sin ser vista, cosa que yo no quería, porque es tal la vergüenza que esto de que sepan que hago, o que quiero y deseo hacer, me causa tanta vergüenza, que jamás he podido vencerme en esto, y tanto que si lo deseo cuanto mi corazón lo puede desear, y no lo puedo lograr sino siendo vista, lo dejo, por no poderme vencer en ello, y así para lograrlo sin ser vista, volví a pedir a mis maestros labor para que con ello facilitase yo el medio de darlo sin mi madre saberlo».

CAPITULO IX

Una falta de Francisca y su reparación.

I

GOZABA ya la Esposa del Crucificado del elevado y dulce grado de la oración contemplativa. En ella el Señor iluminaba su inteligencia para que descubriera en sí misma las faltas más pequeñas, y para que conociera su deformidad y peligros.

Importante es el escrito en que Francisca expone asunto tan práctico de la vida cristiana. Merece por lo mismo ser copiado casi íntegramente.

«En este estado primero de oración, dábame el Señor muchos consuelos; sin duda ninguna que aquí hacía Dios Nuestro Señor conmigo lo que hace una madre con un niño, cuando por ser pequeño, no quiere su madre salga de casa, y para tenerle allí con ella siempre, le está dando cosas que a él sabe le gustan, y con esto logra tenerle allí en casa con ella; de otra manera no lo lograría, porque si no es a fuerza de darle cosas, no puede tenerlo recogido.....

Un día dejóme una señora a leer un libro que ella tenía de los trabajos de María. Yo como tanto la quería, fuí enseguida a ver cuánto había sufrido la más amante de todas las madres; nada más entrar en casa de aquella señora, empezó a hablarme de lo mucho que había sufrido Jesús en su pasión. Me hablaba con tantas lágrimas de compasión, que yo salí de allí llena de confusión y envidia, y yo, al ir a casa, subí arriba a decir al Señor que yo así le quería amar como aquella señora. Yo lloraba sin consuelo de en-

vidia que la tenía, como tanto la había visto llorar pensando en los padecimientos de Cristo.

II

Un día delante de una señora que era muy buena, hablando las dos del amor de Jesucristo, me enternecí y lloré; y al empezar a llorar, me vino un pensamiento que parecía decirme: ahora dirá esta señora de tí lo que tú decías de la otra, que cuánto amas a Dios. Yo que nunca me había gustado juzgaran de mí, en aquella ocasión no me desagradó tal pensamiento Cuando por la noche fuí a la oración, me hallaba sin saber lo que tenía; mis potencias distraídas, mi corazón seco, sin tener palabra que decir a Dios, ni un pequeño suspiro que exhalar por El. Al verme tan distraída y seca, me puse a examinar mi conciencia como lo tenía de costumbre hacer siempre que me hallaba mal; enseguida que me ponía a hacer examen, antes que yo discurriera con la memoria, parecía me ponían siempre las faltas todas delante con tal claridad, que yo para saberlas no necesitaba discurrir, porque todas delante las tenía.

Vínoseme al pensamiento si sería por aquella falta el hallarme tan mal, y vínoseme a la memoria usar de la disciplina para desagraviar a Dios Usé de ella y me puse peor todavía que lo que antes estaba; volví a hacer examen y vi con claridad tres faltas que había cometido cuando tuve aquel pensamiento en el cual me complací.

Porque cuando una falta cometo, nunca la cometo sola, cometo muchas a un tiempo Cuando esto vi, volvi hacer la disciplina y lo mismo me hallaba, volvi hacer examen y vi otra nueva falta que acababa de cometer y era hacer la disciplina sin rectitud, pues hallé no lo hacía por sólo desagraviar a Dios, sino porque me dejara sentir y gustar de sus divinos consuelos, y entendí lo mucho que a Dios esto le desagrada; entendí ser esto una puerta muy franca al diablo, por donde entra él como quiere y siempre que quiere, y entendí ser esta una madriguera muy buena para él, pues roba cuanto quiere con mucha facilidad, y no sólo no es conocido, sino que con la

sagacidad que tiene, hace entender al alma que es necesario que las demás sepan lo que de Dios recibe para gloria de este mismo Dios de quien todo lo recibe, y esto es lo que menos a él le importa; lo que le importa a él muchísimo es hacérselo entender él así al alma para de esta manera empezar él hacer su sementera sembrando en nuestras almas vanas complacencias para coger frutos abundantes de todas nuestras obras; porque el apego a los consuelos es semillero de vanas complacencias, y las complacencias vanas engendran fina soberbia, y los frutos de aquí para nadie son, sino para el diablo.

III

Yo lloré y sentí aquella falta mucho; con estos conocimientos que de ella había tenido, volví a coger la disciplina, y con ella en la mano, postrada ante el Señor, dije deshecha en lágrimas de sentimiento: ¡Dulce Bien mío!; jamás quiero querer buscarte por nada de cuanto me das, ni por lo dulce que me eres, yo te quiero buscar solo porque te quiero querer y porque te quiero amar.

Nunca me oigas ni me hagas caso cuando veas en mí otros deseos, que yo no quiero otra cosa querer, dulce Bien mío, sino amarte por nada, como Tú a mí me amas.

Yo allí postrada a los pies de mi Dios y Señor, permanecía sin desear otra cosa que la gracia de que jamás yo volviera a cometer tal falta.

IV

Aparecióseme el Señor y me dijo: Cuán digna de llorarse es, hija mía, esta falta; cuántas almas muy regaladas y favorecidas por Mí me han vuelto las espaldas; por aquí empezaron a serme ingratas; cuanto importa, hija mía, que jamás desees ser conocida de las criaturas y cuánto también el que desde ahora pongas todo el cuidado y desvelo en hacer que arraiguen en tu corazón estos deseos que ahora me manifiestas; ellos te conservarán en mi gracia y te serán el medio más poderoso para lograr las dulzuras de mi

amor, si las buscas, no las hallarás, más si a Mí me buscas, yo vendré y conmigo traeré cuantos puedas desear.

Dice que quedó desde entonces tan desprendida de consuelos y dulzuras, que las del mundo desde entonces las aborrece y detesta, y las de Dios por ser cosa de Dios, no lo aborrece, pero ni aun hablar de ello la gusta.

Dice ella con lágrimas en los ojos, cuando recuerdo lo que el Señor me dijo y los conocimientos que me daba y siempre me está dando en lo que toca a sus visitas, regalos y consuelos, y veo a tantas almas que en las dulzuras, regalos, visitas y consuelos, parece han puesto todos los afectos de su corazón; dice que la causa un tormento insoportable, porque sospecha sin poderlo remediar que allí no hay su Dios y Señor, que su Dios y Señor en todas sus visitas manifiesta al alma que no quiere que viva apegada a los consuelos y dulzuras que ve y gusta de El, porque este apego no la robe algún afecto de amor de su corazón, que no quiere ponga en nadie ni en sus consuelos, ni en sus visitas, ni en sus regalos, ni en sus dulzuras, sino en El, dador de toda dulzura y de toda consolación.

¡Oh! qué desconsuelo siente mi alma cuando oigo hablar a esas almas favorecidas de Dios y parece no saben ni aciertan a hablar de otra cosa que de visiones, como ellas dicen, éxtasis, arrobos o arrobamientos o tonterías, que así las podemos llamar, vista la facilidad con que de ello hablan.

¡Oh Dulce Bien mío! Tus obras todas se dirigen a un fin. Tú mismo dijiste un día: Que no había más Maestro que Tú en la dirección de tus obras, y que levantabas los edificios a más o menos altura, según lo exije la gloria de vuestro Padre y la santificación de nuestras almas; dijiste también que los cimientos y materiales en todos los edificios echas los mismos, que no varía más que en las herramientas necesarias para unos y no necesarias para otros, según lo ve tu Infinita Sabiduría; visto esto, cómo te ha de extrañar, encanto mío, el que haya tanta pena en mi corazón al ver edificios levantados en los cuales echo de menos la igualdad en los cimientos y materiales.

Cuando esto veo, me asalta la idea y, junto con la idea, temores en mi corazón, y dudo y llego hasta creer que esos edificios no son obra tuya, puesto que no hallo lo que Tú en todas tus obras pones. ¡Oh Amor de mis amores!; quita esta tan grande pena que siente mi corazón y quítamela, no dejándome insensible a vista de tales cosas, sino haciendo que todos te amemos desinteresadamente, como Vos nos amáis Líbranos a todos, los que has consagrado a tu santo servicio, el amar lo que tanto daño causa a nuestra alma.

V

Dice ésta mi inseparable amiga que, aunque ella cogió un tan grande despego a los consuelos, que no pudo arrancar de sí aquel pensamiento vano y que aquel día se le levantó, qué libre entrada le debí dar cuando tan dentro de mi corazón entró. Yo me dí una temporada no pequeña a hacer penitencia, a ver si podía lograr en arrancar de mi corazón aquello que jamás yo había tenido y ahora estaba como de asiento en mi corazón. ¿Quién podrá imaginar lo que en esta vana complacencia va encerrado? No parece sino que el mismo enemigo entra envuelto en este pensamiento, nada más entrar infecciona en vanidad hasta la sangre de mis venas y esto en una sola vez, que por la Infinita Misericordia del Señor nunca le había tenido y hasta ahora no le he vuelto a tener.

Quiera el Señor quitarme no una vida que tengo, sino mil que tuviera antes de volver a tener tan grave complacencia. Imposible me era echar de mi corazón a este diablo, pues de asiento en mi corazón parecía estaba, ¿y sabéis como logré lo que no pude lograr ni con oraciones ni con penitencias? Pues lo logré con una cosa bien sencilla, con dar cuenta de ello al confesor; ponerme a darle cuenta y verme libre todo fué uno, y gracias al Señor que en aquel mismo instante puso en mi corazón otra en todo contraria a esta complacencia vana.

¡Oh! Cuán necesaria es dar cuenta de estas cosas al confesor; otras las lograba yo fácilmente, si las perdía, con la oración y penitencia; esto con nada lo pude lograr, sino dando cuenta al confesor.

¡Oh! Quien me diera poder decir a todas las almas consagradas al Señor que, si cometen alguna faltilla de estas, que se confiesen; y si la cosa es leve, den cuenta de todas maneras al confesor».

Aunque en este y en otros escritos, habla Francisca en tercera persona, es cosa cierta que a sí misma se refiere.

CAPITULO X

Da Francisca principio a la obra de su santificación.

I

He aquí en pocas palabras, dice el Beato Susón, los grados que debe recorrer el alma para llegar a su unión con Dios. Debe ante todo purificarse de todos los vicios, y apartarse generosamente de todos los placeres del mundo, para allegarse a Dios, con contínuas oraciones, con su aislamiento de todas las criaturas y con los santos ejercicios que de contínuo sujetan la carne al espíritu. Y debe ofrecerse voluntaria y valerosamente a los dolores y a las innumerables pruebas que pueden venirle de Dios o de las criaturas».

Arduo y difícil es el camino trazado, en las líneas copiadas, por el Beato Enrique Susón; pero Francisca dió en él pasos de gigante a partir de los primeros días de su llamada conversión.

Ella misma nos los dice en un escrito suyo que lleva por título: MI VIDA INTERIOR CON LA CUAL LOGRE VENCER A MIS SENTIDOS, APETITOS Y PASIONES.

II

«Estaba yo resuelta, dice, a trabajar sin descanso hasta haber conseguido el haber logrado volver a adquirir aquel primer estado en que fueron colocados nuestros primeros padres, costara lo que costara (1).

---

(1) En la actual Providencia no podemos llegar al estado de

Aquella Infinita Bondad debió mirar complacido este mi deseo, y conociendo mi debilidad, debió moverse a compasión de mí, y me ayudó para que yo llevase, con su ayuda, adelante mi deseo.

Queriendo empezar yo a mortificar mis sentidos y no llevando camino para conseguirlo, por lo que yo luego noté, pues no había empezado esa vida interior, que es necesaria y sumamente necesaria para dar la muerte a los sentidos, apetitos y pasiones porque esta vida era para mí del todo desconocida, aquella Infinita Bondad me puso en camino de ella.

Al querer dar yo principio a la vida de mortificación, sentí que me metieron en el centro de mi alma, y allí me hacían fijar en todos los movimientos de mi naturaleza, los que vi todos en grande desorden, como ya la Infinita Bondad me había dado conocimiento claro del estado dichoso en que habían sido puestos nuestros primeros padres, y cómo lo habían perdido y cómo nosotros podíamos, si queríamos, volver a recobrarlo, me animé mucho a adquirirlo, cueste lo que cueste; mas también me desalentó el ver tan grande como era el desorden que allí había; las pasiones mandan, los apetitos reinan, el desorden lo domina estando el cuerpo en libertad y el alma en esclavitud, los sentidos sueltos y las potencias atadas, la voluntad en todo opuesta al querer y gusto de Dios y unida en estrecha intimidad con todo apetito y pasión desordenada.

Yo no sabía por dónde empezar a combatir este tan grande desorden, porque como yo me decía a mí misma entonces, este desorden no es de otro, es mío; tampoco es que esté en otro, está en mí, y yo, y no otro, es quien ha de arrancar de mí estos apetitos y destruir estas pasiones, y yo soy la que me he de morir y morir a mí misma y en todo; ¿y por dónde empezaré? ¿y cómo empezaré?, me decía yo a mí misma.

---

perfección de nuestros primeros padres. Podremos, sí, acercarnos más o menos a ese estado, según los esfuerzos que, ayudados por la gracia divina, realicemos.

En este sentido se han de entender las palabras de la Sierva de Dios.

III

Así hablando yo estaba, cuando sentí como una nueva luz que dejábanmela en el entendimiento y parecía luz de ciencia y saber, y que sin discurso y trabajo alguno de mi entendimiento, me hacía a un mismo tiempo ver, entender y conocer, que por donde se empezó a destruir, había yo de empezar a reparar, y pues la destrucción empezó comiendo, yo al querer adquirirlo, lo he de adquirir empezando con abstinencia y ayuno, y pues este fué el medio de que Satanás se valió para el desenfreno de las pasiones, empezando por los apetitos y muy en particular por la gula y curiosidad, pues empiece yo por aquí a dominar estas pasiones y apetitos y quedará todo sujeto a la razón.

La curiosidad quedará destruída si mortifico mis sentidos, y las pasiones perderán su fuerza y podré fácilmente sujetarlas a la razón, si yo logro destruir a los apetitos; y hablando yo sola con mi alma, hecha un mar de lágrimas, decía: Alma mía, al revés sucede todo, Tú debes ser la Señora y eres la esclava, la que a todos los de esta mi casa debes mandar, y Tú a todos eres obligada a obedecer.

¡Oh! Qué grande pena, qué desconsuelo tan amargo. ¡Oh desorden digno de ser llorado con lágrimas de sangre! Yo te he de arrancar, aunque tenga que emplear toda mi vida en destruirte. No perderé medio ni sacrificio por costoso que me sea.

Así hablaba yo conmigo misma y me alentaba a la lucha y al combate, pues yo sola me las había de ver en esta gran batalla que yo iba a emprender conmigo misma.

IV

Me fuí así llorando, como estaba, a una Capilla de la Santísima Virgen de la Piedad, y allí le prometí que había de empezar a contradecir en todo a mis sentidos, a mis pasiones y apetitos; la pedí su amparo y protección, y yo la prometí con todo mi corazón que, después de Dios, no había de amar cosa alguna que a ella, también la prometí serla muy devota en sus dolores y ayunar en su amor los sábados toda

mi vida y la víspera de sus festividades, y hecho esto salí de la capilla.

Cuando iba camino para casa, iba yo hablando con mi cuerpo; desde hoy, le decía yo, te he de hacer que vivas como un muerto que acaba de expirar; así te he de tener, sin ver, sin oir, sin oler cosas agradables, sin gustar de más manjares que de lentejas sin sal ni aceite, y si te cansas de comerlas, te daré pan duro remojado en agua fría, y no te dejaré tocar cosa alguna sino es alguna cosa que yo deba de usar para con ella atormentarte; nada te daré de cuanto quieras y me pidas, y te daré cuanto no quieres.

Deja tú voluntariamente todas las cosas, porque si me haces que yo a dejarlo te obligue, te ha de costar más, porque te obligaré a dejarlo haciéndote pasar por cosas duras y amargas. Así hablando a mi cuerpo, sentía yo y experimentaba que se llenaba mi voluntad de energías y fuerzas para llevar adelante mis firmes resoluciones.

V

Aquí hallé un grande peligro y fué que, como yo en el momento en que se quejaba el cuerpo de alguna cosa, ya le estaba yo imponiendo alguna cosa amarga y dura; como él estaba contínuamente quejándose, yo contínuamente le estaba atormentando y afligiendo, y esto tan sin discreción lo hacía, que pude yo sin darme cuenta haber perdido la salud y la vida, cosa que yo no me proponía hacer, pero esto hubiera resultado si aquella sabiduría Infinita no me hubiera trazado y enseñado el modo de darme muerte, sin naturalmente morir, y así me solía ocurrir muchas veces que cuando las pasiones, los apetitos, o los sentidos me instaban y como que me obligaban a darles lo que ellos querían, yendo yo a echar mano de alguna cosa, no sólo penosa al cuerpo, sino perjudicial a la salud, y algunas veces también a la vida, sentía cogerme las potencias y los sentidos y meterme con gran recogimiento como dentro de mi pecho, y allí sentía que me ponían como con reposo en mi misma alma, y allí haciéndome ver las inclinaciones y movimientos todos de mi naturaleza, me enseñaban con mucha suavidad, reposo y quietud a negar a la natu-

raleza lo que me pedía sin tanto castigo y con más provecho, yo veía que me instruían y como que me aconsejaban y yo no veía quien esto conmigo hacía, yo experimentaba que me instruían y enseñaban sin ruido de palabra alguna y que yo quedaba enseñada el que no había de ser con demasiada penitencia el modo que yo había de usar para morir a mí misma en todo, sino con una continuada mortificación, y para esto bastaba el que yo negara a mi naturaleza cuanto ella desordenadamente me pidiera; que en esto consistía la mortificación; con esta misma instrucción o enseñanza púseme yo un poco a pensar qué haría yo para evitar la desordenada penitencia, y también en esto me vi enseñada, porque sentí en mi alma un como impulso que me llevaba a poner todas las cosas, que yo me proponía hacer en servicio del Señor, en orden todo; y me trazaba lo que debía de hacer, y me indicaba cuándo lo había de hacer y el orden que en todo yo debía guardar y seguir teniendo para todo día señalado, y en esos días marcaba la hora en que lo debía hacer, porque este orden llevaba encerrado en sí una grande perfección.

VI

Así lo hice, señalé hora fija a todas las cosas menos a la mortificación, porque ésta la había de ejercitar en todo lugar, ocasión y momento.

Esta decisión de poner todas las cosas en orden, me produjo una tranquilidad muy grande, porque me tenía algo intranquila el no poder usar contínuamente de la penitencia cuando yo la creía única cosa necesaria para lo que yo tanto anhelaba conseguir; puestas todas las cosas en orden, me quedé como el que vive en su propia casa de asiento y sola mirando y examinando los movimientos todos de mi corazón, allí habitando era como conocí lo que era; allí conseguí conocerme sin engaño, y fundarme en humildad verdadera, porque siendo yo testigo de mis acciones, veía lo que yo era y lo que yo por mis propias fuerzas soy, y lo que por mí sola podía adquirir porque, habitando siempre en casa, es como se sabe lo que pasa en ella y así era como yo podía pre-

senciar el hecho de todas las cosas y juzgarme yo a mí misma, según la verdad y no falsamente y con engaño aconsejada por la pasión y por el amor propio, que estos son los consejeros que yo tengo y que me aconsejan falsamente y los que vanamente me lisonjean, cuando estando yo viviendo fuera de esta mi casa y queriendo ver y examinar lo que por mí pasa, este amor propio y esta pasión me engañan, me hacen ver y creer que tengo lo que no, y que es mío lo que es puramente dado, y que abundo en bien siendo así que mora en mí tanto mal, y que soy fuerte siendo tan débil, y que puedo adquirir por mis propias fuerzas lo que no podré jamás si la Infinita Misericordia del Señor de mí no se compadeciera y su Caridad Infinita no alargase hacia mí su mano bondadosa, que es de quien yo he recibido cuanto soy y cuanto tengo.

¡Oh Vida interior, cuánto te debo!; el conocimiento que tengo de mí, a Tí te lo debo. ¡Oh! por tu medio lo he adquirido. Como aquella Infinita Bondad se deja tanto sentir siempre que yo vivía en el interior de esta casa verdaderamente mía, yo me hice muy aficionada a vivir siempre en ella, en toda mi vida.

VII

Estando aquí viviendo ya unos cuantos días, empecé a notar que me era dada una noticia de la virtud que me arrebataba el alma con encanto de mis potencias y recreo de mis sentidos; con esto empecé a desear con mucha ansia el poder yo estar siempre en paz conmigo misma, para poder estar sin estorbo, gozar a mis anchas de aquella hermosura de la virtud, para mí cosa desconocida.

Como yo no podía gozar en aquella quietud que yo tanto deseaba, por el desorden que yo veía en mí, me angustiaba y amargamente lloraba el no saber poner orden dentro de mí, y que yo veía cosa necesaria para poder caminar por el camino ya trazado por Dios en aquel día primero de mi conversión.

Cuando yo estaba allí, llorando en tan grande desconsuelo, me sentía movida y fuertemente impulsada a que mi alma, siguiendo la luz de la razón, ella

mandase y las pasiones y apetitos, sentidos y potencias y cuanto había en mi alma, obedeciese.

Cuando esto hube determinado, todo mi natural se angustió tanto, tanto, que parecía se me iba a partir el corazón de tanta pena; visto esto que mi cuerpo padecía y mi alma también, caí como en desmayo de poder conseguir andar por el camino empezado, llorando amargamente yo a mí misma me decía: y ¿cómo es posible que Dios me haya trazado un camino que yo no pueda seguir?; no es posible que esto sea, será acaso de mucho sufrimiento y nada más; pues cueste lo que cueste, yo quiero andarle, yo quiero caminar por él todos los instantes de mi vida; ¿qué puede ser que me suceda? ¿morirme?; más no me puede suceder, pues muero gustosa, yo no puedo ya dejar de andar por él La luz natural me hace ver que me salvo; ¿pues qué me importa? ¿cuánto puedo padecer?; adelante, alma mía, no temas, sigue con valor lo que ya has empezado.

VIII

Con esta reflexión, que yo a mí misma me hacía, recobré tal ánimo y tal valor, que al punto me resolví a no descansar hasta haber dado la muerte a todo lo que hallaba en mí con vida; y para adquirir yo conmigo misma compromiso, escribí en un papel cuanto había de hacer en adelante. Lo que me propuse hacer fué esto:

1.° No saldrás de casa si no es para ir al taller o a la iglesia.

2.° No comerás más que dos veces al día, y tu comida será lentejas o pan duro remojado en agua.

3.° No mirarás cosa alguna de cuantas existen si no es la labor y el sitio por donde has de ir andando.

4.° No tratarás con ninguna creatura sino Dios y tú; Dios todo para tí, tú toda para Dios; a ninguna creatura darás jamás ni un pequeño afecto de tu corazón; vivirás siempre como si Dios y tú sola viviérais en el mundo; amarás a todos sin distinción, aunque sean hermanos en Dios, por Dios y para Dios.

5.° No hablarás más que sí o no, cuando fueres preguntada; tu postura para comer será de pie o de

rodillas; tu descanso, sobre la tierra; beber agua una sola vez al día.

6.° No escucharás otra voz que la de Dios y sus santas inspiraciones; ni te propongas cosa alguna imitar, si no es a Cristo Jesús y éste crucificado.

7.° A la mañana, al mediodía y a la noche, harás penitencia, proponiendo en ella dos cosas: el perdón de tus pecados y el refrenar las pasiones hasta conseguir su muerte.

Resuelta ya a hacer todo esto, me quedé en no pequeño reposo y quietud, sabiendo ya lo que tenía que hacer en vencimiento de mis sentidos corporales.

IX

Parecíame a mí que con esto había yo de lograr vivir en la paz que yo deseaba: mas no fué así, porque todavía, aunque ya gozaba con esta práctica de mucha quietud y sosiego, no lograba yo la paz deseada; porque me habían quedado las muchas imperfecciones que yo tenía en mi corazón, porque esto me había sido desconocido hasta ahora; porque yo a mi modo o manera de ver, no veía más que la parte de muy afuera, que son los sentidos y la parte aún todavía más principal que ésta, no la había conocido ni visto, por hallarse estas imperfecciones en el corazón, muy dentro de él metidas, y que no las saca el corazón a las afueras, como el cuerpo saca a los apetitos que le saca tan a las afueras de él, que bien puedo decir con toda verdad, me les pone como a la puerta, y ellos gritan y lo hacen tan alto, que bien se les echa de ver al punto. No me sucede así con las torcidas inclinaciones del corazón, que éste no les saca a la puerta y como a la calle, como hace el cuerpo, sino que éstos en el mismo corazón bullen, se menean, se dejan sentir, pero se quedan enseguida allí escondidos muy solapadamente, que si uno no entra allá dentro del corazón a ver que es aquello, jamás podrá creer que aquello es cosa de arrancar, y así a mí me sucedía que, observando con toda la mayor puntualidad y exactitud el método ya indicado, en muchas ocasiones no me valía más que si nada hiciera, y así rogando mucho al Señor y con muchas lágrimas yo

ante El me postraba a pedirle luz para conocer la causa de aquella inquietud, me ví meterme más en la intimidad de mi ser y ver allí los movimientos viciosos e imperfectos de mi corazón, causa que era de esta mi intranquilidad e inquietud.

Ved, Padre, lo que era y como son, cosa que desde muy niña yo los tenía. Eran unos humillos que así parecen que se me levantaban en el corazón, que me causaban unas veces desestima de alguna persona que me hablaba sin haber causa alguna para ello; otras veces humillos envueltos como entre ira suave, pero ira, que se me excitaba con sólo oir hablar a ciertas creaturas sin haber ni sombra de causa para ello, sin haber en ello otra causa que la desigualdad de mi temperamento, y sin más causa de parte de ellos que esta que yo notaba en mí, de solo parte mía, les contestaba sin caridad y con enojo, como si algo me hubieran hecho, siendo así que nada había más que veleidades.

Otras veces hallaba en mi corazón como un fondo de un grande descontento de mi misma sin causas para ello, que yo a mi misma no me podía tolerar.

Otras hallaba que eran notables imperfecciones de descontento de quien a mí no me daba por el gusto, y así un sin número de imperfecciones que me inquietaban y turbaban la paz de mi alma.

Para esto sentí que me obligaban a hacer como resoluciones firmes de tratar a todos ricos y pobres, grandes y niños, amigos y enemigos, a todos con la misma amabilidad, cariño y dulzura, con que yo trataría a la persona más querida que yo tuviera sobre la tierra, y estar siempre que fuera a hablar, muy sobre mí, para hablar a todos con mucha caridad, sin fijarme en el modo como a mí me hablasen, sino hablar yo a todos con aquella caridad, amabilidad y dulzura con que me invita el Señor y manda que trate a todos, obligándome yo a mi misma a hacer alguna dolorosa penitencia siempre que en algo de esto yo faltare, sin dejar de practicar este ejercicio hasta no haber adquirido la mansedumbre habitualmente.

Me resolví con toda la entereza de mi voluntad a ejercitarme en estos actos de mortificación internos y externos, para lograr conseguir por este medio lo que

tanto mi alma deseaba conseguir, que no era otra cosa, que la paz conmigo misma, y la esperaba lograr por medio del vencimiento de los apetitos, pasiones y malas inclinaciones.

X

Apenas empecé la práctica de estos dos ejercicios, de mortificación, cuando experimenté ya en mi alma la más completa paz, tranquilidad, reposo y quietud, y también notaba que al paso que yo en esto me ejercitaba, iba teniendo en mi alma ardiente deseo de poseer la virtud, y tan grande era este mi deseo, que yo, no sabiendo el medio de conseguirla, no cesaba de pedírselo al Señor con muchas lágrimas, porque yo no sabía cómo poder hablar al Señor, sin antes derramar muchas lágrimas.

Se quedó mi alma y mi corazón tan enternecidos desde el instante mismo de mi conversión, que yo no puedo estar en la presencia del Señor, sin derramar muchas lágrimas y hablarle sin sentirme como deshecha en ellas.

Cada día que pasaba, también notaba yo que mi afecto hacia Dios crecía y que en Dios, como un nuevo afecto, yo hacia mí de El encontraba.

Ensanchábase con esto tanto mi alma, de ver este afecto de Dios hacia mí, que no hallaba yo por entonces consuelo mayor que me causaba verme amada de Dios con un tan grande afecto como yo en El hallaba, y este afecto que yo notaba que me tenía, causaba en mí unas como ardientes ansias de amarle yo a El cuanto mi corazón pudiera amarle, y buscar sin descanso todos los medios, que hubiera, de poderle yo dar gusto y contento en todo; mas como yo no sabía hacer nada, esto que tanto deseaba, continuamente día y noche yo se lo pedía al Señor con muchas lágrimas y le instaba, cuanto podía, me diera el que sólo viviera para darle gusto y contento en todo».

CAPITULO XI

Algunas gracias extraordinarias concedidas a Francisca, viviendo aún en casa de su madre.

I

Nueve años hace, el día cuatro de Octubre, fiesta de San Francisco de Asís, Santo de toda mi devoción, a las cuatro de la tarde me puse a hacer el Oficio Parvo a la Santísima Virgen, Madre de Dios y madre mía, yo no podía rezar; desde que empecé el Oficio, estaba dominada de este pensamiento ¿quiénes serían los predilectos hijos de María?

A mí pareció una grande tentación, pues nunca me había ocurrido, cuando rezaba, tener pensamiento alguno ajeno de lo que yo estuviera haciendo. Como esto no se me quitaba, cerré el libro y me puse a hacer la disciplina en desagravio de aquella falta que yo había cometido; después que la hice, me puse a rezar otra vez el Oficio Parvo, y lo mismo me sucedía; yo entonces me creí más culpable porque aquello ya me demostraba que no era tentación del enemigo sino falta mía, porque viniendo el pensamiento, yo no le había desechado, y, sí le había dado entrada en mi corazón. Conozco yo por propia experiencia que, cuando un pensamiento me viene y no le doy entrada en mi corazón, desaparece enseguida, pero si en mi corazón le doy entrada, con nada le puedo hacer desaparecer. Ya habían pasado más de dos horas, y por más que hacía, no le podía echar de mí; quise echarle de mí, a fuerza de penitencia, y usé de otros instrumentos que yo tenía para este fin; me

hice daño sin yo quererlo, pues debí romper alguna vena, y yo no podía detener la sangre; yo tan mala me ponía, que hasta congojas me daban, yo no llamaba a mi madre, porque no viera lo que había hecho, ni supiera nadie lo que yo hacía; yo me resolví a morir antes que llamar a mi madre.

Dios mío y amor mío, sálvame, perdóname lo mucho que te ofendí, no me castigues eternamente, no me prives para siempre de la vista de mi amorosísima Madre. Madre mía, ampárame, sálvame y defiéndeme de las astucias de mi enemigo.

Yo sentí entonces llamarme por mi nombre, abrí los ojos y vi a mi Amantísima y Encantadora Madre llena de resplandor. Vi junto a ella a S. Francisco y S. Ignacio, como ya otras veces les había visto; vi en pos de estos santos muchos santos y bienaventurados, vi también muchos más santos con S. Francisco que con S. Ignacio, y díjome esta Amantísima Madre:

—Hija mía, vengo a prestarte los servicios que me has pedido; me pides que te ampare, te salve y te defienda; yo lo haré como me lo has pedido, yo sanaré tu dolencia; salvaré tu vida y quedarás defendida de la astucia del enemigo. Sabe, hija mía, cómo el enemigo anda sin descanso y no desea otra cosa que hacerte desaparecer de la tierra; para conseguirlo, te impulsó fuertemente a hacer esta indiscreta penitencia. Dios vió tu deseo y la astucia del enemigo; oyó tu plegaria el Señor, pidióme mi amado Hijo te consuele y confunda a tu enemigo, pues antes de salir de esta vida, ha de cumplirse en tí la voluntad del Señor para su mayor gloria y de mis amados hijos, y miró con mirada dulcísima a S. Ignacio y aquellos que al lado de este santo Patriarca estaban. Luego con un paño finísimo enjugó mis lágrimas y limpió la sangre de mi cuerpo, fijó uno de sus dedos en mis venas y dejó de salir sangre, con lo que yo quedé completamente curada.

Díjome también:—Quiero, hija mía, saciar el deseo de tu corazón; sabe, hija mía, que mis predilectos hijos son los hijos de la Seráfica Orden y los hijos de la Compañía de mi amado Jesús, y desapareció.

II

El día quince del mismo mes, fiesta de Santa Teresa de Jesús, pedía yo a mi Amantísima Madre la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos.

Nunca, hija mía, me dijo, dejes ni un solo día esta grande obra de caridad pidiendo la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos, petición que me es la más grata; mas deseo otra cosa de tí; deseo también, hija mía, que ores y hagas penitencia pidiendo en ello al Señor se digne remediar las dos grandes necesidades que el mundo tiene. Pídele que haga desaparecer de las almas, que le están consagradas, la tibieza de sus voluntades, y por lo restante del mundo pídele que haga desaparecer la oscuridad y ceguera de sus entendimientos. A cuantos puedas, ruégales que hagan esto mismo; si así lo haces, yo te daré cuanto me pidas y experimentarás el amor maternal con que yo te amo.

III

El día diez y nueve del mismo mes, fiesta de San Pedro de Alcántara, a quien yo mucho he amado siempre, después de comulgar, perdí el sentido, y la bondad del Señor hizo pasara yo el día en otra vida, donde se siente y se tiene verdaderamente vida.

Yo no fuí, sino que conocí me llevaron, y allí ví con cuánta gloria a mi S. Pedro de Alcántara, es muy predilecto hijo de María. Después de tres días, volví en mí, habiéndome parecido tres días un abrir de cerrar de ojos, y no es exageración, sino que en realidad fué así. Cuando volví en mí, había crecido mucho en mi corazón el amor a tan bendito santo.

Yo me acordé que, si hubiera ido a las Capuchinas cuando me escribieron, hubiera yo sido hermana de tan bendito y glorioso Santo. Con este pensamiento empecé a llorar y a pedir a la Santísima Virgen: Madre mía, decía yo llorando con grandísima pena, ¿por qué no lo arreglaste para haber ido yo a ser capuchina, para así haber sido yo hermana de tan bendito santo? ¿Por qué no lo arreglaste? ¿Qué, me vas a

dejar aquí en el mundo?; antes si quería, pero ahora no me quiero quedar; llévame, Madre mía, a la Religión; allí serviré a Vuestro Hijo y a Vos. Yo se lo pedía con muchas lágrimas y suspiros. Díjome la encantadora y amorosísima Madre:—No te aflijas por esto, hija mía; viste el cordón de la Orden Seráfica, y bástate esto para ser lo que deseas, mas para servir a mi Hijo y complacerle, has de vivir en soledad no en la del claustro, sino en la soledad de tu casa, y en ella se cumplirán los designios que Dios tiene sobre tí. Me conquistarás muchas almas, serás del número de mis fieles hijos, y será grande tu gloria, consiguiendo con esto la santificación de tu alma. Con esto sentí gran deleite en mi alma, con lo que perdí el sentido, y cuando en mi volví, yo sola me hallé.

IV

El mismo año, fiesta de todos los Santos, primero de Noviembre, pedía yo al Señor que aumentara el número de almas que le sirvieran con toda fidelidad. Madre mía, Tú que tienes tantas gracias cuantas Dios en tí ha depositado para que Tú las dispenses a los hombres y a todas las criaturas, derrama sobre ellas, entre otras gracias, la gracia de la vocación a la vida religiosa, donde sirvan fielmente al Señor y a Vos. Díjome mi encantadora Madre:—¡Oh, hija mía! si supieras cuán grande es el deseo que tengo de dispensar favores y derramar gracias sobre las criaturas... Pero apenas hay quien me las pida; pídeme tú gracias para quien tú quieras, que yo las daré como tú me las pidas.

V

El día diez del mismo mes, me tocaba por turno obsequiar a S. José y comulgar en su honor. Me tocaba aquel día contemplar el dolor que S. José padeció en la Circuncisión del Niño Dios. Con esto crecieron tanto en mí los deseos de ver al Niño Jesús, que nada más comulgar, me fuí a casa a llorar porque tenía mucha gana de verle.

¡Oh Madre mía!, iba yo diciendo por el camino, verdad es que ahora le tengo, pero no le puedo ver.

Oh si yo hubiera vivido cuando Tú, cómo me le hubieras dado a tener! ¡Oh, Jardinero mío, qué feliz eras, cuántas veces le tenías! Yo siempre llamaba mi Jardinero a S. José, y le pedía en todas las comuniones que hiciera mi corazón un jardín donde Jesús pudiera tener sus delicias. Cuando llegué a casa, empecé a llorar sin poderme detener, entré en mi habitación y allí me hallé a mi Amadísima Madre y a mi Jardinero, S. José, que alargándome el Niño que en sus brazos tenía, me dijo:—Ten, ámale mucho y regálate con El. Allí estuve tres horas, pasándoseme como un abrir y cerrar de ojos. Crecieron con esto tanto en mí los deseos de amarle, que de estos deseos cayó mi cuerpo y mi alma en un desfallecimiento, que estuve cuatro días en cama.

VI

El treinta y uno de este mismo mes, a las cuatro de la mañana, quise levantarme para ir pronto a coger flores a un huerto antes de irme al taller, cuando acordándome enseguida que era el último día de Mayo, empecé a llorar de pena, porque me parecía se había pasado el mes y, como yo debía, no había obsequiado a tan Amante Madre.

Mi madre, Práxedes, se había ido hacía dos días a Palencia en casa de una hermana; qué grande gozo tenía yo, cuando la vi caminar; cuando me levanté, me puse al pie del altar, pues todos los años le hacía mi madre por el mes de Mayo.

Apenas me hube arrodillado, sentí aquella música encantadora que ya otra vez había oido el día veinticinco de Marzo del mismo año; a los pocos instantes vi a mi Encantadora Madre, que parecía traer en pos de sí toda la Gloria del Cielo.

Los obsequios, hija mía, que durante este mes me has hecho, todos me han causado un grande placer, me dijo; vengo, hija mía, a pagarte con amor lo que tú por amor me has dado; los sacrificios que has hecho en mi honor, me han sido olorosísimas flores con las que hoy yo ceñiré tus sienes.

Sígueme, que hoy has de gozar de la gloria que más tarde has de gozar eternamente entre mis pre-

dilectos hijos, y sintiendo lo que no puedo explicar, me pareció haber dejado de existir en la vida y había empezado a vivir en aquella Patria deseada.

Vi a todos los Patriarcas de las Ordenes Religiosas con preciosísimas banderas blancas, y en pos de ellos muy bien formados seguían sus hijos, todos sin cesar glorificaban al Señor por el Inmenso Poder que dió a Nuestra querida Madre contra el poder infernal, pues a ella y a las gracias que contínuamente su maternal corazón les había dispensado, atribuían las derrotas que en la vida hicieron al poder de su común enemigo.

Vi también cómo hacían Corte especial a Nuestra querida Madre los hijos de S. Francisco de Asís y los hijos de S. Ignacio de Loyola, entre quienes yo por mi amabilísima Madre fuí colocada; me vi entre los hijos del gran Patriarca Ignacio; por este gran Patriarca fuí coronada con las flores que le daba mi encantadora Madre. Esta Madre amantísima, vi, me vestía de un ropaje preciosísimo, encarnado.

VII

Hizo trece años el día quince de Agosto que a las diez de la noche me puse a la ventana a desahogarme un poco; yo no podía pensar en otra cosa, que en cómo alabarían y glorificarían los bienaventurados a tan Amante Madre.

Sentí grandes deseos de morirme que me hacían desfallecer y me dejaban sin vida; yo no podía hablar, y con lágrimas y suspiros procuraba manifestar a mi amada Madre, lo que yo deseaba; cuando yo así estaba, vi que el cielo se abría y viendo venir por los aires inmensidad de Angeles les decía con el corazón: Oh Espíritus bienaventurados, decid a mi amada Madre que venga, y dé fin a los días de mi vida, que nada quiero sino gozar de su presencia; herida estoy de su amor; vosotros no me podéis curar; el oir vuestras alabanzas y el amor con que la glorificáis, me deja más herida y más llagada de su amor. Decid a mi Amante Madre, que venga, que vosotros no sabéis lo que yo quiero, decidla que desfallezco en deseos de verla, que muero en deseos de amarla y poseerla.

Cuando ya apenas tenía vida, por la violencia y fuerza de los deseos, vi venir a mi Dulcísima Madre y, estrechándome entre sus brazos, me dijo:

—Día llegará en el cual llenaré tus deseos, mas antes ha de cumplirse en tí la voluntad del Señor. Conviene que vivas unos cuantos años más, para que el Señor se glorifique en tí y en mis predilectos hijos por tí; para esto te ha elegido el Señor; pídele con humilde oración y penitencia, llegue pronto ese dichoso día, en el cual tú empieces a hacer su voluntad.

Vi cómo extendiendo los ángeles sus alas, me vi en el instante privada de la vista y compañía de tan amante Madre.....

VIII

Pasados dos años, el mismo día dos de Febrero fuí a las cuatro de la mañana visitada de esta Amantísima Madre; apenas la vi, sálvame Madre mía, sálvame que pierdo la fe, sin la cual yo no me salvaré, Madre mía.

—No temas, me dijo esta amantísima Madre, no temas, amada hija mía, tu fe es grande; cuando esto oí, me acongojé de temor creyendo ser engañada, pues yo me hallaba sin fe hacía ya cinco años.—Hija mía, me dijo: ¿por qué te turbas? Yo soy, no temas; óyeme y alégrate, amada hija mía. Yo vengo a consolarte y a decirte que el Señor vió tu grande fe; se complació y desde toda la eternidad te ha elegido para grandes cosas; tú has de ser contada entre mis predilectos hijos, tú con tus sacrificios conquistarás para ellos mucha gloria y si dudas si yo soy, tú corazón será pronto consolado, viendo cómo se cumple lo que ahora te prometo.

Diez años pasaron contando desde el primer día de Agosto de este año; en cada uno de sus días, no recibirás sino finezas de amor de mi Hijo y mías, cuantas tú puedas recibir. Después de pasados los diez años, te dará a conocer cuáles su voluntad y para qué te ha criado: mientras tú, hija mía, ora humildemente, vive en soledad y espera con alegría el cumplimiento de lo que hoy te prometo; desapareció, yo pasé los diez años muy consolada, cumpliéndose todo como me le prometió.

CAPITULO XII

Obras de caridad y de heroísmo.

I

Fué para Francisca el día diez y seis de Junio del año mil ochocientos setenta y cuatro una fecha memorable. A partir de ella, el Señor derramó a torrentes sobre las Siervas de Dios las gracias, a las que ella correspondió fidelísimamente. Oigámoslo de sus mismos labios.

«Desde que el Señor me llamó a su santo servicio, hizo ya veintiún años el diez y seis de Junio, que iba todos sin perder un día al Hospital, hasta que hicieron el nuevo (en éste no he ido ningún día), a hacer el aseo, en el otro iba todos los días, de las cuatro a la seis; iba por la mañana, luego me iba a mi taller, a las doce iba a dar de comer a los enfermos, me estaba en él hasta la una y media, luego me iba a comer y a las dos me iba al taller. Al anochecer volvía, me estaba con los enfermos hasta las nueve en todo tiempo».

II

También nos describe con un realismo tal vez excesivo las luchas que consigo misma hubo de sostener y la violencia que hubo de hacerse para continuar en la práctica de ir diariamente al Hospital, que desde su conversión se había impuesto.

«El primer día, que fuí a él, fué tal la repugnancia que yo tenía desde que entraba por la puerta, que nada más subir, yo me ponía tan mal, que tenía enseguida que sentarme, y ya no podía hacer más de mal

que me ponía; si algún enfermo veía comer, de repugnancia que me daba, yo no comía cuando iba a casa; de cualquiera cosa que me acordaba del Hospital, ya dejaba de comer, y lo que hubiera comido, lo volvía. Yo me propuse vencer esta repugnancia que tenía, empleando allí todas las horas que podía. Un día llevaron a una anciana cieguecita, la llevé de comer, y lo comía con la mano; de la repugnancia que sentía al verla comer, empecé yo a arrojar aguas del estómago y así estuve muchos meses poniéndome muy mal cuando lo arrojaba; yo que me había propuesto vencer aquella repugnancia, iba todos los días a verla comer; la repugnancia, que yo tenía en lugar de quitarse, iba creciendo cada día, yo ya no sabía qué hacer para quitar aquella repugnancia; yo pedía perdón todas las noches al Señor, y le pedía me diera su gracia para poderme vencer.

Un día prometí al Señor comer yo con ella hasta vencer aquella repugnancia; fuí a las doce y llevé la comida a los demás enfermos, y después me fuí a comer con ella; la primera sopa que comí con ella, fué tal la repugnancia, que empecé a echar mucha agua, otra cosa no echaba, porque yo nada comía hacía ya diez y siete días; yo me puse tan mal, que parecía haber pasado una grave enfermedad; yo sin cesar pedía a mi Amantísima Madre gracia para vencerme, ofrecí al Señor en la comunión no aflojar en mi resolución de vencerme, aunque perdiera la salud y la vida. Volví otro día y apenas dejé la labor, empecé a arrojar agua del estómago, sin más que por que iba al Hospital. Iba yo diciendo por el camino: «Dios mío, Dios mío, aunque me cueste la vida, yo he de comer hoy con ella. Cuando llegué, hice lo de todos los días, y luego me puse a comer con ella, me faltaba la gana de comer, las fuerzas, el valor y todo me faltaba.

En el libro que siempre tenía yo en el bolsillo, tenía yo una estampa de la Santísima Virgen María, la saqué del libro, la cogí con la mano izquierda, y sin dejarla de la mano, mirarla y pedirla, me puse con ella a comer. Madre mía, aunque me cueste la vida, yo he de comer hoy con ella por tu amor; desde que saqué la estampa, empecé yo a sentir valor y una resolución grande o de vencerme o de morirme; yo no

dejaba lo que había empezado, y con grande resolución la dije:—Señora María, una vez come V. con la cuchara y yo otra, comí la sopa con gran resolución, no la volví, me asaltó una idea a la imaginación, y decía yo: vaya que si ahora me dijeran, por amor a la Virgen come tú la carne después que ella la haya masticado, me moría; y con sola esta idea empecé a arrojar todo lo que había comido; mas después de esto, empecé yo a pensar que poco la amaba a mi Amantísima Madre, pues por su amor yo debía comer la carne de esa manera y cualquiera cosa aún más repugnante que esta, pues por la salud, qué cosas no comen estos enfermos, y ¿han de amar ellos más la salud, que yo a mi Amantísima Madre? Cogí un pedazo de carne y la dije:—Tenga V., coma esta carne, y después de masticada, la dije: No lo pase, vuélvalo; la pobre creyó que tenía algo, lo volvió y lo comí yo; yo no saqué gusto de carne, sino de una cosa sabrosísima, que yo jamás había comido, y por más de tres años fuera todo cuanto comía pan, agua, vino o sopa o lo que fuera, no sacaba otro gusto que aquel que me dejó la carne».

III

Todavía hay más:

«Cuando concluímos de comer la dije:—¿La han curado las cantáridas?—No me las han curado ¡y cuánto me hacen sufrir!—¿Quiere V. se las cure yo?—¡Cuánto se lo agradecería si esto me hiciera!, me contestó. Se las curé y los trapos que de las cantáridas le quité, me causaron grandísima repugnancia, los envolví en una hoja de berza y las guardé en el bolsillo, me fuí a casa enseguida, me subí a mi habitación y fuí chupando de los trapos todo aquello que tenía; con esto empecé a sentir no sé qué gozo en mi alma, y dominada de este gozo, dije a mi Amantísima Madre—¡Oh Madre mía Amantísima!, cuánto te agradezco la gracia que me has dado, con la cual yo me he vencido; y viendo en aquel mismo instante un grande resplandor y claridad, vi entre esos rayos de luz purísima, con los que aparece estar vestida, a mi Encantadora Madre, y me dijo:—¡Oh hija mía! Si supie

ras cuánto me has complacido y cuánto al Señor le has glorificado; ¿qué quieres que te dé por ello?—La salvación, Madre mía, de.....»

A vista de estos heróicos hechos, no podrá menos de reconocerse que había Francisca emprendido con sobrehumanos alientos la obra, tan excelente como difícil, de la santidad.

CAPITULO XIII

Lamentable suceso e intervención en él de la Sierva de Dios.

I

Por su heroismo en el hospital pide Francisca a la Santísima Virgen la conversión de un alma en peligro. ¿Quién era esta alma y en qué peligro se hallaba? No responde a la primera pregunta la Francisca; pero nos pinta con breves, pero gráficas pinceladas, la historia de aquella su caída.

«Hacía ya siete años estaba yo en casa de mi maestro, cuando ella entró a coser; yo hablaba sólo cuando me preguntaban, y lo que hablaba era decir sí o no, pero alguna vez me decían dijera por qué estaba triste; yo como no lo estaba, sino muy consolada, no podía callar y les decía que era grande mi consuelo, que si alguna pena tenía, era no poder dar a todos los corazones aquello que yo tenía para que todos amaran a Dios y dejaran la vanidad y todo lo que el mundo ofrece, y con ello a todas las criaturas, pues yo no puedo explicaros lo dulce que es servir a Dios y dejar todas las criaturas y todas las cosas por El.

Cuando en ocasión de hablar me ponían, dábame el Señor palabras hechas y de tal manera, que a cuantas hablaba, ganaba para Dios, y con esto gané también a esta joven que muy dada al mundo y a la vanidad estaba.

II

Dejó, desde que la hablé, con grande resolución todas las cosas y se dió muy de veras al Señor. La dió la bondad de Dios don de lágrimas, y también la veía yo cuando hablábamos de Dios, ponerse hecha un fuego ardiendo en deseos de amarle y el rostro se la ponía con tanta hermosura, que a mí me tenía admirada. Yo alababa mucho al Señor por lo mucho que la daba, y esto le duró unos dos meses; lo perdió todo tan pronto como empezó a frecuentar la casa de su confesor, y para mí le cogió amor natural tan pronto como empezó a frecuentar su casa.

Y como Dios es así que no quiere frecuentar y mucho menos habitar donde El vea un pequeño afectillo, de aquí el quedarse sin nada; y como ella había adquirido el cariño de su confesor por esto que Dios le había dado, debió de sentir mucho el encontrarse sin nada, y no lo debió sentir por Dios, porque si por Dios lo hubiera sentido, Dios que es infinitamente bondadoso, se lo hubiera devuelto, pero lo debió sentir sólo por su confesor; y qué quiso más el diablo para entrar con todo lo que sabe.

III

Antes de dos meses reunió una porción de jóvenes y salían los domingos todas juntas; un día las encontré al venir yo a casa, iban cantando cosas buenas. En esto estábamos, cuando pasaron seis sacerdotes de paseo; apenas pasaron, se pusieron todas a hablar del amor de Dios, hablaban muy alto y gritaban mucho, corriéndose unas a otras, a mí me daba no sé qué verlas así, y las dije: —¿Por qué hacéis esto? y me dijo:—Porque donde está Dios, no puede haber tristeza, amamos a Dios y el amor nos pone enloquecidas; así estuvieron un buen rato dando voces y gritos.

La bondad del Señor dábame a sentir los efectos de su amor. Con esto que el Señor a mí me daba, conocía yo lo que en las demás había y qué espíritu las dominaba; veíalas ir a comulgar con muchos suspiros y agitaciones, yo las preguntaba si las pasaba algo, y

me respondían que eran los deseos de recibir a Dios, porque le amaban y parecía se iban a morir de deseos, y me hablaban de varios Santos que así me decían ellas les pasaba. No sabían hablar más que de visiones y dulzuras de Dios, unas a otras se daban cuenta de conciencia, y siempre les gustaba ir de paseo por donde sabían solían ir con frecuencia los confesores de ellas».

IV

El resultado de aquel modo de dedicarse a la piedad, ya lo hemos visto; fué necesaria una gracia especial del Cielo para que dicha joven se salvase.

«Haced Vos que se confiese y se salve»; pidió Francisca a la Santísima Virgen, y la Virgen oyó esta súplica.

—«Ve, hija mía, la dice, a tu confesor, y dile que vaya a confesarla y yo la prepararé, la daré mi gracia y con ella se confesará humildemente de todos sus pecados y morirá después de tres días; el Señor la perdonará y yo la asistiré en la hora de su muerte.

Todo sucedió como me lo había prometido».

V

Este hecho arrancó a la Sierva de Dios la siguiente página llena de celo y abrasada en llamas de amor para con las almas. La dirije a su Director, Reverendo P. Ibeas.

«Mi Padre Ibeas en el Señor: ¡Oh que hambre y sed tengo, Padre, de que desaparezca del mundo la hipocresía! Paréceme, Padre, que los hijos de la Compañía de Jesús son los que más pronto la podrían a esa mala hierba arrancar, y qué pena tan grande tengo al ver que hasta ahora nada han hecho para quitarla, y trabajan poco por destruirla; si es porque les ha parecido cosa de poca importancia, mire, Padre, a Dios no le hacen falta servidores, pero les quiere, y ¡ay! del mundo el día en que desaparezcan de él los fieles servidores del Señor, y qué día tan feliz, el día en que los que hay, concluyeran siéndole fieles hasta la muerte, y mucho más feliz si este pequeño número creciera y se aumentara; porque si una sola alma

de éstas, que Dios llama para sí, cuando le son fieles pueden tanto, que dice el Señor que una sola alma de éstas que El llama para sí, tiene tanto poder que ayudadas con la gracia que El las da, detienen el brazo de su justicia irritada por lo restante del mundo, ¿qué no conseguirían muchas si todas pidieran una misma cosa al Señor?

Grande verdad es que si todos los Padres de familia educaran bien a sus hijos, la sociedad sería feliz. Pues yo también digo que, si las almas que Dios llama para sí, le fueran fieles hasta la muerte, las necesidades del mundo desaparecerían, y si este número de almas creciera, y todas unidas con humilde oración y penitencia pidieran al Señor celosos padres de familia, celosos padres de familia daría el Señor al mundo entero.

¡Oh almas encerradas en los claustros! orad todas al Señor, pedidle sin cesar que arranque del mundo esta mala hierba de la hipocresía que cunde como la peste; mirad que es una grande necesidad, y acaso sea de las mayores que el mundo tiene.

Padre, como un desahogo del corazón, le he de dar de esto cuenta con el único fin de que ponga usted remedio, cuanto le sea posible, para gloria del Señor».

CAPITULO XIV

Vida religiosa en el hogar doméstico.

I

No cristalizaba en el alma de la Sierva de Dios la vocación religiosa, a pesar de sentirse a ella fuertemente inclinada. Tampoco le era conocido con claridad el género de vida a servicio de la Compañía de Jesús a que el cielo la tenía destinada.

Por esto sin duda ideó y trazó entonces un plan de vida que no sólo igualaba, sino que superaba a la que se lleva en las Ordenes Religiosas más austeras. Cierto que íntegramente no podía someterse a aquel plan de vida hasta la muerte de Práxedes, su madre; así lo dice ella expresamente.

Vamos a copiar este precioso documento con el pequeño preámbulo del que en aquel tiempo era director espiritual de la Sierva de Dios y es hoy poseedor de tan precioso autógrafo, D. Laureano Ruipérez.

II

«Para que se forme idea de su espíritu (el de Francisca), copio a continuación el método de vida que deseaba seguir cuando quedase sola».

J. J. M.

"Para siempre vuestra, Corazón de Jesús.

Cómo yo desearía vivir en la soledad de mi casa, cuando falte mi madre.

Fuera del costurero no tener amistad particular con nadie. Vivir tan en soledad, que para todo este mi pueblo como si yo no estuviese en el mundo

Tener una habitación de 27 pies míos de largo para hacer el Víacrucis. Otra, dentro, de 9 pies míos en cuadro y lo mismo de alto, para en ella dar al cuerpo las horas de descanso. En ella tener una pequeña mesa, el arca y una silla poltrona; la mesa para tener una jarra de agua y una copa de madera, tres libros, los *Trabajos de Jesús* para meditación, el *Camino de perfección* de mi Madre Sta. Teresa y las obras de mi Padre S. Juan de la Cruz para lectura espiritual y los pequeños libros de mis devociones. El arca, no para tener ropa, pues sólo la puesta he de tener, sino para tener las joyas con que he de adornar mi cuerpo, para que adornando yo mi cuerpo, ayudada con la gracia de Dios, adorne Dios mi alma por toda la eternidad.

La silla poltrona no es para sentarme cuando buena me halle, porque mi postura ha de ser siempre de pié o de rodillas, sino que no teniendo cama donde recostar este asnillo cansadico cuando sufra enfermedades, descanse sobre la silla y, descansando en ella, espere la muerte, cuando la misericordia de Dios se digne concedérmela.

Comeré una sola vez al día y esto después de puesto el sol. No tendré en mi poder más dinero, que lo que tenga que gastar en el medio pan que coma; lo demás del jornal será para mis hermanos en J. C. que se hallen en necesidad.

En las habitaciones no tendré luz; las ventanas las tendré clavadas. Siempre tendré una lámpara ardiendo día y noche, a no ser que no tuviere aceite porque mi prójimo lo necesitase. A mis hermanos y sobrinos los diría que, si deseaban verme, fuesen el nueve de cada mes, mas el día que mis hermanos y prójimos me necesitaran en algo, todo lo sacrificaré, soledad, recogimiento, oración, mortificación y todo lo sacrificaré cuando alguno me necesite y, fuera de esta necesidad, no saldré para nada, ni por nadie, de mi soledad, recogimiento y oración.

Cuando me muera, pediré a mi párroco me den sepultura sin campanas.

En mi habitación no entrará ninguno de mi familia ni de los que no lo son.

Jamás quisiera quejarme en mis enfermedades. En ellas jamás quisiera tomar ni poner cosas que en mis dolores fuesen alivio. Jamás aunque de gusanos me viera comida, buscaré médico ni medicina; sino que con toda la alegría de mi alma yo viva sola, desconocida de todos hasta exhalar el último suspiro.

Ropa interior no gastaré otra que la túnica de alfileres el día de fiesta y los días de trabajo de esparto. Túnica exterior para el trabajo y para ir a la iglesia gastaré la que ahora tengo, pero siempre en casa vestiré el hábito de Carmelita.

En casa nunca gastaré calzado, siempre tendré los pies desnudos. Haré tres disciplinas al día y por la noche haré lo que mi confesor me mande. Si mi cuerpo deseara descansar, sobre la tierra le daré el descanso, sobre hortigas.

Agua de la copa gustaré nueve veces al día. A las seis de la tarde beberé agua de la jarra. En la boca siempre tendré un ramo de ajenjo, en desagravio de lo que se ofende a la Augusta Trinidad con las murmuraciones.

Todo lo escrito en este papel, con más lo que mi confesor me mande, lo ofreceré a la Augusta Trinidad en desagravio de lo que haya sido ofendido o disgustado de los sacerdotes, de esta indigna esclava, de D. Higinio y de mi confesor, o mejor dicho, de mi Padre espiritual.

Renuncio con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, a todos los goces de la tierra y del cielo desde este mismo momento, siempre que con tal renuncia pueda lograr la salvación de un alma, aparte de la mía.

Todo el fruto de ello sea para mayor gloria de Dios, justificación de todos los sacerdotes, salvación de todo el género humano, santificación de nuestras almas y de las almas interiores, triunfo de nuestra Madre la Iglesia, consuelo del atribulado Pontífice, culto al Corazón de Jesús y alivio de las almas del Purgatorio».

J. I. J. M.

III

Que, a lo menos en lo substancial, cumplía Francisca el plan de vida en el precedente documento contenido, es a todas luces evidente. Lo afirma repetidas veces el que era su director espiritual, don Laureano Ruipérez en escritos que tenemos a la vista.

Acaso venga también en confirmación de este hecho lo que nos cuenta doña María Fernández Cerón por estas palabras: «A los pocos días me dijo (Francisca); doña María, voy a pedirla un favor y es que permita a Andrea, chica buena que llevé de sirvienta, me ayude a bajar de la Villa algunas cosas de casa, pues voy a venir aquí. Con mucho gusto, lo que usted quiera y necesite, la contesté; en efecto, hicieron el traslado y me dijo la chica, pesaba mucho un saco que debía tener hierro y metía ruido al moverle; también unas piezas de madera grandes y como un palanganero de hierro, pero que no era eso, pues no tenía circunferencia arriba. (Este le vi yo)».

¡Cómo trae a la memoria esta narración los instrumentos de penitencia que comenzó a usar a raíz de su llamada conversión y que tendremos ocasión de mencionar en su propio lugar!

Todo esto prueba que Francisca acomodaba su vida, en cuanto le era posible, al plan que nos ocupa.

¿Para qué, sino había de escribirlo y someterlo a la aprobación del Director espiritual de su conciencia? No es temerario sospechar que, al leer este heróico escrito, habrá exclamado el Sr. Ruipérez: ¡Esta alma comienza la empresa de la santidad por donde otras la terminan!

CAPITULO XV

Continúa el Señor haciendo ver a su sierva las faltas en que incurría.

I

Toda la tarde yo qué mal estaba, no en el cuerpo, sino en el alma, qué de sequedad tan grande y qué mal; guardar silencio durante el trabajo yo no lo podía sufrir, qué gana yo tenía de hablar y mezclarme en la conversación con mis compañeras de costura. Yo toda me volvía decir:—Señor, dame que no hable esta tarde, que no me mezcle en conversación alguna, pero yo cada vez me sentía peor; yo no sabía porque estaba así.

Yo de pena empecé a llorar, porque yo no podía pensar en Dios ni un minuto, y yo quería y no podía pensar en El; yo deseaba anocheciera para ir a casa a ver si allí, en la oración, se me quitaba aquel mal estado en que yo me hallaba.

Anocheció y sin detenerme a decir adiós a mis compañeras, marché a casa, animada cuanto podía, me fuí derecha a mi habitación y allí me puse a hacer examen. Nada mas ponerme allí, vi la falta que parecíame la ponían delante y me decían:—Ve la causa del mal estado en que te hallas, y vi que era por no haber ido al cumplimiento de mis obligaciones cuando vi el reloj y vi que ya era hora; cuando esto supe, yo lloraba sin consuelo, y postrada en la presencia de mi Dios y Señor, puesto el rostro sobre el suelo, llena de pena y dolor, decía: Dios mío, que yo no sabía que esto te desagradaba, que yo no te quiero ofender nunca, dulce Bien mío, y yo no lo volveré a hacer, Vida

de mi alma. ¡Oh! Que yo no buscaba otra cosa que padecer tanto, sólo por agradarte, dice que naturalmente la dolía el corazón de tanta pena como tenía; así estuvo siete días.

II

Al fin de ellos en las altas horas de la noche, dice esta mi inseparable amiga, que se le apareció Jesús llamándola por su propio nombre. – ¿Me quieres agradar? Encanto mío, exhale mi corazón el último suspiro en medio de tantas penas, antes que yo otra cosa desee.

Con nada me agradas más, la dijo, que con el exacto cumplimiento de tus obligaciones, nunca creas agradarme si por darte a la penitencia, descuidas el cumplimiento de tus obligaciones, ningún acto de devoción, por grande y heróico que sea, me agrada tanto como me agrada el acto más pequeño hecho en el cumplimiento de tus deberes; aprende esto, hija mía, y sea una lección que no olvides en todos los instantes de tu vida; no podrás cooperar a los designios que yo tengo sobre tí, si no eres en esto muy solícita.

III

Desde este día sentí desaparecer una pesada carga que yo tenía, y era que yo como deseaba tanto padecer por Dios y amarle contínuamente, me era insoportable el tener que ir al taller, porque yo no podía darme allí a la penitencia y amor de Dios, porque hasta este día había yo entendido que el amor a Dios era dejarlo todo para no hacer otra cosa que estar siempre a sus pies postrada, olvidada de todas las cosas y no pensar sino en hacer penitencia. Este amor mal entendido, yo entendía... hasta este día; y esto me dejaba deseos de irme a un desierto donde nadie me estorbara; de esto que yo tanto deseaba y como esto que yo no sabía lo que hacer para conseguirlo, me hacía esto mucho padecer, y este padecimiento me hacía mirar todas las cosas de obligación, el cumplimiento de mis deberes, con desdén y desprecio, creyendo que esto no valía nada en el servicio del Señor.

¡Oh! qué engaños tan grandes yo tenía a los principios y cómo la Infinita Bondad y caridad del Señor me sacaba de ellos; sea por todo millones y millones de millones de veces bendito por esta Infinita Bondad con la cual me castigaba para tanto bien mío.

IV

Otro día me dieron cuatro cosas a hacer; imposible de yo en aquel día las pudiera concluir; esto me puso de mal humor, y a la hora de almuerzo me fuí a casa, me subí a mi habitación a llorar, porque yo no podía desempeñar aquel encargo que me habían mandado hacer aquel mismo día.

Estando llorando por esto, dice que se le apareció el Señor y la dijo:—¿Por qué lloras?; ¿acaso es mucho lo que yo te he confiado?; y si te lo confié superior a tus fuerzas, es para asistirte y ayudarte, y con esta mi ayuda y asistencia veas que mi poder está siempre dispuesto a ayudar a tu poquedad; nunca desmayes en lo que aquéllos, que son tus superiores, te confíen, porque no son ellos quienes te lo confían, sino Yo y Yo te mando mi gracia envuelta en aquello mismo que te confío, y con ella nada habrá que tú no puedas hacer y desempeñar.

V

Otro día estaba yo leyendo un libro que se llamaba *Combate Espiritual* y me llamó mi hermano; yo no le hice caso, seguí leyendo. En esto veo a mi Jesús Niño como de unos ocho años; traía en una mano una jarra de cristal llena de agua y acercándose a mí me dice:—¿Qué haces?—Leer, a ver si aprendo a amarte, encanto mío y todo mi bien. ¿Qué traes, le dije, en esa jarra?

—Agua muy dulce y sabrosa para dártela a tí. Yo con toda la prontitud posible cerré el libro, le dejé sobre la mesa y le dije:—Trae, bebo, encanto mío, y le eché la mano para que me diera la jarra.—Yo te hubiera dado esta agua sabrosísima si con la prontitud con que has dejado ahora el libro, lo hubieras dejado

para cumplir un acto de obediencia muy agradable a mi Padre; esta agua no se la doy sino a los obedientes.

Me acordé enseguida que mi hermano me había llamado y no le había atendido, y desapareció dejándome en el mayor desconsuelo por mi falta cometida y siendo por entonces tan continuadas sus visitas, en dos meses no le vi».

CAPITULO XVI

Enfermedad y curación misteriosas descritas por la Sierva de Dios.

I

HACE diecinueve años el veinticinco de Marzo, entré en mi soledad, y como tenía de costumbre, me puse delante de un cuadro de la Virgen de las Mercedes que mi madre, Práxedes, que en la paz del Señor descanse y de él eternamente goce, a decirle lo que le decía siempre que en mi habitación entraba: ¡Cuánto te quiero, Madre mía, cuánto te quiero!; si fuera mío todo lo que hay en Carrión y todo el mundo, te lo daba a Tí; pero cuánto te quiero, Madre mía; si yo fuera Dios, te daba para Tí sola todo el cielo; ¡cuánto, cuánto te quiero, Madre mía!; ¿por qué no me criaste antes, Dios mío, cuando vivía mi amada Madre, para haberla visto y conocido? Madre, qué gana tengo de verte. ¿Cuándo me llevarás, Dios mío, para ver a mi amada Madre?; yo no puedo vivir sin tí, Madre mía.

El calor, que yo en mi pecho sentía, creció tanto y me puse tan mal, que estuve ocho días en cama; yo no tenía calentura, tampoco tenía gana de comer, lo que tenía era gana de estar sola para hablar con mi Amantísima Madre, y sola no me dejaban ni un momento por el día, y por la noche iba mi madre, Práxedes, a dormir a mi habitación.....
como el médico no decía nada y mi madre quería saber lo que tenía, le preguntó a D. Sebastián Palacios, así se llamaba el médico, qué era lo que tenía; díjola el médico que él no sabía qué tenía, que aquella pos-

tración, en que siempre me hallaba, que no nacía de padecimiento físico, pues él me examinaba mucho y no me hallaba nada, que preguntara si padecía yo algún padecimiento moral, que llamara a mi confesor, a ver si hablando los dos, entendía lo que podía ser; dijo mi madre que enseguida le llamaría. Dije a mi madre:—Yo sola sé lo que tengo y en pocos días yo me pondría bien, si me dejaran hacer lo que yo quiero. Cómpreme V. una libra de peces, tres tortas de medio pan y una jarra de agua, y hasta que yo salga de aquí, ni venga V. ni me llame; lo hizo mi madre así, me dió lo que yo la pedí y me prometió no llamarme hasta que yo no saliera.

II

Enseguida que mi madre salió, como pude me levanté, cerré con llave, como pude me vestí, con mucho trabajo, pues no me podía tener, cogí el cuadro de mis desahogos y al cogerle fué tal la (impresión) que sintió mi corazón, que sin sentirlo, me caí en el suelo sin poderlo (remediar), volví un poco en mí y como me hallé en el suelo, procuré levantarme, mas era tanto lo que padecía mi corazón, que con el poco esfuerzo que hice para levantarme, me volvió otra vez la opresión y volví a perder el sentido; también perdí el habla y aunque volvía en mí, yo no podía hablar, mas yo dentro de mí decía:

– Madre mía, Tú y nadie más que tú, es la causa de mi muerte; vivir yo no deseo, al cielo yo nada mas morir no iré, si Dios no me perdona yo no me salvaré, y si me perdona, iré al Purgatorio donde no te podré ver; allí cuántos años estaré, y sin verte, Madre mía; que si deseo morir, es sólo para verte, y si ahora muero, yo no te podré ver, yo no puedo vivir sin tí, Madre mía, Madre de mi corazón.

¡Oh cielo! ¡Oh Patria mía! ¡Oh Angeles, Santos y Bienaventurados! Qué felices sois gozando para siempre, para siempre, de mi Amantísima Madre.

¡Oh Trinidad Santísima! ¡Oh Jesús, Dulcísimo Redentor mío!; acuérdate que cuando tanto en la Cruz padecías, me la diste por madre. ¡Y me moriré sin verla!

Déjame verla, Dulcísimo Redentor mío, mira que me ama mucho, yo no merezco que me oigas, pero te lo pido por el favor que de ella recibiste. Tú deseabas glorificar a vuestro Padre; para ello querías hacerte hombre; ¿quién tenía la Purísima Sangre de donde debía formarse tu Santísimo Cuerpo, sino ella? Que se..... entre los hijos de Adán, donde pudiera morar tu purísima alma? Sólo le tenía mi amadísima Madre; verdad es que todo de tí lo había recibido, pero se lo habían dado libremente para ello... ....., por eso si ella no te hubiera dado tan pronto consentimiento, Tú no hubieras tan pronto satisfecho tu deseo. Pues por ésta..... y por ese purísimo seno que te dió tan pronto como se lo pediste, dame por este favor que mi Amadísima Madre te hizo, que .... sin antes ver a mi Amadísima Madre.

III

No hube concluído de manifestar al Señor estos mis deseos de ver a mi Amadísima Madre, cuando sentí que mis potencias y sentidos eran arrebatados por una encantadora música que yo a lo lejos sentía. Abrí los ojos y vi en mi habitación una grande claridad..... ..... rayos de luz hermosísimos, yo no pude fijarme por donde entraban..... cuando esto vi, me turbé y perdí el sentido.

Sentí enseguida que, cogiéndome la mano derecha, me decían: Francisca, hija mía, no temas; en la voz conocí que era mi Amadísima Madre. Lo que por mí pasó, imposible me es poderlo explicar; al ver su hermosura, sino es por un milagro, yo hubiera dejado de existir, por no poder sufrir lo que sentía y veía. No parecía estar yo en mi habitación, sino en todo el espacio de la tierra.

Vi millares de ángeles, formados con túnicas blancas y cinturones dorados, todos tenían instrumento que tocaban. Después de estos formados, también vi muchos Santos y Bienaventurados, y entendí eran los que durante su vida habían puesto en ella toda su esperanza y la habían amado como a su más tierna y cariñosa Madre. Vi después un sin número de Vírgenes,

que sin cesar cantaban alabanzas en honor de la pureza virginal de la Madre de Dios hecho Hombre. Vi nueve ángeles con ropajes dorados y bandas encarnadas desde el hombro derecho, y les caían por debajo del brazo izquierdo, con sus alas sostenían gruesas nubes, sobre las que estaba mi encantadora Madre, despidiendo de sí tales rayos de luz y hermosura, que algo me estorbaba ver su cara; yo no vi el color de su vestido; parece estar vestida de luz y hermosura y despide de sí tal fragancia, que yo no puedo decir cómo es.

A su lado vi a Nuestro Santo Padre y a San Francisco de Asis, San Francisco a la derecha, Nuestro Santo Padre a la izquierda. Tenía Nuestro Santo Padre en sus manos una copa preciosísima dorada, vi como se la..... amada Madre y acercándose a mí me dijo: —Gusta, hija mía, de este precioso licor, él llenará de salud tu cuerpo, de deleite a tu alma..... de amor.

Te hago saber, hija mía, que el modo con que me manifiestas el amor que me tienes, ha complacido a mi Hijo y a Mí, por El te es dado un don sobre todo don, la caridad. Con él nos amarás con todo tu corazón, guárdale como el más precioso tesoro que en la vida has de tener, y para mejor guardarle..... al mundo, no tengas amistad con las criaturas, vive desde hoy consagrada al servicio del Señor, sea, hija mía, tu entretenimiento la oración ..... a mi Hijo y a Mí; por ella y en ella te hará el Señor conocer su voluntad y te dará cuanta gracia necesites para servirle.

IV

.....gusta, hija mía Francisca, de tan precioso licor; gusté y sentí grande deleite en mi alma, mi cuerpo lleno de vigor, pues por muchos años no sentí sino una agilidad, que nada me fatigaba ni cansaba ni me hacía padecer, y en mi corazón sentí el amor que me prometió..... un hambre de amor que en diecinueve años no se me ha quitado, y cada día crece y aumenta; a los pocos instantes de gustarlo perdí el sentido.....

sola me hallé sin que yo nada viera ni sintiera de lo que.....; todo me parecía un instante, mas habían ya pasado siete días y tres horas; para no llamar la atención a mi madre, guardé los peces y las tortas, pues yo ningún gasto hice, porque no tenía gana de comer, yo no sé si mi madre sentiría algo; cuando yo salí, llorando estaba».

V

CAPITULO XVII

Francisca a servicio de la Compañía de Jesús.

I

VEINTICUATRO años debía tener la Sierva de Dios cuando se puso a servicio de la Compañía de Jesús, y en él perduró durante unos treinta y ocho años; o sea, desde 1880 hasta 1918.

Entre los escritos de la Santa poco hallamos acerca de esta materia; por eso tenemos que ayudarnos de testimonios ajenos, los cuales, por no pasar de la corteza, no tienen eficacia para describirnos el interior del alma de Francisca.

Cuando Francisca abandonó a su antiguo taller y se pasó al Colegio del Sagrado Corazón, tenía éste su costurero en unos pequeños locales existentes entre el mediodía del edificio y la huerta.

Más tarde, cuando se cerró el Colegio de Segunda Enseñanza y se instaló en él uno de los Noviciados de la Provincia de Castilla, el costurero hubo de trasladarse a la antigua fonda, propiedad del mismo Colegio (1).

Todavía sufrió el costurero otra tercera transformación, pues la fonda entera, y por lo mismo el costurero, se convirtió en Escuela Apostólica, si bien se dejó en ella una habitación para Francisca, como se dirá más adelante.

---

(1) Era ésta una casa de nueva construcción donde se hospedaban las familias de los alumnos del Colegio. A pesar de haberse éste cerrado y de haberse aquélla dedicado a otros fines, continuó dándosele el nombre de fonda.

II

De Apóstol nos atrevemos a calificar la vida de Francisca en este último costurero; su palabra y, sobre todo, su ejemplo, hizo de las veinticuatro jóvenes que en él trabajaban, una especie de Comunidad Religiosa. Este nombre le da una de las que de él formaban parte, la actual Priora de las Jerónimas de Toledo.

¿Cómo no, si la veían mortificarse hasta el extremo, si contemplaban en su exterior los inflamados afectos de su alma para con Dios, viéndola obligada en ocasiones a salirse del local y marcharse al bosque a dar rienda suelta a los sentimientos de su corazón?

Privarse de alimento y de bebida, aun en pleno verano, era cosa de todos los días

Pero lo que más las movía, era ver la especial providencia de Dios sobre ella. Con los ojos puestos en la imagen del Sagrado Corazón, cosía Francisca mecánicamente, sin fijarse en lo que hacía; y ¡cosa admirable!, no se equivocaba, la labor quedaba bien hecha

Todavía más, aunque ignoro si esto llegó a conocimiento de las demás costureras. Ocurría algunas veces que el Hermano ropero encargaba a Francisca una sotana o una dulleta para un Padre que tenía que marcharse al día siguiente. Daba ella sus disculpas, cosía de noche sin lograr terminar la prenda. Bien de mañana iba a la iglesia a oir Misa y comulgar ¡Prodigio extraordinario! Al llegar al costurero, hallaba totalmente acabada la prenda que con tanta urgencia se le había pedido.

Además del ejemplo, influía también con la palabra y con el consejo en las oficialas del costurero; las aconsejaba, tal vez les exigía, que oyesen Misa diariamente, las obligaba a oir media hora de lectura espiritual todos los días, lectura que ella misma hacía; rezaban el Santo Rosario, y para amenizar el trabajo y enfervorizar a la vez el espíritu, se cantaban cánticos piadosos; tenía Francisca una voz dulce, aunque de poca extensión, lo que le permitía acompañar a sus compañeras en el canto.

Como el prestigio de Francisca era por aquel entonces muy grande, el ejemplo que daba y las exhortaciones que hacía, fueron de mucha eficacia, como lo prueba el gran número de vocaciones religiosas que obtuvo.

¡Quién lo creyere! A pesar de todo esto, tuvo que sufrir la Esposa del Crucificado algunos desaires y no pocas ingratitudes de sus mismas compañeras. En el costurero donde trabajó de niña, tuvo que oir insultos que aún hoy recuerdan algunas personas; y en el costurero del Colegio hubo de soportar, eso sí, con gozo, que se la tuviera por una ilusa o tal vez embaucadora, como se verá más adelante.

III

Cerrado el costurero de la fonda, se instaló en ella, según se dijo ya, una Escuela Apóstólica incipiente, al frente de la cual la Compañía colocó a Francisca. Costeaban la estancia de los jóvenes allí reunidos algunas familias piadosas.

El influjo de la Sierva de Dios en la formación de aquellos jovencitos no puede ponerse en tela de juicio. Ellos mismos, que son hoy Padres de la Compañía, se admiran del buen espíritu y de la inocencia de vida que allí reinaba. Y esta admiración es en dichos religiosos mayor, porque tocan con las manos las dificultades con que se tropieza hoy en los colegios para evitar las caídas de los alumnos en el pecado y para urgirles el cumplimiento de la moral cristiana.

Y en la fonda de Carrión, sin la mayor parte de los medios de que en los colegios se dispone, vivían aquellos jovencitos casi como ángeles.

¿Cómo se explica esto? Muy sencillamente; por la misma razón que el Santo Párroco de Ars hacía maravillas en la conversión de las almas a pesar de su escasa cultura científica. Pero era santo y la santidad es mucho más eficaz en las obras de celo, que la ciencia y la elocuencia más excepcionales.

Francisca era santa, como lo era Vianney; por eso, como él, hizo tanto bien en la incipiente Escuela Apostólica, como lo hiciera antes entre las costureras.

Como si esto fuera poco, ella costeaba la estancia de algunos jóvenes a los que la generosidad de las aludidas familias no podía alcanzar (1).

Cuenta D.ª María Fernández que un día la dijo:—Cuando V. vaya al cielo, cuántas religiosas y religiosos van a salir a su encuentro.

La respuesta de la humilde Francisca fué asentir a aquella afirmación, y añadir que realmente sentía grande atractivo por fomentar vocaciones religiosas.

Y que este atractivo no se quedaba allá en la región de las ideas, lo prueba que, según afirmación de D.ª María Ballesteros, llevó Francisca al claustro más de ciento cuarenta religiosas. No hay para que decir que pagó a varias el dote, y ayudó a costear el viaje o el equipo a otras muchas.

IV

Hacia el año de mil novecientos diez y ocho, al dividirse la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús en dos, conservando la primera el nombre primitivo y dando el de León a la segunda, Francisca hubo de abandonar la Escuela Apostólica. Entraba en los planes de los Superiores, darle mayor amplitud y esplendor.

Ofreció Francisca, sin duda, al Señor el sacrificio que se le pedía; pero como si aquel fuera pequeño, la ejecución del plan de los PP. no poco le aumentó. Encargó el Rector, P. Fidel Quintana, a un Hermano Coadjutor que procediese a recoger de la fonda las cosas del colegio, para proceder después a las obras de adoptación necesarias. El Hermano ejecutó con

---

(1) Ni puedo ni quiero ocultar que en el régimen de la incipiente Escuela Apostólica hubo algunas deficiencias. La limpieza y las comidas dejaban algo que desear.

No es esto extraño; la educación de Francisca y el género de vida a que desde su niñez se había dedicado, no la capacitaron suficientemente para el cargo que desempeñaba.

En cambio el copioso fruto espiritual obtenido durante su intervención en la citada Escuela, compensó con creces aquellas deficiencias.

Así lo aseguran algunos religiosos fidedignos que fueron por mí consultados.

tan buena fe su cometido, que se llevó las cosas de Francisca, y entre ellas la máquina de coser, que era propiedad suya.

De no ser una santa, ¿habría callado, como lo hizo? Este hecho, rigurosamente histórico, prueba a las claras la solidez de la virtud de la que se consideraba hija de la Compañía.

CAPITULO XVIII

Bienes de la vida interior y peligros en que se puede tropezar.

I

ALECCIONADA por la propia experiencia y sobre todo por la luz del Cielo, escribió la Sierva de Dios una exhortación en favor de la vida interior. Su conocimiento nos manifiesta el alma de Francisca y hace ver la solidez de sus conocimientos espirituales.

«Mas antes de hablarte de la vida interior, hermano mío muy amado en el Señor, quisiera decirte que no te acobardes a vista de lo que aquí últimamente vengo diciendo, de lo mucho que hay que sufrir, porque si hay que sufrir, hay muchísimo más que gozar sin comparación, que lo que hay que sufrir; esto no lo entenderán, dice esta mi inseparable amiga, sino aquellos que lo hayan experimentado, mas yo te hablaré algo para que nos podamos entender.

Dice esta mi inseparable amiga, donde hay amor, nada cuesta, todo es dulce, y llevadero; mirad, dice esta mi inseparable amiga, a los del mundo cuando de veras aman a una criatura, a trueque de gozar solo de su presencia aunque no sea más que verla un abrir y cerrar de ojos, qué desvelos, qué largas vigilias; ellos no hacen caso que llueva, que nieve, que hiele, que haga lo que quiera, si ellos saben que el único medio que tienen para poderla ver es de noche, nada les importa con que ellos logren ver aquella persona a quien tanto aman y que esperan; ¿qué les va a poder dar esa criatura?; nada y nada esperan, solo que

su corazón ama, y el amor hace dulce y llevadero todo lo amargo.

Cuando se ama, nada cuesta, el amor hace invencible al que le tiene; pues busquemos amor y para hallarle, entremos en amistad con el Señor, que su amistad es la que produce este amor tan fino, tan heróico, tan desinteresado que le han tenido las almas agradecidas con cuyo amor caminaban tan gustosas y gozosas a dar la vida por El.

II

¡Oh! si estas almas, que buscan lo dulce de la virtud, supieran lo que hay oculto en el sufrimiento, si supieran que mirando a un lado lo que se pena y padece, y a otro lo que se goza, se puede exclamar y decir al Señor:

¿Por qué así nos engañas, por qué pones de muestra lo que no tienes, por qué a los principios pones tan punzantes espinas, siendo así que no es vida, sino deleites, por qué anuncias vida combate, con lo cual el alma se asusta y retrocede, pensando que ella no puede pelear y mucho menos vencer, cuando he visto por propia experiencia, que es tu gracia la que se pone al frente del combate, y ella pelea y ella vence y ella triunfa siendo sólo lo que al alma pena, temores de perder aquella vida que goza? ¿Por qué así nos engañas?

III

¡Oh! Quién me diera recorrer el mundo y decir a todas las almas consagradas al servicio del Señor; adelante, no acobardéis, que aquí existe el paraíso que perdieron nuestros primeros padres; adelante, que os pertenece; no dejéis de trabajar hasta que en ella os halléis, adelante, no hagáis caso de esas espinas que al entrar en ella se hallan, que tanto punzan, que el dolor, el trabajo y la pena no es más que hasta entrar, y después qué vida tan llena de encantos, de dulzuras y de deleites; entrad y no temáis, aquí si entráis, no os echará el Señor como echó a nuestros primeros padres; de aquí el Señor no echa si nosotros no nos salimos; y salirse, ¿quién se saldrá?, si el que

allí entra y ve los sitios y puertas por donde se sale, arrodea por no verlas, se acongoja al recordarlas.

¡Oh! que es muy difícil salir después que allí se haya entrado, porque si el enemigo, envidioso de que el alma adquiera y goce lo que él perdió, trabaja sin descanso por engañarla, son tantas y tan abundantes las luces que da el Señor al entendimiento, que ve con ellas todas las astucias y lazos que la arma para hacerla salir de allí y sabiéndolo el alma, ¿será fácil que el enemigo logre sus intentos?

IV

El mundo, cuando se vive esta vida interior, ningún daño te causa, antes te sirve de ayuda para perseverar en tu vida comenzada; porque allí con la luz, que da el Señor, se ve con claridad sus falsedades y mentiras; ve que el mundo no puede dar más que lo que tiene, y que el mundo tiene que dar a todos los que le siguen sus continuados sinsabores; y ella se ve cercada de consoladoras promesas cumplidas a cada instante, y en su cumplimiento recibe más que lo que le habían prometido.

V

Te harán salir las pasiones; nunca lo creas. La caridad es espada de dos filos, que a todas mata y destruye, y la caridad mientras nosotros voluntariamente no nos salgamos de este nuevo paraíso, nunca nos ha de faltar; así que, hermanos míos en el Señor, ni al demonio, ni al mundo, ni a las pasiones hay que temer porque mientras aquí vivas, dice esta mi inseparable amiga, las pasiones, el mundo y todos los habitantes del infierno estarán siempre ante tí como ejército sin armas; ellos siempre en campaña, pero sin las suficientes armas, sin poder alguno para hacerte ni la más pequeña derrota.

VI

Pero sabe también, hermano mío en el Señor, lo que dice esta mi inseparable amiga, y es: que lo que

no nos puede hacer ni el demonio, ni el mundo, ni las pasiones, nos lo puede hacer un pensamiento vano, una vana complacencia; es increíble el poder de esta ratera pasioncilla; ella es al parecer muy pequeña, pero es dañina, como las víboras venenosas que, al que pican, infeccionan con su veneno hasta causar la muerte cierta y segura; lo mismo, hermano mío, es esta raterilla pasión, ella se oculta en lo más escondido de nuestro corazón y hace ver al alma y a todo nuestro ser que no existe en nosotros, pero que existe en todos los hijos de Adán, en unos con mucha vida, en otros existe como expirando, pero no acaba de morir hasta que el corazón no exhale el último suspiro (1).

De esta pasioncilla da Dios grandes conocimientos, porque el Señor, dice esta mi inseparable amiga, da a las almas interiores claros conocimientos de todas las cosas que producen daño a sus almas por pequeños que estos daños sean, porque al fin, grande o pequeño, el daño es daño y el Señor no consiente ni lo puede su caridad inmensa consentir ni quiere que el alma por ignorancia sufra ni el más pequeño arañón de nadie que es lo menos que nos podría suceder.

VII

¡Oh, qué conocimientos tiene el alma que vive vida interior de esta pasioncilla; llámala mordedura de Satanás a nuestros primeros padres y en la mordedura la dejaron el aguijón de la envidia y la soberbía, alma y vida de todas las demás pasiones que atormentan! Llámale gigante infernal que a todo un Dios desafía; llámala ladrón ratero que roba a cualquiera hora con la mayor destreza y agilidad, que no tiene otro oficio que asesinar a los hijos más amados de Dios; llámala amigo falso que se deleita en tener acogida en los que habitan en la casa del Señor, para herir de muerte a todos los que allí habitan, que todo

(1) En este pasaje aparece de relieve la viveza con que la Esposa del Crucificado aprehendía y expresaba sus conceptos y sentimientos.

su contento y gozo es afligir el corazón de un Dios Hombre, echándole en cara que con todo su amor paternal no conquista tantos corazones para sí como él conquista.

¡Oh Dulce Bien mío! Vengan millones de infiernos sobre mí antes que un vano pensamiento o una vana complacencia; no consientas que yo salga jamás de mí, para así poder ver a esta pasión ratera, mónstruo infernal, única cosa que me puede en un instante hacerte perder para siempre.

¡Oh Dulce Bien mío! El alma interior gózate contínuamente como te gozaba el Angel; te perdió en un instante, pues en un instante te puedo yo perder para siempre con un pensamiento vano.

Sálvanos a todos, ¡Dulce bien mío!, vengan antes mil martirios, mil muertes, millones de infiernos, antes que un vano pensamiento.

No puedo continuar, Padre».

CAPITULO XIX

Luchas que sostiene para alcanzar la virtud de la obediencia y gracias que para ello recibió del Señor.

I

Las personas, sólidamente virtuosas, hallarán en las páginas de la Sierva de Dios, que van a transcribirse, una prueba más de que todos, aun los más santos, tuvieron que sostener combates más o menos prolongados y más o menos violentos para adquirir las virtudes sólidas y perfectas.

Francisca no fué una excepción, como lo demuestra el escrito que sobre la virtud de la obediencia nos dejó y es como sigue:

«A los últimos de este estado primero de oración, siempre que a ella iba, poníame Dios delante la virtud de la obediencia. ¡Oh, qué cosas yo de ella entendía! Y como yo era tan desobediente, tuve mucha pena el no tener esta encantadora virtud; porque yo de niña siempre tenía esta costumbre malísima y pésima de hacer todas las cosas por antojo y capricho y era tanto lo que esto me dominaba, que para daros algo de ellos a entender, os diré lo que hacía.

Iba yo a hacer alguna cosa de casa y si al tiempo de ir hacerla me lo mandaban, pues yo no lo hacía sólo porque me la habían mandado.

Me acuerdo de una vez que, estando sentada para cenar, eché de menos el vaso; yo sin decir nada, me levanté por él; pues al levantarme, como los demás no sabían dónde yo iba, me dijeron:—De camino que vienes, traes para acá el vaso.

Oirles y sentarme, todo fué uno, y cuánto por esto me castigaron; pues por más que hicieron, no pudieron lograr que yo les obedeciera y les trajera el vaso. Y de estas cuántas yo hice; esta ha debido ser la pasión dominante que siempre he tenido, y como es mi pasión dominante, todavía hallo raíces en mi corazón, pues no hallando dificultad para nada, algunas veces veo que hallo dificultades en algunas cosas que me son mandadas hacer.

Esto yo no lo quería tener, lo quiero arrancar de mi corazón y no puedo, sin duda ninguna me lo deja el Señor esto porque quiere que esta pasión que yo no dominé y dejé que tanto arraigara en mi corazón, que tanto con ella perdí, y esto lo digo por la propia experiencia, me confirma más y más que esto es así; si practico una virtud veo que en aquella virtud voy ganando más, si domino esta pasión y no me dejo de ella vencer, este solo ejercicio me lleva a la práctica de todas las virtudes y a perfeccionarme en todas ellas. Esto digo que es así, porque la propia experiencia me lo enseña mucho; te extrañará, hermano mío en el Señor, que yo te hable de esto ahora, pero me ha parecido muy conveniente decírtelo para que mejor y con más facilidad puedas entender el por qué el Señor, a los principios de la vida interior, me hacía tanto ejercitarme en esta virtud de la obediencia, que quería que hasta los niños yo obedeciera por su amor.

II

¡Oh Virtud de la obediencia! Qué valor tan grande el Señor te ha dado, en qué precio tan grande te sacó la Sabiduría Infinita; cuando te contemplo y veo lo que eres y vales delante de Dios, no me admiro que, al despreciarte nuestros primeros padres, nos mandara el Señor a toda su descendencia los males que todos experimentamos en justo castigo por no haberte apreciado.

¡Oh Dulce bien mío!; que me entretengo en esto y no sé salir de aquí; quitadlo ahora de mi memoria y traédmelo, cuando no escriba, para darme entonces a pensar detenidamente en su valor para saberla apre-

ciar, crecer en ella y perfeccionarme más y más en ella cada día.

Un día estaba yo pensando qué haría yo para adquirir esta virtud de la obediencia, y me ocurrió obedecer a todos; llegaba la ocasión de obedecer, y no podía obedecer como yo quería y entendía había de obedecer para practicar con perfección esta preciosísima virtud.

Un día yo lloraba amargamente por no poder practicar esta virtud y no saber el medio de que me había de valer para conseguirla, y apareciéndose mi amado Jesús me dijo:—¿Me quieres servir?

Vida de mi alma, le dije:—Todos los instantes de mi vida los quiero emplear en tu servicio, no quiero servir a otro que a Tí, y si a las criaturas he de servir, sólo las quiero servir por tu amor; pues gózate, hija mía, que en mi servicio, cuanto se desea por mi amor, se llega pronto a poseer, porque no deseo más que ver en los míos deseos para yo llenarles hasta quedar saciados; mas con una condición que me lo han de pedir con humildad y confianza, y con esto poseerán todo cuanto desean, mas si quieres practicar esta virtud con toda perfección, necesario te es renunciarte a tí misma; yo que por lo mismo que tenía el vicio tan contrario a esta virtud, la deseaba tanto tener para con ella arrancar de mí el vicio, no hallaba ninguna dificultad en poner todos los medios deseándolo, pidiéndolo y renunciándome a mí misma, cuanto me fuera posible; yo sentía haber de mí desaparecido ese espíritu de contradicción que yo siempre había tenido, pero yo aunque obedecía, me costaba lo que nadie podrá imaginarse; como tanto me costaba, yo no quería que me costara, lloraba sin consuelo porque mandarme hacer una cosa, fueran grandes o pequeñas, conmovérseme los huesos y sentir movimiento hasta en mi sangre, todo era uno, para mí no había consuelo al notar esto, un día cuando esto sentí, fuí a los pies de Jesús Crucificado y postrada en tierra le decía:—Jesús, dulce bien mío, ¿Tú crucificado? ¿Y por qué?, por conquistarnos lo que perdimos por una desobediencia, y ¿Tú crucificado y yo no la he de amar?; ¿no la he de tener aunque me cueste la vida? Yo quiero a todo trance conquistar para siempre esta virtud.

¡Oh! que hasta los huesos se me conmueven cuando la veo venir. ¿Cuándo te amaré? ¡Oh!, que sin Tí mis obras no son de ningún valor (1), y aunque lo fueran. ¡Oh! que te veo de asiento en el corazón de mi Jesús Crucificado; ven, virtud santa, que yo te quiero dar acogida en mi corazón, ven y hazte dueña de mi querer, para que yo ya no tenga más querer, que el de obedecer lo que todas me manden, sean ancianas o niñas.

¡Oh! cuánto me domina esta pasión, Jesús mío por mi amor crucificado, y ¿yo no crucificaré este vicio, esta pasión? Sí, Dulce Bien mío, ayúdame con tu divina gracia, que yo haré cuanto pueda por arrancar de mí esta pasión dominante. Me levanté de los pies de mi Jesús con hambre de encontrar ocasión para cumplir esto de obedecer a todas para cumplir lo que a mi Dios prometí.

III

Nada más salir de casa para ir al cumplimiento de mis obligaciones, ya hallé ocasión, pues aún no me había sentado, y me dijo una de mis compañeras de costura: – Dime cómo plancho esto; que cuanto más lo plancho, más arrugas tiene; oirla y sentir el movimiento que dentro de mí me hacía la pasión, todo fué uno; mas yo, que hacía nada de tiempo, había prometido a Dios vencerme, levanté los ojos al cielo con el mayor disimulo posible y con ellos el corazón y dije dentro de mí: Dame tu gracia, Dios mío, que yo me quiero vencer; en el mismo instante me hallé yo misma no sé decirte cómo; me senté y con la mayor alegría de mi alma, la cogí la labor, se lo hice y con una dulzura muy ajena de mí, la dije cómo lo había de hacer si otra vez la ocurría. Concluir de hacérselo y sentir en mi alma a torrentes la consolación divina, todo fué uno.

Yo dentro de mí no cesaba de decir al Señor:—Jesús, amor mío, ¿que me das?, ¿no soy yo la que he recibido tu gracia divina, con la que me he vencido?,

---

(1) Frase que, aunque excesivamente encomiástica, demuestra la elevada idea que tenía de la obediencia.

¿cómo me das ahora a torrentes tu consolación como si Tú algo de mí hubieras recibido?

¡Oh Amor de Dios! para esta su criatura, y como cortada la voz por la abundancia de lágrimas, pues ni aún interiormente hablar podía, decía:—Como si yo algo le hubiera dado, como si de mí algo hubiera recibido y yo nada le he hado; yo de El su gracia he recibido. ¡Oh! con qué te pagaré lo que hoy me has dado, vencerme, tan imposible a mis fuerzas.

¡Oh día feliz! vencerme con la gracia del Señor y ¿qué hice para merecerla? Nada, pedírsela, nada más hice. ¡Oh encanto de mi alma! Cómo escuchabas, cómo me atendías, como si nadie existiera ni en la tierra ni en el cielo más que los dos, así me has atendido. ¡Oh! cómo te debo amar, Dios mío, Dios mío.

IV

Entretenida yo estaba con estos desahogos, que eran otra gracia que el Señor me daba, cuando de repente siento que un poder, nunca sentido hasta ahora, recogía mis potencias y sentidos y pareció meterme en el centro de mi alma; cuando allí me vi, miré con los ojos de mi alma y allí vi como de asiento a Jesús.

Yo parecía me veía allí como recostada sobre su lado derecho; mis potencias gozaban de un reposo dulcísimo. Me pareció que estaba gozando de un dulce sueño recostada sobre mi Amado Jesús. Yo hablar no le oí, pero cuántas cosas entendí en aquel reposo y descanso que sentía mi alma.

Así pasé toda la tarde sin darme cuenta si en este mundo estaba; en toda la tarde no sé si hablaría, yo nada oí, hasta que me dijeron vamos a casa; cuando miré, vi que ya había anochecido, y a mí me pareció un instante.

Con esto, empecé yo a pensar si sería esta la vida interior; cuando llegué a casa, me fuí enseguida a mi habitación; apenas me había puesto de rodillas, cuando la Infinita Bondad del Señor se dignó enviar una luz clarísima a mi entendimiento, con la que entendí que esa era la vida interior; pero que no era en vivir allí vida de consuelos, sino vida de sufrimientos.

Entendí y vi cómo en la vida interior estos sufrimientos producían en el alma un gozo y alegría inexplicable, y entendí cómo estas alegrías y estos gozos producían otros nuevos sufrimientos, con lo cual entendí que la vida interior es vida de dolor y sufrimiento, de alegrías y consuelos, y luego con la experiencia quedé convencida que es así como yo entonces lo entendí.

Yo como tenía tanta gana de padecer, gozábame en que teniendo esa vida, yo había de hallar lo que tanto deseaba, y en esto me engañé, pues yo no sabía que hubiera otros padecimientos que los dolores y enfermedades, y como yo tanto esto lo deseaba, gozábame sobre manera; y qué sufrimientos yo hallé tan grandes y desconocidos.

¡Oh Dulce Bien mío, Sabiduría Infinita!, ¿si esto a los principios dieras, quién se atrevería a seguirte?; pero esto das cuando ves que ya en el corazón no hay otro deseo que el de sufrir por tu amor».....

CAPITULO XX

Lecciones de María Santísima a su Sierva.

I

No puede menos de extrañar que una mujercilla que no tuvo otros estudios que los de la escuela, haya poseído una suma tan grande de conocimientos sobre materias no poco difíciles.

Cesará esta admiración si se advierte que tuvo maestros del cielo; uno de ellos fué la Santísima Virgen.

Así lo dice Francisca en una cuenta de conciencia y, aunque habla en tercera persona, es cierto que a sí misma se refiere. Nadie da cuenta de conciencia de personas extrañas.

Había hecho al parecer la Sierva de Dios mucha penitencia corporal, tal vez excesiva. Lo demás nos lo dirá ella misma:

«Sintió que la cogieron el brazo y al mismo tiempo la dijeron:—Basta, hija mía, basta, y volviendo la cabeza, vi, dice ella, a mi Encantadora Madre; traía en su mano un pañuelo blanco y con él toda me limpió quedando en el mismo instante mi cuerpo sin señal alguna de padecimiento. Dice que enseguida continuó hablando y la dijo:

—¿Qué pretendías, hija mía, con tanta penitencia? y dice que ella contestó:—Complaceros a Vos, Madre mía, y arrancar la tibieza que siento en el servicio de Vuestro Hijo, mi Dios y Señor.

—Sabe, hija mía, que la penitencia no es el medio de que te has de valer para quitarla; mira, hija mía, la penitencia es muy buena y necesaria; ella es el

mejor medio de que te puedes valer para vivir sujeta al yugo del Señor; mas si te das sólo a la penitencia sin darte a la mortificación, tu corazón se llenará de soberbia y no conseguirás el Reino prometido a los humildes y mortificados; muchos penitentes están ya privados de la presencia del Señor eternamente, mas allí no irá ningún mortificado y, si deseas hoy hacerme algún obsequio, sea, hija mía, el que yo te voy a indicar.

II

—Mira, hija mía, si me quieres complacer, esta vida desde hoy has de empezar: y lo primero que has de hacer ha de ser evitar todo trato y amistad con las criaturas y jamás con alguna tener amistad particular; para que esto sea fácil hacer, has de procurar estar muy recogida dentro de tí, y allí has de estar siempre con mucha atención, escuchando lo que te pide el Señor y lo que te pide tu naturaleza; lo que te pida tu Creador y Señor, has de dárselo sin dilación, y lo que te pida tu naturaleza, has de negárselo con firme resolución; para que tu Creador y Señor te pida, has de entrar en su amistad, porque El sólo a sus amigos es a quien pide y sólo de ellos es de quien espera, y esto que espera de tí, El te lo ha de decir cuando haya entre los dos amistad, y esta amistad la has de conseguir y la has de conservar siempre con la mortificación, y la mortificación ha de crecer o ha de disminuir, según la gracia que tengas, y ésta para que nunca te falte, has de estar pidiéndosela contínuamente al Señor, y ésta el Señor te la dará tanta cuanta tú la pidas, y esta gracia, hija mía, que da el Señor a aquellos que se la piden, tiene un poder especial para llevar al alma a la unión con su Dios, y esta gracia, hija mía, da el Señor en muy alto grado a todos los que están en amistad con El.

Hoy, hija mía, miró el Señor tu deseo y se ha complacido en tu penitencia, ¿qué quieres que te dé por lo que tú me has dado? Dice esta amiga mía que, deshecha en lágrimas de dolor por una parte y de consuelo por otra, no pudo responder; entonces la Santísima Virgen dice que la estrechó contra sí, y la dijo:

III

—Hija mía, yo por el obsequio que hoy me has hecho, te digo que el que es Todopoderoso y es mi Creador y Señor y es la fuente de las misericordias, me ha hecho depósito de sus gracias, y para su gloria ha querido que yo sea la dispensadora de todas ellas, y para gloria suya te doy cuanta gracia necesitas para no volver a caer en el estado de tibieza en que te hallas; mas yo, hija mía, que te dispenso tan señalado favor, te pido que jamás vuelvas a tener amistad particular con ninguna criatura; todo el poder de tus enemigos no podrá jamás separarte de tu Dios y Señor, ni romperán jamás la amistad que con El has de tener; pero si esto no te lo puede hacer perder todo el poder del enemigo, te lo puede hacer perder una amistad particular.

Mira, hija mía, que si toda y para siempre te consagras a Dios, has de guardar para El todos los afectos de tu corazón, y nada hay que más poder tenga para robártelos, que la amistad particular; para librarte de la amistad particular, has de evitar la conversación y trato con todas las criaturas, y esto lo conseguirás fácilmente con el ejercicio de la mortificación, porque ella, hija mía, te llevará a Dios, y estando con El, jamás desearás la amistad con las criaturas, y quitado esto, hija mía, pronto esa amistad, en que has de vivir con tu Dios y Señor, crecerá tanto, que por ella te dará el Señor a gustar de las dulzuras que tiene reservadas para sus fieles amigos.

Cuando esto, hija mía, el Señor te dé, has de amar mucho el retiro, y no has de salir de casa, si no es por necesidad; y cuando la necesidad te obligue a salir de ella, te has de ejercitar mucho en la mortificación, y cuando en casa estés, te has de ejercitar en la oración y en la penitencia; con la mortificación conservarás las virtudes que tienes y adquirirás las que no tienes; con la penitencia vivirás según la ley de Dios, y con la oración te conservarás en amistad con tu Dios y Señor; y por ella te dará el Señor su gracia, con la cual fácilmente lograrás la santifición de tu alma; guarda, hija mía, en secreto todo cuanto Dios te dé, para que así puedas crecer más y más en humildad.

Si encuentras alguna vez alguna criatura que te diga: Dios me favorece, Dios me regala, no la descubras los secretos de tu corazón, mas si hallaras alguna, interior y mortificada, déjate llevar de los impulsos y fuerza de la gracia que, obrando al mismo tiempo en las dos, os hará descubrir los secretos del corazón para gloria de vuestro Criador y Señor.

IV

Huye, hija mía, de la ociosidad y ten siempre el cuerpo ocupado en algún ejercicio que sea para gloria de Dios y provecho para tí, emplea tu espíritu en alabar a Dios contínuamente en medio de tus labores y fuera de ellas y la mejor alabanza, que le puedes tributar, es reconocerte siempre deudora a tu Criador y Señor de todo cuanto hay en tí; ámale mucho, crece en su amor cada día, deséalo en cada instante, que si así lo deseas, el Señor llenará tus deseos y le amarás tanto cuanto tú desees; ama mucho a tu prójimo, nunca le hagas mal, y si él a tí te lo hiciere, nunca te quejes de él a los demás, perdónale de todo corazón, y ruega por él al Señor, que la oración que hagas por tus enemigos, en el mismo instante es oída y despachada; y esta oración, hija mía, es la que más aumenta los grados de gloria a todo el que la hace; y si hoy, hija mía, me quieres obsequiar y a tu Dios y Señor complacer y glorificar, pon en práctica mis consejos, ellos te llevarán a la perfección, y después de esta presente vida, poseerás a Dios eternamente.

Si estas enseñanzas, que por lo mucho que te amo, te doy, en esta vida las pones en práctica todos los días de tu vida, serás muy regalada de Dios y cuando Dios te dé a gustar las dulzuras de su amor, nunca, hija mía, por ello te creas eres más, porque muchos gustaron de las dulzuras de Dios mientras les duró la vida, y ocupan hoy los primeros puestos en el reino de los cielos; has de mirar los dones de Dios como un favor más que el Señor a tí te hace, del cual eres deudora y no lo es el que no le ha recibido; no creas tampoco, hija mía, que el darte a tí el Señor más dones y regalarte con dulzuras y llenarte de consuelos, es porque tú lo mereces; nunca esto pienses, hija mía; ¿quién

más favorecida de Dios que yo, y nunca tal cosa pensé?

La Infinita Bondad de Dios ha querido en todos los tiempos manifestar al género humano el grande amor que le tiene, y para ello obra con ese mismo amor en sus criaturas; y al obrar en sus criaturas no le mueve la pasión, como algunos se creen y dicen, que esa es la causa de elegir a unos y de no elegir a otros, lo cual, hija mía, es una grande ofensa a la Justicia y Santidad de Dios».

CAPITULO XXI

Jardín y Jardinero.

I

Desde que empecé a servir a Dios, puse mis ojos en trabajar cuanto pudiera y no cesar hasta conseguirlo, y donde le puse y fijé, fué en los jardines, por ser yo siempre muy aficionada a flores, y como desde que empecé a servir a mi Dios, fué como mi pasión dominante el querer agradar a Dios, díjele un día:—¿Señor, qué haría yo para agradarte?

Y en el instante mismo me asaltó la idea de hacer en mi corazón como un jardín de virtudes, y así fuí y dije al Señor:—Señor, yo quiero desde hoy hacer un jardín en mi corazón, de tal manera que sea para Tí jardín de tus delicias, y con esto puse todo mi afán y cuidado en plantar este jardín.

La significación de algunas flores las había yo oído, que eran la castidad la azucena, la pureza el lirio, la caridad la rosa, el clavel la mortificación y penitencia, la violeta la humildad, y así de muchas flores que yo había oído lo que significaban, y de las que no sabía, como que se encargó el mismo Señor de enseñármelo.

II

Yo preguntaba mucho a las que tenían flores qué hacían con ellas, para yo con lo que me dijesen, hacer yo igual con las mías. Me dijeron que regarlas pronto por la mañana y al anochecer, y que por la

mañana, antes que saliera el sol, era mejor, y por la tarde después de haberse el sol puesto.

Oído esto, fuí yo a mi soledad y dije al Señor:—Señor, ¿qué haría yo que a estas mis flores las sirviese, como este riego que dan a las flores de los huertos?

Y me asaltó entonces la idea de por las mañanas temprano, puesta en la presencia de Dios, hacer propósitos todos ellos en conformidad con la pureza, con la castidad, con el propio vencimiento y la mortificación, con la caridad, con la humildad, con la obediencia, con el trabajo y otras cosas que yo iba viendo que cada día el Señor me pedía, y con firme propósito de cumplirlas todas lo mejor que yo supiera; y a esto llamaba yo y llamo, y tenía y tengo por riego de la mañana para este mi jardín, y llamaba yo y llamo, y tenía entonces y tengo ahora por riego de la tarde el examen detenido en cada uno de los propósitos hechos en la mañana, y he visto por propia experiencia, Padre, que esto da el mismo resultado que da el riego de agua en las flores naturales, porque también me dijeron que dejándolas un día de regar, están con poca lozanía y se lacian, y si se dejan pasar algunos días, se agotan y con prontitud se acaban, y este resultado exactamente igual es el que yo he experimentado, porque si algún día dejaba yo de proponer por la mañana, todas las virtudes en mí estaban como sin fuerza y sin vigor, y en una semana que los dejase de hacer, yo me hallaba y veía como sin vida las virtudes todas en mí, y este mismo resultado faltando el examen; de manera que con esta experiencia vi y experimenté la necesidad de proponer y bien cumplir y la necesidad de examinar aquello que prometí y el modo como lo cumplí, y con esto que experimenté, vi que verdaderamente esto debía yo de tenerlo como riego verdadero para este jardín que yo quería plantar y tener siempre con lozanía para Jesús, a quien yo llamaba y tenía por Esposo que se recrea entre flores y descansa en los lirios y azucenas; y como yo quería y a todo trance deseaba, costase lo que costase, el que todas las virtudes las hallase este mi enamorado igual de frescas y lozanas unas que otras, de aquí que jamás he puesto los ojos más en unas que en otras, lo que sí sentía

entonces y siento ahora, es esto: que si hacía examen sobre el clavel, símbolo de la mortificaeión y hallaba algún involuntario descuido por haber visto en el examen alguna ocasión de vencerme y mortificarme y le dejé pasar, sentía levantarse grande sentimiento en mi corazón, pero si era involuntario, nunca esto lo llegué a llorar; si era voluntario, sí, mas si era esta falta que yo hallaba al hacer el detenido examen sobre alguna de estas virtudes: la caridad, la humildad, la pureza, la castidad, la obediencia; en estas virtudes aunque la falta fuese y sea ahora involuntaria, amargamente esto siempre lo lloré.

III

No hallo, P., de unas virtudes a otras cosa de distinción más que esta, y ya que este deseo mío se acreciente más y más cada día de ver en mi corazón un jardín de todas las virtudes que pudiera ser delicia para este mi enamorado Dueño; contribuyó mucho, desde los principios que empecé a servir a Dios, esta mi costumbre, y era el que todos los días antes de ir a comulgar, procuraba yo hacer como un ramillete de todas las virtudes que en mi corazón hallara para este mi enamorado Dueño, y como al hacer esto me sucede siempre lo que sucede con las flores naturales, que se ven mejor la falta o lozanía que tienen cuando uno las tiene en la mano, porque sucede muchas veces que la flor puesta en la planta, muchas veces nada en ella se echa de ver, y luego que se tiene en la mano, se suele hallar escondida entre las hojas alguna pequeña royega, que por lo mismo que era pequeña, no se hubiera echado de ver si en la mano la flor no se hubiera cogido, pues esto me sucedía a mí hallar y ver alguna virtud como lacia o marchita, o ajada o con royega, y como ya a los principios desde que yo me propuse hacer así, como dejo dicho, un jardín, dióme el mismo Señor gran conocimiento de que las flores de las virtudes no son como las flores naturales, que pasada la temporada que el Señor las señaló, aunque las cuiden bien, llegando su lozanía al número de días que el Señor marcó o señaló, ellas mismas se deshojan hasta desaparecer.

Bien me daba el Señor a conocer y entender que las flores de las virtudes, si se las cuida dándolas todo lo que ellas exigen, y lo exigen porque lo han menester, su lozanía y vigor no tiene días marcados, y así, si vivo yo todos los días que viva sobre la tierra dando a cada uno lo que cada uno me pide y exige, ellas estarán en mi corazón llenas de lozanía hasta el mismo instante de expirar, y en aquel momento yo recibiré sin remedio el premio del trabajo que en ellas puse para conservar su lozanía, porque ellas en los últimos de mi vida, harán con su fragancia fuerza al corazón de Dios, para que ponga en mí sus ojos, y puestos en mí sus ojos, seguirán haciéndole fuerza con su lozanía, y le inclinarán a que sus ojos les ponga en mí llenos de misericordia, y entonces con ellos lograré yo el vivir eternamente en mí.

Padre, una escapada de mi corazón de las que no he podido remediar.

IV

Le iba a decir, Padre, a V. aquello de que yo desde mis principios en la vida espiritual noté, que contribuyó mucho a hacer yo este jardín con muchas flores y todas con lozanía, y era que todos los días antes de comulgar, procuraba yo hacer un ramillete de todas las virtudes que yo hallase abiertas y no abiertas en este mi jardín, y como al irle hacer, tenía muy en cuenta que era para dársele como única cosa que yo tenía para dar a este mi enamorado Dueño, Dios y Señor mío, cuando viniese El a mí, por la comunión, y por otra la mayor de sus complacencias el que le demos flores de virtudes, qué vergüenzas yo con esto me pasaba, qué confusiones tan grandes yo tenía, porque como dejo dicho, Dios no puso días marcados a la lozanía de las virtudes, como se las puso a las flores, pues el que yo se las presentase ajadas, marchitas y con royega, ¿a quién se podría esto atribuir, sino a mí por no haber puesto más cuidado y solicitud en ellas?

Así que siempre que esto me ponía hacer, desde que este ramillete empezaba, no dejaba de hallar cosas, cuando royegas, que llamo yo royegas los afectos del corazón puestos en cosas o en criaturas, por-

que éstas hacen el mismo efecto en las virtudes, que hacen las royegas en las flores y en las frutas, que es roer el amor del corazón y dejarle jocoso, y si estas royegas no las quitamos, quedará el amor de nuestro corazón sin jugo para Dios, y el saber esto, cuando yo iba a colocar ya las rosas en el ramillete, qué vergüenza me daba verla roída llevarla para presentársela, qué confusión no llevarla para dársela, derecho tenía para exigírmelo, o para creer que a otro había yo dado el amor de mi corazón, y esto qué pena y desconsuelo me daba, y así echaba de ver mejor la falta que yo cometía en cada virtud, con esto sentía brotar con ardor en mi corazón deseos de evitar toda falta, toda imperfección para no llevar en mi ramillete flores ajadas, o marchitas, o con alguna otra imperfección que afligiese su vista a Aquel Corazón Divino, viéndole privado del gozo que experimenta con sus amadas, cuando éstas le llevan todas las flores del jardín sin marchitar, ni ajar, ni con ocultas royegas, porque así como vemos que, aunque la flor sea hermosa, si entre sus hojas hay algún sabillo guardado, se desprecia aquella flor..... ¿qué hará este celosísimo Amante que nada ansía tanto como ser el único Dueño que habite en nuestro corazón, cuando entrando en él, mire y note y vea que hay amores ajenos en él, que sentirá?

¡Oh! qué sentirás, Amante Apasionado y de amor hacia nosotros herido..... cuando recuerdes porque esta nuestra falta te lo ha de recordar ..... que ninguno nos ama, que Tú..... ni criatura alguna se ha sacrificado..... sacrifica..... ni sacrificará como Tú te has por nuestro amor sacrificado....., y nosotros no nos sacrificamos por el tuyo aun en cosas tan pequeñas como son todas las que nos pides.

Pues qué haríamos si grandes nos las pidieras y exigieras, sabiendo la obligación estrechísima que tenemos de darte en ley de justicia cuanto nos pidas, viendo que te negamos lo poco que tú nos pides y tan bondadosos somos en el amor para las criaturas, quitándolo de Tí que nos lo pides y dándoselo a ellas y muchas veces sin pedirlo ni desear siquiera que se lo demos, queriendo muchas veces hasta que

no se lo demos, y a éstas se lo damos, y a Tí, apasionado Amante, te lo quitamos y negamos siéndote de derecho el que te amemos.

¡Oh! ¿qué sentirás, Corazón Divino, con esta conducta que nos ves observar en lo que toca a amar estando Tú de nuestro amor herido? ¡Oh vida mía! mil muertes antes envíame que robe yo un afecto de mi corazón de hoy en adelante en todo lo que me resta de vida, a quien tanto me ama y se ha sacrificado y se sacrifica cada día nuevamente por mí.

V

Lo dejo, Padre, porque no sé, si sigo, a dónde iré a parar y quedo con esto, Padre, en darle a entender que no tengo más inclinación a una virtud que a otra, al menos yo no lo conozco.....

Mas ya, Padre, que empecé a decirle de este mi jardín, no le ocultaré el decirle que puse en él Jardinero, para que me pusiera las flores que yo no sabía plantar, y puse de Jardinero al Carpintero de Nazaret, y desde entonces este mi jardín ha ido mucho en aumento, en el número de las flores y en la lozanía de ellas, y por esta causa yo para entendérmelas con El, no le doy otro nombre que el de mi Jardinero, y así le llamo siempre; mas viendo que el trato y compromiso que yo tenía con las criaturas por las gratitudes que les debía, podía estar en algún peligro este mi jardín, dí las llaves de él a la hija mayor de este mi Jardinero, y desde este día he hallado, Padre, que ni cosa ni criaturas entran en él, así que cuando le miro, no he visto en él la royega.

Bendito sea el Señor que tal cosa me inspiró hacer. No le digo más de esto, Padre».

CAPITULO XXII

Purgación pasiva de Francisca.

I

Cosa es por demás sabida que las almas, para elevarse a la santidad, tienen que ser sometidas al crisol de una doble purgación pasiva de los sentidos y del espíritu.

«Se explica este fenómeno de la purgación, dice el P. Naval, por la semejanza con el fuego al prender en un combustible mal preparado, pues la misma causa que a la postre convertirá y transformará el leño en fuego, al principio le oscurece y ennegrece hasta que del todo lo deseca y le hace perder todas sus indisposiciones e imperfecciones. A este fondo purgativo se añaden otras penas interiores y exteriores, variables según los casos, ordenadas por Dios para lograr su mismo fin».

II

De los escritos de Francisca, que tenemos a la vista, se saca que estuvo sometida a esta prueba durante cinco años, con el intervalo de un solo día.

«Hace quince años, el dos de Febrero, había estado yo tres años en grande desolación y terribles pensamientos contra la fe.....

Al día siguiente, tres de Febrero, volví a los días tristísimos en que había estado ya tres años, y volví a estar así hasta pasados otros dos años».

No nos explica la Sierva de Dios la clase de sufri-

mientos a que se vió sometida durante aquellos cinco años de prueba.

Sin embargo hallamos las siguientes descripciones de sufrimientos morales que acaso se refieran a dicho tiempo.

De no ser así, habría que reconocer que la purgación pasiva de Francisca se prolongó más de los cinco años de que ella nos habla.

III

«Cuando el alma se resuelve a no querer nada, si no es seguir a su amado Redentor, y poniendo en El fija su mirada, con el único fin de hacer por El, si pudiera, lo que ve que ha hecho y sufrido por ella su Adorable Redentor, enfurecido Satanás prepara una gran batalla y a ella trae todo su ejército infernal. Pues, ¿qué quiere?, ¿qué busca?, ¿qué pretende conseguir de nosotros Satanás, que trae consigo sus moradores?

Según enseñanzas de este nuestro inolvidable Maestro, se propone arrancar de nosotros las tres virtudes Teologales. Pero donde va directamente a poner el blanco es en la fe, porque conseguida ésta, fácil cosa le es conseguir las otras dos; porque la fe, es como el fundamento donde se levanta todo el edificio espiritual, que es lo que El quiere y desea y pretende destruir.

Dios entonces calla, no le impide su intento, antes prepara los caminos para que sea más ruda la batalla.

Y también Dios tiene en ello sus fines, porque el prepararle los caminos es para dejarle en la batalla confundido, burlado y derrotado con la más completa derrota, y salgamos nosotros vencedores de esta batalla y quedemos invencibles en lo porvenir.

Cuando Satanás ya se acerca a la pelea, lo primero que echamos de menos, es la luz clara y hermosa que nos había Dios dado para con ella conocer la verdad. La escuela se cierra, la memoria y la razón, por la fuerza del dolor y sentimiento que el alma tiene, parece que se ha perdido. ¡Pobre alma!

Quiere buscar a su Dios y no sabe; le quiere llamar y no puede articular palabra alguna; todo se le

ha olvidado; con tan profunda pena se siente sola sin compañía ninguna.

¿A qué compararé yo este estado? Nada hallo, sino es a esas noches de verano, en que se levantan de repente esos nublados tan fuertes y terribles, que por su oscuridad tenebrosa nada se ve, sino relámpagos que asustan, truenos que dejan a uno temblando, aires huracanados que recuerdan la justicia de Dios al fin del mundo, el granizo y la piedra que parece que todo lo van a destruir.

No hallo cosa a que poderlo comparar; sola sin su Dios, siente venir a ella como un ejército furioso que le grita que está engañada, que no hay Dios, y la cercan por todas partes, llenos de retórica que la dan largas conferencias, sin ella creerlo, pero no la dejan un punto y con razonamientos tan fuertes y violentos, que a la fuerza la quieren hacer creer que no hay Dios, y con horribles bocanadas que no hay el tal Dios a quien ella busca, y como con poder sobre las potencias para no poder ni discurrir, ni creer otra cosa sino es aquello que a la fuerza y más que a la fuerza quieren hacer entender y creer a uno, y nada más se crea, que lo que ellos dicen y a ninguna cosa más se crea.

Allí está el alma toda oprimida, con la más profunda pena, porque no sabe qué hizo para perder tan pronto a su Dios, y la fe que en El tenía; pues se ve entre tales consejeros, por todos tan angustiada, que siente tiene en su alma oprimida como uvas en el lagar, así para no dejar en ella ni rastro alguno de fe.

Aquí enferma el alma de tanta pena, viendo que perdió a su Dios, y le perdió para siempre por haber perdido la fe. En esta tan inmensa y como infinita pena, allá a lo lejos y como una cosa que soñó, y que no se sabe qué se ha soñado, se acuerda de la Iglesia y del amor que a ella debemos tener, y a este recuerdo, como cuando a uno le ha faltado el conocimiento, y al volverle, quiere hablar, y halla como entrecortadas las palabras, así el alma, sin voz, y tartamudeando, como que atinó a decir: me uno a las creencias todas de mi Madre la Iglesia, y no quiero creer ninguna cosa más.

Y sin poder decir más, ni hablar, ni entender, así pasé meses, hasta pasados dos años».

Y en otro escrito dice: «Sentí en mi entendimiento una oscuridad grandísima, y en aquella oscuridad sentí a manera de fuertes huracanes que pretendían arrancar la fe de mi alma, sentí una lluvia de pensamientos que pretendía hacerme renegar de Dios, sentí una fuerza que parecía abrasarme las entrañas, una desesperación como la de los condenados, de la que brotaban miles de lenguas que todas a un tiempo prorrumpían en blasfemias que resonaban en todo mi ser; mordíame la lengua para no prorrumpir en blasfemias contra Dios; de tanto padecer y de no comer ni dormir, caí enferma, a la violencia que me hacía para no blasfemar, perdí el sentido y arrojé gran cantidad de sangre por la boca».....

IV

Otra clase de pruebas, sufridas por Francisca, es la que ella nos describe en la siguiente forma:

«Por la noche hice tranquilamente las devociones que me faltaban; a las once y media, sentí un grande ruido y estruendo, como si alguna casa vecina, a donde yo estaba, hubiera caido. Enseguida empecé a experimentar un olor pestilencial, y en el mismo instante sentí un sinnúmero de palos que yo no veía quién me los daba; me dejaron mortal, yo no me podía mover, cuando los golpes cesaron, yo estaba muy asustada, no podía del susto hablar.

Después de un rato, Madre mía, ampárame, pide a Dios que sí, castigue mi pecado en esta vida, pero que me perdone, Madre mía.

Vino esta cariñosa Madre y me dijo:—No temas hija mía, es el enemigo de Dios y de las almas quien te ha maltratado y esto no que el Señor te lo mande como castigo, sino que viendo el enemigo cómo el Señor se vale de sus criaturas para confundirle a El, se llena contra ellas de saña y odio infernal y desea con sus malos tratamientos hacer que estas almas desaparezcan de la tierra».

V

La ya citada, D.ª María Fernández, nos refiere que oyó a una amiga suya un relato semejante y es como sigue: «Un día fuí a casa de una viuda con un asunto particular, y recayó la conversación sobre Francisca, era muy conocida suya, y me dijo el tormento que le daba el demonio y que ella lo había presenciado allí, en su misma casa, quedándole rendida las figuras que su visión y movimiento la producían; yo la pregunté:—¿Qué hacía V. con ella entonces?—Pues echarla agua bendita; y D. Laureano, Sacerdote que conocí, la leía las oraciones propias; salí muy impresionada de este relato».

A una carta mía en la que yo preguntaba a don Laureano Ruipérez la verdad de los hechos que refiere D.ª María Fernández Cerón, me contestó lo siguiente: «Me dice V. en su última que, al ser maltratada (Francisca) por el demonio, me llamaron para que le dijese unas oraciones. Yo que presencié estas luchas, jamás pensé en ello... Después que pasaba y volvía en sí, me pedía que la encomendase al Señor».

¡Cómo traen estos hechos a la memoria la vida del Santo Párroco de Ars!

VI

Más interesante y más rica en detalles es otra narración que acerca de esta materia tenemos de la Sierva de Dios. Merece por lo mismo ser copiada íntegramente. Dice así:

«En este tiempo de tentación, como yo la voluntad la tenía como siempre, no sólo no sentí..... sequedad alguna, sino que entonces estaba mucho más animada para todo lo que pertenecía al cumplimiento de lo que yo a mi Dios y Señor había prometido; determiné darme de una manera especial a la penitencia con el fin de dar a Dios una prueba de que yo ciegamente creía en El y no deseaba cosa del cielo ni de la tierra tanto como deseaba amarle a El sólo con todos los afectos de mi corazón y sacrificarme por El hasta morir de amor en medio de una rigurosa penitencia; me resolví, y así a mi Dios se lo

prometí, en pasar las noches enteras en oración y penitencia mientras me durase aquel tristísimo estado en que me hallaba. Una noche me subí a mi habitación para hacer antes de cenar la disciplina.

Apenas había entrado, empecé a sentir ruido fuera de mi habitación y con voz fingida, como cuando es Carnaval, así oigo que me decían: Paquita, sal que yo te daré la disciplina. Como yo era tan miedosa, empecé a golpear fuertemente en la tarima para que los de abajo subieran; subió mi madre y como yo tenía cerrado por dentro, no pudo entrar, me llamaba para que abriera, y yo del susto no podía responder; abrí la puerta y, pasados tres minutos, se me quitó aquella impresión que del miedo me había resultado.

Yo dije a mi madre que la había llamado por no bajar a oscuras, que me daba miedo; cuando bajé con mi madre, yo a nadie vi, me puse a cenar, y no podía estar tranquila; porque yo a mí misma me decía: ¿y por qué me pongo a cenar sin haber antes hecho lo que me propuse hacer? ¿Qué causa ha habido razonable para que yo lo dejara? Ninguna; ilusiones de mi imaginación, que me debí acordar de Carnaval, y no ha sido más que eso.

¿Y seguiré cenando? No, me dije yo a mí misma, sin que nadie me oyera, y levantándome del asiento, dije que no quería cenar. Cogí la luz y me volví a subir para hacer la disciplina; al concluir la escalera, sentí tan fuerte empujón, que todas las escaleras rodé, y con la voz fingida como antes, oigo que decían: Mátate, Paquita, mátate; yo, aunque todas las escaleras bajé de una vez, me hallé de pie, como si yo con la mayor serenidad hubiera bajado. Con esto me llené de temor y me quedé con los de casa sin atreverme a subir arriba.

Mas yo no podía estar tranquila; yo pensaba qué sería aquello, y veniáseme a la memoria si sería cosa del diablo para estorbarme de hacer lo que tanto me convenía y a Dios había yo prometido. Este pensamiento me llenó de odio contra mí y contra el diablo, y llena de furor contra mí y contra él, me decía yo a mi misma, ¿así me rindo con tanta cobardía a una pequeña tentación del enemigo?; y ¿soy yo la que deseo

seguir a mi Dios y Señor desde el pesebre hasta la cruz?

A Dios no pueden seguir los cobardes ni apocados. ¿Y quieres tú ser de este número? Apenas dije esto, sentí como hervir la sangre dentro de mis venas, y toda fuera de mí me decía yo a mí: a los apocados, como tú, acomete el diablo; pues a tí te toca vencer para que no seas vencida; pues, Dios mío, muera yo de temor, pero muera venciéndome a mí misma, que no quiero ser del número de las apocadas y encogidas de voluntad en tu servicio. Y levantándome del asiento, me volví a subir arriba sin querer subir luz para vencer mejor los temores que tenía; apenas entre en mi habitación, y me descubrí la espalda para hacer la disciplina, oí otra vez aquella voz fingida que me decía: yo te ahorraré el trabajo, yo te daré la disciplina.

Inmediatamente empecé a sentir un sinnúmero de palos que descargaban sobre mis espaldas; yo esperaba que a los golpes subieran los de casa, pero ninguno subió, y yo llamar no podía; sentí al mismo tiempo unos pellizcos en los brazos tan grandes, que perdí el sentido a la fuerza del dolor. Con esto me puse yo tan furiosa y hasta nerviosa, y me decía yo a mí misma: si es cosa del enemigo, aprende por aquí y mira el modo con que trata a los suyos; y si fuera cosa, que Dios permite, para dar a Dios una prueba de querer todo lo que El te dé, debes de sufrir esto con valor, y no salir de aquí aunque me cueste la vida. Y si esto es en castigo de mis pecados, yo debo de darme a la penitencia; y cogiendo la disciplina con la voluntad invencible, decía yo por si era del enemigo: descarga todo cuanto quieras, que aunque me cueste esta noche la vida, yo he de salir con ella, yo he de hacer la disciplina, y empecé a hacerla con todas las fuerzas que podía.

VII

Al empezar yo a hacerla, dejaron de atormentarme; y empecé a sentir unos alaridos y unos bramidos tan espantosos, que parecía se helaba de temor la sangre de mis venas. Más sin vida que con ella, esta-

ba yo haciendo la disciplina y al concluir de darme los veintisiete golpes que me propuse dar, me hallé toda en calma; desapareció en el instante la oscuridad de mi entendimiento, los pensamientos contra la fe que yo tenía, aquel espíritu de blasfemia que parecía estar apoderado de mi alma que a cada respiración parecía un diluvio de blasfemias, que por más que yo hacía porque no las sintiera ni oyera, no me valía para otra cosa, que para más sentirlas y oirlas; en mi alma sentí una paz inexplicable. ¡Oh qué cambio en un instante!»

CAPITULO XXIII

Una comunión durante su purgación pasiva.

I

En el día más dichoso, pues llámole yo a este día, el día de vuestra misericordia, el día de vuestros poderes manifestados a esta vuestra criatura contra todo el poder del infierno, contra todos los apetitos y pasiones, quedándose todo ante Vos ..... en lo que toca al infierno, y a todos los que dominaban a mi alma y la amaban en maldades, quedándose sin poder y sin dominio alguno; en lo que toca a las pasiones y apetitos, quedándose sin movimiento, esclavos, sujetos siempre a mi espíritu con esta condición: si mi espíritu vive sujeto y rendido por amor, sujetas y rendidas y esclavas de mi espíritu estarán mis apetitos y pasiones.

Esta condición la veo cumplirse siempre que os soy fiel, y siempre que os he sido infiel faltando a la fidelidad que como Esposo os debo, me prohibís todo trato y amistad con las criaturas, aunque éstas sean espirituales, me dais a entender de mil maneras que esto lo hacéis Vos para que mi corazón se conserve libre de afectillos, pues queréis que en mi corazón no haya más afectos que a Vos, pues yo infiel a este deseo vuestro, entré en amistad con las criaturas, y los resultados lamentándoles estoy todavía, mas esto lo dejo, que a su tiempo ya hablaré de esto, y voy a darle cuenta de lo que sentí en este día de las misericordias del Señor.

II

Fuí a comulgar este día cansada y fatigada, sin salud en el alma y casi sin vida en el cuerpo, débil y desfallecida, pues con lo que por mí pasaba, no tenía gana de comer, sin fe, sin caridad, y ¿qué esperanza podría yo tener entonces? Mas sin embargo, yo esperaba en este Sacramento Divino, y no falló mi esperanza.

Apenas yo comulgué, me hallé y ¿cómo diré, Dios mío, Vida mía, Misericordia mía, cómo diré que me hallé?

Si yo no hallo palabras para expresar lo que por mí pasó, ni hallo comparaciones para darme con ellas a entender; inspiradme Vos, ¡oh amor mío! y Delicias mías, cómo lo he de decir para darle en algo a entender, para que seais glorificado Vos en ello, y si alguno aquí se hallara de los que lo han de leer, se alienten a padecer viendo lo que hay después de pasado el sufrimiento.

III

Paréceme a mí que, para conocer el consuelo que sentiría un reo que, estando condenado a muerte al tiempo que esperaba lo fueran a sacar para quitarle la vida, entraran con el indulto en la mano y le dijeran que estaba en libertad completa para volver al seno de su familia, ¿podrá esto explicar lo que será quien no lo pasó, y entenderlo cómo es si por ello no hubiera pasado?

Pues ¿qué tiene esto que ver para el gozo en que se vió mi alma? Lo que yo temía perder de un momento a otro, no era la vida del cuerpo, era la vida del alma y, perdida ésta, perdía a mi Dios para siempre; ni en esta vida ni en la otra tengo otra cosa que perder; pierdo la salud, la vida, los bienes, la honra, si esto lo pierdo, ¿qué pierdo por todo ello?, y si esto lo pierdo por Dios, que así lo quiere, ¿qué ganancias no me han de resultar de aquí? Pero si pierdo mi alma, que sin remedio con ella he de perder a mi Dios, ¿qué me queda de por perder, si pierdo a Dios?; todo lo pierdo, si a El le llego a perder.

Pues en estos aprietos de perder a mi Dios en ca-

da instante, que pasaba, estaba yo; comulgué, y apenas le recibí, no hubo otro indulto ni más cierto ni más seguro, que la posesión en que me hallé de este mi Dios, a quien yo temía perder en cada instante, y no es esta posesión de que ahora hablo, la posesión de tener a mi Dios en posesión por medio del Sacramento que acababa de recibir, no hablo de esta posesión, sino de que apenas le recibí, poseí a mi Dios por amor, y aquí no se hizo visible ni a mi cuerpo ni a mi alma, sentí poseerle de esta manera.

IV

Apenas comulgué, vióse mi alma como dentro de un fuerte castillo llena de salud en el alma, y de vida en el cuerpo, sentí un grande refrigerio apenas allí me vi, cesaron las congojas, fatigas y desmayos, sentime llena de Dios, y al sentir esto que digo llena de Dios, sentime como endiosada, y tan endiosada me sentí, que por eso digo me sentí llena de Dios.....

He dicho que no le vi ni con los ojos del alma ni con los ojos del cuerpo, pero yo sentía a mi Dios glorioso, y le sentía en posesión de mi alma, yo le sentía a manera de cuando uno está a oscuras en una habitación y sin sentir pisadas ni voz alguna, es uno tocado de una persona, que en el momento que la toca aunque no la habló, supo que era; yo no sentí que me tocó, pero sí sentí que El me poseyó a mí, y en el instante de poseerme El a mí, yo le poseí a El en caridad, y tan cierta estaba que era El, el que me poseía a mí y yo por caridad a El, que en certificación de esta posesión yo hubiera dado miles de vidas si las hubiera tenido, y necesario hubiera sido darlas para certificar esta verdad; y digo que le poseía por caridad, porque apenas le sentí, me vi llena de (saber), con un saber que no era conocer, pues no era conocimiento que me pasaba, sino un saber lo que me pasaba, a manera de cuando se saben las cosas porque se ven, y no porque se entienden que es así, por lo que a uno dicen; aquí ni me decían lo que era con palabras, pues yo nada oí, ni tampoco lo sé porque lo vi, pero lo sé por la parte más segura que es el sentir y el poseer; y este sentir y poseer en el centro de mi

alma a lo que yo llamo la parte mas sustancial de ella, o sea, al espíritu de mi alma, que por eso lo llamo espíritu por parecerme ser la puerta más íntima de mi alma.

Supe que no había engaño, ni le puede haber, y esto tampoco fué entenderlo ni noticia adquirida como otras veces, sino que al sentir este poseerme Dios a mí y yo a El, así como me sentí llena de amor, sin saber ni ver cómo me lo dió, así me sentí llena de conocimientos de Dios.

V

Parecía verme yo como el que está sentado al pié de una fuente, que por estar sin cesar los manantiales brotando agua contínuamente, no le falta agua en abundancia; en aquella posesión en que yo me hallé, me vi viviendo una vida que jamás yo había vivido, mi alma se halló como amasada y engendrada en fe, pero una fe que jamás yo hubiera tenido; si todas las criaturas hubieran dejado nuestra Religión Santa, y en el mundo no hubiera habido nada que diera testimonio de Dios, sólo esta fe bastaba, como ha de bastar en los últimos tiempos del mundo.

Sentí a mi espíritu tan espiritualizado y con tanto dominio sobre lo restante de mi ser, que yo jamás hasta ahora sabía qué cosa era vida espiritual verdadera, sentía hasta la sangre de mis venas espiritualizada, en mi cuerpo sentía yo tal agilidad y unión al espíritu, que si mi alma se lanzaba a Dios con afectos o deseos encendidos en amor, allá tras el espíritu iba mi cuerpo con más ligereza que una pluma cuando a ésta la arrebata el viento y sube por los aires con velocidad, en mi cuerpo desapareció toda pesadez, y donde quiera que mi pensamiento ponía, si aquello que yo pensaba lo deseaba, allí al punto me hallaba donde deseaba.

VI

Sentía tener mi cuerpo la agilidad del pensamiento, quedó con esto mi cuerpo además sin sentir ninguna necesidad propias de la naturaleza, ni hambre, ni sed, ni sueño, ni ninguna otra necesidad; sentí además propensión a todo lo bueno, y esto lo sentía co-

mo por naturaleza, sin sentir nada en contradicción; sentí insensibilidad a todo dolor y a todo sufrimiento; nada me hacía padecer, en mi corazón no tenía cabida la pena, era un vivir que no parecía vida de esta vida.

En lo que toca a Dios, cuanto aspiraba, poseía y amaba cuanto deseaba amar, pues me daba Dios amar a la medida de mis deseos, y en el saber lo mismo me sucedía.

Estaban una vez hablando personas de autoridad, y como mi confesor que también estaba, me vió con atención escuchando lo que hablablan, me dijo:—¿Qué te parece de lo que decimos?; mas de esto no entiendes tú.

Mas yo que me parecía que lo que entonces hablaban de Dios era como las primeras letras del silabario, dije sencillamente lo que me parecía, y así dije:

—Siempre empiezan a hablar de Dios y de ahí no pasan, y lo mismo hacen cuando predican, empiezan a hablar de Dios y no pasan de ahí; y les dije lo que a mí me parecía de lo que estaban hablando: oí después el juicio que formaron de lo que dije, y me resolví a no hablar jamás.

El estado en que yo me hallaba entonces, era felicísimo; a mi memoria ya no la distraía de lo que oyera hablar, estaban tan llenas mis potencias y tan ocupadas en Dios, que en muy cerca de cuatro dias, que este felicísimo estado me duró, no dejaron de pensar en él ni un instante».

CAPITULO XXIV

Una nubecilla en la vida de Francisca.

I

El hecho que va a referirse debió tener lugar el año de mil ochocientos ochenta y cuatro.

Para su mejor inteligencia, convendrá recordar que Francisca había llegado al apogeo de su prestigio. Los favores extraordinarios, que del cielo recibiera, se habían hecho públicos rodeándola de una gran aureola de gloria.

El mismo confesor de la Sierva de Dios, P. Rector, Félix Cristóbal, había dicho a una persona que Francisca era una santa, y esa persona tuvo la indiscrección de contárselo a la interesada.

Cuánto dolor causó a Francisca esto, lo demuestra el hecho de que trató de abandonar la dirección de aquel Padre, lo que no hizo por habérselo prohibido el Señor en la oración.

II

Vínole entonces al pensamiento una anécdota de una religiosa que, para alcanzar celebridad, había fingido recibir del cielo dones y gracias extraordinarios.

Ante este hecho satánico, comenzó a pensar Francisca, ¿por qué yo no he de hacer lo contrario? La religiosa de la anécdota, ansiaba el honor; yo debo ir en busca del deshonor. Ella fingía carismas que no tenía; pues yo ocultaré los que el Señor me comunica.

III

Y ¿qué hace?; con aquella energía que la caracterizaba, se acerca al confesonario del P. Cristóbal y le dijo:—«Todo es mentira, lo hago porque yo quiero y si no verá V. cómo ya desde ahora no me pasa nada» (refería se a los éxtasis que había tenido ante otras personas...); «mas el P. Cristóbal insistía en decirme:—Y ¿cómo fué esto? y ¿cómo lo hacías?; yo no decía más que no sé cómo, pero yo sé que era porque yo quería; donde él se detenía más, era que me dijo el médico que si no era muerto no sufría ninguno la vela encendida y puesta pegando a la pupila del ojo, después de bien levantado el párpado; yo no le contesté más que decirle.—No sé cómo eso habrá sido, porque yo sé que es como le digo, y lo que quiero ahora es que a todos los de casa dígales, lo que yo ahora le digo a V. y también le dije se lo dijera a aquellas mis compañeras para que ya que sabían lo que sabían de antes, supieran también lo que yo a él le decía».

Pareció callar prudentemente el confesor ante una manifestación tan clara, tan terminante y tan estupenda de su dirigida.

Volvió a confesarse, algún tiempo después, Francisca con el mismo Padre, el cual la dijo a bocajarro:—«Tú no tienes enmienda. ¿Quieres volver otra vez a la vida pasada?—No, señor, le contesté.—Pues entonces, ¿por qué no te confiesas bien? ¿No haces esto, no haces aquello? Yo contesté:—No, señor.—Veo que estás sin enmienda; ¿has hecho algún pacto con el diablo? Yo no sabía lo que era, pero como mentó al diablo, le dije que no».

Volvió otro día a confesarse Francisca, y el padre Cristóbal, sin más explicaciones la despidió de su confesonario y de la Iglesia.

Había obtenido las humillaciones y desprecios que había deseado.

IV

¿Qué juicio nos merecen la conducta del P. Cristóbal y de su confesada?

Respondamos a la primera parte de la pregunta.

No parece probable que haya creído que Francisca era una embaucadora.

Y es que de sus éxtasis había muchos testigos, uno de ellos era el H. Villalba, que como Ropero, tenía que tratar no poco con Ella. Además, consta que el P. Rector preguntó al Doctor Garrido acerca de la sobrenaturalidad de los hechos que a Francisca ocurrían.

Por otra parte, por medio de tercera persona volvió a llamar a Francisca al confesonario, y como ésta se resistiese a volver, la amenazó suavemente con despedirla del costurero; lo cual prueba que, aun en el caso de haber juzgado a la Sierva de Dios por algún tiempo como una embaucadora, reaccionó después y volvió a tenerla en la estima de siempre.

Lo probable es que la conducta del P. Cristóbal fué una prueba a que quiso someter, con prudencia más o menos justificable, al alma que se había puesto bajo su dirección.

V

¿Qué pensaremos del referido hecho de Francisca? Que cometió una falta; pero una falta de esas que cometen los santos y en la que jamás los tibios incurren.

Si se trata de hacer penitencia, los santos pasarán la raya que la prudencia marca; los tibios no llegarán a ella. Trátese de dar limosnas, el fervoroso es fácil se exceda de lo conveniente; el tibio, y más el mal cristiano, se quedará siempre corto.

Faltó, sí, Francisca; pero en su falta hay oculto un amor grande a la virtud de la humildad, y un no menos grande aborrecimiento a la vanagloria. No dudo afirmar que en el suceso, que se acaba de referir, hizo Francisca un acto heróico de virtud desprestigiándose conscientemente ante el Director espiritual de su alma, que era a la vez el Superior del destino de que vivía.

Fuese Francisca a la oración, como acostumbraba, y el Señor la dirije esta reprensión: «Llora, hija mía, llora y haz penitencia, que bien merece esta falta de caridad ser llorada por tí.....; mas sabe también, hija mía, que si tus deseos (de ser humillada) tanto me complacieron, no me ha complaci-

do el que los hayas realizado; esto es contrario a los designios que yo tengo sobre tí; con la realización de tus deseos no has hecho otra cosa, que robarme mucha gloria y oponerte a mis designios».

VI

De nubecilla en el cielo de la vida de Francisca hemos calificado el suceso que fué objeto de este capítulo. ¿No sería más exacto haber dicho: Heroísmo de una dirigida y de una sirvienta?

CAPITULO XXV

Francisca abandona secretamente la casa paterna.

I

Conocería la Sierva de Dios el hermoso episodio de la salida de Teresa Ahumada de su casa, para ir en busca del martirio?

Probablemente no; pero su alma, como la de la gran Doctora Mística, ansiaba servir y glorificar a Dios por medio de un martirio que, aunque incruento, no por eso era menos heróico.

El relato de esta huída del hogar paterno y la vuelta al mismo nos lo describe detalladamente la Sierva de Dios en la siguiente forma:

«Yo no hacía más que envidiar a los que vivían en los desiertos; con este motivo me resolví a caminarme, y no a un desierto, pues yo no sabía ir allá, pero, sí, me resolví a vivir pordioseando desconocida de todos.

Al salir de casa, salí yo de manera que ninguno que me viera, ni me pudiera conocer, y cogí el camino de Frómista; iba yo por el camino sintiendo en el corazón el fuego que parecía toda iba a abrasar y consumir, y en mi alma lo que no puedo explicar. Nada más pasar el pueblo de Villasirga, ya encontré tres personas mayores y un niño de este mi pueblo; mucho me asusté cuando les vi creyendo me iban a conocer, mas pasaron y no me dijeron nada; cuando vi no me conocieron, alabé por ello al Señor; mas crecieron tanto los consuelos, que yo no podía caminar por el camino, yo no podía llorar en silencio, yo sin poderme contener, daba voces; por lo cual dejé

el camino y me fuí por las tierras, dando voces sin poderlo remediar.

Ví venir a un pastor con las ovejas, y entonces yo me volví al camino.

II

Mas como tenía tanto temor de que me hallara con gente que me conociera, me resolví a no pasar más adelante sin hacer lo que yo había pensado antes de salir de casa; y lo que había pensado era esto: o quemarme la cara con paja, que entonces había mucha en las tierras, o rallármela con unos vidrios que yo en un bolsillo llevaba, para que así jamás ya me pudieran conocer. Dejé el camino y busqué un sitio a propósito para yo poder hacer lo que deseaba.

Apenas me puse de rodillas, perdí el sentido, no sé explicar lo que yo allí vi y entendí, y cuando volví en mí, púseme enseguida sin detenerme a satisfacer mis deseos; me pareció más a propósito el uso de los vidrios que el de las pajas, porque la llama no fuera a dañar la vista, y en los ojos no quería yo hacerme nada.

Púseme a rallar la cara con los vídrios y yo no sentí dolor; yo había hecho en casa ya la prueba en un brazo y me daba muy buen resultado, mas sentí bastante dolor; cuando lo hice ahora, como no sentía dolor al llagarme la cara, saqué de otro bolsillo un cacho de espejo que llevaba, con el fin de mirarme a ver si me quedaba que no me pudiera nadie conocer, sino Dios solo, por quien todas las cosas yo hacía. Cuando me miré y vi que nada me había hecho, no había consuelo para mí; ¿qué habré hecho, ¡oh Bondad Infinita!, para negarme este favor que esperaba de Tí y Tú no me hubieras negado?

¡Oh Amor Inmenso, que tanto me das aún sin necesitarlo!; ¿cómo, Amor mío y Dios mío, me ibas a negar esto que ahora tanto lo neeesito? ¡Oh delicias de mi alma! Perdóname si te ofendí y pequé contra Tí, Dios mío y Padre mío! Mirad que si algo hice, lo hice sin saber lo que hacía. ¡Oh Amor de los amores! Aún ahora me hallo sin saber, pues no conozco en qué te debí ofender, aunque me examino. ¡Oh! si hasta ahora he estado sintiendo las finezas de tu amor,

y cuando esto me das, yo no te puedo ofender. ¡Oh consuelo de mi alma! ¡Vida de mi corazón! Perdóname si te ofendí, ¡oh Imán de mis amores!, que bien sabes que mejor quiero morir que ofenderte.

Me puse otra vez a ver si ya me daba el Señor el favor tan deseado, o dejándome El a mí hacer lo que pensaba, o dándomelo El sin que yo en ello interviniera; volví a mirarme en el cacho de espejo que yo llevaba a este fin y estaba lo mismo que antes; cuando así me vi, de pena sentí dolor natural en mi corazón, y de esto debí perder el sentido.

III

Cuando volví en mí, se estaba metiendo el sol, yo no hacía más que acordarme, que enseguida me iban a conocer y lloraba sin consuelo.

Cuando yo lloraba, y tanta pena tenía por no saber lo que hacer, porque seguir adelante así, me parecía me iban a conocer enseguida, yo pensé un momento, si quedarme en un arroyo, o cuando fuera de noche, irme hasta la puerta de una Iglesia y allí quedarme, antes que fuera de día caminar. Cuando esto yo estaba pensando, oí que me decían:—Francisca, amada hija mía, ¿qué es lo que piensas?

Lo que por mí pasó, no puedo con palabras explicar; en la voz le conocí, y dije:—Señor, tuya soy. ¿Qué quieres que haga? Que no deseo otra cosa, que saber tu voluntad y hacer cuanto Tú deseas.

Díjome el Señor:—Vuélvete a casa, que en la soledad de ella es donde yo quiero que me sirvas

¿Cómo, Señor, qué es lo que me decís? En la soledad de mi casa serviros, sin ser religiosa ni pordiosera? ¡Oh Padre Amantísimo de mi alma! Siempre me estás dando a sentir los efectos de tu infinita bondad para conmigo, ¿y ahora me vas a dejar en el mundo como si fuera una criatura, a quien no manifestáis el amor que la tenéis? A mí que tanto me regaláis, Dios mío y Padre mío, ¿en el mundo me váis a dejar? ¡Oh amor de los amores! Bien sé que no merezco, Amantísimo Padre, vivir entre tus fieles servidores en la soledad de un claustro, pero déjame vivir pordioseando por tu amor. Yo se lo pedía con muchas lágrimas

y suspiros; díjome el Señor:—¿Quieres, hija mía, cooperar a la obra de la Redención?

Pues puedes, hija mía, cooperar tanto, cuanto tú quieras. Yo al hacerme hombre, dos cosas me propuse; glorificar a mi Padre, reparar la falta de rebelión cometida contra mi Padre y contra Mí, y salvar a los hombres; pues estas tres cosas también me he propuesto decirte y tú lo has de hacer, hija mía, como yo deseo; tú, amada hija mía, has de reparar esas faltas de rebelión, hechas contra mi Padre y contra Mí, haciendo siempre mi voluntad con alegría. Cooperarás tanto, cuanto tú quieras, a la obra de la Redención, si logras la santificación de tu alma, y ésta la lograrás, si haces en todo mi voluntad, y si haces mi voluntad, junto con tu santificación, lograrás la santificación de muchas almas, por lo cual mi Padre y yo seremos glorificados; mas para que esto sea así, has de volver a tu casa, y en ella no has de pensar en otra cosa, que en hacer mi voluntad, la cual pronto para mi mayor gloria te daré a conocer.

IV

Pero, Dios mío, ¿quedarme en el mundo para siempre? ¡Oh Amor de mis amores! Mucho, mucho me amas, Dios mío, pero no me has dado lo que das a los que más amas, pues a mí aquí en el mundo me quieres. ¡Oh Padre Bondadosísimo!, ¿qué haría yo para merecer que del mundo me sacaras?

¡Oh gracia sobre toda gracia! ¡Oh don sobre todo don! ¡Oh dádiva que en nada, por más que haga, podré hacer jamás cosa por la cual yo te pueda merecer!

Yo lloraba sin consuelo, pensando no me llamaba el Señor a la Religión. Yo como fuera de mí, de pena, decía:—Señor, ya sé que gracia es que jamás la he merecido, ni nada se puede hacer para merecerla; pero dádmela Vos, por el grande amor que me has manifestado; véame yo por tu amor pertenecer al número de los hijos de alguna de tus Religiones.

Yo aunque a Dios no decía nada, pasaba por mi memoria si el Señor me privaría para siempre de esa gracia, por el abuso que hice yo cuando el Padre Cristóbal me dijo:—Si quería entrar en Santa Clara,

y le dije que no; cuando esto yo pensaba, díjome el Señor:

—No te aflijas por eso, pues yo puse en tus labios las palabras que entonces dijiste. Como yo no había dicho nada de esto, que yo pensaba, al Señor, me turbé.

No te turbes, hija mía, que no hay pensamiento oculto para mí; no olvides nunca lo que ahora te voy a manifestar, y esto es una grande prueba que mi amor te manifiesta.

Sabe, hija mía, que existe una Religión....., los hijos de Ignacio, y ellos no llevan otro nombre que el mío, y este nombre le llevan para gloria de mi Padre.

...Pues en esta Religión, amada hija mía, es donde únicamente deseo verte; desde toda la eternidad mi Padre y yo te contamos la primera entre los hijos de Ignacio.....»

En tu casa la has de pasar glorificando a mi Padre, porque se dignó darte a conocer su voluntad. Yo nada contesté; mas antes de empezar a andar para volver a casa, me puse un momento de rodillas y dije a Dios:—Padre mío, una eternidad de millones de millones de veces, seas bendito por el grande favor que os habéis dignado hoy dispensarme.

V

Y me levanté, salí a la carretera y al salir a ella dije, no con las palabras, sólo con el pensamiento, me fijé en el alto de Villasirga, como diciendo: ¿cuándo llegaré allí, para ver a mi pueblo?

Pero sin hablar, yo no sé cómo fué, yo no anduve nada, traerme no me trajo nadie, y sé que fuí yo la que fuí, que ninguno me llevó; mas no sé explicar cómo; yo sé que cuando pensé, y al mismo tiempo deseé llegar al alto de Villasirga, que es desde donde se ve este mi pueblo, sentí una cosa extraña en mi cuerpo, que parece perfectamente entendí, pero yo no sé cómo fué, ni puedo explicar; sólo sé que yo no anduve y sé que ninguno me llevó; y que al fijarme mi pensamiento, lo deseé lo mismo que lo pensé; y donde lo pensé y lo deseé, allí me hallé; y no lo pensé primero y después lo deseé y luego me hallé,

no, sino que todo fué a un tiempo; fué como un abrir y cerrar de ojos; el pensarlo, desearlo y hallarme allí todo fué en el mismo instante, y esto por entonces me duró ocho días, donde deseaba me hallaba.

Cuando entré en casa, nada me dijo mi madre, y por lo que me decía aquella noche cuando estábamos juntas cenando, entendí no me había echado de menos en todo el día, por lo cual mucho alabé al Señor» (1).

---

(1) Es este episodio uno de los que mayores dificultades ofrece a la sana crítica. ¿De hecho se habrá Francisca rastrillado la cara con cristales?

Así lo afirma ella, y esta afirmación constituye una no débil prueba en favor de la existencia de aquel heróico acto.

Pero examinando atentamente el escrito que nos ocupa, se suscitan algunas dudas acerca de la verdad del mismo.

Cerca de Villasirga perdió el sentido Francisca, oyó hablas divinas y fué favorecida con un extraordinario éxtasis *móvil* que la llevó a Carrión.

Además escribió Francisca bastantes años después estos admirables sucesos. ¿No pudo haber ocurrido que haya dado por cierto lo que sólo fué una resolución que al salir de casa había tomado?

Lo que no puede ni aún sospecharse es que la Sierva de Dios haya mentido; a lo más habrá padecido una equivocación muy explicable en aquel conjunto de circunstancias.

CAPITULO XXVI

Unión espiritual de Francisca con la Compañía de Jesús.

I

Los que conozcan a fondo la historia y la legislación de la Compañía de Jesús, no dejarán de hallar hasta absurdo el epígrafe de este capítulo.

Y es así; San Ignacio no quiso imitar a otros Santísimos Patriarcas, fundando para mujeres segundas órdenes. Más aún, ni siquiera permite el Santo a sus hijos el ser confesores ordinarios de religiosas.

¿Cómo pudo entonces Francisca llegar a ser de alguna manera contada entre los hijos de la Compañía de Jesús?

Las reglas y disposiciones humanas, por muy prudentes que sean, no llegan a Dios ni alcanzan al limitar su poder y Providencia. Por eso, afirmamos que esta Sierva de Dios fué verdadero miembro espiritual de la Compañía.

II

Recordemos uno de los diálogos que Francisca, siendo niña, sostenía ante el cuadro de la Virgen que tenía en su habitación.

A la pregunta «¿qué quieres ahora que te dé?, pídeme lo que quieras», hecha por el Niño Jesús, responde la Sierva de Dios:—«Ser monja quiero y no quiero más».

Entonces díjole la Santísima Virgen:—«Hija mía, no serás lo que ahora pides, pero serás lo que de-

seas; tú serás religiosa en la Religión que este mi amado Hijo fundó.....»

Más tarde, cuando no mucho después de su conversión, abandonó la casa paterna, el Señor la hizo volver a ella, diciéndole a la vez:—«Sabe, hija mía, que existe una Religión..... éstos son los Hijos de Ignacio y ellos no llevan otro nombre que el mío, y este nombre le llevan para gloria de mi Padre.

Pues en esta Religión, amada hija mía, es donde únicamente deseo verte; desde toda la eternidad, mi Padre y yo, te contamos la primera entre los hijos de Ignacio; mas tú no has de vivir en otra parte que en la soledad de tu casa; porque sólo allí podrán cumplirse los designios que yo tengo sobre tí».

Estos fueron lo que pudiéramos llamar los primeros vagidos de una vocación, al parecer humano, tan extraña. El llamamiento verdadero de Francisca a la Compañía de Jesús, nos lo va a exponer Ella misma.

III

«El día uno de Enero, no me acuerdo de qué año, pero sé que fué el año antes de caminar de esta casa de ustedes el P. Sangrador, nada más comulgar ese día, díjome el Señor:—Quiero, hija mía, dar principio a los designios que Yo tengo sobre tí, y mis designios son estos: por el amor que te tengo, te elegí desde toda la eternidad a ser la primera entre los hijos de Ignacio, y desde hoy quiero que tú cooperes a la realización de mis deseos para contigo y para con esta mi amada Compañía; y mis deseos para con ella son estos: quiero que mientras exista el mundo, exista esta mi amada Compañía..... y esta distinción se ha de ver en el celo con que han de trabajar para hacer ver a las gentes la pureza y verdad de mi doctrina, por lo cual los hombres me conocerán y mi Padre será en ello glorificado; y para que glorifiquen a mi Padre tanto cuanto yo deseo, han de salvar con su celo muchas almas y este celo no podrán tener, ni de otra manera alguna conseguir, si no es con la santificación de sus almas, y para que esto consigan, Yo te elegí a tí para que con tu vida

de oración y sacrificio alcances de mi Padre cuantas gracias necesitan para lograr ellos la santificación de su alma.

¿Y tú que dices? Dime, hija mía, lo que piensas y deseas con toda confianza.

—Dulce Amor mío, ¿cómo he de querer otra cosa que aquella que Vos queréis?—Y desear, ¿qué deseas hija mía? Dímelo con toda confianza, pues bien sabes cuánto te amo.

—Mi deseo bien le sabes. ¡Oh Luz de mis ojos y suspiro de mi corazón!; pienso que por ese grande amor que siempre me has tenido y hoy mismo me manifiestas, me has de sacar de este mundo y me has de llevar a la Religión; yo, Imán de mis amores, no te señalo cuál sea, mas Tú sácame de aquí y llévame donde quieras, que donde quiera me lleves, gustosa te serviré.

—Hija mía, sabe que aquellos a quienes amo, a mi amada Compañía llevo, para que en ella trabajen como miembros de mi Iglesia, los más robustos y sanos; pues aquí, y no en otra alguna, te quiero; hasta hoy, hija mía, has sido miembro enfermo y delicado de mi amada Compañía, siendo hija de Ignacio sólo por mi elección, mas ya desde este día, quiero que seas por tu aceptación.

—¿Lo aceptas, hija mía?—Sí lo acepto, Jesús Dulcísimo y Amantísimo de mi alma.

—Pues si lo aceptas, tu vida, hija mía, no ha de ser otra que vida de soledad, de oración y sacrificio, con esto conseguirás el cumplimiento de mi voluntad y designios que yo tengo sobre tí y sobre mi amada Compañía.

¡Oh, hija mía, que aceptación tan consoladora a mi afligido corazón hoy me haces! Mas te hago saber la amargura con que ha de ver mi corazón el olvido que tú has de tener de lo que hoy con tanto amor Yo te manifiesto.

¡Oh, hija mía, qué deseos has de tener tan contrarios al cumplimiento de mis designios! ¡Oh, hija mía!, óyeme, y guarda siempre en tú corazón lo que ahora te voy a manifestar:

El ángel de las tinieblas te ha de perseguir sin cesar, y te ha de hacer ver que los fines para que has

sido criada, no les podrás conseguir sino dejas el mundo y te retiras a servirme en la Religión; mas para defenderte de sus falsedades y satánico furor, yo te daré como un segundo ángel de guarda a Ignacio de Loyola, él te acompañará de día y de noche sin que jamás su compañía te falte; Yo haré que te sea visible para tu mayor consuelo y para que con su visible presencia te aumente la confianza que quiero tengas en él; haz todo cuanto él te mande, y sus consejos recíbeles como conocimientos claros y verdaderos que yo por su medio te doy, y como manifestación que yo te hago de mi voluntad.

IV

El día dos de Agosto de ese mismo año vi, al salir de casa a las cinco de la mañana, un grande resplandor que a todas partes donde yo iba me acompañaba; y después de comulgar al salir de la Iglesia para irme a casa, vi otra vez lo mismo que vi al salir de casa; fuí a la portería por labor, y allí le vi por primera vez, como le veo hoy.

Cuando yo allí le vi, me pareció un Padre; mas cuando salí, salió él también; al salir él por la puerta, yo me detuve.—Anda me dijo que yo te he de acompañar a donde quiera que vayas.

Yo en aquel instante, me acordé de lo que el Señor me había dicho el día primero de Enero, y llena de consuelo le dije:

—¿Quién sois Vos?--Soy Ignacio de Loyola, y mándame el Señor que te acompañe a donde quiera que vayas, y mi destino es enseñarte a cumplir la voluntad de Dios y defenderte de todos tus enemigos; desde ese día, no le he dejado de ver, sino en los días de grande tribulación, y cuando la tribulación pasa, asegúrame él que no me ha dejado; repréndeme cuando hago alguna cosa que no está conforme a lo que él me ha enseñado, sea que esto se refiera a Dios, o a mis prójimos o a mí misma.

Vile llorar tres veces. De la escritura nada me dice cuando me pongo a escribir; sólo cuando alguna cosa quiero quitar, si es por miras humanas, el no quererla poner repréndeme.

V

Al ponerme a escribir estos últimos papeles, lo dejé un día y me puse a mirar detenidamente las cosas que me habían pasado; pensé también los años que habían pasado ya y ahora lo tenía que decir; y no lo digo, decía yo; yo no doy cuenta de estas cosas, ya pasaron tantos años sin dar a ninguno cuenta, qué bien me ha ido, y ahora si la doy, no sé cómo me irá.

¿Quién me asegura a mí que no puedo yo ser como tantos pobrecillos que puestos en la ocasión tuvieron un pensamiento vano, se complacieron en él y cayeron? Pues para evitar todo esto, yo guardaré siempre silencio; no escribiré ya nada más; díjome entonces el Santo Padre:—Tú no has de poner los ojos en otra cosa que en glorificar a Dios, y en tu corazón no ha de haber mayor deseo que el que ahora te diré: el que sea glorificado el Señor en tí, en la manera que El sea servido hacerlo, y de los peligros que temes, yo te salvaré, pues para eso el Señor me mandó.

Con esto he concluído contestando a lo que me ha sido preguntado.

Quiera el Señor glorificarse El a sí mismo en cada una de las letras que a sólo este fin yo he puesto; quiera también el Señor que aquellos que lo lean, también por cada letra le glorifiquen; no consientas, Jesús mío, que de ello resulte ni la más pequeña ofensa contra Vos.

Sea también por ello ensalzado vuestro Siervo Ignacio, y Vos, amantísimo Padre, Amor y Maestro mío, millones de veces seas bendito, y una eternidad de millones de millones de veces glorificado, y todo sea a mayor honra y gloria vuestra».

VI

Esta vocación, además de su dificultad intrínseca, tropezó con varias oposiciones. En primer lugar, el P. Cristóbal, Rector del Colegio de Carrión y confesor de la Sierva de Dios, la inclinaba suavemente a la vida de clausura en el convento de Clarisas de dicha ciudad.

El mismo Sr. Obispo de la Diócesis, Excelentísimo e Ilmo. Sr. Almaraz, llamó en una ocasión a Francisca, para proponerle que abrazase la vida religiosa en el citado convento de las Claras de Carrión.

Como si esto fuera poco, sintió la Sierva de Dios en el fondo de su alma graves tentaciones contra su vocación, y a pesar de ellas, persistió en la idea de pertenecer a la Compañía de Jesús, como el Señor repetidas veces se lo había manifestado.

El éxito de su firmeza fué completo; el mismo señor Almaraz le impuso solemnemente la sotana de la Compañía de Jesús en la iglesia del Colegio de Carrión estando presentes algún Padre y Hermano Coadjutor. Así afirman un hecho tan extraño algunas personas, y entre ellas, el que fué Párroco de S. Andrés de Carrión, D. Félix Merino.

VII

Pero ¿para qué hemos de buscar más testimonios de esta verdad, si la misma Sierva de Dios claramente lo asegura? «Soy por pura bondad del Señor, miembro de la Compañía, y como tal, aspiro sólo a lo que ella aspira, y pues ella se afana, se fatiga y se desvela porque los intereses de Dios aumenten, siendo esta la honra que ansía y la única gloria que en el mundo desea, buscando en esto y con esto la mayor gloria de Dios, y el conseguir que esto así sea, es también su mayor gloria, pues esto es y será por siempre también la mayor gloria mía.

Y para dar testimonio práctico a Dios, como lo hacen cada uno de los miembros de que esta Compañía se compone, yo, Francisca Javiera, hoy día de la fiesta de mi Jardinero, diecinueve de Marzo de mil ochocientos noventa y ocho, me obligo de una manera especial a la práctica de toda virtud, no cesando ni perdonando medio alguno de cuantos sean necesarios, para conseguir la mayor perfección en la práctica de cada virtud; deseando y pidiendo en cada una de estas prácticas, el aumento de los intereses de Dios y su mayor gloria; y para aumento de ésta, pídole al mismo Señor que, si algo me quiere dar, se digne darme para mayor gloria suya, que cada uno

de los miembros de su amada Compañía llegue a la perfección y santidad a que todos ellos son llamados».

VIII

De la eficacia de la protección de S. Ignacio a su hija espiritual, Francisca, aduce el citado Sr. Ruipérez un testimonio que saca de los autógrafos que tiene en su poder.

«El once de Agosto, estando yo en Palencia y no atreviéndose ir a comulgar por este hecho (el de haber sufrido no pocas tentaciones), estando en la iglesia de Sta. María, se la acercó un sacerdote desconocido diciéndola que la iba a dar la comunión y vió que salía de la sacristía acompañado de dos niños y la dió la comunión. Después fué a S. Andrés y cuando volvía a su casa, encontró en la rinconada de S. Julián al mismo sacerdote que, llamándola dulcemente, la dijo:—Francisca, hija mía, desecha ese pensamiento que te ocupa. Después de varias vicisitudes, hijas de este hecho, el Señor la dió a conocer que aquel sacerdote era S. Ignacio».

CAPITULO XXVII

Distribución del tiempo.

I

SABEMOS afortunadamente la distribución del tiempo a que había de someterse Francisca, así en los días de trabajo como en los días festivos.

Está escrita ésta, a la naturaleza humana penosa y difícil distribución, por el P. Hipólito Ibeas, que fué durante varios años director espiritual de la Sierva de Dios.

Este documento, más que algunos hechos extraordinarios, nos pone de manifiesto la vida santísima que aquélla llevaba. Por eso vamos a copiarla íntegramente.

II

MAÑANA

12 de la noche. Maitines y laudes. Acabados los laudes, viacrucis.
3 de la mañana. Visita al Santísimo Sacramento. Oración por las necesidades de toda la Universal Iglesia.
4.—Ofrecimiento de obras. Oración por toda la Universal Compañía.
5.—Misa y Comunión.
7.—Trisagio con mis compañeras.
8.—Desayuno; Prima y tercia.
10.—Lectura espiritual, media hora.
12.—Sexta, nona. Examen. Acción de gracias y corona de los Dolores.

TARDE

1.—Trabajo.
3.—Rosario.
4.—Lectura espiritual.
5.—Comida y vísperas.
6.—El escapulario azul y el del Carmen.
Terminado el trabajo, Completas. Examen general y particular de la conciencia. Dar gracias a Dios por los beneficios recibidos y meditar en la pasión del Señor haciendo la penitencia que el Padre Espiritual me permita.
9.—Descanso hasta las doce.

Todos los meses.—Al principio de cada mes a las ocho de la noche daré principio a la novena del Espíritu Santo; el diez a la del Sacratísimo Corazón de Jesús; y el diez y nueve la de los Dolores de la Virgen, para obtener las gracias especiales que en cada una he de pedir».

III

Distribución para los domingos y días festivos.

¿Para qué valdrán tantas gracias, tantos dones y aun la misma amistad y trato con Vos, Dios mío, si todo esto lo tengo como tesoros guardados y sin hacer uso de ellos? Solo me valdrán, para acusarme en mi última hora.

Y ¿qué debo hacer para que esto no me suceda? Lo que debo hacer durante los días de la semana, ya lo sé y bien determinado lo tengo en mis reglas y en la distribución ordinaria. Mas como mi deseo es vivir dándote a tí, mi Dios, gusto, placer y contento en todo, para los domingos y días festivos me propongo desde hoy, veintisiete de Junio de mil ochocientos noventa y seis, observar la distribución de horas siguiente:

POR LA MAÑANA

5.—Rosario gozoso y preparación para la Comunión.
6.—Misa-Comunión y acción de gracias.
8.—Desayuno. Las siete peticiones al Espíritu Santo. Tedeum o Miserere según el tiempo. Un capítulo del Kempis.
9.—Trisagio. Examen práctico. Tercia.
10.—Oración o escritura.
11.—Vía-Crucis. Sexta.
12.—Angelus. Nona. La Corona de los Dolores.

POR LA TARDE

1.—Lectura del año efectivo.
2.—Oración o escritura.
3.—Trisagio. Vísperas. Visita a la Virgen de las Hijas de María.
4.—Comida, dar al cuerpo algún descanso.
5.—Completas. Rosario Glorioso.
6.—Oración o escritura.
7.—Los escapularios. Recreo cantando al Amor de los Amores, o lo que El me inspirase.
8.—Examen particular y general de la conciencia. Un rato de lectura espiritual. Acostarse».

A. M. D. G.

IV

Nótese que Francisca, según estas distribuciones solamente comía dos veces al día, el desayuno a las ocho y a las cinco de la tarde la comida. Y en los días festivos desayunaba a las ocho y comía a las cuatro de la tarde.

Igualmente conviene advertir que se acostaba a las nueve para levantarse a las doce de la noche. De modo que Francisca solamente daba al sueño, en los días de trabajo, tres horas. En cambio en los días festivos, dormía más del doble de tiempo.

¿Quién no ve en estas dos distribuciones a un alma que, abstraída de las cosas de la tierra, sólo piensa en alabar y glorificar a Dios Nuestro Señor?

CAPITULO XXVIII

Describe la Sierva de Dios cómo santifica el día.

I

La lectura de los escritos, que vamos a copiar, nos demuestran que Francisca se había formado en la escuela de S. Ignacio.

Y es que la manera de prepararse remota y y próximamente para la oración, el examen que de ella hace y el fruto que consigue, dan a entender que conocía el libro de los Ejercicios de S. Ignacio.

No sólo esto; debió conocer también las máximas y principios ascéticos del Santo, y lo que vale más, ponía empeño en practicarlos.

Todo esto aparece claramente de los siguientes párrafos tomados de sus escritos.

Las primicias del día.—«Por la mañana, se ha de poner grandísimo cuidado en dar a Dios las primicias del día, y ella dice que por la noche, nada más acostarse, decía: Señor, dame tu gracia y con ella yo te daré a Tí las primicias de mañana; y luego se echaba, y mientras venía el sueño, recordaba aquellos cuarenta días que pasó en el desierto, los días sin comer, las noches sin dormir, y todo por mí, porque yo me salve.

Esto dice ella que la enternecía mucho y la movía el corazón, y cuando ella conocía que el corazón se movía, le decía enseguida: y ¿será mucho, corazón mío, que demos a Dios las primicias de la mañana?

Cuando por la noche despertaba, miraba a ver en qué disposiciones se hallaba; si estaba algo tibia, se

volvía a hacer ella a sí misma las mismas reflexiones hasta que lograba que la voluntad se decidiera completamente, y si la veía que no se había entibiado, que estaba resuelta a hacer aquello en que habían quedado cuando se acostó, daba gracias a Dios por ello diciendo: ¿Con qué te pagaré, Dios mío y Padre mío, esta gracia que me has dado con la cual te dé yo las primicias de la mañana?

Con esto, pensando en lo mucho que Dios la amaba, procuraba quedarse otra vez dormida, y por la mañana, en despertando, sin costarle nada se levantaba, y como no la había costado levantarse, tampoco lo que seguía la costaba, porque aquella infinita Bondad de Dios, como siempre nos está viendo y nos mira con unas miradas de amor tan grandes, una pequeña cosa que hagamos por él, yo creo que el amor que nos tiene, le hace ver grande lo que es pequeño, y así no era que viera las cosas, sino que las ve tal como son, sé que lo que él nos da, es paga de cosas grandes; y mirad si es cosa grande, quitar dos o tres minutos de reposo a la naturaleza.

Como el corazón y todo mi ser estaba sin tibieza para levantarme, aquella gracia que nos da el Señor, en cambio de este pequeño vencimiento, obra tanto en el alma, que la deja como olvidada de todas las cosas. Entonces con la fuerza de la gracia, la naturaleza parece que está como deseando de postrarse en el suelo para adorar a su Dios y Señor».

II

La oración.—«En lo que toca a la oración, nunca empezaré la oración sin haber hecho postración interior y exterior ante mi Dios y Señor; y siempre será ésta la primera reverencia que le haga, y luego se la haré como a Padre amantísimo y como a Esposo apasionadísimo de mi bien, de donde debo yo aprender a estarlo por su gloria, y como a Maestro celosísimo, que todo lo que tiene de misericordiosísimo para perdonar las faltas indeliberadas en sus escogidos, tiene de celo para castigar las que deliberadamente cometen, y como tanto las ama, muy contristado está cuando los castiga.....

Esta reverencia exterior la haré sólo cuando yo sola en mi aposento esté, mas la interior la haré también cuando empiece mi oración en la iglesia..... Para que la oración la haga yo con la perfección que ella en sí reclama, me he de prevenir contra el diablo y contra mí.....

Cuando el alma sale de la oración, sale siempre con gran retraimiento a todo consuelo, con grande amor a su Dios y con hambre de padecer por El....»

Examen de la oración.—«Has de examinarte primero, si has llevado al ir a ella las disposiciones que la oración reclama, que es en primer lugar avivar la fe, la esperanza y la caridad; en segundo lugar, ir a ella con deseo de conocer más y más la voluntad del Señor para cumplirla; en tercer lugar, si has ido a ella con hambre de su gracia, y si esta gracia la buscas y la deseas únicamente para con ella tú poder servir y amar a Dios con mayor perfección cada día; en cuarto lugar, si le has dado la perfección que El se merece; dejando la ocupación que antes de la oración te ocupaba, y ésta dejándola con gusto y alegría y prontitud; en quinto lugar, si te has prevenido pensando lo que vas a pedir al Señor en bien de tus prójimos, cuando veas que el Señor te quiere dispensar algún nuevo favor, o en bien de la Iglesia, o de los que la gobiernan.

Si vas a la oración con aquel contento y alegría con que va un tierno niño a los brazos de su madre, y con el mismo desinterés que él. Si todo esto hallas que sí, rinde por ello infinitas gracias al Señor; y si hallaras que no, haz un acto de perfecta contrición, pues de temer es que no le hayas complacido, pues no has llevado las cosas que El reclama de tí al ir a la oración.

Sobre la oración examina primero que ha precedido en ella, si aridez de espíritu o sequedad, o tristeza o consolación. Si has sentido en la oración aridez de espíritu, examina primero de dónde te vino, si de Dios o del diablo o de tí .....»

III

Oración de la mañana.—«El espíritu cuando ve con estas disposiciones a la hermana más pequeña, es tanto lo que se alegra, que aquella alegría le lleva a buscar con ansia a su Dios en la oración.

Pues si en la oración, como con todo lo que dejo dicho, ha desaparecido la tibieza del corazón, el espíritu entonces hace de él lo que quiere, y como el espíritu no busca sino su bien, le dice lo que es necesario hacer para corresponder a aquel amor infinito del Dios Todopoderoso, que siendo lo que es, se acuerda y tiene presente a su pobre creatura, y viene en su ayuda y la da su gracia para que con ella destruya la obra que sus padres levantaron, y levante la que destruyeron.

Con la fuerza, que el espíritu cobró con la gracia que Dios le ha dado, está el corazón ante él como una masa, dejándose imprimir todo lo que el espíritu quiera; cuando el corazón se pone en esas condiciones, se siente como dentro de uno, parece está todo en un profundo silencio, escuchando cómo el espíritu habla al corazón.

Dice esta amiga mía que parece, y ella sabe que fué así, que desde el primer día que hizo esto que dejo dicho, parece que su corazón se despoja muy voluntariamente de todo deseo carnal, sin que jamás acerca de esto haya notado nada en él.....

Cuando ya está todo el interior en tanto silencio, el espíritu habla al corazón, y los dos quedan convenidos en lo que han de hacer durante el día para complacer a Dios. El convenio fué éste; el que la naturaleza, hermana pequeña, el corazón, los sentidos y las potencias y el espíritu; cada uno tuviera durante el día un empeño especial en dar a Dios ese día toda la gloria que pudiera; y cuando alguna aflojara por falta de fuerzas, los demás ayudarle; y si lo deja porque quiere, al que lo deja, se le dará el castigo a propósito de la falta.

Esta fué, dice ella con grandísima alegría, la primera reunión que todas las hermanas juntas tuvieron. Como en esta reunión anda la gracia por medio muy abundante, el hermano mayor llevó la atención a los

demás con lo cual los hizo ver el gozo que sería para él el que allí reunidos todos, como buenos hermanos, vivieran sin pensar en otra cosa, que en servir a Dios lo mejor que pudiera, todos gustosos en hacerlo así.

Dice esta amiga mía que, entretenida en esto, se le pasó una hora sin haber hecho ni más oración ni más meditación que esta».

IV

Fruto de la oración.—«Cuando salió de allí para ir ya a sus quehaceres y afanes de la vida, dice que sentía recogerse con mucha facilidad, y esto dice que era nacido de aquella firme resolución, que durante el tiempo destinado para la oración se había formado de hacer todas las cosas lo mejor que pudiera.

El espíritu, dice ella, como hermano mayor, quería ayudar a los otros pequeños a cumplir sus propósitos, y como sabe él muy bien que sin la gracia de Dios no puede nada, dice esta amiga, que a cada instante decía a Dios:

Señor y Padre mío, dame a mí gracia para pensar siempre en Tí y a mi naturaleza para vencerse en las cosas pequeñas, que de las grandes, en que yo consienta, tú nos librarás.

Como la naturaleza ha cogido como un segundo hábito y costumbre de vencerse en todas las cosas pequeñas, ya ninguna ocasión que se le presente deja escapar, y como en cada día hallamos tantas ocasiones, pasamos casi todo el día en este ejercicio del propio vencimiento en cosas pequeñas como son las que dejo dichas

El espíritu en cada cosa que hacía, fueran las potencias, fueran los sentidos, fuera la naturaleza, fuera el corazón, inmediatamente daba gracias a Dios por ello, y en cada cosa que él veía que iban a hacer, ya estaba: Dios mío, dame tu gracia y dásela también a esta gentecilla, para que hoy cumplamos todos lo mejor que podamos, lo que esta mañana os hemos prometido. Con este ejercicio de esas potencias pequeñas, pero continuadas, se fué el espíritu acostumbrando a estar en la presencia de Dios y no estar allí ocioso, sino siempre en demanda de alguna cosa.

Como Dios es tan generoso, que es infinito en Bondad, parecíame daba a manera de rocío de alegría, y como todo lo que Dios da entonces, llama tanto la atención al corazón que es insaciable de alegría, y por otra parte conoció que en todos los días de la vida, ni el mundo, ni todas las cosas de él, ni las creaturas, jamás le habían dado a gozar la alegría que él en ese día gozaba, se decidió a dejar todas las niñerías y a servir a Dios de veras; con esto llegó la noche y la hora de hacer la oración de la noche».

V

Oración de la noche.—«Resultado de haber hecho bien todo lo de casa, lo que por la mañana prometimos, fué aquella alegría tan grande que, a manera de rocío, de todos los de la casa se dejó sentir, pues todo mi ser de ella participó, y resultado de esta alegría, el deseo de que llegara la hora de dejar las ocupaciones para tomar la oración, pues ya otra cosa ninguna deseaba.

Con esto fuí a la oración, y allí parece ya quiso el Señor darme algo.

Con el grande gozo que yo llevaba, y más que el Señor me dió en aquella media hora, parecía que en mi corazón se levantaban, a manera de los vapores que salen de la tierra cuando está húmeda y la calienta el sol, los deseos de amar a Dios sobre todas las cosas.

Durante la media hora de aquella noche destinada para la oración no pensé en otra cosa que en cómo serviría yo a Dios».

CAPITULO XXIX

Obstáculos vencidos.

I

Obstáculo es, y grande, para la vida interior y contemplativa el frecuente trato con las gentes del mundo. Hermosamente nos enseña y repite esta verdad el «Kempis»: «Si te apartares de conversaciones superfluas y de andar ocioso y de oir novedades y murmuraciones, hallarás tiempo para entregarte a santas meditaciones».

«Los mayores santos evitaban cuanto podían las compañías de los hombres y elegían el vivir para Dios en su retiro.

«Dijo uno: cuantas veces estuve entre los hombres, volví menos hombre. Hallarán la suavísima contemplación del Espíritu Santo los que, por amor tuyo, despreciaren todo deleite carnal».

«Porque no podrás ocuparte en mí y juntamente deleitarte en lo transitorio. Conviene desviarse de conocidos y de amigos y tener el espíritu retirado de todo placer carnal».

Francisca no pasó la vida encerrada entre las cuatro paredes de un convento, ni siquiera separada y abstraída del mundo, dentro de su modesta casa. En los talleres primero y luego en la incipiente Escuela Apostólica, tenía por necesidad que conversar con las gentes, intervenir en negocios y cortar por lo mismo la suave corriente de la divina contemplación.

¿Cómo resolvió esta dificultad para muchos inso-

luble? Ella responderá satisfactoriamente, como acostumbra, a esta pregunta.

II

«De dos diferentes maneras me visita este amable y dulcísimo Jesús, las dos son diferentes en el modo de visitarme y en las impresiones y efectos que en mi alma hace. De la una, Padre, ya le doy cuenta en las cuentas anteriores del año pasado y le digo allí varias de sus visitas; de éstas, que ya le he hablado, son las visitas que me hace estando yo en mi soledad; en las que me hace cuando estoy con gente, es de las que me creo debo darle cuenta, pues me parece que de éstas nunca le he hablado.

III

Estas me suceden así: Cuando yo estoy con gente, procuro no perder la presencia de Dios, pero si estoy en la presencia de Dios, y la conversación con aquella persona es cosa que yo la deba de oir con atención para darla contestación a lo que me pregunte, he de dejar la presencia de Dios, porque si no pierdo mucho de oir y no sé si algo me han preguntado, y no le sabré responder, y esto me causa mucha vergüenza.

Cuando noto que esto me sucede, con cuanto disimulo puedo levanto los ojos y con ellos el corazón, y digo en mi interior: Tú, Jesús mío, serás siempre el único a quien mi alma y mi corazón ame, y con esto le quiero decir que le voy a dejar por el tiempo que me dure la conversación. El bien me entiende todo lo que le quiero decir con esto; y qué consuelo tan grande es éste para mi alma saber que con sólo que le mire, ya sabe todo lo que le quiero decir; yo con esto me creo ya con derecho de dejarle sin faltarle, porque El ya sabe por qué le dejo, y me pongo con toda la atención a escuchar lo que me dicen.

IV

Antes de un minuto, le siento hacer fuerza con su amor en mi alma, y lo hace de una manera tan dulce

y consoladora a mi alma, que interiormente está forzándome con estos consuelos a que deje a las criaturas y le escuche a El, mas yo con alguna palabra que interiormente le digo, parece quererle yo con esto entretener; mas El demuestra a mi alma que está como impaciente, se deja sentir y ver como esos amantes apasionados, que no parecen están contentos más que cuando a solas gozan de los amores de la persona amada.

Una cosa ahora se me recuerda y es la más clara de explicar; el modo de dejarse sentir este amor de los amores en estos ratos en que estoy con gente y a El no le doy conversación. Está como Esposo a la puerta, cuando sabe que aquella, a quien quiere por esposa, se avergüenza de que las gentes la vean tratar con El; mas El es tal lo impaciente que el amor le pone, que por ruidos y toques que hace a la puerta de su casa, la quiere a ella hacer entender que El está allí, esperando que ella salga a darle conversación, mas ella aunque le siente y desea estar con El, por la vergüenza que le causa el que alguno le vea, no sale; mas El no pudiendo dominar la fuerza de su amor, entra donde ella está, y aunque ella no le hable, con que ella a El le vea, ya se queda su amor más sosegado y contento; esta comparación, Padre, puede ser que le escandalice, pero es así, Padre, es así como siente mi alma que está este amor sobre todo amor, y va más allá todavía.

¡Oh! Si no se escandalizara, Padre, yo le diría, y se lo diría porque es así, Padre, cómo me pasa. ¡Jesús mío!, haced Vos que no se escandalice, dadle Vos a conocer que es así.

V

Yo como he dicho antes, con alguna palabra de amor que le digo, procuro entretenerle, mas El con cada una de las palabras que le digo, parece alterarse y aumentarse más su amor; El no deja de hacerse sentir a mi alma con toques que le hace; como estos toques son de amor, encienden en amor mi alma, y mi alma encendida en amor, por una parte y por otra sintiéndole a El como está de desasosegado, ansioso

sólo de manifestarme el amor con que me ama, entretiene mi memoria y mi entendimiento, poniendo a mi voluntad en ejercicio de amor; cuando esto me sucede, no puedo, por más que hago, fijarme en lo que me dice, mas como ya he dicho al principio, me da de esto tanta vergüenza, que vuelvo a querer dejarlo todo y estar atenta a lo que me están diciendo aquellas personas con quien yo estoy hablando; mas apenas hago esto, vuelvo a sentir un fuerte toque de amor en mi alma, y con él parece dejó impresa en mi alma la hermosura de su rostro.

Esto me deja las potencias como en prisiones de amor; aquí sufre todo mi ser mucho, y este sufrimiento me creo me resulta de la violencia que yo me hago, para dar contento a Dios y a las criaturas; mas esto me dura poco, porque al empezar tanto a sufrir, viene como en auxilio este amor de los amores, y de repente hácese presente a mi alma, déjase ver a mi alma con un rostro tan lleno de hermosura, que todas mis potencias arrebata, y aquí acabó el sufrimiento y toda violencia, pues quedo olvidada de que estoy con gente.

VI

El ver yo esta hermosura de su rostro dura poco, pues me parece dura poco, y digo que me parece y no lo digo con toda seguridad, por temor de que no sea que me parezca a mí corto el tiempo por lo dulce que me es y deleitoso a mi alma, y no sea así; mas me creo que esto es así, que dura poco y tan poco, que a mí me parece como un relámpago; y es así en verdad como un relámpago, porque si éste trae fuego, fuego traen estas visitas de que estoy hablando, y grandes son los incendios de amor que prenden en mi alma; mas dejo esto y sigo diciendo cómo me pasa.

Como estas visitas son todo visitas de amor y no busca en ellas otra cosa que amor y yo no le tengo, con el ansia y el hambre y la sed que trae de amor y de ser amado, obra tales finezas de amor en mi alma, que yo no puedo explicar más; si esto lo ha sentido alguna vez, Padre, ya me entenderá cómo es, y si lo ha oído a alguno decir que sepa decirlo, me entende-

rá también, aunque esto me parece imposible que lo sepan decir, porque estos efectos pasan tan allá en lo más íntimo de mi alma, en lo más sustancial que pudiera haber en ella, con amores de parte de Dios tan finos y delicados, que me creo que no siendo quien lo pase, no lo sabrá entender cómo es, aunque hubiera alguno que lo supiera decir que yo no sé, y digo que trae ansia, hambre y sed de amor y de ser amado».

CAPITULO XXX

Vida eucarística de la Sierva de Dios.

I

Que Francisca haya sido un alma eminentemente eucarística desde la niñez y que continuó siéndolo durante toda su vida, se ha indicado anteriormente.

En este capítulo vamos a reproducir tres escritos suyos acerca de esta materia. Dos están hechos por orden expresa del P. Espiritual de la Sierva de Dios; no sabemos la causa del tercero, aunque suponemos que sea la misma.

Son tan preciosos y revelan tan al vivo el alma de Francisca, que nos creemos en el deber de transcribirlos íntegramente, a pesar de su relativa extensión.

II

«Cuenta de conciencia que mi confesor y Padre espiritual me manda dar de los efectos que en mi alma produce la Comunión, y ¿cómo la daré?, ¡dulce bien mío! ¿si tú no me lo enseñas? ¿Con qué palabras podrá mi alma expresar lo que en mí ha producido la frecuencia de este Sacramento?

Dicho estaba todo, con decir que habéis sido y sois el único alimento de mi alma; dicho estaba con decir que este Sacramento ha llenado mi alma de fe, de esperanza y de caridad. ¡Oh! que con esto está dicho todo, porque si llenó mi alma de fe, de esperanza y caridad, esta es la vida del alma mía, que me la dió este Sacramento Divino, y la vida que me dió,

fué la vida de caridad, porque mi alma no puede vivir sin esta vida, y para que esta vida sea robusta y fuerte, me dió con la caridad la fe.

III

La fe, que me la dió para que sea el corazón de mi alma, y mi alma no sienta otros latidos que los de este corazón, y para que este corazón no oprima a mi alma, me dió una firme esperanza que ha de ser la única respiración de mi alma.

¡Oh alma mía! ¿Qué sería de tí el día que latieras con otro corazón o dejaras de respirar?; morirías sin remedio; porque así como este mi cuerpo no puede tener vida si no palpita el corazón, ni el corazón puede vivir si no respira, así tú, alma mía, no puedes vivir en caridad sin la fe, ni puede existir la fe sin la esperanza (1). ¡Oh virtudes divinas! ¿Con qué podría yo conservaros en mi alma, si no os alimentara con este manjar Divino? ¡Oh! bien lo sabíais Vos, ¡Dulce bien mío!; por eso en veintitres años ni un solo día me le has dejado de dar, y dos días que uno de mis confesores me privó de acercarme a recibir este divino manjar, Vos por otras vías me lo dísteis.

¡Oh! con cuánta verdad puedo decir que Vos sois la única vida de mi alma. ¡Oh Sacramento Divino! ¿Cómo podrá mi lengua expresar lo que tu amor dió a gustar a mi alma? Baste decir que ésta ha sido la fuente de donde brotaron a torrentes tus amores para conmigo; dame que yo lo sepa decir como a gustar me los distes.

Desde mi primera Comunión hasta la edad de once años, ya le he dado cuenta, Padre.

De once años hasta los quince comulgaba sólo una vez cada mes, y como entonces me dí a las ilusiones o entretenimientos del mundo, yo no sentía nada en la Comunión si no era recibirle con gusto y paz de mi alma y nada más, pero a la edad de quince años menos unos meses, porque yo cumplía los quince años

(1) Léase así, la fe, animada de la caridad, no puede existir en la esperanza.

el tres de Diciembre, y yo hice, o mejor dicho, lo renové el voto de castidad el día 16 de Julio.

La causa, que a esto me movió, ya lo dejo dicho en lo escrito anteriormente; mas yo aunque no tenía ya voluntad de tener otro esposo que a Dios, yo seguí con mis amigas hasta el segundo domingo de Cuaresma; este día me fuí a confesar, y llamo yo a este día el día de las pretensiones de amor, que Dios ha hecho a mi alma, y empezando este día segundo de Cuaresma, ha continuado en este divino Sacramento manifestándome cada día, que a recibirle me he acercado, el grande amor que me tiene.

IV

Empezó así: Como ya dije en el primer papel donde hablo de las pretensiones de Dios. Quedó desde ese día tan enamorada de este Dios de amor mi alma, que ya no podía vivir si no le amaba cuanto podía; como en este sacramento fué donde me manifestó lo que de mí quería, y quedó mi alma tan enamorada de su hermosura, fuí al día siguiente, lunes, y dije a mi confesor: yo quería comulgar hoy y también quería mañana; mas al decirle esto, fué tanta la abundancia de lágrimas que el Señor me dió y tal el amor hacia El que sintió mi corazón, que perdí el sentido; después de un rato quedé bien y entonces me dijo el confesor todos los días viniese a comulgar, pero has de hacer todo lo que yo te mande.

Cuando esto me dijo, volví a sentir otra vez grandísimos deseos de amar a Dios y una abundancia de lágrimas tan dulce, que la dulzura que yo sentía y los deseos de amar a Dios me hacían estar sin darme cuenta ni podía hacer nada para aquello quitar. Díjome que me iba a dar la comunión; comulgué y apenas comulgué, vi con los ojos de mi alma al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y les vi dentro de mi alma, vi el pecho de Jesús abierto y me pareció un jardín de hermosas flores, del olor de estas flores quedábanse mis potencias en una gran admiración, y lo que me admiraba entonces, no era el olor sino un conocimiento del amor de Dios, que a manera de como yo me deleitaba con el olor, deleitábanse mis

potencias con un conocimiento tan dulce, tan sabroso y deleitable, que mis potencias estaban como arrebatadas por aquel conocimiento de amor.

Jesús, de estas flores vi, que cogiendo un hermoso clavel, me decía:—¿Dices que quieres amarme? Para corresponder a mi amor, toma, amada mía, y ámame como yo te he amado, y me dió el clavel. Al cogerlo, no sentí olor ninguno, lo que sentí al cogerlo fué un conocimiento grande de los sacrificios todos de su vida, que su amor había voluntariamente sufrido para manifestarme a mí el amor que me tenía.

Dejó mi alma de verle, pero no dejó de sentirle; esto, Padre, no lo vi con los ojos del cuerpo, pues sólo lo veía mi alma. Porque esto sucedía allá en lo más íntimo de mi alma, porque nada más comulgar, ha sido así siempre, que me veo metida en lo más íntimo de mi alma, fuera de los días en que por mis malas disposiciones no me meten en este centro de mi alma, y estos días han sido y son ahora siempre que he tenido trato o amistades con las criaturas.

V

Digo, Padre, que no dejé de sentirle, porque todo el día estuvo dejándose sentir a mi alma de una manera secreta, que yo no le sé decir cómo es, y sólo lo sabrá el que lo haya pasado; como mi alma quedaba tan enamorada y tan prendada de este tan enamorado Dueño, todo el día estaba pensando en El y en cómo yo había de imitarle para amarle yo a El como El me amaba a mí.

Yo no podía olvidar los conocimientos que en la comunión me daba de su amor; las mañanas las pasaba sin darme cuenta apenas de lo que hacía, pensando en El, en lo mucho que me amaba y en gozar de aquello que me daba en la comunión, que me duraba hasta otra comunión, y las tardes las pasaba en discurrir medios de poderle manifestar mi amor y en desear volver a recibirle, a ver si con aquellas manifestaciones de amor, que me daba en la comunión, aprendía yo a amarle a El como El me amaba a mí.

Estos deseos, en que se encendía mi alma de amarle que tenían principio en la comunión y me duraban

todo el día, parecía que durante el sueño por las noches se encendían más; porque si mi cuerpo dormía, mi alma no sé si de las impresiones de la comunión recibida, o los deseos de volverle a recibir, durante el sueño gozaba mi alma de la vista de este Amado como si realmente yo le hubiera recibido, y esto me despertaba del sueño, y cuando me despertaba, me hallaba que del lado que había estado echada, estaba pasado de las lágrimas de consuelo que yo había derramado durante el sueño.

Estaba mi alma tan encendida en deseos de amar a este enamorado Dueño, que suspiraba y gemía sin poderlo remediar, por los deseos ardientes que de acercarme a recibirle de veras tenía. Yo pasaba lo restante de la noche sin tener ganas de dormir, sino pasarle en prepararme bien para otro día recibirle.

VI

Yo estaba enamoradísima del pecho de Jesús, y no hacía otra cosa que pensar cómo haría yo para que mi pecho fuera para El un jardín donde pudiera El tener todas sus delicias. Cuando yo esto pensaba de una manera serena, me fué dado a entender no ser aquellas flores como yo me creía, sino que eran las virtudes de mi enamorado Dueño las que debía yo aprender y practicar.

Este secreto conocimiento tanto me encendió en amor y en deseos de recibirle para más enterarme de cómo era aquello que se me había dado a entender, que yo del ardor, que mi alma gozaba y ardía, mi cuerpo desfallecía y enfermaba. Estando así, sentí allá en lo más íntimo de mi alma una cosa que yo llamo toque, porque es así que es toque, yo no vi quién me tocó pero yo le conocí, y fué tocarme en lo sustancial de mi alma, y digo sustancial, porque este toque le sentí en lo más delicado o en lo más sensible de mi alma, que toda yo quedé penetrada de este toque.

Este toque entendía yo que era amar, y era este toque tan dulce y delicadamente dado a mi alma, que yo no lo sé decir; y sé también que si no es a quien esto haya pasado, no podrá saber cómo es, aunque

lo hubiera muchas veces leído, porque quién podra explicar con palabras lo que en lo sustancial del alma pasa.

VII

Logré con la fortaleza, que me daba este Sacramento divino, vencerme en todas las cosas que pertenecen a este mi natural; mas parece y como parece es, que esta caridad infinita del Señor no puede esperar a pagarnos en la vida venidera lo que el alma hace en esta vida en su obsequio y amor; empieza en esta vida a pagárselo al alma y la da cuanto ella a El le dió.

Esto ha hecho conmigo; yo empecé a privarme por su amor de la comida y bebida, y desde el día que empecé a hacer esto, empezó este Sacramento divino a ser para mí manjar dulce y sabroso; de esto no le hablo ahora para dar de ello cuenta, porque ya se la he dado anteriormente en los escritos del año pasado.

A los principios me privaba yo en la comida y en la bebida, no de lo necesario sino sólo de lo que yo comía por gusto y placer, y por esta pequeña cosa dióme el Señor lo que ya dejo dicho.

Más adelante, con motivo de unas tentaciones que asaltaban mi imaginación que de esto no pasó, me propuse que mi alimento fuese solo pan y agua y esto muy poco con el fin de sentir hambre, y esto por dos causas: una porque desapareciese aquello de mi imaginación, y otra por imitar de alguna manera a mi amado Jesús ayunando en el desierto por mi amor.

Desde el día que esto empecé a hacer, ha sido este Sacramento divino hartura completa, y es tal la hartura que me deja, que por eso muchos días no me acuerdo de comer en todo el día, y esta hartura no me deja como la hartura natural cuando yo doy al estómago cuanto quiere, que parece embota los sentidos y estraga toda la naturaleza, esta hartura que me da este Sacramento divino, es una hartura tan dulce, tan sabrosa y regalada y causa tal placer y deleite a mi alma y a mi cuerpo, que si esto gustaran los del mundo, dirían; en sabroso y delicioso festín he pasado todo el día; yo no lo llamo así, y no porque no

lo sea, pues jamás el mundo dará un banquete a sus convidados de gustos tan sabrosos como los que aquí se experimentan, digo que yo no lo llamo así porque de estos mismos gustos y sabores tan exquisitos saca el alma de aquí un recuerdo de la penosa vida de este su Amado, que de pronto se ve mi alma bañada en lágrimas del más profundo dolor que estas mismas dulzuras las recuerda; mas estas lágrimas le son a mi alma tan dulces y sabrosas, que por nada las quiere cambiar, y la son tan dulces, que se olvida de los demás gustos tan sobrosos que antes estaba gustando.

VIII

A los principios de gustar estas harturas que me daba este Sacramento divino, mi alma y mi cuerpo como en unión gustaban los dos las mismas cosas; esto demuestra las imperfecciones de mi alma y la poca unión, o mejor dicho, falta de unión consumada, pues en dulzuras ponía todo su gozar; pero la infinita caridad del Señor, que a unirme así pretendía, envuelto entre estos sabrosos manjares, mandábame como un recuerdo de su vida amarga; este recuerdo parecía obligaba a mi alma, como a ponerse en pié y dejar de poner su gusto en lo que entonces gustaba, y ponerle en llorar las penalidades, y amarguras del Amado; cuando mi alma empezaba a llorar las penalidades y sufrimientos de este Amado, dejábase sentir y oir un embajador, cuya embajada oyó mi alma y era esta: toda esposa fiel ha de desear sufrir las amarguras de su esposo.

No vió mi alma al embajador, por lo mismo no puede decir quien era, pero al oir la embajada dieron a mi espíritu una firme seguridad que aquella embajada no era de otro alguno que de mi enamorado Dueño.

Al ver esto mi alma, pensó un poco y luego dijo: esta noticia que acabo de recibir, la tendré como un presente que me hiciera mi Amado.

Apenas dijo esto mi alma, toda se sintió encendida en amor sin saber quién la encendía, mas este incendio no la encendió en otra cosa que en ardientes e insaciables deseos de padecer; renuncias y protes-

tas hacía contra toda dulzura, contra todo regalo, contra todo deleite, contra toda satisfacción, diciendo como fuera de sí: nada quiero que no sea padecer en unión con mi Amado; renuncio a todo consuelo, a todo deleite, a toda alegría, a todo regalo, a toda dulzura, a todo descanso, a todo lo que me produzca alguna satisfacción, que nada quiero, que nada busco, que nada ansía ya mi alma si no es padecer por Tí, vida de mi corazón.

IX

Recordaron a mi alma las dulzuras, en que estaba entretenida buscando con tanto placer, y vuelvo a decir que recordaron a mi alma, porque mi alma en el estado en que se hallaba, no podía recordar, pues de todo se había olvidado sin tener nada presente sino los padecimientos de este Amado.

Apenas este recuerdo la dieron, vuélvese mi alma a mi cuerpo, como si éste hubiera sido otra persona, que no viviera en unión con ella y le dijo: cuerpo mío, goza tú solo de las dulzuras en el banquete de nuestro Amado, yo no quiero ya nada sino el padecer por su amor y amarle, para tí todo lo demás que nos presenten, ten presente lo que te da, para que nunca te resistas cuando yo te llame a padecer, y más encendida que antes en amor, volvióse mi alma al Amado y le decía: no quiero gozar ni en el alma ni en el cuerpo de otros goces que los que me produzcan el vivir sacrificada por tu amor; esta protesta que aquí hizo mi alma entonces, me hace ver muy claramente ahora, cuán olvidada debía estar del proceder que el Amado observa en la vida de sacrificios que voluntariamente el alma hace por El.

Renuncio a todo, dije, y no quiero otros goces que los que me produzca el vivir sacrificada por tu amor.

X

¡Oh dulce bien mío!, esto era como decirte no quiero gozarme en pequeños consuelos, sólo quiero gozarme en grandes sacrificios, se les impone uno voluntariamente, envuelve entre ellos este Amado ta-

les cosas que a vida eterna saben; mas esto lo dejo, porque bien sabrá V., Padre, que es así. Mas como las cosas y dichos del Amado las piensa tanto mi alma, pienso otra vez muy detenidamente la embajada, que anteriormente le había mandado este su Amado; luego de pensar en ella, se fijó más que antes en lo que la decía, y al ver que en la embajada la daba una noticia inesperada e incierta, pues la daba a entender que El la había de causar vida de tormento, porque no me dijo en su mensaje toda esposa ha de sufrir las amarguras con su esposo, sino que dijo; las amarguras de su esposo.

Mi alma cuando vió que esto le pareció que era como anunciarla trabajos que El la había de proporcionar, toda encendida en amor y muy fuera de sí daba voces diciendo: ¿quién podrá dar lo que no tiene?, ¿quién experimentó jamás amargura en Tí?; si yo te soy infiel, me proporcionaría yo a mí misma las amarguras, pero si no te lo soy, dulce y sabroso sobre toda dulzura y regalo me será el gustar de tus mismas amarguras; esta será para siempre mi ventura, padecer y más padecer; y ¿por quién? Por un Amado que se sacrifica todo por mí, aun antes que yo existiera. ¡Oh!... padecer y más padecer, y viva sólo para padecer, y no sea otra mi vida que padecer, y pesada me será la vida y amarga, si no vivo para padecer, con trabajos descansaré, en trabajos me deleitaré, de trabajos viviré y en contínuo deleite con ellos mi vida pasaré.

¡Oh Amado mío!; ven úneme a Tí y no para otra cosa que para padecer contigo y por tu amor cuanto Tú sufriste por el mío. ¿Dónde hay mayor dicha? ¿Dónde más felicidad? ¿Dónde, si te amo, podré tener más gloria, que padecer contigo y por tu amor?

¡Oh! gocen todas de tus divinos consuelos, que otra cosa no tienes ni puedes dar a los que te sirven. Mira que yo soy tu esposa, y reclamo tus tesoros, pues derecho a ellos (tengo).

XI

Maestro mío, ya es tiempo de empezar a cumplir lo que me ha sido mandado; ¿qué digo, Maestro mío?;

que no quiero decir sino lo que vos queréis que diga, ni una letra más ni una letra menos, y que sea todo para mayor gloria y honra vuestra y para que seas conocido y, conocido, seas amado. ¡Oh Bondad infinita! conocido ya eres, pero este conocimiento que veo tienen de Tí, es lo que tanto apena y aflige mi corazón.

¡Oh que para nada les vale este conocimiento que tienen de Tí, imán de mi corazón!; ¿de qué hubiera valido a los hombres conocer que en las entrañas de la tierra y en un sitio determinado hay una mina de oro escondida, que ella sola bastaba para sacar a todos los hombres de su pobreza, y hacerse todos con ella inmensamente ricos, si esta mina no fuera por los hombres explotada?

¡Oh qué dolor produce en mi corazón este recuerdo!; un hombre cualquiera descubrió que había esas riquezas escondidas en las entrañas de la tierra, y a millares van los hombres a explotarla; nada les detiene, ven todos los días cuántas muertes y desgracias cuesta su explotación, y nadie les detiene; si uno muere, al instante otro ocupa su lugar, y a Tí, ¡oh Sacramento divino, mina no de oro sino de felicidad, ante Tí todas las minas de la tierra son como si no fuesen!

¡Oh qué desconocida eres, apenas hay quien se ocupe de Tí!; los hombres, que viven dados a los afanes del mundo, te conocen y confiesan con la adoración y culto que te dan en el templo, que eres el Dios de nuestros padres, infinitamente poderoso; los dados a la virtud te conocen por lo que Vos dijísteis, por alimento de sus almas y por esto y para lograr que lo seas, te reciben: los consagrados a vuestro servicio santo, tienen trato con Vos, es verdad, pero este trato parece que es trato sólo de sirvientes para daros cuenta de si algunas de sus obligaciones han faltado, excusarse delante de Vos, prometeros tener más cuidado en adelante, y nada más; aquí está todo el trato que tienen contigo los que están puestos por Vos para gobernar la Iglesia y ser maestros de las almas; te conocen, es verdad, pero su conocimiento es el que adquirieron con las ciencias que estudiaron y nada más.

¡Oh qué pena!; conocer que hay esta mina tan rica, que basta ella para que todos los hombres nadaran en riquezas y en felicidad, y no haber quien enseñe a explotarla.

¡Oh! quién me diera llorar esto con lágrimas de sangre; ¿en qué consiste esto, dulce bien mío? ¡Oh! que cuando esto pienso, me convenzo cada vez más que hay muchas cosas que los hombres sabios ignoran y los ignorantes las saben. ¡Oh! que las ciencias humanas no bastan para hacer que el hombre sea verdaderamente sabio, y entiendo que es por esto; porque las ciencias adquiridas por el estudio sacan al hombre fuera de sí; para conocer a Dios y los mayores conocimientos de Dios, se adquieren cuando uno vive más dentro de sí. ¡Oh! qué penetrado y convencido debía estar de esto S. Buenaventura cuando dijo: una mujercilla cualquiera puede saber más que Fray Buenaventura; y ¿en qué consiste desconocer los hombres esta verdad y cuanto más sabios más desconocen esta verdad, puesto que menos la practican, y por otra parte a ninguno se la enseñan, de ella no hablan, luego la desconocen?

XII

¡Oh Sacramento Divino! Obligada me veo ahora a decir para tu mayor honra y gloria que, al descubrirme en la Eucaristía el ardiente deseo que tenías de hacerme feliz para lograr Vos que yo lo fuera, esta riquísima mina me descubrísteis; el conocerme a mí para conoceros a Vos, el renunciarme a mí para poseeros a Vos, y vistos los caminos por donde me has llevado, bien pudiera asegurar y decir que Dios en la Eucaristía se da sólo a conocer a los que a sí mismos se conocen, o ardientemente desean conocerse; y sólo los que a sí mismos se renuncian por Dios, son los que llegarán a poseerle en esta vida, y cuando una alma posee a Dios, hablo de esta vida, Dios es para ella todas las cosas; y no hablo de la posesión de la gracia que da este divino Sacramento, sino de la posesión de El mismo, y no poseyéndole porque comulga y le recibe, no, así todo el que comulga le posee, no digo nada de esta posesión, por-

que de ésta yo no sé más que lo que la fe me enseña, o mejor dicho, mi madre la Iglesia me lo enseñó y la fe me obliga a creer ciegamente todas sus enseñanzas; sino de otro modo de poseer a Dios por transformación de amor que hace Dios en este Sacramento divino con las almas que a sí mismas se conocieron, y conociéndose, se renunciaron y con la renuncia de sí mismas hicieron renuncia de todo cuanto existe en los cielos y en la tierra fuera de Dios.

Después de hacer esta renuncia, sentáronse llenas de esperanza a la sombra de su Providencia, esperando que la misericordia del Señor se apiade de ellas.....; mas no fueron en vano sus deseos, ni fallidas sus esperanzas, ¿qué esperaba el alma?; amor, por hallarle lo renunció todo.

Pues este divino Sacramento viene a ellas no a ser sólo alimento de sus almas, sino a ser para ellas todas las cosas, especialmente amor; amor que es lo que más ansían, que para ello habían dejado vacíos todos los senos de su corazón, para que este Amado se los llenara de amor; mas este Divino Amante ama tanto a estas almas y tanto de ellas se deja amar, que para llenar los deseos de la amada, y saciar los deseos este Amante, obra esta transformación de amor, donde la amada y el amante se aman con un solo amor los dos.

XIII

¡Oh! que aquí exclama el alma llena de hartura de felicidades y dice a su Amado: Qué me has dado hoy a gustar ¡Oh Sacramento divino!, que así me has embriagado, ella se ve consumir por el fuego vehemente del amor, pero no se queja porque no aspira a conseguir otro alivio que morir, y además porque este amor no le ha herido, sólo la dió hartura, en cuya hartura desea morir. El Amado, que no desea darla la segunda cosa que ella ansía que es morir, quiere refrigerarla en los incendios que siente, aunque en ello no padece, y la da conocimiento de los intereses que pertenecen a la gloria de su Padre; el alma entonces quédase viendo los medios que este Amado la presenta por donde puede ella lograr que en este su Amado sea conocido y de muchos otros amado; los

medios, que la ha hecho ver, no son otros que el de renunciar voluntariamente a la posesión de aquellos bienes que goza y que voluntariamente está dispuesto a darla si el alma le dijera que no quiere otra cosa que morir, pero el alma que no tiene santa ansia de la felicidad eterna como tiene de que su Amado sea conocido, exclama en medio de su embriaguez: vengan trabajos, ámete yo y véate de todos amado, que no quiero más felicidad, y desea ardentísimamente encontrar quién la pusiera en tormentos para lograr con ellos que las criaturas todas amaran a este su único Amor».

CAPITULO XXXI

Gracias y pruebas.

I

Un día habiendo concluído de rezar Laudes, como ya le dejo dicho, hízose presente a mi alma a un sér que no tenía cuerpo ni forma alguna, para yo poder decir a V. como es; tenía tal atractivo para mi espíritu, que en el momento que le vió, lanzóse mi espíritu a El con más prontitud y ligereza, que se lanzaría un sediento a una fuente; quedóse allí mi espíritu con tanto reposo y quietud, como se queda la piedra sobre la tierra; por ser ella su centro.

Tenía mi alma tal seguridad de que reposaba en Dios, como en un centro, que no tendrá otra seguridad mayor mi alma cuando, pasada esta vida si me salvo, le posea en la Gloria.

El tiempo que esto me duró, tenía mi alma tal seguridad de que lo que tenía entonces, era a Dios en posesión de amor, que en confirmación de ello daría la vida, si me la hubieran pedido; todo el tiempo que esto me duró, sentía mi alma como que la alimentaban, y este alimento era ciencia y sabiduría; bien claro lo veía mi alma que quien así la alimentaba, era aquel sér que en posesión de amor tenía; un conocimiento secreto sentí entonces, que parecía me penetraba hasta los huesos, y me hizo muy claramente entender que aquello, que yo tenía, era a Dios, y que le gozaba cuanto mi alma en esta vida gozarle puede.

En aquel reposo y quietud en que se hallaba mi espíritu, gozaba de manera admirable de lo hermoso

que es Dios en sus juicios; de estos juicios de Dios me fueron dadas tales cosas a entender, que todo mi ser quedó como prendado y enamorado de su justicia, y de tal manera me fué dado amar yo esta justicia, que desde entonces no sé obrar si no es con ella.

II

Padre, siguieron toda una semana. Un día levantándome del descanso para rezar Maitines, sentí un fuerte lanzamiento hacia aquel Sér, que como dejo a V. dicho, se hacía presente a mi alma. Siempre que estos lanzamientos hacía mi espíritu, era acogido con caricias muy amorosas y regalos; y cosas tales que están sobre todo encarecimiento; mas esta vez sentí que Dios me rechazaba de sí, mas aquel rechazarme de Dios no sé lo que tenía, que toda yo ardía en deseos no tanto de gozarle, como de amarle y sacrificarme por El, deseando grandemente mi alma manifestarle, de esta manera, el amor que le deseaba tener.

Desde esta primera vez que fué mi espíritu rechazado, fueron más continuados estos lanzamientos; mi espíritu parecía arder y consumirse en deseos de Dios y esta me parecía ser la causa porque mi espíritu lanzábase a Dios con mayor ansia.

Mas cuanto era el lanzamiento que mi espíritu hacía, más Dios de sí me rechazaba; estos rechazos que Dios de mí hacía, me daban grande luz para conocer mis faltas, mis extravíos, mis imperfecciones, mis ingratitudes. El conocimiento de esto me llevaba a más deseo de toda perfección, me dejaba como hambre de Dios de tal manera, que yo no podía estar ni un segundo sin pensar en El, sin desear amarle y sacrificarme por El.

Este conocimiento de mis faltas, pecados e imperfecciones, me tenía contínuamente pensando con cuánta justicia Dios me rechazaba, pues siendo El quien era y yo quien soy, tan gravemente le ofendí, tan mal le serví y con tanta injusticia le robé los afectos de mi corazón.

Todo mi ser ardía en deseos de reparar de la manera que me fuera posible, todo esto; no había para mí otro medio más justo que empezar a amar a mi

Dios y Señor desinteresadamente; para esto mejor lograrlo como yo lo deseaba, examinábame muchas veces en todo lo que hacía y sentía, pensaba y deseaba, a ver si en alguna cosa hallaba algo que yo moviese a hacerlo por lo que en ello el Señor me daba y para arrancarlo de mi corazón, pues no quería nada, ni del cielo ni de la tierra, ni de lo delicioso y deleitable del mismo Dios, si no era a El mismo.

Dominada de estos deseos, decíale muchas veces: Señor, cuán justamente me rechazas de Tí, ¡oh Señor y Dios mío!, mas no me prives de amarte en el tiempo y en la eternidad. ¡Oh! cuán a mi vista tengo el infierno que has criado; miro cuanto hay allí..... pienso al mismo tiempo, lo que en sí encierra un solo pecado de los muchos que yo hice y cometí contra Tí, Misericordia Infinita, y se ensancha mi alma con esta consideración, viendo que el infierno, que has creado, no es bastante castigo para castigar un solo pecado de los que cometí, y esto has creado y nada más para castigar los pecados de todos los hombres, pues si a tanto llega tu amor para con estas tus ingratas creaturas..... que lo que no era bastante para castigar un solo pecado mío, eso has creado y nada más para castigo de todos.

Otra obra de tus grandes misericordias, otro acto de tu inmenso Poder, y haz, Señor, que en ese infierno yo te ame. ¡Oh! No sois Vos, Señor, quien me privais de tanta dicha y ventura, yo, y nadie más que yo, me privo de tanto bien, yo que voluntariamente quise pecar contra Tí, Misericordia infinita. ¡Oh! No cese ya para mí tu caridad sin límites, siga adelante, bien mío. Dame ya la última prueba de bondad y misericordia, de las innumerables que para conmigo has tenido siempre.

Yo la tendré como una de las mayores finezas del amor que siempre me has manifiestado, ¡oh alegría de mi alma y único consuelo de mi corazón! ¡Oh! que todo cuanto de Tí he recibido es grande; ¿por qué digo que lo tendré entre lo grande, si todo fué grande cuanto de Tí recibí? ¡Oh! y no puedo dejarte de decir, única Gloria mía, que si me das el que eternamente te ame, lo tendré como la mayor de tus fine-

zas para conmigo, de las muchas, y grandes todas, que me has manifestado siempre.

No lloro la pérdida de tu gloria, digna de llorarse con lágrimas de sangre, no lloro ni siento los tormentos que he de sufrir y padecer eternamente, aunque más hago por pensar en tan grande mal. Mi alma está como insensible a todo esto, sólo siente el no amarte y el no poder ser de Tí amada; porque en el ser amada de Tí y el yo amarte, está mi única gloria; que si me das el que eternamente te ame, lo tendré eternamente como la mayor de tus finezas para conmigo, de las muchas y grandes todas que me has manifestado siempre.

Dicho esto a mi Dios y Señor, sentía como hervir la sangre en mis venas, y todo mi ser ardía en deseos de haber vivido en aquellos tiempos, en que presentándome a los tiranos, diera la vida por aquel a quien deseaba con el sacrificio de mi vida darle pruebas del amor que mi alma le deseaba tener, aunque desde allí hubiera bajado al infierno.

IV

Porque conociendo cómo es Dios, yo me decía a mí misma: si la vida por El dieras, no la recibiría como sacrificio agradable a sus ojos, pero su infinita Bondad no podría entonces negarme lo que le pido.

Con esto se encendió tanto en mi alma el deseo de padecer por Dios y de dar la vida por El, que este deseo parecía consumirme hasta las entrañas. Con este deseo se encendió tanto en mi alma el deseo de padecer por Dios, y de dar la vida por El, que con este deseo brotó en mi pecho y corazón tal calor, que cuando respiraba, parecían eran llamas de fuego verdadero las que se extendían por todo mi ser.

Sentía yo a mi Dios en lo íntimo de mi alma, y mi espíritu lanzábase a El con más fuerza que lo había hecho hasta entonces, vi y sentí que Dios con más resistencia que otras veces me rechazaba de sí, y de tal manera vi la justicia con que Dios esto hacía, que si en mi mano hubiera estado mandar a la tierra abrirse, yo la hubiera mandado abrirse y me hubiera bajado hasta el mismo infierno, viendo como veía cuán

justamente el Señor me rechazaba de Sí; cuando hasta mi alma conocía con tanta claridad que no había lugar que me perteneciera en derecho de justicia, si no era allí.

Todo esto era como incentivos poderosísimos para mi espíritu, pues con todo esto crecía tanto en mi alma la ansia que tenía de amar a Dios y ser amada de El, que no hallo a qué poder comparar el sufrimiento que mi espíritu tenía con todo esto.

V

Este sufrimiento se aumentaba admirablemente con unos conocimientos de Dios secretos, que parecían les infundían en mi espíritu, porque cuanto más crecía el conocimiento de Dios, más ansias tenía de El mi alma, y cuanto más mi alma ansiaba a Dios, más crecía el deseo de amarle y de ser amado de El.

Cuanto más esto tenía, más crecían los lanzamientos y más continuados eran y con más fuerza los sentía; y como a medida de lo que esto crecía y se aumentaba, crecían también los rechazos que Dios me hacía, llegó con esto a ser tal mi pena y mi sufrir, que me creo, Padre, con toda verdad y sin exageración de ningún género, que no hay ni puede haber sufrimiento semejante a éste.

Hasta que aquí llegué, podía hacer con facilidad examen, mas cuando aquí me hallé, no me era fácil, sino imposible, porque aumentó de tal manera mi dolor y mi sufrimiento, que estuve dos días sin saber lo que me pasaba. Acordábame, después que esos dos días pasaron..... .... de los niños cuando tienen un medio año que ellos ríen, lloran, gustan del alimento que les dan, pero la falta de razón les hace estar sin acordarse de nada de lo que hacen; así me veía yo por la fuerza del sufrimiento, privada de mis dos potencias, entendimiento y memoria, que yo no he hallado ni puedo hallar a que comparar aquel estado en que me vi, sino a los niños que le he indicado anteriormente.

Pasados estos dos días, empecé ya a ver estas dos potencias como siempre, y entonces empecé a pensar muy detenidamente en todo cuanto me pasaba.

VI

Se me olvidaba decirle, Padre, que en esos dos días de tanto dolor y sufrimiento que dejo dicho, estaba completamente convencida de que yo me condenaba, y bien justamente lo veía; y no era Dios el que me condenaba, sino yo que le había a ello obligado.

Como veía tan justamente mi reprobación, empecé a pensar cómo lo que me restara de vida, lo había yo de emplear en amar a Dios cuanto pudiera, y en sacrificarme por El; en orar mucho hasta conseguir de la bondad del Señor que en el infierno no hiciera yo otra cosa, que eternamente amarle, ni llorar ni sentir otra cosa, que el haberle ofendido y haberle robado algún afecto de mi corazón, queriendo en todo ya conformarme con lo que el Señor tan justamente disponía.

VII

Mas al empezar esto que dejo dicho, empezaron a venirme claros conocimientos de cómo el querer de Dios no había sido ni era ni podía ser el que yo me condenase; con esto creció tanto mi pena, que yo no podía tener otro sentimiento si no era el sentimiento de condenarme contra el querer de Dios.

Apenas tuve este sentir, sentí en el mismo instante una unión de mi querer con el querer de Dios, que dije, sin poderme detener en este mi decir, al Señor: Señor, si Tu querer fuese que yo estuviera privada eternamente de tu gloria, y dejases el cielo a mi disposición para que yo eligiera para mí los puntos más gloriosos si yo les quería tener, nada elegiría, ni jamás allí entraría, siendo para mí el puesto más glorioso de todos cuantos yo pudiera elegir de cuantos tienes en tu Reino, el solo hacer tu querer y tu voluntad; y si hubieses creado millones de infiernos, y fuese tu voluntad y querer que yo sintiese el tormento de todos ellos dejándome en libertad para que yo si sólo quería sentir los tormentos de uno solo, no me pudieran atormentar los demás, yo por solo hacer tu voluntad y querer, me abrazaría con todos, porque es tal el placer que mi alma siente en hacer tu voluntad, que si yo entrase en tu gloria por sola mi volun-

tud, para mí no sería gloria, y si yo bajase a los infiernos, y allí viese tu querer, dejaría de ser para mí infierno.

VIII

Dicho esto, Padre, sentí apoderarse de mi alma y de todas mis potencias, corazón y de todo mi ser tal dicha, tal placer, tal deleite, que me puso, lo que entonces sentí, como en posesión de una anticipada bienaventuranza, que todavía estoy igual que el día que esta dicha empecé a sentir; todo sufrimiento desapareció de mi alma, y los de mi cuerpo, como mi alma tanto ansía padecer, no me sirve lo que siento sino para más aumentar mi gozo.

Quedó mi alma desde ese momento tan sobre todas las cosas de esta presente vida, que si todas las creaturas se levantaran contra mí, no harían otra cosa en mi corazón, que lo que hacen las hojas de los árboles cuando son meneadas por el viento, ni en mi alma hacían otra cosa que aumentar un poco más mi alegría.

IX

Sólo tres cosas me apenan, 1.°, el pensar que mientras esté en esta vida, puedo ofenderle y ofenderle gravemente; 2.°, el poder ser causa de ofenderle; 3.°, el pensamiento que muchas veces me viene, si el Señor querrá pagarme en esta vida, porque aunque nada me debe, ni yo hago algo en su servicio que merezca recompensa, como el Señor es así, que sus gracias premia cuando en sus creaturas las pone, porque otra cosa que a sus mismas gracias y a sus mismos dones no puede premiar, por no haber en nosotros cosa que a sus ojos valga, sino esa gracia que El nos da en la cual El poniéndola en nuestra alma, se place de todas nuestras acciones y así las premia.

Digo por esto si el Señor querrá pagarme en esta vida presente, y esto me da mucha pena; porque también sé que, si Dios viera que yo cooperaba a esas gracias que El me da, la cooperación a la gracia no la paga Dios en esta presente vida, la ha querido reservar para la otra; pero esto si me pongo a examinar, Padre, me da mucha pena, ¿porque qué

hago yo en el servicio del Señor para creer que hay en mí esa cooperación a la gracia, por la cual yo esperase premio en la otra vida?

Si examino cada día todas mis obras y acciones todas, aumenta más este mi temor; si examino, Padre, mi trabajo, ¿qué me tiene Dios que agradecer en él, si desde que cojo la labor en las manos, no hago otra cosa que recibir yo del Señor?

Pues ¿qué premio merece quien no hizo otra cosa que recibir? En lo que tiene un poco de viso y nada más que un poco de viso o de sacrificio, ¿qué mérito tiene en mí si antes de hacerlo me está el Señor preparando la voluntad con miles de consuelos, poniendo dulzuras sin cuento en aquello que tiene viso de sacrificio, con lo cual me dispone de tal manera, que me es más sacrificio dejarlo de hacer que el hacerlo? ¿Qué premio merezco que el Señor me dé por aquello que las criaturas llaman sacrificio, si para mí es un rato de grande consolación mientras lo hago y un semillero de deleites después que de hacerlo, concluí? ¿Qué premio merezco por esto?

Tienen las criaturas por cosa que merece premio a los ojos de Dios el renunciar al mundo, el renunciar a las creaturas, el renunciarse a sí mismo, ¿qué mereceré yo por esto delante del Señor?

¿Pues qué, no soy yo la favorecida?; ¿no soy yo la gananciosa?; ¿no es el Señor el que me ha hecho en ello tanta gracia, que si la vida diese yo a Dios, como en holocausto por sólo este beneficio, le sería deudora como si nada le hubiera dado? Y si lo recibiera como holocausto agradable, ¿no le sería yo deudora a otro beneficio mayor todavía, que aquel por el cual yo mi vida le ofrecía?

Pues qué, único Bien mío, ¿no serías Vos el que a mí me hacías la honra y la gloria, dignándoos recibir mi vida en holocausto, siendo Vos quien sois? Pues entonces, ¿quién quedaría deudora?, ¿yo a Vos o Vos a mí?

¡Oh mi Dios y mi todo!; que aunque yo tuviese por mías tantas vidas cuantas existen en el mundo y todas por Tí las diera, yo sería siempre la agraciada, yo siempre la favorecida, yo siempre la deudora, porque en cada vida que yo te ofreciese y Vos, Señor,

os dignáseis recibir, por cada una que recibiera, te sería deudora a un muy señalado favor.

¿Cómo es que siendo el que sois, honrais a esta vuestra criatura recibiendo mi vida en holocausto? ¿Qué mayor gloria me podías dar y qué mayor honra proporcionar? Señor, compadeceos de mí y daos a mí en posesión eterna. Esto os pido por vuestra infinita Misericordia, Señor.

Padre, no puedo remediar estos desahogos de mi corazón. Continúo, Padre, dándole cuenta.

X

Pasados aquellos días de dolor y desolación mayor que yo en la vida he pasado, unos conocimientos secretos me hacían muy claramente entender que aquello que yo había pasado, había sido una nueva gracia del Señor, que en ello había querido darme algo a sentir de aquel tormento y dolor, con que había sido afligida el alma benditísima de mi Salvador.

Hasta este día, Padre, jamás yo había pensado en esta alma benditísima de mi Redentor Jesús; pues yo jamás de ella había oído hablar, ni había leído, para poder tener alguna idea de semejante dolor».

CAPITULO XXXII

Ligase con votos especiales.

I

En el último decenio del siglo pasado, no podemos fijar la fecha, se ligó Francisca con los votos de pobreza, castidad y obediencia, imitando en lo posible los votos religiosos, y de ahí que les dé por analogía ese nombre.

El alcance de estos votos nos lo dejó claramente consignado en el cuaderno de apuntes espirituales. Helos aquí fielmente copiados:

«Sobre los votos religiosos que a Dios he hecho.

Cuatro son los votos que a Dios he hecho, obligándome gravemente a cumplirlos con la perfección que les cumplen los buenos religiosos: el de pobreza, el de castidad, el de obediencia y el de vivir perpetuamente consagrada a Dios en la soledad de mi casa.

¿Qué obligaciones me he impuesto por cada voto y cómo debo cumplirlas?

II

Por lo que mira al voto de vivir perpetuamente en la soledad, he de observar lo siguiente:

He de vivir de tal manera en la soledad de mi casa, que no saldré jamás de ella, sino por las tres causas siguientes:

1.ª Para oir Misa, recibir los Sacramentos y la dirección tan necesaria a mi alma.

2.ª Para ir a mi taller en los días de trabajo.

3.ª Para asistir a las funciones que haya en mi Parroquia, y las que públicamente tengan los Hijos de mi Madre, la Compañía, en este mi querido pueblo.

Por lo demás, ni amigas, ni vecinas, ni parientes, ni hermanos, me harán jamás salir de mi amada soledad.

Si están enfermos; yo pediré al Señor mucho por su salud espiritual y corporal. Si están para morir; yo le pediré al Señor les dé la muerte del justo para que sean del número de aquellos que el Real Profeta David llama Bienaventurados. Si llegan a morirse, yo les encomendaré en mis oraciones y pediré al Señor con ayuno y penitencia se digne cuanto antes llevarlos a su eterno descanso, donde la luz perpetua los alumbre. Mas ninguna de estas causas me harán salir de mi amada soledad.

Os dije un día, Dios mío, que todo lo sacrificaría, cuando la caridad debida a mis prójimos me lo exigiera. ¿Y cuándo la caridad me ha de obligar a sacrificar mi soledad?

Cuando el amor, que nos tienes, te obligara a castigarnos para nuestro bien y provecho, mandándole a este mi querido pueblo alguna peste o enfermedad contagiosa. En este caso, todo y toda me sacrificaría, para consolar a los afligidos y aliviar, en lo que pueda a los enfermos. Por ninguna otra cosa sacrificaré mi amada soledad.

¿Y cuál es el todo que yo he de sacrificar, si yo nada he de tener? El ocio santo de la contemplación y con él todas las dulzuras y consuelos; y este sentido, al mismo Dios le dejaré en la soledad de mi casa, para ir a buscarle con la seguridad de que le encontraré junto al lecho de mis atribulados y afligidos prójimos.

III

Pobreza.

Cuanto al voto de pobreza me ha obligado a profesar la perfección de la pobreza evangélica, según Dios a mí me la ha dado a entender.

Me he despojado completamente de todo derecho de propiedad; todo se lo he consagrado a Dios, lo que

tengo y lo que en lo sucesivo pudiera tener. Hasta el deseo de tener, para ejercitar la misericordia con los menesterosos, le he de procurar arrancar de mi corazón.

Como nada tengo ni puedo tener que sea mío, porque ya todo es de Dios, a quien se lo he dado, procuraré no disponer de nada, no dar ni recibir cosa alguna sin el consejo y aprobación de quien fuera mi Padre y Director Espiritual. Y si en algún caso imprevisto diere o recibiera alguna cosa por parecerme ser manifiesta voluntad de Dios, luego informaré de todo a mi Padre Espiritual. Mi vestir, comer y habitación y demás cosas de mi uso, todo ha de respirar pobreza, aunque sí, también mucha limpieza. Seré enemiguísima de tener en mi poder cosas inútiles y supérfluas.

Líbreme Dios como del pecado, guardar ni un solo céntimo para si cayera enferma o que no pudiera trabajar. Pues si así lo hiciera, ofendería con ello a la Infinita Bondad de Dios, que se ha dignado cubrirme y tenerme siempre cubierta con las alas de su amorosa Providencia.

Una pequeña finca tengo, nunca pensé darla ni venderla, sino dejarla para con el fruto de cada año, mandar una joven a servir a Dios entre las hijas de San Vicente de Paúl. Mía ya no es; yo a mi Dios se la dí, al cargo de mis hermanos queda. Si la vendiera, sería sólo para llevar tres o cuatro o más jóvenes, cuantas más pudiera mejor, pues yo a Dios así se lo he prometido.

Mi comida, según a Dios se lo he prometido, será pan y agua y una sopa de ajo. En las festividades más solemnes de la Iglesia, y en los días de los Santos de mi especial devoción, añadiré como extraordinario regalo unas patatas fritas. Mi cama será el santo suelo, acostándome sobre una estera o sobre una tabla, con una o dos mantas, según lo exija la necesidad.

Para mejor conservarme en humildad y en la verdadera pobreza de espíritu, evitaré siempre tener amistad o trato familiar con personas ricas.

Aunque todo esto es lo que Dios quiere que yo haga, y yo se lo he prometido hacerlo así; sin embar-

go, también sé, que si yo hiciera esto sin el parecer y aprobación de mi confesor, no le podría agradar ni complacer en nada, ni con esto ni con más que hiciera; pues más de una vez que me ha dicho: Si yo te dijera que es lo que yo quería que tú hicieras, y tu confesor Padre y guía de tu alma te dijera lo contrario, deja de hacer lo que yo te digo y obedécele a él ciegamente.

IV

Voto de castidad.

Por lo que mira al voto de castidad; a Dios le he prometido guardar perpetua y perfecta virginidad. Y esto es lo que he procurado y he de procurar siempre; vivir más como si fuera un ángel, que como persona amada; procurando conservarme pura y santa así en el cuerpo, como en el alma.

Siempre tendré hecho como un pacto con mis sentidos para no ver, oir, oler, gustar ni tocar cosa que aun de lejos pueda empañar en lo más mínimo la hermosura y resplandor de la santa pureza virginal. Procuraré en todo mi exterior grande compostura y modestia. En el rostro procuraré mostrar siempre una alegría modesta, y no tristeza o algún otro afecto menos ordenado. Mi andar será moderado, a no ser la necesidad me haga alguna vez andar a prisa, mas aún entonces procuraré guardar todo el decoro que pueda. Procuraré no levantar demasiado la voz cuando hable, y con todos he de procurar ser afable. En fin, Jesús y María serán para mí los dos únicos retratos que yo traeré siempre ante mis ojos, para procurar en todo conformarme a ellos así en lo interior de mi alma, como en lo exterior de mi cuerpo.

Aunque a todas las personas he de mostrar amor y grande amor, mas este amor no ha de ser otro que amor de pura caridad, amando por Dios, según Dios y para Dios. Nada de amor puramente natural, nada de querer complacer a nadie, sino únicamente a Dios, de quien y para quien es todo mi corazón.

Para el cuerpo nada de regalos, nada de comodidades. La mortificación y la penitencia y la estricta guarda de la soledad han de ser tres ejercicios para

mí de los más favoritos y predilectos; porque además de contribuir a conservar la virginal pureza, contribuyen de un modo especialísimo a conseguir los fines altísimos de mi vocación.

V

Voto de obediencia.

De entre todos los votos religiosos el más excelente, importante y meritorio, es sin género alguno de duda el voto de obediencia, porque por él sacrificamos y consagramos a Dios la parte más noble y excelente de nuestro ser, que es el alma con sus dos potencias nobilísimas, entendimiento y voluntad, y renunciamos a la libertad de gobernarnos por nuestro propio juicio y nuestra propia voluntad.

Dándome, como me da Dios, un vivo y ardiente deseo de vivir vida de perfecta obediencia, tan rendida y obediente he de estar yo a mi Padre Espiritual, como lo están los más perfectos religiosos a sus superiores. Para que mi Padre Espiritual me dirija y gobierne en nombre de Dios, es preciso que yo vea en El siempre representado a Dios y que reciba su dirección y consejos, como si el mismo Dios en persona me los diera; y como tanto podrá dirigirme cuanto yo a su dirección me entregue, y tanto haré sacrificio de mí misma a Dios cuanto sea lo que yo me entregue a la dirección de mi Padre Espiritual; si yo me entrego totalmente, viviré consagrada a Dios por el voto de obediencia.

Para vuestra mayor gloria y santificación de mi alma, os prometo, Dios mío, obediencia ciega, no a los superiores de la Compañía, puesto que esto nunca lo quisísteis Vos, sino a aquellos hijos de vuestra amada Compañía, que sucesivamente me deis mientras me dure la vidapo r confesores, Padres, Maestros y guías de mi alma.

Actualmente os lo prometo a Vos en aquel que Vos me dísteis por Padre Espiritual, confesor y guía de mi alma, que es vuestro siervo, el P. Ibeas; y después de este Padre, a aquel a quien el mismo Padre Ibeas me señale por confesor y guía de mi alma, y así sucesivamente.

Mas yo no prometo obediencia con voto a ningún confesor que no sea de la Compañía; y entre los de la Compañía, sólo al que sea director y guía de mi alma. Os prometo miraros a Vos en él, y en todos sus consejos y mandatos no ver otra cosa que vuestra voluntad. Y os prometo obedeceros en él ciegamente con prontitud y alegría. No esperaré que me tenga que mandar las cosas de obediencia, sino que una pequeña indicación que me haga, le obedeceré ciegamente. Y si conociere yo que él desea que yo haga alguna cosa, que no me la mandare, la haré lo mejor que sepa y pueda.

Cuando me diga alguna cosa, le oiré con mucha atención mientras me lo está diciendo y la guardaré en mi corazón, no para andarla revolviendo en mi memoria y con mi entendimiento, diciendo por qué me habrá dicho esto, o por qué me habrá aconsejado aquello, o por qué me habrá mandado lo otro, no parece que ha tenido mucho acierto ahora en lo que me ha aconsejado; no veo yo en esto mucha prudencia y discreción. Todo esto es contra el espíritu de la perfecta obediencia, la cual debe ver siempre en el P. Espiritual y en el Superior a Cristo y oir sus consejos y mandatos como consejos y mandatos de Cristo, y así como es insolencia e imperfección grandísima juzgar de la rectitud de los consejos y mandatos de Cristo, lo es de la misma manera juzgar de la rectitud de los consejos y mandatos del P. Espiritual, pues los he de recibir, no como de un hombre que puede errar, sino como el del mismo Cristo, que es infalible.....»

VI

Hallamos en otros escritos de la Sierva de Dios que se obligó con un quinto voto a vivir siempre a la sombra y bajo el amparo de Dios Nuestro Señor; pero no nos explica el alcance, esto es, los deberes que aquel voto llevaba consigo. Parece más bien una especie de extensión o perfeccionamiento de la virtud de la pobreza de que Francisca fué tan amante.

CAPITULO XXXIII

Cuenta de conciencia acerca de los votos.

I

Si guardo bien mis votos y de cómo los observo.

Padre, ¿qué le diré de mis votos, de cómo les observo y guardo?

No sé qué decirle, Padre, no sé qué decirle, porque yo, Padre, le diría que los guardaba y observaba bien, si yo fuese la que hacía lo que hago, pero no, Padre, no; no soy yo la que lo hago, es la gracia de Dios en mí quien lo hace todo; sí, Padre, sí; ella es: por eso soy deudora a mi Dios y Señor que en cada instante del día me está dando tan abundante su gracia, que me veo obligada a confesar y decir que ella en mí es la que todo lo hace.

Otras almas no sé cómo se arreglan o qué hacen, que con los votos, que hacen a Dios, hacen que Dios les sea como deudor a ellas con su observancia y cumplimiento.

Yo, Padre, confieso que en cada voto contraigo deudas con Dios, muchas y grandes; y para que vea V., Padre, que no exagero y digo lo que no es, hablaré de cada uno en particular, y verá cómo no es ni exageración lo que digo, ni digo lo que no es, sino que digo aún menos de lo que es.

II

Voto de pobreza.

Confieso a V., Padre, que en este voto nada tengo que poder dar al Señor, porque de tal manera lo arregla el Señor, que en lugar de sentir el efecto propio de este voto, todo lo contrario a mí me sucede, porque no sólo tengo todo lo que necesito, sino que no sé cómo es, que por cuidado y solicitud que yo tenga para poder sertir los efectos de la pobreza, nunca lo puedo lograr.

Tres o cuatro veces me ha sucedido olvidárseme decir a mis compañeras, me trajeran pan; como era fiesta no tenía a quien decir me lo trajera sino era pidiéndolo a los de casa, esto como sé yo por experiencia los efectos que produce y consecuencias que me trae, no quise pedir nada; ¿pues qué ha hecho el Señor?; hacer que sienta yo tal hartura, que no sólo no tenga gana de comer ese día, sino que en dos o tres no tengo gana de comer, sintiéndome tan harta y llena, como si yo hubiera comido para todos tres días anticipadamente. ¿Quién será aquí de los dos el que deba de ser el agradecido? ¿Yo a Dios, o Dios a mí?

En el invierno pasado hice cuanto estuvo de mi parte por sentir el frío, di la ropa de invierno a quien tenía menos que yo, y con esto me creí iba a lograr sentir el frío en el invierno; pues le pasé como si hubiera sido el invierno para mí primavera, y habiendo sido todos los años en invierno tan propensa a los constipados, éste le he pasado sin estornudar, es decir, que ni siquiera de cerebro tuve constipado. ¿Quién fué aquí el que dió, yo a Dios, o Dios a mí?

Sentir el efecto de la pobreza en alguna otra cosa, en el trabajo, que tanto las criaturas todas se resienten y se quejan y envidian por esto a los ricos; dame el Señor en él tal placer, tal alegría y contento, que yo durante él nada hallo que desear, y por lo mismo nada que envidiar; pues, ¿qué parte de mi trabajo podré yo dar a Dios como ofrenda y sacrificio, si no es que le ofrezca, como lo hago sus mismas gracias, sus mismos dones, sus misericordias tan grandes para conmigo, ¿qué le voy a dar? Y el que yo reciba de El

estas gracias, estos dones, estas misericordias para tener algo que darle, ¿no es una deuda más que yo adquiero con Dios, que jamás le pagaría aunque contínuamente yo por El me sacrificara?

En todas las demás cosas ¿qué efectos de pobreza siento o experimento, para que pudiera yo ofrecérselo al Señor como fruto sazonado propio de este voto?

Nada hallo, Padre, nada hallo; no parece, Padre, sino que este voto le hice yo, no para experimentar y sufrir privaciones y vivir siempre en la miseria, sino para que yo jamás esto experimentase y siempre rica me hallase por no experimentar necesidad alguna.

Porque, Padre, no es verdaderamente rico el que mucho tiene y algo le falta, y no tiene cuanto desea; el verdaderamente rico es el que teniendo poco, no echa de ver que algo le falta, porque cuanto necesita, tiene y nada más desea; esto es el verdaderamente rico; pues en posesión de esta riqueza inmensa me ha puesto Dios a mí; y digo que es inmensa, porque siendo el corazón humano inmenso en el desear riquezas, es necesario que sea más lo que tiene, que lo que desea; pues esto me ha dado, Padre, a mí el Señor, más de lo que necesito y más de lo que deseo, ¿quién será el que en justicia deba en este caso de ser el agraciado?; ¿yo a Dios o Dios a mí?

Además ya sabe, Padre, que el corazón humano, cuando tiene todo lo que necesita y todo lo que desea, disfruta como de una felicidad que en esta vida parece ser la mayor; mas sucédeles a muchos de los que esto gozan, asaltarles a su mente la idea de que aquello que tienen, lo pueden perder o se lo pueden quitar, y esta idea les roba la felicidad que gozan con la posesión de lo que tienen; mas yo tengo como segura esta felicidad que los demás no tienen, porque el Señor, queriéndome dar la felicidad completa, me ha puesto al amparo y sombra de su Providencia; ¿qué duda me puede asaltar a mí de que esto me falte?

Ciertísima estoy, y con toda seguridad lo puedo estar, que ella jamás me ha de faltar a mí, mientras me dure la vida.

Pues, Padre, ¿en qué posesión de bienes y de riquezas el Señor no me ha puesto a mí? ¿Dónde ha ido

a parar mi pobreza? ¿En qué me fijaré yo para la observancia y cumplimiento de este voto?

Se acordará, Padre, que en este voto tengo también que no he de desear tener para dar, porque he de aspirar siempre a querer el nada tener, que el tener para dar. Y aquí, Padre, hallo otro nuevo favor del Señor, porque cada día me lleva con su divina gracia a poner mi deseo más en nada querer tener, que en desear tener para dar, y este mi deseo de nada tener va incomparablemente cada día en mayor altura, de tal manera, Padre, que ya no sólo no lo deseo, sino que ni idea siquiera me asalta del tener para dar; y así, Padre, por cada parte que miro, veo cuán completa es esta felicidad que como en posesión el Señor me ha dado, porque como nada deseo, nada ni a nadie envidio, y como nada ni a nadie envidio, qué feliz soy, Padre, qué feliz soy.

No era así en el año pasado por Agosto y principios de Septiembre, pues dominada por el deseo de ir a servir a Dios, a las religiosas, yo no vivía; aunque mi deseo era tan bueno, pero examinado ahora, Padre, hallo que ninguno acaso he tenido de peor condición que éste, porque ahora sé por experiencia que no lo que aparece bueno lo es, porque todo deseo que no esté unido y conforme al deseo y querer de Dios, por santo que parezca, no lo es, y no sólo no es santo, ni es un deseo indiferente, sino malo y abiertamente malo (1).

¡Oh Bondad Infinita!, ¡qué hubiera yo hallado en la realización de aquel mi deseo aparentemente santo, y la apariencia de santo era, y estaba en que yo buscaba lo más perfecto! Oh, ¡qué perfección hay mayor que el cumplimiento de tu voluntad, querer y deseo!

¡Oh! Bendito seas Señor, bendito seas..... , y millones..... .. de millones..... de millares de veces..... seas, Señor, bendito por este beneficio inmenso que me hiciste al iluminar con tu luz divina mi mente, y ver tu voluntad y conocer tus caminos y ver y conocer, según ellos, que no hay mayor perfección que el hacer tu voluntad y

---

(1) Esto es, desordenado.

vivir siempre según tu querer y deseo; y bendito seas, Señor, también porque deshiciste todo cuanto yo había hecho y trabajado sin haber dado tiempo a que hubiera yo deshonrado la virtud con la realización de aquel mi deseo; porque, ¿cómo yo hubiera podido perseverar donde no me llamábais?; sólo mi querer no bastaba, necesitaba para allí perseverar tu gracia, y como me la hubieras dado estando yo allí por solo mi querer.

Si veo por experiencia propia que tu gracia me das cuando mi querer está unido al tuyo, y por la misma propia experiencia sé que me la niegas, aunque mucho te la pida, cuando está mi querer separado del tuyo.

¡Oh misericordia infinita! Las criaturas todas del cielo y de la tierra te alaben y te bendigan por mí, por haberme hecho este tan señalado favor.

¡Oh! cómo me premiaste, Señor, este mi deseo de buscar lo más perfecto, yo lo buscaba pero no iba por el recto camino a buscarlo, y cómo Vos, Señor, lo preparaste y todo lo dispusiste para que yo viese y conociese tus caminos y entendiese que no hay mayor perfección, que el cumplimiento de tu voluntad, querer y desear.

¡Oh! y qué cierto es, Señor, que en el día de tus venganzas no habrá ni una sola criatura que levante su voz para deciros que se perdió por ignorancia involuntaria; que Vos nos iluminéis y enseñéis para que ninguno por ignorancia llegue a perderse.

Según lo que Vos me dais a conocer, el número de los ignorantes voluntarios, que han de condenarse, es muy grande, pero involuntarios ninguno, porque Tú con tu luz, Señor, lo iluminái todo, para que todo espíritu vea; y aquel que no quiera abrir los ojos y ver, ese será culpable por haber sido voluntaria su ceguera.

Padre, me vino esto a la memoria desde ayer por haber sido este día el que yo más trabajé para irme y teniéndolo tan presente, no he podido, Padre, remediar este desahogo de mi corazón.

Digo, Padre, que yo no sé cómo hacer examen para saber cómo observo y guardo este voto, porque cuando en él pienso, este voto parece desaparece

como si yo este voto no le hubiera hecho, porque hablando de pobreza, yo no sé, Padre, qué hago ni por dónde me ando, porque aquella infinita bondad del Señor se ha dignado darme tales cosas para el alma y para el cuerpo, que el solo nombre de este voto no sé qué tiene para mí, que no sé ni puedo examinarle.

Es tal, Padre, la consolación divina que sólo a su nombre siente mi alma, que me quedo siéndome imposible el poder examinar el modo de guardarle, observarle y cumplirle; ni sé si le observo, ni sé si no le observo, y examinarme detenidamente yo esto no puedo, Padre, no puedo, porque la fuerza de la consolación que al recuerdo de este voto siente mi alma, parece arrebatarme las potencias y hasta los sentidos.

III

De la virtud de la pureza, es virtud que me ha robado el corazón y bien sabe mi Dios y Señor que no una vida, que tengo, sino millones y millones de vidas que tuviera, todas las daría antes que ajar en lo más mínimo a esta preciosa virtud.

Mírola como testimonio único que yo tuviera para manifestar a mi único Dueño que toda quiero y he de ser suya. Llamo yo a esta virtud reclinatorio dorado, cámara real. Pues qué te daría yo, Bien mío, para tu descanso, sabiendo como sé..... que no descansas, sino entre lirios y azucenas. ¡Oh! venga la muerte antes, que verte ajada (1).

IV

Paso, Padre, al tercer voto.

Voto de obediencia.

Qué consuelo siente mi alma al hacer examen de este voto. Conseguí, Padre, lo que tanto anhelaba, que no era otra cosa que vivir sin más voluntad que

(1) Este párrafo está tomado, no de la cuenta de conciencia que aquí reproducimos, sino de otra distinta. Y es que en la primera sólo tiene cuatro líneas acerca del voto de castidad.

la de Dios, ni más querer que el de Dios, ni más deseo que el de poner en obra los consejos y mandatos de V., no habiendo en mí otro juicio, ni en cosa grande ni pequeña, que el juicio y parecer de V., siéndome tan deleitable el oir sus mandatos y ponerlos por obra, que en ninguna otra cosa los siento mayor.

Algunas veces, Padre, me apena mucho, y es cuando me dice V., haz lo que quieras, porque entonces, Padre, me sucede que si me inclino a una cosa, me parece ser aquello mi voluntad, enseguida que esto me parece, me inclino a la otra, y me sucede lo mismo, y viendo que no sé en cuál de las dos está mi querer para dejar de hacerlo, no hago ni lo uno ni lo otro, y siendo de necesidad o lo uno o lo otro, me veo obligada a llorar aquel mi estado con el mayor desconsuelo. Ruégole, Padre, que me diga o una cosa u otra, lo que vea V. que Dios quiere.

Nada hallo más que decirle, Padre, en este voto; enséñeme V., Padre, cómo yo he de examinarme en esto de los votos, que yo, Padre, nada hallo y cuanto tendré; porque yo, Padre, no he aspirado más que a no tener más querer ni voluntad ni deseo que el de Dios, y juicio y parecer que el de V.; apenas esto conseguí, no hallo nada que ya robe mi atención, si no es el procurar guardar esto como un gran tesoro que yo tuviese, y no hago más, Padre, no hago más, así que ruégole, Padre, me instruya en esto, en cómo los he de observar.

Y no hallando más que decirle en este tercer voto, paso al cuarto.

V

Mi cuarto voto.

Vivir en soledad.

¡Oh! cuánto consuelo, Padre, siento en el examen que hago de cada uno de ellos.

El vivir, Padre, en la soledad de mi casa es mi paz, mi gozo, mi alegría, mi contento, la mayor satisfacción para mi alma; es la soledad para mí lo que yo, Padre, no le sé decir; Dios solo sabe lo que para mí es esta soledad bendita, donde todo mi ser goza de

una gloria anticipada; así que, Padre, el trato, aunque sea de un momento con las criaturas, me pone en grande desconsuelo y aflicción, y esto aunque hable con personas espirituales y aunque la conversación sea de Dios.

Bien lo experimenté que esto es así en el domingo pasado, porque, Padre, entre hablar de Dios y estar con El, mi alma ciegamente ama más el estar con El, que el hablar de El; por eso, Padre, me cuesta la escritura, porque no he de hacer otra cosa que hablar a V. de lo que de El recibo, mas si este hablar de El fuera al Señor, a quien únicamente deseo complacer, de mayor gusto para él que el que yo esté con El desde ahora, Jesús mío, no quería yo otra cosa, porque mi mayor bien sabéis, Señor, que está en complacerte a Ti, en darte gusto y contento y nada más. De este voto, Padre, tampoco tengo más que decir, y paso al quinto voto.

VI

Este mi quinto voto; de éste, Padre, hallo que ansía mi corazón, porque aunque sé, Padre, que éste le he de observar, si observo los anteriores, sin embargo he de decirle a V. que en lo que toca al exterior, aspira todo mi ser más a vivir en soledad con mi Dios, y así he de confesarle, Padre, que en verdad, en verdad, me cuesta mucho estar al frente del costurero y el estar allí con mis compañeras trabajando, y esto en lugar de ir a menos, porque no teniendo yo más parecer que el de V. y siendo éste el que yo esté como ahora estoy, parece natural que este mi deseo desapareciese, o siquiera menguase, pero no es así, sino que esto crece y se aumenta más cada día, llegando algunos ratos a llorar esto con el mayor desconsuelo.

Con esto, Padre, no quiero decir que no quiero estar o que no estoy contenta, yo lo quiero estar, pero no puedo lograr estarlo, porque el deseo de la soledad interior y exterior y el deseo que nadie sepa de mí, ni yo de nadie, se aumenta más y más cada día, y como este mi deseo no le puedo arrancar de mi corazón, por otra parte no le puedo saciar, se desconsuela por ello algunas veces mi alma, y mi corazón llora

esto con gran amargura. Es, Padre, la única cosa que hallo me dé pena junto con las muchas infidelidades que en mi vida pasada he cometido; y no tengo mas que decirle, Padre, de este voto, si no es que en éste como en los demás me instruya.

VII

Ahora, Padre, le he de decir que, si el cumplimiento de mis votos y el amor que les tengo, me han puesto en un estado tan dichoso como es el que yo disfruto en lo que vamos de este año, ¿a quién se lo debo si no es a Dios? ¿Y el que V., Padre, me haya dado tan acertada dirección, a quién se lo debo, sino a Dios?

Pues qué, ¿no pudo haberle parecido exagerado mi amor a la soledad y haberme otra cosa aconsejado?

¿A quién debo yo que este juicio V. no se formase, si no es a Dios que a V. como a mí le dominaba, para que no me fuese estorbo sino ayuda para el cumplimiento de los designios amorosos que El tiene sobre mí?

Si con el voto de pobreza, castidad, obediencia, soledad y trato sólo con Dios, pretendía este Señor, infinitamente bondadoso, darme la gloria anticipada que en el cumplimiento de observancia de ellos él había depositado, para que si yo los cumpliese y observase, gozase del tesoro que allí escondido para mí tenía, y si no los observase, quedase de ella privada, ¿a quién debo yo la ayuda tan grande que usted me ha sido, no sólo no estorbándome que les hiciera, sino instruyéndome y cooperando cuanto ha podido hasta lograr con su trabajo que yo estuviera como clavada en ellos, por el amor y la solicitud en la observancia de ellos?

¡Oh gracia del Señor no conocida hasta ahora! Ahora conozco, Señor, que nadie más que el enemigo de mi alma era el que me hacía fuerza para que yo dejase aquel que Vos por guía me habías dado; infinitas gracias, Señor, os den todas las criaturas del cielo y de la tierra, por haber Vos de él y de mí triunfado, pues a mí su fuerza me venció, y le hubie-

ra, Padre, a V. dejado, si el Señor al diablo y a mí no nos hubiera El vencido.

¡Oh mi Dios y mi todo! Visto lo que me habéis dado y la resistencia que yo con tanta fuerza os hice, ¿podréis decir Vos, Señor, que yo os ofrezco algún sacrificio cada día con el cumplimiento y observancia de mis votos, o seré yo la que habré de decir que en el cumplimiento de estos votos cada día me das Tú a mí nuevas finezas de tu amor, envueltas estas finezas en un sinnúmero de bondades y misericordias, propias sólo de un Dios infinitamente bondadoso?

¡Oh! Así es, Dios mío, así es, no yo te doy algo a Tí, sino Vos, Señor, a mí, finezas de amor sin cuento, misericordias sin número, bondades inmensas, gracias abundantísimas, riquezas tantas... tantas... que si yo hago el uso que Vos queréis que de ellas haga, me harán feliz y dichosa en la eternidad, como me han hecho en esta vida. ¡Oh mi Dios y mi todo!

CAPITULO XXXIV

Francisca fué favorecida por Dios con éxtasis y raptos.

I

PARA que los no versados en esta clase de estudios puedan con facilidad entender lo que va a decirse, será conveniente adelantar algunas nociones acerca del éxtasis.

Se entiende por éxtasis, según Sto. Tomás de Aquino, «la elevación del alma a lo sobrenatural por virtud divina y con enajenación de los sentidos».

Si esta pérdida de los sentidos es paulatina, aquella elevación recibe el nombre de éxtasis; y de raptos, si es repentina.

Llámase *vuelo de espíritu* un rapto en el cual parece como si el alma saliera del cuerpo de tal modo, que ella no puede asegurar si está o no en el cuerpo. Parécele, como dice Sta. Teresa, que toda junta (el alma) ha estado en otra región diferente de esta en que vivimos.

Todos estos estados sobrenaturales no son otra cosa que variantes de un mismo hecho, el éxtasis.

Aunque durante el éxtasis se pierde el uso de los sentidos, el alma obra activísimamente y queda con la libertad esencial, de modo que, según los teólogos, puede merecer y de hecho merece.

La elevación del cuerpo, la presencia de aureolas luminosas, perfumes celestiales, que a veces acompañan al éxtasis, no son esenciales del mismo.

A algunas formas de éxtasis acompañan las elevaciones corpóreas, a las que se da el nombre de *éxtasis móvil*. Si la persona se eleva poco a poco del

suelo, recibe el nombre de *ascensión extática;* si se ve trasladada de improviso, *transporte extático; marcha mística,* si anda en el éxtasis; si sube rápidamente, *vuelo extático.*

II

Páginas de oro son las que vamos a transcribir; en ellas nos asegura la Sierva de Dios que repetidas veces fué favorecida por éxtasis, y nos explica el origen de algunos de ellos y los benéficos efectos que en su alma dejaban.

«Padre: iba yo de la Iglesia al costurero, y se me vino a la memoria, si habría cerrado, o no, la puerta de mi habitación; miré en el bolsillo a ver si tenía la llave, como no la tenía, yo no sabía si la habría dejado o la habría perdido.

Yo quise ir a casa a ver si la había dejado; como me asusté tanto al echar la llave de menos, yo del susto me quedé sin poder apenas andar; con el pensamiento parecía deseaba yo ver cuanto antes si había dejado puesta la llave, o la habría perdido; como lo pensé, lo deseé; y como lo deseé, lo hice, y aunque digo lo hice, yo no lo hice, porque estoy convencidísima que yo no lo puedo hacer.

Porque pensarlo, desearlo, y hallarme donde deseé, todo es uno; o todo es al mismo tiempo; yo no sé decir cómo es, pero sé que así me pasa. La llave estaba puesta, y para mi consuelo me aseguró el santo Padre que ninguno había en mi habitación entrado; yo iba al costurero, llena de gozo; cuando entré en él, dije con todas las veras de mi alma; bendito seáis, Dios mío y todo mío, ¿cómo no se deshace mi alma en agradecimiento a vista de las bondades que tienes para conmigo?»

Antes de pasar adelante, cabe preguntar, ¿por qué un alma tan enamorada del dolor, del sacrificio y de la penitencia, se había asustado tanto por haber perdido la llave de su aposento?

La respuesta es fácil; por un sentimiento íntimo y profundo de humildad. Y es que en el aposento de Francisca no había cama ni cocina; abundaban en cambio los instrumentos de la más extremada penitencia. La sola idea de que se descubrieran estas co-

sas, hería en lo más vivo el alma humildísima de la Esposa del Crucificado. Prosigamos con la lectura del escrito que nos ocupa.

III

«Esto lo hablaba yo sin que me oyeran; cuando dije esto, sentí en mi corazón un suspiro grande, y por más esfuerzos que hice por no suspirar, no le pude detener; porque estos suspiros, Padre, no parece se forman en mi corazón como los demás suspiros, éstos parece se los dan a mi corazón, para que a Dios se los dé, y con suspiros encendidos en amor.

Mire, Padre, cómo me sucede; de repente, siento con una fuerza grande lanzarse mi alma a Dios; al mismo tiempo y en el mismo instante que mi alma se lanza a Dios, siento que parece han atravesado mi corazón con fuego, y de este fuego parece se desprenden estos suspiros, a la manera que de una hoguera se ve desprender las chispas; al mismo tiempo, siento también una luz clarísima que parece inundar de luz mi entendimiento, y con ella parece ve delante las perfecciones de Dios; con esto parece siento que mi alma se enciende toda en amor de Dios, y cuando así está mi alma en amor de Dios encendida, siento que a mi alma la hizo y la cogió presa de su amor, y además de sentirlo, dame el mismo Señor a entender, que así es, que presa de su amor me ha hecho, y cuando siento que presa el Señor hace a mi alma, siento también que no está mi entendimiento entendiendo con la luz que al principio de esto recibió y ya dejo dicho, sino que le dan cosas a entender y que si las entiendo, es porque a entender se las dan, que si no las entendiera jamás, por mucha luz que tuviera; él está lleno de luz, a él le dan a entender tantas cosas de Dios, y sin embargo, Padre, de ser así, parece se halla a oscuras y sin entender, y dame el Señor también a entender que entiende y ve cómo le ha de ver y entender después que deje esta vida. Mas yo cuando vuelvo en mí, nunca vi que más haya entendido, y cuando me pongo a pensar sobre aquello que entendí, nunca me hallé que menos haya entendido, siendo así que nunca he sabido más.

IV

Cuando empiezo a sentirme presa del amor de Dios, siento, Padre, que parece mi alma, mi corazón y todo mi ser, va a ser consumido por un fuego grandísimo que siento en lo más íntimo de mí; al sentir este fuego, siento como transformarse mi alma, y esto que digo transformación, no lo puedo llamar otra cosa que ésta; porque el mismo Señor me da a entender que es transformación del alma en El, que El mismo hace, y esto, Padre, ni sé decir cómo es, ni puedo; porque palabras o comparaciones no hallo, y si en ello quiero pensar a ver si algo le puedo decir, su recuerdo roba mis potencias y sentidos, y por eso paso adelante; mas si esto le es de necesidad saber cómo es, yo desde ahora le digo que por ahora, me es imposible podérselo decir, no sé si algún día el Señor será servido enseñarme a decirle algo.

V

Al sentir esa fuerza de calor, o mejor dicho, ese fuego que en lo íntimo de mí siento, siento también que el cuerpo se me levanta del suelo, sin poder yo entender qué es lo que me levanta; mas si me siento en el suelo o me agarro a alguna puerta o mesa donde yo pueda hacer fuerza, no me levanto más; aquí no me sucede como en ese otro modo o manera de levantarse el cuerpo, porque allí aunque me agarro o me agarren, no hay nada que me pueda el cuerpo detener, sólo una vez me ocurrió delante de una amiga, y me dijo que habiéndose ella agarrado a mí, no sólo no me pudo detener, sino que con la fuerza que el cuerpo llevaba, agarrada a mí, subíamos las dos, y esto me sucede así; estoy en mi soledad y de repente siento un sentir grande la humanidad de Cristo, y esta humanidad gloriosa, yo no la veo ni con los ojos del alma, ni con los ojos del cuerpo, ni con la imaginación, ni con nada; yo no la veo, pero la siento, y en este sentirla, quedo con tanta seguridad que es la humanidad de Cristo gloriosa, como si con los ojos del cuerpo la viera; al mismo tiempo siento que me toca y no con una mano, ni con un pie, ni con otra

alguna cosa, y no en alguna parte de mi cuerpo, sino en el centro de mi alma, en lo más sustancial que pudiera haber en ella, y nadie me la hace, sino la Divinidad de Jesucristo, y con nada me toca, sino con su Divinidad; al sentir este toque, todo mi ser siente un ímpetu grandísimo, y todo mi ser lánzase a él con la prontitud y ligereza del rayo; porque aunque el toque fué hecho sólo a mi alma, todo mi ser le sintió y al sentir este ímpetu, este lanzarse todo mi ser a El, siento en mi entendimiento una luz clarísima con la que veo las perfecciones de esa humanidad de Cristo gloriosa; con el conocimiento de esas perfecciones siente mi espíritu una fuerza de amor, no como la que otras veces siente, que el espíritu y el cuerpo se quedan en grande reposo y quietud, sino que éste parece amor activo, y por medio de esa actividad se hace ese mismo amor comunicativo, y por medio de esa comunicación de amor que el espíritu hace a todo mi ser, *quédase mi cuerpo sin aquella pesadez propia que tiene siempre y en todas las cosas* para seguir al espíritu y le sigue con tanta agilidad, que al lanzarse el espíritu a Dios, enamorado de sus perfecciones, síguele el cuerpo y siéntole marchar tras él con la ligereza que marcha una pequeña pluma por los aires cuando andan fuertes vientos, y entonces ni sentada, ni echada, ni agarrada, ni de ninguna manera puedo detener al cuerpo que marcha tras el espíritu.

VI

También de los suspiros le quiero dar cuenta, porque ellos me ponen en tres diferentes estados. Del uno ya le he dado cuenta.

Sucédeme, Padre, ponérseme el corazón muchas veces que parece no me coge en el cuerpo, y esto me sucede por detenerme de suspirar, sobre todo me abstengo, cuanto puedo, en la iglesia, en el costurero y cuando me hallo con gente, y esto lo hago por no llamar la atención, porque no sé suspirar sin llorar, y el llorar es por esto, tengo gana de suspirar y como desde que empecé, tenía yo tanto cuidado de no dar un suspiro, que no se le ofreciera enseguida al Señor, parece esto me ha quedado ya como un há-

bito adquirido por el trabajo que yo entonces ponía; entonces trabajé, y ahora parece cojo el fruto de aquel trabajo, porque trabajo me costó, y no pequeño, en acostumbrarme a no suspirar si no era por Dios; ahora he de estar distraída y como suspire, enseguida el suspiro me lleva a Dios; y como yo no sé pensar en Dios si no le hablo, o mejor dicho, no sufre la misericordia y caridad de Dios oirme sin que al instante se haga a mi alma presente, y por eso antes de concluir de suspirar, ya se deja rendir su amor y no sufre estar silencioso y no responder al suspiro que le dí.

A una palabra que hable, enseguida siento ya que viene, y viene haciéndome beneficios, dando a mis ojos lágrimas, a mi entendimiento luz, a mi corazón amor y a mi alma teniéndola entretenida, y con sus entretenimientos háceme dulce y sabroso lo espinoso de la virtud: su presencia me deja inflamado el corazón, y el corazón cuando le siento inflamado, no cesa de suspirar, y los suspiros, Padre, parecen como la piedra imán, enseguida con ellos traigo a Dios.

La presencia de Dios inflama mi corazón, mi corazón inflamado parece no hace otra cosa ni la puede hacer, que exhalar suspiros, y los suspiros, como El me dijo un día, le hieren en amor el corazón.

VII

Otro día dejándose ver como niño de cuatro a cinco años, dijo con mucha gracia:—A mí me gusta jugar, vamos a jugar los dos.—¿Y a qué quieres que juguemos?—A herirnos el corazón. Yo al oir la respuesta, y teniendo en cuenta las impresiones que su presencia me hacían, empecé a suspirar, sospechando quién sería; vile enseguida cómo con sus manecitas retiraba la ropa, y descubriéndose el pecho me decía:—Que me has herido, que me has herido.

Y yo toda fuera de mí, le decía:—¿Con qué, con qué?—Con los suspiros de tu corazón. Llevó tras sí mis potencias y sentidos, y cuando volví en mí, mi alma herida de amor se hallaba; en dos días no pude trabajar, sin tener más enfermedad que sentirme toda herida de su amor, y desde ese día siento que

no puedo suspirar sin llorar. Siento también no pocas veces, al entrar en mi soledad, formarse grandes suspiros en mi corazón, y al ir a suspirar, marchar tras el suspiro mis potencias y sentidos, y siente toda mi alma un grande reposo en Dios.

Otras veces siento que estando yo descuidada, haciendo alguna cosa propia de mi estado, o barriendo, o alguna otra labor, de repente siento una fuerza que me hace levantar los ojos y con ellos el corazón, y suspiro, y como si el suspiro al exhalarle dividiera mi corazón, así me deja de dolor; y queriendo hablar a Dios, no puedo más que decirle: ¡Oh Dios mío!, y al decir ¡ó!, en sola esta letra, parece he dicho a Dios todo cuanto le quería decir; y dame el Señor testimonio de que me oyó, hiriendo mi alma en amor suyo, y déjame ésta herida al parecer triste, porque no deseo más que llorar, pero no lloro de pena, sino de profundísimo consuelo».

¿No es verdad que estas hermosas páginas parecen igualar a Francisca con las almas más grandes y de Dios más favorecidas?

VIII

No se necesitan más pruebas para saber con certeza la existencia de los éxtasis de Francisca.

Pero para mayor abundamiento, vamos a aducir algunos testimonios oculares.

«Yo, Damiana Gil..... declaro y juro que..... uno de los días en que estábamos cosiendo, se levantó, toda la cara arrebatada despidiendo un no sé qué de cielo que todas nos quedamos mirándola, fué..... ..... al bosque y al tardar en venir, nos fuímos a ver lo que hacía, y yo juro la vi en el aire los pies..... .....; la mirada fija en el cielo con una expresión en su cara que según nos pareció en toda ella, estaba en un éxtasis. Llamamos a un Hermano Coadjutor Jesuíta, el H. Villalba, y nos dijo que era un arrobamiento y que la dejáramos hasta que se le pasara.....»

Oigamos otro testimonio, no menos autorizado, de la Madre Priora de las Jerónimas de Toledo, compañera que fué de la Sierva de Dios. Todos los días, di-

ce, se rezaba el rosario (en el costurero) y teníamos media hora de lectura espiritual que la hacía ella (Francisca), quedando absorta al poco rato de estar leyendo sin poderla quitar el libro de la mano por más que lo hacían, por la rigidez en que quedaba todo su cuerpo.

Muchas veces la vimos transportada estando cosiendo y en aptitud de meter la aguja, sin poderla quitar la mano de la costura en que quedaba. Los ojos entreabiertos y fijos, sin pestañear, en la costura La cara se la ponía escuálida, y le caían unas lágrimas grandes. Muchas veces nos decía que, cuando la viéramos así, dormida, la tiráramos fuerte o la pellizcáramos para hacerla despertar. ¡Buen sueño, por cierto!

Varias veces estando en la forma que tengo dicho, caía de rodillas y se le ponía el rostro tan encendido, que parecía fuego, los ojos tan brillantes y abiertos, fijos, sin movimiento alguno hacia la parte que sin duda la hablaban.

En estos éxtasis, reía en unos y en otros lloraba; hablaba, pero no podíamos entender lo que decía. Sólo la entendíamos claro: ¡Sí, Jesús mío! ¡Amor, amor!

Muchas veces tuvimos que marcharnos por ser la hora de salir por la tarde, teniéndola que dejar allí hasta volver en sí, custodiada por el Hermano encargado y dos jóvenes que tenían mucho trato con ella. Estas se han muerto ya.

Un día, que ella sin duda conoció se iba a quedar transportada, se salió del costurero, y al bajar el segundo escalón de la escalera, se quedó arrobada con el pié derecho al aire y el izquierdo sólo apoyada en la puntita de los pies; manos y cuerpo todo al aire, inmoble, que no había medio de moverla; temiendo que, al volver en sí, se cayera, entre seis o siete (no recuerdo bien cuántas seguramente), con mucho trabajo la bajamos permaneciendo el cuerpo en la misma postura. Como tenía el pie izquierdo según dejo dicho, iba dando la punta en cada escalón, por no poder levantarla a más altura de la que tenía, y a pesar de ser tantas para bajarla, la hicimos daño en el pie, pues cuando volvió en sí, no podía andar, costándola mucho llegar a la portería de los Padres para dar

cuenta al Padre que la dirigía, que era el Padre Díez».

IX

Es cosa sabida que hay éxtasis contrahechos, falsos, esto es, que no tienen origen divino, sino más bien natural y algunas veces diabólico.

El citado P. Cristóbal quiso cerciorarse de la verdad de los éxtasis de Francisca, y encargó al médico del Colegio, Dr. D. Pedro Garrido, que durante ellos la examinase.

Veamos el dictamen emitido por el mencionado Doctor: «cuando empecé a conocerla y tratarla, como médico, fué en el año de mil ochocientos ochenta y tres al mil ochocientos ochenta y cuatro, en que estaba al frente del costurero del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús; y donde fuí avisado por el reverendo P. Félix Cristóbal, Rector de dicho Colegio en aquella fecha, con el fin de que la observara la actitud en que se encontraba dicha Francisca, de lo cual le habían dado cuenta las compañeras de dicho costurero, que ya anteriormente lo habían observado.

La encontré de rodillas en dicho local, con las manos cruzadas sobre el pecho, y los ojos cerrados, rígida y como en actitud suplicante de oración; y en esa postura y actitud y rastreando el cuerpo de rodillas, como estaba, girar todo a lo largo del local y permanecer después en quietud dos o tres horas, según referían las compañeras, sin que diera cuenta después de lo que había pasado.

Dicho estado no me pareció pudiera diagnosticarse ni de histerismo, ni epilepsia, como tampoco de catalepsia, y, sí, un fenómeno extraordinario no comprendido por el que suscribe».

Después de lo escrito en este capítulo, ¿habrá quién se atreva a negar la verdad de los éxtasis de Francisca?

CAPITULO XXXV

Conoce con luz del cielo los padecimientos del alma Cristo, Nuestro Señor.

I

Cuando yo leía y oía hablar del desamparo que Cristo tuvo en la cruz, nada entendía; mas ahora bien claro me ha sido dado a entender la pena profundísima que tendría el alma de Cristo Jesús, Redentor nuestro.

¡Oh! si los conocimientos, que yo tenía de Dios, comparados con los que tenía aquella alma benditísima de la Divinidad a la cual estaba unida, serían como la luz y las tinieblas, como el ser y la nada, y yo ví y experimenté que no hay dolor semejante a este dolor que el alma siente; ¿qué sentiríais Vos, Jesús mío, mi Bien y mi todo, cuando siendo tantas, tan sobre ponderación y tan sobre toda inteligencia para poder comprender lo que en aquellas horas sufriste desde que te prendieron hasta que te crucificaron, y con todo no abriste ni una sola vez tus labios para quejarte?.....

Es tal, Padre, el conocimiento que de esta pena, dolor y sufrimiento del alma benditísima de Cristo me ha sido dado, que quisiera como obligar a Dios a que diera este mismo conocimiento a todas las almas más amantes de Jesús.

II

Grande pena siente mi corazón cuando he visto en mí y notado en los demás el poco conocimiento

que tenemos del mayor de los sufrimientos que nuestro adorable Redentor sufrió en su Pasión. Todos los amantes, que Jesús tiene, lloraran y se afligieran cuando recuerden lo que sufrió la Humanidad Santísima de Cristo Jesús, Redentor nuestro; todas las almas interiores recuerdan contínuamente las penas interiores del Corazón Divino; pero de tu alma benditísima ¿quién se acuerda? ¿Quién llora aquel inmenso dolor, que fué el único que hizo lamentar al Hombre Dios?

¡Oh único bien mío!, con grande claridad me haces ver y entender que este sufrimiento está muy por encima de toda inteligencia humana, y si no es a quien Vos iluminái o reveláis o hacéis en algo participante al alma de este dolor, no cabe a la inteligencia humana nada de esto entender.

III

¡Oh! que en este sufrimiento se encierra la mayor gloria que Jesús dió a su Eterno Padre; este fué el acto más completo que Jesús, como Redentor y Salvador de todos los hombres, pudo dar a su Eterno Padre. ¡Oh! qué acto tan heróico, tan consumado en perfección, hizo aquí el alma benditísima de Cristo.

Aquí reparó sobreabundantísimamente la desobediencia cometida contra Dios en el paraíso por nuestros primeros padres. ¡Oh! qué acto tan digno de ser glorificado y ensalzado por todos los hombres, es el que hizo aquí el alma benditísima de Cristo.

¡Oh!; haber estado siempre unida esta benditísima alma a la Divinidad, con conocimientos tan inmensos de Dios como tuvo esta alma benditísima, convencida como ella estaba de no haber cometido la más pequeña imperfección porque le era un imposible por ser en todo perfectísima..., sabiendo como sabía que en todos sus actos había glorificado a Dios cuanto había podido glorificarle.

En aquel desamparo no se queja a Dios diciéndole que por qué le desamparaba, habiendo ella hecho todos sus actos con la perfección que cupo en ella hacerlos; no, sino que su profunda humildad le hizo

exclamar y preguntarle con profunda pena qué había hecho que merecía aquel desamparo.

¡Oh! qué acto de humildad tan consumado en perfección hizo esta alma benditísima al exclamar en la cruz!: ¡Dios mío... Dios mío!, ¿por qué me has desamparo? Apenas concluyó este acto perfectísimo de humildad, practica otro con el cual quedó sobreabundantemente reparada la desobediencia de nuestros primeros padres.

IV

¡Oh, qué pasaría por Tí, Alma Benditísima, al hacer este acto de unión de tu voluntad con la voluntad divina del Eterno Padre! Que el alma de Cristo Jesús, Redentor Nuestro, hizo de conformidad y unión con la voluntad divina, queriendo y abrazándose con lo que Dios en esto quisiera; y para que todo vuestro ser diera testimonio a Dios y a los hombres con entera voluntad, prestando, o dando la entereza de vuestra voluntad fuerzas a vuestra mortal naturaleza, exclamaste: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

¡Oh! quién me diera recorrer el mundo todo para decir a las almas interiores, que en él hallase, que aprendieran de Jesús muriendo por nuestro amor.... a amar a Dios desinteresadamente y a no tener jamás otro querer que el de Dios, como Jesús nos enseña; aprendamos también de El a no desalentarnos jamás, cuando nos veamos oprimidos por la tribulación, o desolación, o desamparo, imitemos aquel que el Eterno Padre nos ha dado para que sea nuestro único modelo.

Mirémoslo cuando sufriendo aquel desamparo de Dios, dolor que no hay otro semejante a él, practicó las virtudes con la más consumada perfección.

¡Oh! qué pena siente mi alma, cuando considero que no se piensa en estos últimos actos que practicó el alma benditísima de Cristo. Cuando yo en ellos pienso, hallo que son para toda alma interior la escuela, donde puede aprender a practicar las virtudes con la mayor perfección, que es lo que toda alma interior desea.

¡Oh Padre! no puedo evitar estos desahogos de mi corazón.

CAPITULO XXXVI

Desea Francisca sufrir los padecimientos mismos de Jesucristo.

I

Al pie de una relación, hecha por Francisca, pone su Padre Espiritual esta nota. «*30 de Noviembre, día de S. Andrés Ap. 1897*». En esta relación manifiesta la Sierva de Dios sus deseos intensos de padecer por Nuestro Señor Jesucristo. Véase a continuación ese hermoso escrito:

«Padre: Ya le dije en otra ocasión que sentí los deseos que hoy tengo, que hacía ya veintidos años que estos deseos tenía, y ni estos deseos se realizan ni desaparecen, antes siéntoles más dominantes cada día.

Estos deseos son de padecer los mismos padecimientos de Cristo-Jesús, Redentor mío. Tuve estos deseos, o empezaron estos deseos, a los dos años que el Señor me llamó a su santo servicio.

Siempre que estos deseos tenía y quería manifestarlos a mi Dios y Señor, asaltábame un pensamiento, haciéndome ver que el desearlos y el querer manifestarle a Dios estos mis deseos, era soberbia en mí, y apenas este pensamiento me venía, quería yo arrancar de mi corazón estos deseos, por temor fuese soberbia, como este pensamiento me lo hacía ver.

Así pasé unos cuatro años luchando contra estos deseos, hasta que ya no me es posible luchar más, porque ya estos deseos, a lo más descuidada, se me levantan ellos solos sin yo hacer nada, y se me levan-

tan en los momentos en que siento más íntima unión con mi Dios y Señor.

II

Ayer mismo lo sentí después de comulgar, y no me pareció ayer, cuando lo sentí, que eran míos, sino que me pareció que el mismo Señor me les daba, y esto me pareció ayer y lo mismo hoy todo el día, que estoy sintiendo como seguridad que el Señor me les da.

Tuve también ayer necesidad de ir a la sacristía a llevar ropa; con este motivo hubo ocasión de hablar me el Hermano de que este mi pueblo no prospera en bienes espirituales, aunque tantos medios el Señor le da para prosperar.

Pues cuando el Hermano me hablaba de eso, púsome delante aquellos deseos de mi corazón, como si yo hubiera tenido seguridad de conseguir el remedio de éstos con la realización de mis deseos.

III

Siento, Padre, levantarse estos deseos en lo más íntimo de mi alma, sin que haya en mí consideración alguna que pudiera ser causa que estos deseos se me levantasen, y cuando estos deseos se me levantan, siento al mismo tiempo una grande elevación de mi espíritu hacia Dios y esta elevación de mi espíritu la siento con tanta dulzura y reposo en Dios, que me hallo en el instante a manera de un niño cuando está en los brazos de su madre; mi alma está entonces como deshaciéndose en lágrimas de una consolación tal y tan grande, que me hallo a qué poderla comparar, y es tal la familiaridad que mi alma tiene con su Dios, que jamás hablé yo a mi madre con tanta confianza, ni con tanta ternura y amor, como el que tengo con este mi único Dueño; la suavidad y dulzura de esta familiaridad róbame las potencias y los sentidos de tal manera, que nada siente, sino lo que con mi Dios y Señor estoy experimentando; y después que esta íntima unión pasa, aunque siento que en unión estoy, pero he de decir que pasa para darme a entender, que yo en unión me siento estar, pero no es esta unión como aquella que pasó; porque tengo, Padre, para

mí, según los conocimientos que este mismo Señor me da, que en esta clase de unión, a fuerza de la unión que entonces mi alma experimenta, no puede el alma estarla contínuamente gozando en esta vida, porque me da el mismo Señor a entender que este mi natural no podía soportar, sino es por poco tiempo, este estado en que mi alma se halla cuando experimenta la fuerza de esta unión; pasada la fuerza de esa unión, pues así he de decir para darme a entender, no ansío nada, si no es permanecer de rodillas ofreciendo al Señor mi salud y mi vida y que El me diera por ello el consuelo de verlo a El conocido y amado de todas las criaturas.

Cuando esto le estoy ofreciendo, siento como hervir la sangre en mis venas, y esto lo siento por un fuego abrasador que en mi pecho se levanta, que todo mi ser parece consumirse en deseos de padecer los mismos padecimientos de Cristo y lograr con ellos que sea mi Dios conocido y amado de todas las criaturas.

Los desahogos, que entonces tengo con mi Dios, son decirle muchas veces que mi gloria no está ya en otra parte que en padecer por su amor sus mismos sufrimientos, y lograr con ellos el que sea conocido y amado. Mas cuando estos mis deseos crecen tanto... tanto, poniéndome de pie porque de rodillas entonces no puedo, dígole con toda la fuerza de mi corazón y energía que entonces todo mi ser siente: Señor, mayor gloria que padecer tus mismos sufrimientos y lograr con ellos el que seas conocido y amado, aun siendo quien eres, no me la puedes dar, porque mi mayor gloria no estará en otra alguna cosa, que en verte conocido y amado de todas las criaturas.

¡Oh mi Dios y mi todo! Con cuánta verdad puedo esto decir de Tí, Vos lo sabéis, Señor; pues dame que pueda decir de Tí que eres también mi mayor gloria, dándome ese consuelo de recibir mi salud y mi vida, y dame en cambio tus mismos sufrimientos y el poder lograr con ellos el que seas conocido y amado. Si esto me das, ¡oh!, con cuánta mayor razón podré decir que eres para mí todas las cosas.

IV

En estos desahogos pasé ayer todo el día, y hoy sin poder cesar de esto pedir y de esto desear y de esto esperar. Me son, Padre, estos deseos un contínuo martirio. No puedo continuar hablando de esto.

Dígame, Padre, si le parece ver con claridad ser estos deseos de Dios, porque si le parece o ve que sí, ¡oh!, yo viviré de esperanza, pues ella tanto alcanza cuanto espera.

Olvidábaseme decirle los deseos que me deja este deseo:

1.° El de vivir como con la lengua pegada al paladar, para no hablar con las criaturas, sino sólo con mi Dios y Señor.

2.° El que el mundo no sepa nada de mí ni yo del mundo.

3.° El deseo de morir a mí misma para no poder estorbar al Señor en cosa alguna que El sea servido hacer de mí, a la manera que lo está un cuerpo muerto.

4.° El de no gozarme en nada, si no es en el padecer por amor de Cristo y lograr lo que dejo dicho.

5.° El de no aspirar a otra gloria que a ésta, siendo ésta mi mayor gloria.

CAPITULO XXXVII

Limosnas de la Sierva de Dios.

I

Si no pocos capítulos de esta historia son, por varias causas, incompletos, el presente es entre todos ellos el más deficiente.

Y es que, según un testimonio autorizado, el del P. Ibeas, sólo en el cielo se podrán conocer las cuantiosas limosnas que Aquélla repartió durante su vida. *Mi secreto para mí,* solía decir con alguna frecuencia nuestra biografiada. No quería, por eso, que la mano izquierda supiera lo que la derecha hacía, esto es, ponía grandísimo empeño en ocultar a las miradas de los hombres las obras de caridad que dispensaba.

Sin embargo, conocemos algunas y son las que vamos a resumir. Y sea la primera, la que ella misma nos refiere en un escrito, como todos inédito, que tengo a la vista.

«..... todo este día lo pasé sin poder valerme, porque en el trabajo y en casa y por la calle, sola y con gente, sentía yo que a lo mejor me recogían mis potencias y sentidos, metíame dentro de mí misma, y con la mayor facilidad yo me hallaba en el Portal de Belén; yo deseaba ardientemente practicar lo que a Jesús Niño yo había prometido.

Este primer día no pude cenar; y yo, al día siguiente, me resolví que no pasaba sin hacer lo que había prometido; yo me puse detenidamente a pensar cómo daría yo la ropa sin saberlo mi madre, y resolví avisar a una pobre un día y otro día a otra, hasta que lo diera todo sin que mi madre lo notara.

Fuése mi madre a misa, y enseguida me fuí yo a avisar a la pobre que yo había pensado dar todo lo necesario para mudarse un día de fiesta. Cuando en el camino la hallé, alabé y bendije, cuanto pude, al Señor, porque El mismo me había proporcionado hallarla sin necesidad de ir a su casa cual yo temía; porque nada más verme entrar en alguna casa, ya sospechaban que algo iba a dar y se lo decían a mi madre, y mi madre andaba en averiguaciones a ver si era verdad, y esto me daba a mí mucha vergüenza. La llevé (a la pobre) conmigo a casa y la dije no dijera a nadie, que si lo decía, nada volvería a dar más. Me prometió no decirlo; cuando esto me prometió, me puse fuera de mí de gozo y en un pañuelo la puse un vestido de lana, un pañuelo de merino y otro de seda, un par de medias, otro de botas, un refajo encarnado y dos pares de enaguas; dos chambras, un corsé y dos pañuelos moqueros; apenas caminó (la pobre), me puse a dar gracias a Dios, Nuestro Señor, por haberme dado aquellos deseos con los cuales yo le podía agradar, y estuve dándole gracias hasta que vino mi madre de misa. Cuando vino y entró en casa, me dijo:—¿Por qué has llorado?.....»

No se sabe qué admirar más en la precedente narración, si la caridad y el desprendimiento de Francisca o la humildad que embalsama tan hermosa obra en favor de una pobre.

II

Siendo aún jovencita, pedía al maestro del taller trabajo extraordinario para las noches, para con su producto poder comprar a las niñas pobres abrigos, alpargatas y otras prendas.

De mayorcita, le gustaba dar algunos paseos a la margen del río, para ver a las mujeres que lavaban y de paso averiguaba las prendas de ropa interior que les eran necesarias, para proporcionárselas.

Bien conocida debía tener Práxedes Rodríguez a su hija, cuando no mucho antes de su muerte compró ropa en abundancia para su Francisca, pues sabía que ella, aunque lo necesitase, no lo había de comprar.

Pues bien, muere la buena de Práxedes, y ¿qué hace Francisca? Dar a los pobres toda aquella ropa, sin exceptuar la cama en que dormía.

Pequeño es el rasgo que voy a añadir, pero revela el hambre que sentía la Sierva de Dios por hacer limosnas. Un Padre del Colegio de Carrión, tal vez el P. Cid, le dió en cierta ocasión quince pesetas para que se comprase unos zapatos. Al ir a casa encontró a quién remediar, y ya no pudo comprar el calzado que necesitaba.

Al hablar en el capítulo primero de los nombres de esta Sierva de Dios, díjose que había vendido la única finca que poseía; ahora añadiremos que fué para emplear su importe de setecientas cincuenta pesetas en la compra de una Imagen de San Francisco de Asis para su Iglesia Parroquial.

Para la Inmaculada de la Congregación de Hijas de María, establecida en la Iglesia de la Compañía de Carrión, compró Francisca el precioso manto que luce en las fiestas más solemnes.

Para ocultar su nombre escribió una carta a una señora de toda su confianza rogándola que si la Presidenta de Hijas de María de Carrión le daba las gracias por el regalo de un rico manto a la Virgen, que se callara, como si hubiera ella hecho aquel donativo.

Igualmente prueban la caridad de Francisca para con los pobres las no pocas jóvenes a quienes proporcionó dote para entrar en Religión, o sufragó la mayor parte de los gastos de viaje o equipo.

III

Persona fidedigna me escribe lo que sigue: «En una ocasión fué a casa de una pobre mujer que murió en la miseria dejando dos niños; los recogió y trajo al costurero, uno era como de dos años y otro de siete u ocho; los vistió de luto, al mayorcito lo mandaba a la escuela, y oí le tomaba la lección antes; esto duró poco tiempo, pues el P. Ibeas le debió mandar volviera los niños a su padre o familia» (María Fernández Cerón).

«Mandó hacer unos zapatos para ella a instancias de las vecinas, porque ya los tenía todos rotos, y

cuando se los llevaron, vió a una mujer que los tenía también muy rotos y le dijo: Mira a ver si te vienen estos zapatos, y se los cambió por los de ella» (María Ballesteros).

La casa *Meneses,* en atención a las compras y objetos religiosos que Francisca le había hecho, le envió un magnífico regalo, que fué a parar a diversas Iglesias.

De una señora amiga recibió esta Sierva de Dios el encargo de formar una lista de sacerdotes necesitados a los que repartió una limosna cuya importancia desconozco.

Limosna y de importancia fué el cuidado con que atendió a los jóvenes con vocación a la Compañía, que en la fonda tenía a su cargo. Me asegura el P. Arce, que por aquel tiempo era Ministro y Procurador del Colegio de Carrión, que la caridad para con aquellos jovencitos no tenía límites, si caían enfermos.

Así como en plena salud los atendía con una sobriedad que a algunos pareció excesiva, así por el contrario si estaban enfermos, les prodigaba toda clase de atenciones y hacía en su favor gastos de consideración a su propia cuenta.

IV

¿De dónde sacaba Francisca el dinero necesario para las enumeradas limosnas y otras muchas solamente de las personas interesadas y de Dios conocidas? De familia pobre descendió Francisca, y pobre fué ella en toda su vida. Pero solía recibir con relativa frecuencia algunas limosnas de ciertas personas que conocían y estimaban a Francisca. Algo sacaba del fruto de su trabajo en el cultivo de unas huertas que lleva en renta.

Los cuatro años últimos de su vida la caridad de D. José Ruíz y su esposa D.ª María Ballesteros puso a disposición de la Sierva de Dios la casa y huerta que eran de su propiedad. Con los productos de esta huerta atendía Francisca a los módicos gastos de su subsistencia, y repartía lo restante entre los pobres.

CAPITULO XXXVIII

Sus austeridades y penitencias corporales.

I

No se contaminó Francisca con las impurezas de la vida; fué la Sierva de Dios alma inocente y pura.

Sin embargo, trató su cuerpo con tal rigor, que parece haber eclipsado las grandes penitencias de los anacoretas más renombrados.

Aduciremos en confirmación de este hecho testimonios ajenos y palabras de la misma Sierva de Dios.

«..... con el jornal mantenía a su madre; por la noche después de acostarse ésta, la leía vidas de Santos; cuando la veía dormida, sigilosamente iba a un pajarcito que tenían, y allí pasaba parte de la noche atormentando su cuerpo con varios instrumentos que tenía escondidos; su madre los encontró un día y enseñó a unas chicas que fueron allí y las dijo: mirad, mirad las cosas que tiene mi Francisca. Un día de S. José hacía mucho frío y no quiso abrigarse con una talma en obsequio al Santo. En la comida dejaba las cosas hasta que perdían el buen gusto para mortificarse» (María Fernández Cerón).

«..... su comida era una sola vez al día, y ésta era de sólo un poquito de pan..... ... pero muy poco, y un poco de agua. De ésta nunca la vi beber fuera de esta comida por mucho calor que hiciera. Su madre quería hacerla comer algo y la hacía unas sopas que, como era cosa tan ligera, hacía todo cuanto podía (la madre) para hacérselas tomar, cosa que no pudo conseguir. Cuando por la tarde volvía a

casa, se encontraba con las poquitas sopas hechas un tostón de haber estado todo el día al fuego, y llenas de ceniza....., entonces es cuando las comía.

Un día me dijo, con mucha gracia, me quería convidar; yo me figuré será con algún cilicio o disciplina, y me contestó graciosamente que no era eso, sino con licor muy bueno que ella tenía, y me presentó un cortadillo o copa (no recuerdo bien) con bastante porción de hiel y vinagre; como servidora lo viera, me asusté, de que le dió mucha risa, y en mi presencia lo bebió como si tal cosa. Esto hacía con mucha frecuencia: fué alma de mucha penitencia y desde los principios muy extraordinaria, causando mucha veneración sólo el verla. Jamás pudimos conseguir nos dijera algo de lo que la pasaba» (Madre Priora de las Jerónimas de Toledo).

«..... . teniendo su vida (Francisca) tal dosis de mortificación y penitencia en todo, que su trato se hacía para los menos perfectos verdaderamente insoportable; la traté un poco y la admiré mucho» (Lorenzo García, Presbítero).

« ..... Fué muy humilde y muy mortificada, haciendo penitencias terribles; a mi marido, que era herrero, le mandó que la hiciera varios instrumentos de penitencia, y le hacía que guardara el secreto, lo cual así hizo hasta que él murió que me lo contó a mí. Esto digo y juro que es verdad» (Damiana Gil).

«Delfina Leal y otras señoras me contaron que era tan penitente nuestra Francisca, que la madre de una de ellas le tuvo que curar una llaga tremenda que tenía en el pecho con motivo de haberse ella incrustrado un corazón de hierro que puso rojo al fuego. Dicha marca la tuvo siempre, pues las Carmelitas de Carrión, al amortajarla, se la vieron después de más de cincuenta años que se la había hecho; pero eso es lo menos, pues dice que a veces salía pálida de su cuarto por haber derramado mucha sangre con disciplinas que se daba. Que era tal el amor de Dios que sentía, que para desahogar un poco, marchaba al bosque, como le llamaban las costureras, y allí se ponía paños mojados de agua fría en el pecho que los mojaba en un riachuelo que había. Las costureras

la veían comer unas sopas de ajo sin aceite ni sal que las cocía en la plancha de esas con que planchaba las sotanas, que tienen lumbre por dentro, pero que era una cantidad pequeñísima de sopa y que eso cada veinticuatro horas. Nunca tomaba agua, y alguna rarísima vez que lo hacía, era tomando tres traguitos cada vez y muy poca agua. Su pobreza era extremada; me decían que una vez ya no teniendo que dar, dió su refajo y era invierno e iba a misa pisando la nieve sin zapatos ni medias, que se los volvía a poner ya estando para entrar en la iglesia» (María Ballesteros).

«..... Pude observar que su vida era muy austera, pues ni se cuidaba de alimentación, de vestido y descanso. La comida era de leche y de legumbres en poca cantidad; el vestido muy poca ropa interior y encima una especie de sotana, y el descanso en el suelo, pues en las enfermedades por obediencia podía conseguir una colchoneta... Hablándola de alimentación, me decía que era a lo mejor que no se acordaba y lo pasaba con la Sagrada Comunión» (Dr. Pedro Garrido).

«En una ocasión, por Junio de mil ochocientos ochenta y nueve, efecto de las disciplinas, tenía las espaldas hechas una llaga, que cada día se hacía mayor, con grandísimos dolores, temiendo no podría comulgar el siete de Junio. Bajó no obstante a la iglesia de S. Zoilo y comulgó, pidiendo al Señor no se le cayesen los huesos como temía.....

Por espacio de doce años llevó una cadenilla en el estómago, causándole mucha molestia y dolores, mas sin quejarse ni decir nada hasta que a cinco o seis días de Diciembre del 1889 se le abrió una grande llaga cayéndosele carne podrida con grandes dolores. La mandé se pusiese trapos de hilo con trapito tocado al cuerpo de Sta. Teresa. Así lo hizo yendo en aumento los dolores, hasta el día trece en que después de un gran dolor, que la hizo perder el sentido, se sintió de repente sin dolor. Subió a su habitación a ver qué la ocurría, y observó que los trapos estaban bien puestos y la herida cerrada casi por completo, y dentro de ella el trapillo tocado al cuerpo de Santa Teresa y la cinta de seda (medida del brazo de la

misma Santa) con que se había sujetado los trapos, estaban dentro de la herida, saliendo un poco la cinta. Trató de sacarla, pero no pudo. Al anochecer del mismo día, sintió que se mojaba. Volvió a mirar y vió que estaba arrojando gran cantidad de pus y juntamente el trapito y la cinta, quedándole entonces una herida como el tamaño de cinco centímetros, pero sin dolor. Continuó poniéndose el trapito y la cinta hasta que la herida se cerró completamente» (Laureano Ruipérez).

Todos estos testimonios son de personas fidedignas y que dan fe de lo que han visto por sí mismas, o han oído de personas que merecen todo crédito.

II

Veamos ahora la relación de las penitencias extraordinarias, hechas por Francisca, dada a su Padre espiritual.

«Voy a recordar el cómo empecé a caminar por estos caminos que Dios me trazó y me enseñó a caminar por ellos, para que mi alma se aliente, viendo que no puede ser el que camine, engañado.

Pasados ya los primeros ocho días de la manera que dejo dicho, me puse detenidamente a pensar en el camino que conduce a la posesión de Dios, y que me fué como trazado por Dios y enseñado, sólo con el fin de que yo anduviera por él toda mi vida, para que caminando por él, consiga el poder poseer a Dios por amor en el tiempo, como en la eternidad.

Esto era lo que yo entendí se proponía Dios con todo lo que me daba; yo sentía además como un impulso, no sé si decir natural, a no querer cosa alguna, si no era sufrir por Dios y de balde; yo así le decía a Dios, porque así hablando, me parecía el modo de darme a entender, cuando yo decía a Dios lo que quería y deseaba.

Como el deseo de padecer, que yo tenía, era tan grande, y además en cada instante crecía, y yo no hallaba en mí cosa que me hiciera padecer, sino gozar y un gozar sobre toda ponderación, me animé cuanto podía a buscar medios y modos de padecer y sufrir cuanto estuviera a mi alcance; y como yo viera

que necesitaba tener algo para poder con ese algo hacerme con las cosas que yo necesitaba tener para lograr con ellas el padecer que yo deseaba, me animé a pedir a mi maestro labor, fuera de las horas de taller, para que aquello, dándome a mí el valor de esas labores, fuera el medio de yo realizar mis deseos; así fué, lo pedí, y me fué concedido.

Con mis primeros ahorros, compré unos cordeles, unas sogas, una tabla y seis libras de unas puntas que llaman puntas de agreda; con los cordeles hice yo unas cosas a manera de disciplinas, con las sogas me ataba yo, y por medio de unas lazadas que yo con la soga hacía, me subía a unos maderos que había en el desván de la casa en forma de cruz, y allí me gustaba estar, recordando aquellas tres horas que mi Amante Jesús estuvo crucificado en ella.

Otras veces atábame a los maderos del cabello, que lo tenía más de una vara de largo, y después que estaba el pelo atado, quitaba con los pies la escalera que ponía para subir, y me quedaba colgada del cabello.

De las puntas me hacía cuerpos de tela, y los forraba de puntas y me les ponía, porque cilicios de alambre no les siento, no me molestaban nada.

En una tabla más corta de media vara, cubierta de estas puntas de agreda, ponía un cordel en cada punta y puesta ésta en la espalda, y un cordel por encima del hombro y el otro cordel por debajo del brazo, les subía y bajaba por la espalda. Esto me gustaba más que todo cuanto usaba, porque me gustaba mucho ver correr la sangre de mis venas.

No digo más, Padre, por no ser larga y molesta; basta que diga que todos los días inventaba cosas para padecer. Los ratos, que yo me iba a la soledad a decir allí a mi Dios lo que yo quería y deseaba, me eran estos ratos, lo que a los niños la escuela.

Allí aprendía yo, y no sé cómo yo lo aprendía, ni quien me lo enseñaba, porque yo nada oía ni veía, y en mi alma hallaba como impresa seguridad de que era Dios quien me enseñaba e instruía.

III

Habiendo ido un día a la soledad, apenas me había puesto en la presencia del Señor, me hallé con una instrucción que encierra en sí una gran verdad, y no supe ni cómo ni cuándo me fué dada, y la tenía como si siempre la hubiera tenido, así estaba mi razón de convencida, y tan instruída en el modo cómo lo había de hacer, como si toda mi vida me hubiere ejercitado en ello.

La instrucción fué esta: Hallarme en el instante sabiendo sin dudas ni vacilaciones como si yo siempre hubiera sabido aquella gran verdad, que la penitencia, sin el propio conocimiento, engendra soberbia en el corazón, y el propio conocimiento se adquiere con el estudio de las inclinaciones torcidas de la propia naturaleza y el estudio contínuo de las rectas aspiraciones que siente el alma levantarse en ella; y esto no se conoce, si uno no se dedica al estudio de la propia naturaleza, porque estudiándose, es como se ve, con cuanta justicia estoy obligada a seguir las nobles aspiraciones que se levantan en mi alma, y cuán justo es que yo trabaje sin descanso hasta dar la muerte a todos mis apetitos para lograr con la muerte de éstos la muerte de mis pasiones, sin cuya muerte no puede Dios unirse a mi alma, y si no se une a mi alma, no podré lograr el poseer a mi Dios por amor en esta vida, y la muerte de los apetitos no se logra sin la mortificación de los sentidos, y la mortificación de los sentidos no se.....»

IV

En otro de sus escritos añade:

«Un día dominada por esta hambre que tenía de padecer, me fuí a sacar dos muelas a ver si algo podía padecer, porque yo había oído que dolían mucho al sacarlas, yo con nada podía apagar la sed que tenía de padecer; yo discurría, cuanto podía, a ver qué haría para padecer; yo discurría penitencias que fueran dolorosas; todo el tiempo que me permitían mis obligaciones, lo daba a la oración y penitencia; yo ya no podía ir a la oración y estarme allí de rodillas,

PARTE ANTERIOR y **POSTERIOR**

Del cilicio que usaba la Sierva de Dios y se describe en el capítulo XXXVIII.

porque nada más entrar en mi soledad a hacer oración, enseguida no que yo lo pensara, sino que me lo hacían pensar, no era que yo lo recordara, sino que me lo hacían recordar, el grande amor que me tenía y en que este amor me lo había manifestado, cuando yo vi que en padecer voluntariamente por mí era en lo que me mostraba lo mucho que me amaba antes que yo existiera; yo quería hacer lo mismo, demostrarle con sufrimientos que yo le quería amar.

Cuando yo en esto pensaba, dió el reloj, y así como en hora y media no le había oído, entonces le oí, y sin duda ninguna que entonces quiso el Señor que le oyera, porque ya era hora de ir yo a cumplir con mis obligaciones.

¡Oh dulce bien mío! Qué celoso eres en esto en que yo cumpla con mis obligaciones; yo aunque oí la hora, no hice caso y dije: no, no salgo de aquí mientras no haga algo que me haga padecer, y me puse a hacer lo que menos me duraba, que era desnudas las espaldas, pasar por ellas una carda tres veces. Esto hacía en un abrir y cerrar de ojos, y esto me gustaba mucho hacer, porque con esto brotaba enseguida la sangre, y yo tenía todo mi placer en ver correr por medio de dolores la sangre de mis venas; hecho esto, me fuí al cumplimiento de mis obligaciones.

El hacer esto no me duró más que cinco minutos; yo enseguida cogí mi labor y me puse a trabajar».

V

Entre los instrumentos de penitencia, recogidos por doña María Ballesteros, se encuentra un cilicio que tiene la forma de una pequeña casulla. Por la parte interior estaba erizada de clavos puntiagudos; con dos cuerdas la sujetaba bien al pecho y espalda.

También se halló una gran cruz de madera de 1,80 m. de alta, por 1,10 de brazos con un soporte de hierro; de las argollas de los brazos se colgaba ella queriendo imitar al Salvador. También se dice que sobre esta cruz se acostaba los ratos que destinaba al descanso de su cuerpo.

Después de la lectura de esta relación, ¿no puede asegurarse que Francisca igualó, si no sobrepujó, a los más grandes penitentes de que la historia nos habla?

CAPITULO XXXIX

Humildad de la Esposa del Crucificado.

I

Fué Francisca un alma humildísima; los hechos referidos y otros que no ha llegado el momento de poderse contar, así lo prueban. ¡Cuántas humillaciones, cuántos desprecios tuvo que sufrir de propios y de extraños.

Para completar esta materia, esto es, para conocer a fondo la humildad de esta Sierva de Dios, vamos a resumir y comentar brevemente una hermosa página de la misma.

Habíale preguntado su confesor, probabilísimamente el P. Ibeas, qué sentía acerca de esta virtud de la humildad. A esta pregunta da Francisca varias respuestas que nos abren de par en par las puertas de su alma, y que nos permiten por lo mismo ver la excelencia de su humildad.

II

Primera respuesta.—«Yo oigo, Padre, que las gentes llaman humilde al que se humilla ante los demás».

No explica a qué forma o manera de humillarse se refiere, pero ya se sobreentiende que es hacerlo por medio de palabras. De lo contrario, no habría distinción alguna entre esta respuesta y la siguiente, que consiste en humillarse por medio de obras.

Así entendida la humildad, confiesa Francisca que no la tiene. «Esto, Padre, yo no lo puedo hacer, porque de tal manera se resiste a hacerlo mi corazón,

que yo hasta ahora no he logrado ni una sola vez poderme vencer».

Léase el capítulo XIII del Tratado del P. Rodríguez acerca de la humildad, y se verá cuán acertada andaba Francisca al no intentar siquiera adquirir esta humildad.

III

Respuesta segunda.—«También oigo tener por humildes a los que hacen cosas (se entiende bajas) en servicio de los demás».

Reconoce Francisca que tampoco ha llegado a este grado de humildad. He aquí sus palabras: «Yo como oigo esto, me avergüenzo que me vean hasta barrer, y como pueda dejarlo para cuando estoy sola, lo hago.

Muchas veces me he propuesto hacer cosas de estas a ver si así conseguía la humildad; yo veía que limpiar el escusado, ha sido siempre lo más repugnante a mis compañeras; díjome una que se fué religiosa: vamos a limpiar las dos el escusado, yo la dije que sí; oí un día decir, fulana (probablemente Francisca) qué humilde es; ella siempre va a limpiar el escusado.

Pues porque oí esto, jamás he vuelto con ninguna a hacerlo, de vergüenza que me da; y siempre que lo hago, ha de ser cuando todas están comiendo, que pueda yo estar con seguridad que nadie me ve; y todo, de vergüenza que me da que me vean.

Si esto es falta de humildad, yo le prometo, Padre, hacerlo cuando todos me vean. Pero si me costara, Padre, que sólo con pensar si delante de gente me lo mandara V. hacer, ya estoy llorando».

Muy miope ha de ser en materias de espíritu el que no vea en las palabras copiadas lo muy arraigado que se hallaba en el alma de Francisca el odio y la aversión a toda clase de alabanzas, y por lo mismo, el amor y la estima del valor de los desprecios.

IV

Tercera respuesta.—«Humildad en otros llamo cuando ante Dios se humillan y, por la grande humil-

dad que tienen, no saben lo que ellos cooperan a la gracia y a todo cuanto Dios les da.

Ellos con la gracia y su trabajo se han adquirido todas las virtudes naturales y sobrenaturales; y sin embargo de verlo yo así en ellos, veo que ellos verdaderamente se creen que nada hacen..... y que nada pueden hacer, porque se creen con todo su corazón que son incapaces para todo lo bueno y que sólo son capaces para todo lo malo».

Confiesa sinceramente la Esposa del Crucificado que tampoco tiene la dicha de poseer esta humildad.

«A estas almas, dice, envidio sobremanera por dos cosas, una, porque pasando la vida en actitud con la gracia sirven a Dios contínuamente y de muchas maneras; otra, porque haciendo tanto, están creídas y muy poseídas que no hacen nada en el servicio de Dios.

Esto es, Padre, a lo que yo llamo y tengo por humildad. Yo Padre, no puedo ser humilde de esta manera; y no me dé ya más pena, Padre, que harta tengo por no poder serlo».

V

Cuarta respuesta.—«Ya sabe, Padre, que el Señor me lleva a mí como lleva una madre a un tierno niño; y siempre me ha llevado. ¿Y qué humildad cabe aquí?

Antes de continuar oyendo a la Esposa del Crucificado, recordemos unas palabras con que encabeza este escrito. «Yo entiendo por humildad en mí, el que yo, Padre, vaya siempre en pos de la verdad». Que sea seguir en pos de la verdad, nos lo dice la Sierva de Dios en las siguientes líneas.

«Y solo esta puedo tener. ¿Porque qué humildad cabe, desde mi primera acción hasta la última de cada día?, ¿quién me mueve a hacerlas? ¿No sois Vos, Dios mío, el que domináis mi voluntad?, ¿no me dáis una gracia tan sobreabundante, que me hace ir a hacer todas las cosas que pertenecen a tu divino servicio, que hasta mi cuerpo se ve como con violencia forzado a hacerlo y sin poder resistir?

Vos bien lo sabéis cómo es, Dios mío. Al ver y sentir cómo me pasan las cosas, Padre, deshácese mi

alma en lágrimas de agradecimiento; ¿qué humildad cabe en ello?; ¿no es justísimo que así lo haga?; ¿no sería una ingratitud el no hacerlo?... ..... Para yo no hacerlo, dame el Señor las lágrimas, los afectos, las palabras que hasta hechas ya las pone El en mis labios.

¿Qué humildad cabe aquí? ¿Cabe otra que la humildad de verdad? Otra, Padre, yo no sé tener.

Ayúdeme a pedir al Señor, que desde hoy se lo voy a pedir que me dé el ser humilde por virtud, como lo fueron los santos; y hasta que el Señor se digne dármelo, no me aflija más, Padre; que yo no hallo medio de poderlo ser, por más que hago y por más que lo quiero y lo deseo».

Humildísima tenía que ser el alma que ha sabido escribir tan hermosa página.

CAPITULO XL

Ultimos años de la Sierva de Dios.

I

Difícil, mejor dicho, imposible es escribir la Vida de Francisca en los once años y cuatro meses que vivió desde que salió de la Fonda hasta su muerte.

Nace esta imposibilidad de haber aquélla cesado de escribir lo que por su alma pasaba y de la impenetrable reserva en que se había encerrado

Después de haber sentado el P. Pérez, S. J., esta verdad que tenía bien conocida por propia experiencia, añade en su confirmación el hecho de que habiendo ido a visitarla expresamente, para tratar asuntos de mística, el buenísimo P. Arintero, O. P., no logró sacarle una palabra.

Conocedor, como queda dicho, el P. Pérez de esto, se limitaba en el confesonario a responder a las preguntas que en la delicadeza de su conciencia le hacía, y a darle con larga mano los permisos que para hacer penitencia deseaba.

¿Cómo entonces podremos sondear los sentimientos de su alma y medir el crecimiento de sus ya heróicas virtudes?

Con todo, aunque pocos, todavía conocemos algunos hechos que nos permiten asegurar que, lejos de volver atrás en la senda de la santidad, Francisca continuó haciendo en ella grandes progresos. Y sea el primer hecho el que nos describe el P. Nazario Pérez en la siguiente forma:

II

«Nada me ocultaba que creyera ser falta o pudiera perturbar algo la profunda paz de su espíritu; y sin embargo en diez años jamás mostró la más mínima queja o amargura contra los Superiores que le habían quitado la dirección del costurero y de la Fonda de los estudiantes, ni contra las personas que habían contribuído a ello; y si algo sé de esto, no es por ella, sino por otros.

A alguno de los nuestros le parecía que, el no haber dado Francisca muestras exteriores de disgusto en esta ocasión, era la mejor prueba de su virtud, pero pensaba que interiormente lo sentiría. Pero ella jamás me dió señal alguna de que tal asunto le preocupara.

Mucho admirará su humildad y conformidad con la voluntnd de Dios quien sepa por otra parte que ella era la inciadora y en cierto modo la fundadora del seminario de los nuestros. Ella, llevada del deseo de procurar vocaciones a la Compañía, cuando no había en Carrión más que el Seminario Menor de externos para la diócesis, propuso a los Superiores la idea de tener en su casa estudiantes que se prepararan para entrar en la Compañía; buscó dinero para las primeras becas y durante varios años cuidó de ellos con grande asiduidad. Casi todos los niños estaban contentísimos con ella y la querían como a madre. Sabía tolerar sus travesuras, pero jamás las ofensas de Dios Con ella estaban seguros los Superiores de la moralidad y piedad de los estudiantes. Procuraba también ir preparándoles a la vida religiosa inculcándoles la humildad, pobreza y mortificación.

Parece (por lo que he oído, que ella jamás me dijo nada) que en esto último había alguna queja por falta de limpieza y orden que creían ayudaría no poco para la buena educación.

Ello es que se vió apartada de esta obra de celo que con tanto entusiasmo había emprendido, y también del costurero en que tanto y por tantos años había trabajado con actividad, que a veces parecía milagrosa; y sin embargo, muy contenta se retiró a

cuidar de una huertecilla, y a pesar de su edad y falta de costumbre, se dedicó gustosa a este trabajo fuerte, porque allí podía vacar a Dios a solas, gozando de la contemplación de la naturaleza, que tanto elevaba su espíritu».

III

La pureza de conciencia de Francisca, en vez de decrecer en su ancianidad, fué en aumento. Atribuye ella esta gracia a la acción del Espíritu Santo que le hacía conocer las menores imperfecciones sin caer por eso en el peligroso extremo de los escrúpulos.

El hecho, que el P. Pérez va a referirnos, hace innecesarios otros argumentos.

«Recuerdo una falta que ella tuvo por muy importante, y vino enseguida a la portería a consultarme qué penitencia haría para desagraviar por ella a Nuestro Señor. Vino un pobre forastero a pedirle limosna y se la dió como a todos. Pero notó que el pobre dirigía una mirada cariñosa a un cesto de peras, del que estaba dando a unos muchachos. Viniéronle ganas de dárselas al pobre; pero pensó que tenía mala traza y acaso no sería bueno, y no se las dió. Luego que reflexionó, le parecía esta falta tan grande, que no se atrevía a llegar a comulgar sin confesarse. En satisfacción de ella, a pesar de su repugnancia a tener huéspedes que impidieran su recogimiento, hospedó gratuitamente en su casa a la familia pobre de uno de nuestros estudiantes, que le había venido a visitar, y hallándola cuando se dirigían a la posada, les invitó a venir con ella y les obsequió durante varios días».

IV

Habrán notado los lectores la intencionada frase del P. Pérez cuando dice que se limitaba al principio a dar con larga mano a la Santa los permisos que, para hacer penitencia, le pedía. Tal vez el sigilo, propio de la dirección espiritual, no le permitió detallar la clase de penitencias corporales que autorizaba a su dirigida. Pero ¿quién no advierte que en esa velada frase se da a entender que la Sierva de Dios, a pe-

• Francisca del Valle Rodriguez #

sar de su avanzada edad, no omitía las austeridades, a que tan aficionada fuera en su juventud?

No podemos saber, digo, la clase de penitencias que practicaba; pero sí conocemos el espíritu de mortificación que la animaba.

Persona fidedigna me ha contado que en una enfermedad que padeció por el tiempo que historiamos, no quiso aceptar el descanso de una cama, como el médico prescribía. ¿La aceptaría en plena salud?

Oigamos sobre esto lo que nos refiere el mencionado Padre.

«Con ocasión de consultarme sobre su vocación religiosa, me dijo que a ella no le costaba mortificar la curiosidad, que no la tenía de ninguna cosa; sino únicamente mortificar la gula; que eso era lo que Dios la pedía, y por eso no quería que la obligaran a comer bien. Siendo ya anciana, y después de una vida de tanta abstinencia, todavía sentía un apetito tal de comer higos, que le parecía no podía contenerse, y llegó hasta cogerlos en la mano y echarse a llorar, porque no podía vencer su apetito, hasta que pidió gracia al Señor, y al momento se sintió fuerte para dejarlos.

Lo mismo le había ocurrido hacía unos años con unas uvas y unas rosquillas que la regalaron, y al momento para no caer en la tentación de probarlas, las repartió a las costureras y a los pobres del hospital. Sólo una vez que le regalaron un besugo, llegó a flaquear, pinchándole un ojo con una alfiler para probarlo; de lo que se arrepintió luego mucho, como de grande falta.

Pero con esta última victoria de los higos consiguió tal dominio, que sin probarles los vendimiaba todos los años y los tenía en la mano «como si fuesen cantos de la calle».

Por lo demás, estos últimos años que tenía ya delicado el estómago, se alimentaba sólo de leche y alguna naranja para apagar el intenso ardor que sentía. Antes, durante muchos años estuvo alimentándose de sopas sin aceite, lentejas a medio cocer y guisantes con cocos, que especialmente le repugnaban. Todavía al fin me pidió permiso para alimentarse de habas secas y duras; pero ya no lo debía de poder lle-

CASTI

var su estómago, y hubo de seguir tranquila con la leche».

En confirmación de lo que el P. Nazario acaba de decirnos, podemos aducir parte de una narración que debemos a D.ª María Ballesteros de Ruíz, y es como sigue:

«..... y yo (María Ballesteros) la vi, hace poco más de un año, acostada en un trébede, porque estaba enferma; era en Julio, le entraba el sol por la ventana y Petra estaba atizando el fuego para hacer la comida (para Petra (1), no para Francisca), y estaban por lo tanto los ladrillos calientes, y había un enjambre de moscas, que ella no se las espantaba nunca. Tenía la cara totalmente cubierta de moscas y hasta tres juntas en el lagrimal. Me dió tal horror ver ese cuadro, que le dije cómo podía soportar eso, y nada más se sonrió y no quiso que se le aliviara en nada.

Una de las mujeres, que la asistían en su última enfermedad, le fué a dar su alimento y cogió un plato en que le daban a comer al perro..... y al verlo Francisca, le dijo: «En ese plato no, pero al instante reflexionó y le dijo..... tráeme la sopa en él; así lo hizo la mujer, y desde ese día encargó le diesen siempre de comer en ese plato, hasta que una mujer le dijo que era el del perro, y Francisca contestó que, donde comía el perro, también podía comer ella. Dicen que lo hizo precisamente porque le daba asco..... En fin, que se vencía en todo siempre, y nunca la vieron comer nada agradable al paladar, y que cuando le regalaban uvas o cualquier otra cosa, al instante ella las regalaba a otras personas sin probar ni un bocado. Una vez tuvo que cambiar de alimentación, porque le llegaron a saber las sopas de ajo a cosa tan exquisita, que ya las tuvo que dejar, y empezó a tomar patatas cocidas sin sal; y así en todo, que no acabarían de contar, según dicen..... Hubo tres costureras que la hicieron padecer muchísimo....., las sufrió con una paciencia admirable, no tratando nun-

(1) Era Petra una criadita que la Sierva de Dios tuvo a su servicio al fin de su vida.

ca de disculparse y que a esas después les hizo todos los favores que pudo, y algunas de ellas antes de morir le pidieron perdón».

V

Este amor a la mortificación, unido al espíritu de oración, no le abandonó en su vejez. Léanse, sino algunos párrafos de la relación del P. Pérez:

«Para gozar más de este trato con Dios, renunciaba aun a sus lecturas, limitándose al Evangelio y a San Juan de la Cruz; y a lo más, a la Hoja de Calendario del piadosísimo Chafarote; única cosa que solía leer en el «Siglo Futuro»; al que sin embargo estaba suscrita para fomentar la prensa católica.

Cuando iba a visitarme, solía quedarse de pie en la portería hasta que yo llegaba, acurrucada en un rinconcito mirando a una imagen del Niño Jesús, disputando con los Doctores que le daba devoción; y una vez me preguntó si faltaría por eso en no obedecer al H. Portero, que por cortesía le mandaba sentarse. Preguntéle yo por qué quería estar de pie, y me dijo que así solía estar siempre que podía hacerlo sin ser notada, por respeto a la presencia de Dios.

En la Iglesia estaba siempre de rodillas, a pocos pasos de la pila del agua bendita, sin apoyarse en banco, ni resguardarse de la corriente, que por estar en frente de las dos puertas, había de helar en el invierno a la pobre viejecita, tan enferma y poco alimentada. Pero ni por el frío en el invierno, ni por las moscas que impunemente se posaran en su cara en verano, salía de su actitud inmoble, sino para ir a comulgar.

La comunión es mi vida, solía decir; y al darle la comunión, como se la dí muchas veces (no sé si sería ilusión mía), me parecía alguna vez que la Sagrada Forma se me escapaba de la mano, como si el Señor tuviera deseos de entrar en aquella alma tan querida, o que ella con el ansia de su fervor y la facilidad que la daba la costumbre, se lanzaba al pan divino con tal ligereza, que al momento desaparecía de mi mano; recuerdo a lo menos que me temía yo se me hubiera caído la Sagrada Hostia, por no explicarme cómo ha-

bía desaparecido tan pronto. Me dijo que llevaba muchos años (creo que desde su conversión a vida más perfecta, en la juventud) que no había perdido un solo día la comunión. Eso sí, había tenido que comulgar a veces por la tarde; y durante varios años (cuando era oficiala), aprovechaba para comulgar el cuarto de hora que daban para desayuno, dejando de desayunar; gracias a un sacerdote, que a aquella hora la esperaba siempre.

Conocida es su devoción al Espíritu Santo y mucho se lamentaba de que sea tan poco conocido y se hable tan poco de él. Le llamaba su Maestro, que le enseñaba la oración y mortificación».

VI

Para conocer el grado de vencimiento y dominio que sobre sí había adquirido, ayudará a conocer el caso que el P. Nazario, quien lo escuchó de labios de la Sierva de Dios, nos cuenta, y es como sigue:

«En una ocasión se encontró con que le habían cortado todas las berzas de su huerta, que por ser de una variedad especial que no había entonces en otras huertas, le valían bastante. El hortelano, que tenía a su servicio, se enfadó y le dijo que debía dar parte a la Justicia. Ella sin inmutarse respondió que habría sido alguna pobrecita, que como el año estaba tan malo de hierba, no tendría que dar a los conejos, y no quería hacer sufrir a nadie. Pero aunque no perdió la paz en lo más mínimo Francisca, las razones que le dió el buen hombre, la hicieron fuerza, por ser muy amiga de justicia, y vino a consultarme si debía hacer la demanda. Díjele que sí, que tenía razón el hortelano; que si a ella no le importaba, importaba al bien común. Hizo, pues, la demanda, y la sospecha recayó sobre otras hortelanas. No recuerdo si se les pudo probar, y si sufrieron algún castigo (creo que no), pero, sí, que se volvieron furiosas contra Francisca y estuvieron largo rato insultándola hasta que se cansaron, sin que ella les respondiese. Y me dijo que, oyéndolas, había tenido un gran consuelo de ver que sin razón la insultaban, acordándose de la Pasión de Nuestro Señor, Jesucristo».

VII

Francisca no había abrazado el estado religioso por haber entendido ser voluntad de Dios que hiciese bien a las almas ayudando a la Compañía de Jesús.

Debió creer que esta misión estaba ya cumplida, puesto que la Compañía misma le había cerrado las puertas para ello.

¿Qué más debía, o podía, hacer para glorificar a Dios, Nuestro Señor? Pasó entonces por su grande alma una idea, un proyecto, que no pocos tendrán por locura. Tenía cerca de setenta años, y unas religiosas, llamadas de la Cruz, que se habían refugiado en España durante una de las últimas persecuciones de Méjico, regresaban a su país. Francisca consulta a su Padre espiritual, si podría incorporarse a dichas religiosas y en su compañía partir para Méjico a ver si lograba la dicha del martirio.

El P. Nazario Pérez aprueba el pensamiento y Francisca sale de Carrión de los Condes para Gijón, donde aquellas religiosas debían embarcarse. El ideal del martirio sostenía a la Sierva de Dios en su ancianidad, para acometer una empresa, al parecer humano, tan temeraria.

El Señor se contentó con la buena voluntad de Francisca, pero no aceptó el doble sacrificio del destierro y del martirio que con tanto gusto se le ofrecía.

Y es que, al llegar a Gijón, se encontró con que las monjas, en cuya compañía había de hacer el viaje, se habían embarcado días antes sin esperarla.

No puede silenciarse el hecho de que el P. Pérez haya dado su aprobación y permiso a una anciana de setenta años, para emprender un viaje tan largo, tan comprometido y tan contrario a los dictámenes de la humana prudencia.

Sin embargo, la explicación es sencilla; conocía el Padre la santidad de su dirigida; tampoco ignoraba que las almas extraordinarias siguen extraordinarios caminos. Por eso, al darle el permiso que le solicitaba, testimoniaba de una manera elocuente el alto concepto que la Sierva de Dios le merecía.

Francisca no se desmintió a sí misma; al principio de su conversión, deseó vivamente el martirio in-

cruento de una vida de pordiosera; al fin de ella anheló la dicha del martirio cruento.

A la vista de estos dos hechos, ¡qué grande aparece la figura moral de la pobre y humilde costurera!

VIII

Impedida de ayudar a la Compañía de Jesús en su obra de salvar almas, y frustrados sus planes acerca del martirio, se planteó a sí misma Francisca un nuevo problema que sometió a su Director Espiritual.

El problema y la solución al mismo dada nos lo refiere el P. Pérez por las siguientes palabras:

«Quisieron después llevarla las otras religiosas mejicanas Concepcionistas Jerónimas con quienes vivió algún tiempo en su casita de Carrión; y volvió a consultarme; pero añadiendo, que no se sentía movida a ello y sólo me preguntaba por temor de que la engañara su amor propio para no entrar religiosa. Animele entonces a que continuara con su género de vida, pues no era el amor propio sino el deseo de mayor perfección el que la movía a quedarse en casa, haciendo vida casi eremítica y de mucha más oración y penitencia, que la que en un convento se pudiera tolerar. Lo que temía ella era que la cuidaran y por obediencia la obligaran a alimentarse bien y a dejar sus penitencias y con los ratos de recreo y locutorio la privaran de la contemplación de que gozaba casi siempre sola en su huerta» (1).

Fijémonos en estas últimas palabras. No retraían a Francisca los sacrificios de toda clase que a la vida religiosa acompañan; tampoco la intimidaban las austeridades y penitencias que en algunos conventos se usan. Todo lo contrario; temía que, dadas su ancianidad y achaques, la obligasen por obediencia a cuidar mejor su salud, y que la disminuyeran el tiempo que a la oración dedicaba.

---

(1) La vida religiosa de suyo es más perfecta que la seglar. Esto es indudable.

Pero también lo es que pueden darse casos, y se dan de hecho, en que algunas personas de estado inferior se eleven a mayor santidad que otras de estado más perfecto.

IX

Al describir la vida de Francisca en sus últimos años, no puede omitirse un testimonio muy autorizado, el de D. Laureano Ruipérez. En una carta, fechada el día 5 de Febrero de este año de 1931, dice textualmente: «..... Tomó (Francisca) en arriendo varias huertas, no por deseo de lucro, sino por favorecer a pobres obreros..... Lo que sí puedo asegurar es que esto sirvió para que sufriese mucho y de una gran mortificación. Los obreros abusaban de su bondad, y ella se dedicaba a estos trabajos, sin duda, por pura mortificación. Así se explica que fuese y viniese a las huertas en las horas más molestas, en las que más abrasaba el sol, y se estuviese allí trabajando horas y más horas, de rodillas, sufriendo las inclemencias..... Pero conviene que quede bien asentado que por esto no perdió su vida interior».

X

Cerremos este capítulo transcribiendo unas líneas del tantas veces citado P. Pérez, que, si no nos equivocamos, pintan a la vez el carácter de Francisca, su viveza de expresión, su parecido en las divagaciones a Santa Teresa de Jesús, y sobre todo, el fuego santo de caridad que ardía en el pecho de la Esposa del Crucificado en sus postreros años de vida.

«Por eso, aun en los últimos años, cuando me constaba ya que era yo su único director y ella se me abría más, me limitaba a responder a las delicadezas de perfección que me preguntaba, o darle con larga mano los permisos para sus penitencias y viajes.

Y empezando con alguna de estas consultas sencillas, comenzaba luego a hablar de Dios con tanto fuego, que saliendo de su habitual recogimiento, dejaba caer el manto, que cubría casi por completo su cabeza y explayándose en sus afectos y oyéndola embelesado por su fervor y su charla castiza y sus graciosas divagaciones, como si oyera hablar a Santa Teresa, se nos iban una o dos horas, y ya no tenía tiempo para preguntarle lo que muchas veces deseaba».

CAPITULO XLI

Matrimonio místico.

I

El *matrimonio espiritual* conocido también con los nombres de *unión consumada, unión transformante, deificación*, es el grado supremo de la vida espiritual. El transforma el alma de tal modo, que sus sentimientos y sus obras son algo divinas. Este grado está por encima de las revelaciones, visiones, éxtasis; sobre sí solamente tiene la visión beatífica del cielo. ¿Habrá llegado Francisca a estas alturas?

Para responder comenzaremos copiando algunos escritos de la misma.

II

El principal, y que ponemos a continuación, parece ser un tratadito de lo que precede y acompaña al matrimonio espiritual. Dice así:

«Lo que es necesario para llegar el alma en esta vida a celebrar su matrimonio con el más fiel de todos los esposos.

1.ª Que sea por Dios a esto llamada.

2.ª Que trabaje, la que a esto se siente llamada, sin descanso y por todos los medios que estén a su alcance, para conseguir cuanto antes la muerte a sus apetitos y pasiones; y conseguido esto, arranque de ella, como de raíz, el juicio propio y la propia voluntad hasta lograr con todo esto el morir a sí misma en todo; porque si no muere a sí misma en todo, no podrá tener íntima amistad con el más fino de todos los

amantes; y si no llega a tener esta amistad, no podrá celebrar con El el dulce y regalado desposorio.

Un paso más.....

Aquel Dueño, tan enamorado y apasionado de las almas, con ninguna en esta vida mortal llega a celebrar sus bodas, si antes no muere a todo, a cosas y a criaturas, tanto del cielo como de la tierra; y todos los apetitos del alma ha de arrancar hasta el apetito de santidad y más y mayor perfección; porque todo esto estorba e impide celebrar las bodas tan deseadas; porque ese celoso Dueño no sufre hallar en el corazón de su amada afecto alguno, ni a cosas, ni a criaturas; tanto..... tanto quiere que esto sea así, que ni a la misma santidad y perfección quiere que le tenga afecto, y lo prohibe expresamente.

Y tanto quiere que esto sea así, que no pasa a celebrar su matrimonio con criatura alguna, mientras no la vea con hábito ya adquirido de todo cuanto anteriormente dejo apuntado; porque en punto de amor, ni el más pequeño e insignificante afectillo tolera; porque es como su pasión dominante el ser El el único que se lleve el afecto entero del corazón y alma de la que eligió para esposa.

Conseguido esto, ya con hábito adquirido por algún tiempo, las bodas son celebradas con seguridad.

Señales de la celebración del matrimonio.

Amaneció el día tan deseado de Dios, porque es Dios quien más desea que llegue este tan dichoso día; porque al criarnos, no le movió otra cosa, que el tener seres que, sin ser Dioses por naturaleza, fueran capaces de gozar de la misma dicha y felicidad que El en sí mismo tiene por estar la Esencia Divina de que este Dios se compone, digámoslo así para darnos a entender, como amasada en dichas y felicidades, en perfecciones divinas; es (Dios) foco de eterna luz que encierra inmensos fulgores; manantial de perfecciones que encierra toda virtud. Y como es infinito en Bondad, la Bondad le obliga a dar de lo que en sí encierra; y por aquellas inmensidades que El en sí mismo encierra, está siempre como una fuente que mana dicha, felicidad y ventura; y así como una fuente no

absorbe el agua que de ella salió....., así Dios está como fuente que mana..... tantas dichas, felicidades, y no habiendo seres que de esto pudieran disfrutar, la caridad y bondad de Dios le movieron, digámoslo así para darnos a entender, y al punto con su Sabiduría trazó al ser que deseaba criar para este fin, y con su poder llenó de vida lo que trazó; y apareció entonces un ser aquí en la tierra criado por Dios únicamente para compartir con El sus mismas dichas, felicidades y venturas. Por esto, digo que el día de la celebración del matrimonio (de) Dios con el alma es día muy deseado de Dios».

III

Es cosa sabida que San Ignacio de Loyola no escribió las meditaciones de su libro de los Ejercicios y luego las hacía; sino que las verdades religiosas que meditaba, las escribía después para enseñanza suya y nuestra. Igualmente, los importantes documentos ascéticos, que aquel libro encierra, no son fruto del estudio del Autor, sino resultado de su experiencia en la vida espiritual.

De la Esposa del Crucificado podemos decir lo mismo, esto es, que no escribía sino aquellas cosas que pasaban por su alma.

Ahora bien; ¿cómo la Sierva de Dios había de escribir los hermosísimos párrafos copiados, si no hubiera sabido por propia experiencia lo que se requiere para efectuar el matrimonio místico del alma con Dios?

Además, el documento transcrito no está completo; se ha perdido gran parte de él. ¿No es de suponer que Francisca haya dicho, en lo que falta, que había sido favorecida por Dios, Nuestro Señor, con gracia tan extraordinaria?

Tal vez algún día se encuentre el fragmento que se echa de menos, y nos pruebe la realidad de este celestial matrimonio.

IV

Poseemos otros dos escritos, que pueden contribuir a aclarar el importante punto que nos ocupa. El

primero trata del Autor verdadero que prepara alma para llegar al divino matrimonio, y no es otro, en sentir de Francisca, que el mismo Espíritu Santo. Oigamos sus palabras:

.....«Ni el mismo Jesucristo, con haber habitado entre nosotros treinta y tres años, fué conocido hasta que no vino a la tierra el mismo Espíritu de Dios. Porque esta es la Persona a quien podemos llamar dueña de la acción de Dios, por ser Ella el Espíritu que de las dos procede y tener como atributo propio, que le pertenece, la caridad e inmensa bondad. Por eso, es El el que obra las maravillas en el alma; El es el que hiere; El es el que sana; El es el que transforma; El es el que endiosa; y El el que hace en el centro del alma esos toques divinos que a vida eterna saben; El es el que nos da a conocer al Crucificado; y El es el que nos da deseos de seguirle y fortaleza hasta subir al Calvario a ser crucificados con El y sin El; pues tal fuerza comunica al alma, que está hasta con hambre de que la crucifiquen sin El y por El, es decir, sin sus consuelos, por más asemejarse al amado de su alma que fué abandonado, o dejado en grande desolación hasta de la misma naturaleza divina, a quien tan unido estaba, por lo cual sufrió el más triste desamparo, cosa que no podrá medir la inteligencia humana, hasta donde llegó la inmensidad de esta pena.....; El es el que, como Maestro, nos enseña a vencer los apetitos, a dominar las pasiones y a morir a sí misma en todo, para disponernos con esto, mejor que la Reina Esther, a celebrar nuestro desposorio con el más fino de los Amantes».

Estas páginas, dignas de San Juan de la Cruz, nos dicen la eximia preparación que en el alma se requiere para llegar a aquellas alturas del divino Desposorio. ¿Y quién, sino el Espíritu de Dios, puede preparar dignamente al alma?

Se hace preciso reconocer que, de no escribir Francisca bajo la inspiración del Espíritu Santo, escribía lo que su propia experiencia le enseñaba.

V

Por fortuna, he podido encontrar entre los pape-

les, que debo a D. Lorenzo García, otro que parece completar la materia. En él habla Francisca de los efectos que el *Divino Matrimonio* deja en el alma dichosa, que en tal estado es recibida. Dice así:

.....«Llegando el alma a celebrar sus bodas, el modo como es enseñada, es el que tiene un niño tierno cuando está puesto a los pechos de su madre. Con la misma quietud y silencio, con que el niño recibe la sabrosa leche del pecho de su madre, de la misma manera puesta el alma como a los pechos de su amado y metida allá en lo más íntimo que el alma pudiera tener, es allí alimentada con secretos conocimientos de Dios, que son como alimento para el alma; pues ellos la robustecen en la fe, la llenan de caridad, la dilatan su esperanza; la robustez de la fe es tanta, que ya podemos decir vive sin fe a la manera que viven sin ella los Bienaventurados en el cielo.

El conocimiento recibido, así de la manera que digo, tiene la propiedad de ser como una granada que, siendo una sola, lleva dentro de sí un sinnúmero de granos; así estos conocimientos, uno solo lleva tantos, que el alma que uno de éstos recibe, queda más instruída y enseñada, que si toda una larga vida la hubiera pasado estudiando lo más consumado de las ciencias».

VI

De la lectura y examen de los escritos aducidos, sácase la consecuencia de que Francisca tuvo la suerte inefable de subir a la más elevada cumbre de la vida espiritual. Ella no podría hablar con tanta competencia y exactitud de la doctrina teológico-mística del *matrimonio espiritual,* si no lo hubiera conocido por propia experiencia.

Y sino hágase la prueba; encárguese a un sabio que escriba, sin tener a la vista libro alguno, la doctrina mística acerca de tan elevado tema. ¿Conseguiría hacerlo con la precisión de Francisca, que carecía de toda clase de estudios?

Luego no es temeridad alguna afirmar que la Esposa del Crucificado podría con toda verdad llevar el nombre que el Eterno Padre le impusiera; era, en realidad de verdad, Esposa verdadera del mismo Dios.

CAPITULO XLII

Decae el prestigio de Francisca.

I

VENERABAN las gentes, como santa, a Francisca; su vida y sus limosnas, sus éxtasis y sus penitencias, así se lo hacían creer. Los Padres de la Compañía de Jesús la prodigaban sus atenciones, y los Provinciales mismos en sus visitas al Colegio de Carrión le daban evidentes pruebas de consideración y estima.

¿Qué más?; el mismo Prelado Diocesano, Ilustrísimo Sr. Almaraz, se enteraba de las cosas de Francisca y se interesaba por ella.

Como si esto fuera poco, comenzaron a ir a Carrión algunas personas forasteras atraídas por la fama de la santidad de Francisca, y no faltaban quienes le enviasen limosnas de importancia.

Sin embargo, en los últimos años de la vida de la Sierva de Dios la aureola, que la circundaba, habíase en parte desvanecido. Este es un hecho cierto y comprobado, que queremos con toda claridad consignar.

¿Supone esto que Francisca no mereció el alto concepto en que se la tuvo? O habiéndole merecido a título de justicia, ¿se entibió en la virtud y volvió pie atrás en la senda de la santidad? En una palabra, ¿ese menor prestigio de Francisca supone en ella menor santidad?

No; la Sierva de Dios continuó siendo lo que era, un alma grande, santa, extraordinaria.

II

Lo que ocurrió fué que aquellos éxtasis, que a pueblo tanto impresionaran, desaparecieron.

Por añadidura, reorganizada en 1918 la Escuela Apostólica de Carrión que pasó a ser inmediatamente gobernada por los Padres de la Compañía de Jesús, se dedicó Francisca a cultivar unas huertas para atender a su subsistencia y para poder continuar dando limosnas a los pobres, que era como su pasión dominante.

Su edad y sus achaques acaso no la permitieron hacer las penitencias de antes o al menos no se hicieron públicas.

Estos tres hechos debieron motivar el cambio de opinión del pueblo, el que ya no miraba a Francisca con la veneración y respeto de otros tiempos.

III

¿Puede deducirse en buena lógica que Francisca dejó de ser lo que era? No; ella misma nos dará la mejor de las respuestas; ella misma, sin pretenderlo, hará su mejor apología.

«¡Oh camino de la virtud y perfección, según Dios te ha trazado! ¡Oh cuán desconocido eres a los confesores y dirigidos. Sin duda alguna... esta es la causa principal por qué tan pocos son los que caminan por Tí... y menos los que hasta el fin de Tí llegan...; porque si al fin de Tí llegasen... los pocos que te empezaron a andar, se verían por todas partes, aunque fuese en corto número, esas divisas inequívocas que da y pone el Señor en todo el que camina por Tí, y llegó hasta el fin de Tí.

¡Oh y qué triste es echar de ver estas divisas! Porque aunque el diablo, enemigo de toda alma, da a la virtud fingida y aparente divisa al parecer del que la usa, y de todos cuantos desconocen los caminos de Dios, parecida en sus colores a la divisa de Dios, sin embargo, yo os diría, ¡oh almas a quienes amo más que a mi vida!, lo que parecen las almas, que tales divisas llevan ante aquellos que no ignoran los caminos de Dios; mas, ¿por qué no lo he de decir?, si la

sangre se hiela en mis venas, cuando oigo cosas decir que hieren mi alma y corazón.

Son, y lo que son aparecen, y no parecen otra cosa a los ojos de estos que conocen los caminos de Dios, que máscaras del verdadero Carnaval. A quien esta divisa usa, y a quien desconoce los caminos de Dios, no distingue la una de la otra.

¿Y creéis que es así? Pues mirad lo que os voy a decir: y os lo digo por lo mucho que os amo; desgranad un racimo de uvas y coged andrinas de un espino, y envolved las uvas con las andrinas, y al que entienda de esas dos frutas, dáselas, a ver si no las distingue en el momento que las ve; quien únicamente no distingue las uvas de las andrinas, son los niños pequeños.

Póngase a hablar un señor de ciencias sin haberlas estudiado, nada más que por lo que oyó y en algún libro leyó algunas cosas, con otro que las estudió y por su estudio las sabe; ¿no conoce enseguida el que las estudió, la ignorancia del que no las ha estudiado?

¡Oh! y que cuanto más quisiera insistir en decirle cosas para hacerle creer que las había estudiado, más convencido y creído quedaría el otro de todo lo contrario».

El argumento en la precedente página aducido por Francisca, no puede ser más sólido. Para juzgar con acierto de la santidad de un alma, viene a decir la Sierva de Dios, conviene ser santo. El que no lo sea, queda como inhibido para dictaminar acerca de tan importante y delicado negocio.

¿Son verdaderamente santos los que se atrevieron a mancillar la honra de Francisca?

IV

Cuando comenzó a iniciarse ese descenso del prestigio de Francisca, una amiga suya consultó el caso a un Padre que, por vivir en Carrión, debía conocerla a fondo. Era éste el P. Cipriano Pereda, el cual contestó con un documento autógrafo que vamos a insertar. A dos columnas pone el Padre las razones

que hay en favor y en contra de la santidad de Francisca.

Si examinamos bien estas últimas, veremos que la primera de ellas puede ser una prueba más de la perfección de la Sierva de Dios; y que la segunda no constituye argumento alguno en contra de la misma.

JHS.

Algunas razones en pro de su buen espíritu.

«1.ª El juicio favorable de los Padres Rectores de Carrión, Sánchez, Ipiña, Casado y Cid.

2.ª El amor intensísimo que tiene a Dios.

3.ª La práctica contínua de la caridad con el prójimo pagada con repetidos desprecios.

4.ª El amor práctico a la pobreza, obediencia y castidad.

5.ª El amor práctico a la penitencia.

6.ª Su extraordinaria abstinencia.

7.ª Nobilísimo amor a la verdad.

8.ª Amor contínuo a la soledad para tratar con Dios.

9.ª Conocimientos de Dios, de la Sma. Trinidad, de los dones y frutos del Espíritu Santo, de las virtudes, ajustados completamente a lo que dejó escrito Sto. Tomás en su Suma.

10. Suma facilidad en hablar con exactitud de estas materias, difíciles aun a los que han estudiado.

11. Sentimiento interno, íntimo, de estas verdades que las tiene esculpidas en su corazón.

12. Conformidad de su espíritu con todo lo que escribió San Ignacio en su libro de los Ejercicios.

Razones en contra.

1.ª El parecer de varias personas que no la conocen, animadas en su mayoría del espíritu anticaritativo de contradicción y murmuración.

2.ª Ciertos prontos de ella, nacidos de su carácter nobilísimo, del amor purísimo que tiene a Dios, e independencia absoluta de toda creatura. En ellos a ve-

ces hay algún defecto, o falta de prudencia sobre todo. Ella misma lo reconoce».

A. M. D. G.

V

Pocas personas, como el P. Ibeas, podían conocer a fondo a Francisca, cuya alma tenía abiertas de par en par sus puertas a su Director Espiritual.

Pues bien, el alto concepto, en que aquel Padre tenía a su dirigida, se ve en el modo de tratarla. Llegaba el Padre al recibidor donde le esperaba Francisca; se descubría, y bonete en mano y con gran respeto, conversaba largo tiempo con la Sierva de Dios.

Así le vieron varias veces los Padres y Hermanos del Colegio y otras personas de fuera. ¿No supone esto en el P. Ibeas una idea levantada de la santidad de Francisca?

Y no fué solo este Padre, D. Lorenzo García, Párroco de Magaz, al remitirme los documentos de que se ha hecho mención, los acompañó de la nota siguiente: «Documento interesantísimo para la historia de la humildísima Sierva del Crucificado, nuestra amadísima paisana, Francisca del Valle; es seguramente una de las páginas más hermosas y tiernas de la historia de su juventud, escrita por ella misma.

A ser posible, desearía conservar este escrito, como la mayor reliquia y recuerdo de aquella alma gigante en cuerpo tan diminuto».

Una Comunidad de Religiosas Jerónimas de México vióse obligada a emigrar para sustraerse a la persecución de que era víctima. La caridad de D. José Ruíz y de D.ª María Ballesteros de Ruíz, ofreció un asilo a dicha comunidad en una casa que poseían en la ciudad de Carrión y en la que habitaba por aquel tiempo la Sierva de Dios. Convivieron, pues, en una misma casa durante un año la Comunidad y Francisca. Oigamos lo que dicha Comunidad dice de la misma.

La R. M. Priora, María de los Angeles de San Agustín, dice: Advertí en la Sierva de Dios una profundísima humildad. Con frecuencia me repetía: «Madre, Madre, no reciba V. a las de mi pelo». Jamás

quiso comer a la mesa con nosotras, y cuando tomaba alimento era siempre de pie y en la cocina. Su caridad con nosotras fué ilimitada. Escuché de sus labios que su fe había sido rudamente combatida y que, cuando esto me contaba, el augusto misterio de la Sma. Trinidad no era para ella misterio. Aseguro también que en varias ocasiones la Sierva de Dios penetró mi interior, pues me habló de lo que por mí pasaba sin haberla dicho nada.

La R. M. Vicaria dice: Siempre me pareció Francisca una santa. Cuando asistía al recreo con la Comunidad, y como era natural, hablábamos de Dios; cuando hablaba Ella, perdíamos la noción del tiempo, pues nos parecía que la campana, terminando el recreo, había sonado demasiado pronto.

La Madre Asunción es vieja y ha tenido manera de conocer moneda buena y falsa en materia de santidad. Al tratar con la Sierva de Dios comprendió los tesoros de gracias con que el Señor le había enriquecido y la fidelidad con que esta alma correspondía Comunicaba la dicha M. Asunción con su Francis, como la llamaba cariñosamente, todo lo de su alma, y así mismo hablando con ella de su llamamiento a la vida religiosa en la niñez, la Sierva de Dios la contestó: «Lástima, Sor, que no haya sido V. por algún tiempo en su juventud fiel a ese llamamiento». La citada M. Asunción a nadie había comunicado esas sus infidelidades. Era tan santa y entendía tan bien las cosas de Dios, que hasta lo mismo bueno quería que no pasase los límites de lo debido. Ahora, y después de saber que el Señor pedía de ella soledad, se explica la citada M. Asunción el que estando hablando de Dios, su Francis la dijese: Basta, Sor, porque yo debo permanecer en mi soledad.

La M. M. del Consuelo dice: Yo nunca vi en Franciquita nada que la hiciese bajar del concepto de santidad en que se la tenía. Jamás le escuché palabra menos caritativa, ni la vi impacientarse lo más mínimo, y cuidado que la su Petra era para ejercitar la paciencia. Lo que más admiraba en la Sierva de Dios, era su manera de recibir los acontecimientos de la vida. Hasta de las inclemencias del tiempo se holgaba, nada más que porque eran la voluntad de Dios.

La M. M. de las Victorias dice: Siempre me pareció Francisquita una gran santa.

La M. M. del Sagrado Corazón dice: En ocasión de que yo pasaba por una tribulación, la Sierva de Dios me dijo lo que me acontecía sin haberle yo comunicado lo más mínimo.

La M. M. del Carmen dice: Veía a la Sierva de Dios practicar todas las virtudes, en especial me llamaba la atención la alegría que siempre mostraba en su rostro. Un día no pude menos de preguntarla cuál era la causa de estar ella siempre tan alegre, a lo que me contestó:—«Sor, lo único que debe entristecer es el pecado mortal, y yo por la misericordia de Dios no le tengo, los pecados veniales desaparecen con la santa comunión.

Tenía contínuo trato con las Hermanas de obediencia, y éstas, en mil detalles prolijos de narrar, palpan la santidad de su vida, teniendo por ella verdadera admiración y profesándola gran cariño.

Poco más de un año gozamos de tan santa compañía y fuimos objeto de su constante y acendrada caridad».

No ha faltado quien dijera que este testimonio carecía de fuerza probatoria. Las Jerónimas, dijo, tenían quejas de Francisca; no podían por lo mismo dar en su favor un testimonio laudatorio. Si lo dieron, habrá sido por compromiso o por otra razón cualquiera.

En mi deseo de saber la verdad, hice gestiones varias para obtener una respuesta que dejara fuera de toda duda el valor del presente documento. Una carta de la M. Priora de las citadas Religiosas, fechada en Gijón a 2 de Febrero último, resuelve por completo esta objeción. Dice así:

«V. J. S. M. y J.

Gijón, Febrero 2 de 1931.

R. P. Superior de la Residencia de Salamanca.

Mi reverendo Padre en Jesús: Sé que hay un Padre que insiste en que la conducta de Francisquita

para con nosotros no fué edificante. No sé en qué se funda dicho Padre para decir esto; por nuestra parte no recordamos nada que pudiere desedificarnos, y yo por mí sé decir que tuve muchos motivos por qué edificarme. Siento mucha pena por esto y de nuevo ratifico todo lo que dije a V. R. cuando tuve el gusto de hablarle acerca del particular.

Rogando a V. R. nos encomiende mucho al Señor, me despido de V. R. affma. en Jesús, q. b. s. m.,

MARÍA DE LOS ANGELES».

Don Laureano Ruipérez, Párroco de Carrión primero y de una de las Parroquias de la ciudad de Palencia en la actualidad, fué confesor de la Sierva de Dios durante unos tres años. El concepto que de ella tenía y tiene, nos lo dirá con estas palabras:

«Desde luego pude darme cuenta de que se trataba de un alma extraordinaria, porque su conversación de cosas del espíritu, tan altas y con tanta precisión de conceptos, no podrían ser cosa fingida».

No puedo menos de copiar de una larga relación que de la Sierva de Dios me remite el P. Nazario Pérez, S. J., confesor de la Santa durante muchos años, el siguiente párrafo, que podemos considerar como el resumen de lo que llevamos dicho.

Dice así:

«Tenía Francisca mucha fama de santidad entre las personas que la habían tratado mucho y experimentado los efectos de su caridad y celo; pero la opinión común, que parece había tenido los primeros años, decreció no poco; y no porque aflojara ella en su fervor, sino, a lo que creo, por otras causas.

Por una parte (lo mismo que ha sucedido a otras almas santas) llegada a la madurez de la vida mística, desaparecieron los éxtasis y demás exterioridades y, creciendo en humildad y prudencia procuró ocultar cada vez más las apariencias de santidad. Por otra, por su mayor pobreza y porque conocía que algunos pobres abusaban de las limosnas para sus vicios, disminuyó las que antes daba a los de Carrión.

Además, aunque no se descomponía, ni decía palabra inconveniente, como era viva de genio, hablaba

con energía cuando creía que debía hacerlo; cosa que a algunos parecía falta de mansedumbre.

Faltaba a lo que parece a su virtud, verdaderamente heróica, ese barníz de perfección que da la vida religiosa, o la educación fina y esmerada; y su desprecio del mundo y unión con Dios contribuían a que hubiera algún descuido en el aseo de su persona, o en saludar a los que hallaba en la calle. Pero más que todo esto, debió de desdorarla la envidia».

VII

Veamos confirmado lo que se lleva dicho con otros dos testimonios bien autorizados.

Es el primero de un Profesor de Teología en la Universidad Pontificia de Comillas, y de un Misionero de China el segundo.

«*Comillas 29-XII-31.*

Voy a ver si logro satisfacer los deseos de V.ª R.ª indicando algunas impresiones más salientes que recuerdo de mi trato con la «Santa», pues aunque nada nuevo añadan a las cosas que de ella sabe, tienen por lo menos el mérito de ser de testigo bien inmediato, pues he tenido la dicha de vivir casi un año con ella, como si fuera su hijo, aunque demasiado pequeño (nueve años) para poder apreciar los santos ejemplos que presencié.

Todo lo que recuerdo lo reuniré bajo estos dos conceptos: a) Celo, y b) Mortificación.

I) *Celo.*—Para que no me alargue demasiado, me fijaré sólo en datos pequeños, sí, pero más íntimos que pude yo mismo experimentar. Era notable en ella el trabajo constante por formar sólidamente en la piedad a los que con ella vivíamos. Nos proporcionaba libros de piedad, nos hacía tener confesor fijo, frecuentar los sacramentos y hasta nos proponía algunas penitencias propias de nuestra tierna edad, como dejar los dulces o cosas que nos agradasen los sábados en honor de la Sma. Virgen, las vísperas de las grandes solemnidades y, ya un poco mayorcitos, hasta nos proporcionaba cilicio. El día de la fiesta

tanto más nos obsequiaba, cuanto más nos habíamos esmerado en prepararnos. Esto en su grado lo procuraba hacer también con los seminaristas, que como internos vivían en la célebre «Fonda».

No olvidaba nuestra formación literaria y nos vigilaba las horas de estudio, se enteraba del sacerdote que nos daba las lecciones, de nuestra adelanto y si algún día no sabíamos la lección, nos ponía algún castigo, como quitarnos la merienda, el recreo, etc.

Más aún aparecía su celo en el afán y medios de que se valía para fomentar las vocaciones, sobre todo para la Compañía. El día que alguno de sus conocidos, o de la «Fonda», entraba en el postulantado, su gozo era muy grande y le obsequiaba cuanto podía. Después gozaba mucho en las visitas que con frecuencia hacía a los conocidos, cuando de paso por Carrión podía hablarnos, en saber de todos, de sus ministerios, de la gloria que daban a Dios. De esto he sido testigo las varias veces que he estado en Carrión, y ya sabía que no podía tratarla asunto más de su agrado, que hablarla de sus conocidos que habían entrado y decirla dónde se hallaban, qué traían entre manos, etc. Ni que decir tiene que pasan de ciento los que de una manera o de otra deben a la «Santa» el haber podido llevar adelante su vocación. Por el contrario, su pena era manifiesta cuanto tenía noticia de alguno que había dejado la vocación.

Mucho me edificó, siendo novicio, el celo con que hablaba de la mortificación y de la vida interior a otro novicio que solía bajar conmigo a visitarla y del que sabía que andaba algo flojo en la vida espiritual. Su pena fué muy grande, cuando después supo que había dejado la Compañía. En general, noté en las muchas veces que he tenido ocasión de hablar con ella, que de no ser de cosas espirituales, apenas tomaba parte en la conversación, y que cuando se hablaba de cosas profanas, se recogía interiormente tanto, que no era difícil notarlo al exterior.

Por fin su celo en ayudar a los pobres, sobre todo para fines espirituales, la llevaba a veces a sacrificios pecuniarios superiores a su posibilidad.

II) *Mortificación.*—Cierto que fué admirable en esta materia. Eran tales las cosas que entre nosotros

corrían siendo niños, que siempre tuve interés sumo en ver el aposento suyo, infranqueable para todos. Una sola vez lo logré, y aún me queda la impresión de espanto que me causó. Lástima que era tan niño, que no supe fijarme en detalles y apreciar lo que vi.

La mortificación constante en la comida era cosa tan ordinaria, que ya por la costumbre no nos llamaba la atención. Creo que ayunaba diariamente, pues nunca vi que tomara nada durante el día. Ni siquiera en compromisos imprevistos logramos de manera alguna que tomara algo. Así por ejemplo, alguna vez que fué a mi casa a pasar el día, siempre con excusas de que la hacía daño, nunca tomó nada.

Como si fuera poco lo que la mortificábamos tanto pequeño con nuestras impertinencias, ella se tomaba otras muchas para facilitarnos nuestros deberes. Así por ejemplo más de una vez en las grandes nevadas en Carrión, muy de mañana salía a retirar la nieve para que tuviéramos el camino hecho hasta la iglesia a la que teníamos que ir muy de mañana.

Esto lo que aparecía al exterior, que buen cuidado tenía ella de ocultar sus mortificaciones. Muchas horas del día se las pasaba en su aposento, sobre todo en algunas temporadas del año, y ya sabíamos que no la gustaba que la llamásemos, de no ser cosa de urgencia. Lo único que la vi hacer con frecuencia, era la lectura espiritual, muy prolongada por cierto en las noches de invierno. También solía escribir mucho, pero ocultando siempre lo escrito.

Todo el tiempo que viví en su casa, contando los años de internado, nunca la vi salir para diversiones, ni visitas, de suerte que se puede decir con razón que tenía vida completamente retirada.

Otra cosa que siempre me llamó la atención es la dignidad con que nos trataba. Siendo tan niños como cuando comencé a vivir con ella, y de la familia, jamás me tocó para nada: más aún, era muy delicada en no estar en nuestros aposentos, cuando nos despertaba o asistía, más de lo necesario y con sumo recato. Esto que ella tan diligentemente observaba, tenía buen cuidado de procurarlo entre nosotros y así aunque había varias chicas en casa, jamás hubo la menor cosa que reprender, pues sabíamos qué cuidado tenía de que nos respetásemos mútuamente.

Por fin, su notoria modestia dentro y fuera de casa llamaba la atención de cuantos la conocían, y admiraban la mortificación contínua que ella indicaba. Las otras mortificaciones en el vestir, trabajos, etc., son tan palmarias y conocidas, que no hay por qué detenerse en eso...

José Escudero, S. J.»

"Algunos datos sobre Francisca del Valle.

1.° *Lo observado por mí.*—Conocí a la Sra. Francisca medio año en la «fonda», el año 1909 y parte del 1910. La veneraba por lo que oía decir de ella, pero no observé más que esa vida fervorosa de otras muchas almas. Recuerdo, eso sí, que era notable en ella la devoción a la Sma. Trinidad, devoción que a los chicos, que ella cuidaba, resultaba provechosa, porque cuando nos daba alguna golosina era o en número de tres o múltiplo de tres. Así decía a veces:—Vaya, niñines (de este modo nos solía llamar), os voy a dar una manzana. Sabíamos, por la dulce experiencia, que serían por lo menos tres o sino seis. Si eran castañas, lo mismo.—«Niñines, os voy a dar unas castañi cas». Pues serían por lo menos unas nueve o doce o quince. A veces añadía la misma cantidad que para una de las personas de la Sma. Trinidad en honor de la Sma. Virgen. Y así nos daba v. gr. tres manzanas en honor de la Sma. Trinidad y una, de la Santísima Virgen.

Era también para mí extraña la devoción al Espíritu Santo, cosa que a mí, que no entendía nada de vida espiritual, hasta me parecía «rara». Ella en su modo de hablar mostraba grande devoción a esta Persona Divina y nos recomendaba la tuviésemos. Era frecuente en ella esta frase: «El Espíritu Santo more en tu pecho», «El Espíritu Santo te ilumine».

Finalmente me edificaba el amor grande que mostraba a la Compañía de Jesús. Se me grabó mucho lo que un día nos dijo:—Mirad, niñines, si Dios me preguntase qué quería que le pidiese, ¿a que no sabéis lo que le pediría? Le pediría que me volviese a crear y me hiciese hombre. ¿Para qué? Para poder ser Jesuíta. Y no menos amor muestra lo que tantas veces nos decía: No me podéis dar mejor noticia que decirme

que váis a entrar en el noviciado. La víspera de entrar en el noviciado algún chico de la fonda, mataba el mejor pollo y nos lo guisaba por su propia mano.

2.° *Lo oído de sus propios labios.*— Después que entré en la Compañía, hablé pocas veces con la señora Francisca. Oí alabarla sinceramente de persona muy santa y de vida mística muy elevada. Pude cerciorarme por mí mismo en una ocasión en que ella se franqueó algo conmigo. Fué esto el verano de 1926, hacia principios de Septiembre. Sabía ella que marchaba yo a tercera probación, y al año siguiente venía a China, y fué a despedirse por si ya no me podía volver a ver. Oyó la misa que yo celebré y comulgó de mis manos, y después de misa me llamó a la portería. Yo creía que sería por unos momentos, y así fuí derecho de la sacristía sin desayunar. Cosas tan sabrosas me empezó a decir, que yo no acertaba a separarme, y como sabía que ella no solía desayunar, renuncié por aquel día a mi desayuno. Cuanto me contó no fué con afán de hablar de sí misma, sino más bien a insinuación mía. Primero hablamos de cosas generales de la vida espiritual, de la vida de misionero, etc.

Tuve que salir un momento de la portería a no sé qué cosa que me llamaban, y a la vuelta la encontré de pie a la puerta de la sala de visitas, mirando hacia aquel cuadro o fresco de la pared de enfrente que representa a Jesucristo rodeado de niños. «Qué rato más rico me he pasado, contemplando esa escena», me dijo al entrar yo, y entonces, como que no pudiera contenerse, empezó a manifestarme un poco de lo mucho que el Señor la regalaba a veces. Mira, me dijo entonces, no con todos se puede hablar de esto, si no tienes prisa podemos pasar un rato. De mil amores, la contesté, y entonces me atreví a preguntarla de cuándo databan esos regalos que el Señor la hacía.

«Vaya, ya que eres sacerdote, dijo, te diré algo, pero no lo cuentes a nadie». Y empezó a decirme algunas cosas que yo ahora procuraré reproducir reduciéndolas a varios puntos, según que me vaya acordando, aunque ya antes he reflexionado sobre ello y en varias ocasiones he estado por redactarlo para gloria de Dios y de su sierva.

Me dijo que las impresiones, que recibía, eran más de la divinidad que de la humanidad de Nuestro Señor. No es que no la tenga afición, antes al contrario, es tanto lo que me gusta oir hablar de Jesucristo, que en donde hay homilía, enseguida voy allá para oir hablar de Jesucristo. Que el Evangelio era lo que más leía por tener este mismo sabor

En cambio de Dios, ¡qué cosas, qué sosadas dicen los predicadores! Yo en los sermones, decía, sufro a veces oyendo cómo pintan a Dios, Nuestro Señor. Una, que ha gustado y sentido lo que Dios es, sabe que no es aquello; pero eso sí, tampoco sería capaz de subir al púlpito y decir lo que es, porque no encuentra palabras para decirlo.

Algunas veces me dijo que sentía como que el alma se la salía del cuerpo y subía revoloteando como una paloma allá a lo alto y allá se unía a Dios N. S. de la manera más inefable. Recuerdo, me dijo, cierto día en que estábais vosotros allí en la cocina hablando y yo estaba planchando, cómo tuve uno de esos ratos en que el alma como fuera de sí y subida allá a lo alto, no sé cómo, gozaba del Señor.

El tratar con el Señor era lo que la hacía vivir sola. Me dicen que qué necesidad tengo de trabajar en la huerta. Y la gente piensa que lo hago por tacañería. Si para mí la huerta no es más que el sitio de trato con Dios sin que los hombres me estorben. Tanto, que hay días en que no hago nada. Me arrodillo o me siento debajo de un árbol y allí paso ratos orando, orando por todo el mundo. ¡Cuántas veces al cabo del día recorro el mundo, pidiendo por la salvación de las almas! Pido al Señor mil y mil veces que me condene a mí antes que permitir se pierda para siempre un alma y que quede un hombre sin disfrutarle en la gloria. Decía que el ver que se quedaban tantas almas sin disfrutarle eternamente era, una de las cosas que más hacen sufrir al alma que ha saboreado lo que Dios es, por eso pide sufrir ella las más horribles penas para que los demás se salven.

El celo de la salvación de las almas la hacía envidiar la suerte de los misioneros. Me dijo que siendo joven la habían dado dos o tres veces dote para ser Religiosa y ella lo dió a otras jóvenes para que entra-

sen con su dote, porque para mí, decía ella, ya tengo bastante con lo que Dios me ha dado; en cambio otras si no entran Religiosas, acaso no sean ni buenas cristianas, Sabido es (y ella me lo dijo) que había ayudado en parte con ropa o limosnas dadas o procuradas a entrar muchas Religiosas en diversas Congregaciones. Sólo por el deseo de que haya gente que dé gloria a Dios.

Más tarde se fijó en que el Sacerdote o el Religioso es el instrumento de la salvación de las almas, y desde entonces procuró limosnas para formar sacerdotes. En particular me dijo que había procurado inclinar a D.ª María Ballesteros a favorecer a la Escuela Apostólica o Internado de Carrión, pues de allí podían salir Sacerdotes y Jesuítas que salvasen almas, no sólo con la oración, sino con sus ministerios.

Como asistía a la misa y funciones de nuestra iglesia siempre que podía y veía a los Apostólicos, su vista me dijo que la movía a rogar muy intensamente por ellos, porque veía en ellos, como en ciernes, los futuros sacerdotes y apóstoles de la salvación de las almas. Yo en verdad creo, desde entonces, que más de un Apostólico deberá la firmeza en su vocación o el fervor de su vida a las oraciones de la señora Francisca.

La dije yo que pidiera para mí algo de esos vivos sentimientos que ella sentía, pues de esa manera la vida del apostolado sería más eficaz. No lo creas, me contestó. Este no es el mejor camino para merecer. Yo reconozco que en esto no tengo mérito, y comprendo que la vía ordinaria de la fe es la que tiene mérito. Si yo al mismo tiempo no tuviera grandes sufrimientos corporales, como los tengo terribles, con dos o tres enfermedades, que vivo de milagro, y con otros sufrimientos morales, no tendría mérito.

Lo hermoso es, añadía, ir a China con toda la prosa de la vida, con sólo las lumbres de la fe, con repugnancia y aridez, y ejercer el apostolado de esa misma manera. Yo pido a Dios que no me dé nada de esto, que me deje en la vida ordinaria de fe, pues eso es lo verdaderamente meritorio.

Sobre el sufrimiento me dijo cosas muy hermosas. No extraordinarias, pero sí, esas que suelen decir los

santos, lo cual confirma que su ascética era segura. Los domingos, me dijo, voy a visitar enfermos, y claro, todo son llantos y lamentos. ¡Pobrecitos, qué ciegos están! ¡Si supiesen el tesoro que en los sufrimientos hay! Yo los consuelo, qué va una a decir, sobre todo a gente que no entiende, pero digo para mis adentros, si tuviéseis lo que yo sufro y con todo no quiero dejar de sufrirlo.

El deseo que tenía de morir era vehementísimo para unirse con el Señor eternamente. Como el cautivo espera con ansia el rescate que le va a llegar de un día para otro, así me dijo que esperaba ella la muerte. Todos los días al levantarse se decía. «Vaya a ver si este es el último».

Sobre el demonio me dijo que tenía tal rabia a los hombres y se esforzaba tanto por perderles, que ni imaginárnoslo podíamos. Parecía que lo estaba palpando, en la persuasión con que lo decía. ¡Pero qué rabia tiene el demonio a los hombres! ¡Si Dios le dejase, lo que haría!

De todo cuanto me dijo, saqué la persuasión, a juzgar por lo que yo he leído de otros Santos, que Dios la había favorecido tanto cómo a los más. Que su ascética es de las más seguras y sólidas, y que era una de esas almas a quien Dios quería poner en los altares. Luego que supe su muerte, me encomendé a ella como a mi especial abogada y sigo haciéndolo diariamente.

Cuanto aquí digo, puede emplearse para gloria del Señor y de su sierva, con mi nombre o sin él. Estos son los puntos principales de que aquella mañana me habló. De otras cosas ya no me acuerdo.

WENCESLAO GARCÍA,

Misionero de Arking.

Yinchiajuei 30 Noviembre 1931».

VIII

Respondamos, siquiera sea brevemente, a las causas indicadas del menor prestigio de Francisca. Los raptos. Es cosa conocida, en la vida de los santos, la carencia de estos dones extraordinarios al fin de su

vida. San Ignacio no tuvo en su vejez los éxtasis y raptos que tuvo a raíz de su conversión. De otros muchos santos se cuenta lo mismo.

Penitencias.—Estas, como todas las virtudes morales, deben ser gobernadas por la prudencia. ¿Había ésta de autorizar a Francisca en su ancianidad lo que en su juventud le permitió?

Por otra parte, hacía la Sierva de Dios toda la penitencia que podía; el vestido, la comida, el trabajo y la soledad en que vivía, ¿no era penitencia grande?

No se olvide que al amortajar su cadáver, se halló en su pecho la santa huella de una penitencia que puede calificarse de heróica.

Género de vida.—Si el haberse dedicado Francisca al cultivo de unas huertas fuese una prueba de no ser santa, ya podemos arrancar del calendario cristiano muchos nombres.

Sí; Francisca fué hortelana al fin de su vida, como al principio y al medio de ella fué humilde costurera. Ni este oficio ni aquella ocupación, la impidieron elevarse a la más encumbrada santidad.

Digámoslo con las palabras mismas de la Sierva de Dios; la divisa de la santidad son las obras.

Ahora cabe preguntar; ¿faltó a Francisca esta divisa? No; luego hay que reconocer que, con prestigio y sin él, fué Francisca santa.

Digámoslo una vez más, no hubo motivo alguno serio para el cambio de opinión del pueblo, acerca de la Esposa del Crucificado. El pueblo sólo ve y sólo puede ver lo de afuera, no puede penetrar en el alma. Lo primero puede en algunas circunstancias cambiar, sin que cambie lo segundo, esto es el alma.

IX

Para juzgar de la virtud y de la santidad de un alma, requiérese gran desinterés y mucha luz del cielo.

Es necesario el desinterés, porque el amor propio, al sentirse humillado y rebajado ante la figura excelsa del Santo, tiende, más o menos inconscientemente, a hacerlo descender por lo menos a su nivel.

Requiérese además mucha luz de lo alto, para po-

der penetrar en el interior del alma del juzgado. Y es que las virtudes, mientras más sólidas y más perfectas sean, más tienden a esconderse en el santuario del alma. ¿Quién sin la ayuda de una poderosa luz, podrá llegar hasta allí?

Así se comprende que S. Ignacio de Loyola haya sido tenido como sospechoso de herejía, y S. Francisco Javier haya sido calificado de fanático.

Así se explica que Sta. Teresa de Jesús hubiera sido calificada de monja callejera, y de algo peor la Vizcondesa de Jorbalán, B. M. Sacramento.

Es que los censores de esas almas privilegiadas, faltos de luz y fijándose únicamente en lo exterior, no llegaron al fondo, no pudieron ver las maravillas que la gracia de Dios en ellas obraba.

Eso ocurrió, en mi humilde juicio, a los que se atrevieron a mirar, con ojos más o menos despectivos, a la Esposa del Crucificado.

CAPITULO XLIII (1)

Respóndese a una dificultad.

I

Entre los votos, hechos por Francisca, uno era el de permanecer siempre en la soledad de su casa. Voto en verdad que, prolongado durante muchos años, puede con toda verdad calificarse de heróico.

Cítanse, por las personas que trataron a la Sierva de Dios, varios hechos que prueban la firmeza con que guardaba este voto.

Pero ahora viene una dificultad; sábese que hizo algunos viajes a Gijón hospedándose durante algunos días en un hermoso hotel, cuyos dueños, de elevada posición económica, la obsequiaban con esplendidez y agasajaban con cariño. ¿Eran compatibles con dicho voto estos viajes y estas permanencias fuera de la soledad de su casa?

II

No sólo se ha expuesto con fidelidad la objeción, sino que se la ha recoloreado y puesto de relieve.

Sin embargo, facilísima es la solución. Ocupaba una hermosa quinta en el barrio más aristocrático de Gijón una familia compuesta de las personas siguien-

(1) Ya sé que voy a herir la modestia de una familia a la que me unen los lazos de una amistad tan antigua como sincera. Perdónenme esta contrariedad mis buenos amigos; pues la verdad histórica imperativamente me obliga a ello.

tes: la Excma. Sra. D.ª María de los Angeles Paredes, viuda de Ballesteros, y su hija, D.ª María Ballesteros, casada con el cristianísimo caballero, D. José Ruíz.

A pesar de la brillante fortuna que posee, aquella familia hacía una vida casi semejante a la de un convento. Tenía en su capilla el Santísimo, se oía misa y se comulgaba diariamente, se hacían las oraciones en común, y a veces se daban los ejercicios de San Ignacio a señores y criados.

Por eso, aquella casa era, y aun es hoy, un semillero de vocaciones religiosas.

En esta residencia se cerraba a cal y canto la entrada, no sólo a todo lo que fuera ilícito y pecaminoso, sino a lo que de lejos pudiera parecerlo.

Este fué el sitio donde Francisca, haciendo un paréntesis en su retraimiento y soledad, pasó algunas temporadas.

III

Pero aún más; unían a Francisca y a D.ª María Ballesteros lazos especiales. Cerrado el costurero del Colegio de Carrión de los Condes, se instaló en él una preceptoría o escuela apostólica que pudiéramos calificar de incipiente.

En esta escuela se admitían jóvenes que demostraban tener vocación y aptitudes para la vida religiosa en la Compañía de Jesús.

Puso ésta, al frente de los jóvenes allí reunidos, a Francisca; ella cuidaba de su comida y vestido y vigilaba su conducta y costumbres.

El resultado de este trabajo de Francisca lo demuestra el número de fervorosos religiosos que de allí salieron.

Ahora bien; ¿quiénes ayudaban a costear los gastos no pequeños que aquellos jóvenes ocasionaban? D.ª María Ballesteros y su esposo D. José Ruíz.

Estos pidieron con insistencia a Francisca que fuera a pasar con ellos algunos días.

¿Cómo negárselo?

Es seguro que Francisca manifestó a su director espiritual los deseos de aquella familia, y que aquél aconsejó, y tal vez mandó, a su dirigida que compla-

ciera a dichos señores, a los cuales debía no pequeño favor. Para ello, de seguro la dispensó el voto de vivir en soledad.

IV

Y ¿qué vida hacía Francisca en la preciosa quinta de los Ballesteros? La que hacía en Carrión, orar y tratar con Dios Nuestro Señor.

No; hacía más, y era edificar con su conversación y con sus obras a aquellos amigos que con tanto gusto la recibían en su casa.

Se recuerdan y se refieren en aquella familia algunos hechos de vencimiento y de mortificación que probaban a las claras, que en Gijón como en la soledad Carrionesa, Francisca nunca olvidaba y practicaba siempre la ley del *Vince te ipsum* de aquel santo varón al que ella daba el nombre de padre, S. Ignacio de Loyola.

Citaré al menos un caso en confirmación de dicho aserto. Una ama de llaves de la citada familia, en una ocasión y sin venir a cuento, llamó ilusa a Francisca. Y lo peor fué el tono despectivo que empleó para dirigirle aquella insolencia.

¿Cuál fué la respuesta de Francisca? Primero, una suave sonrisa; y luego, remendar y coser la ropa de la joven. Este hecho, presenciado por alguno de los miembros de la familia Ballesteros, les confirmó en el concepto de santidad en que ya tenían a la Sierva de Dios.

En la carta de donde tomo el referido dato se añade: «Siempre devolvía bien por mal; en fin, no acabaría..... contando rasgos de esos».

V

Durante una de esas estancias en Gijón, se sacó la hermosa fotografía puesta en la portada de este libro.

El aparecer en las manos de la Sierva de Dios una paloma, no fué invención del fotógrafo ni menos de la fotografiada; sino que en el momento en que iba a sacarse la fotografía, voló una palomita y se colocó impensadamente en las manos de la Esposa del Crucificado.

CAPITULO XLIV

¿Fué como el de Santa Teresa de Jesús, transverberado el Corazón de la Esposa del Crucificado y estigmatizada como otros Santos?

I

PARA responder a la primera parte de esta pregunta, léase la siguiente cuenta de conciencia que la Santa intitula «Deseo dominante de mi corazón, hace ya mucho tiempo».

Al terminar la lectura, es fácil que se nos escape de los labios la siguiente exclamación: ¡Si el corazón de Francisca no fué materialmente transverberado como el de la gran Reformadora del Carmelo, al menos debió serlo moralmente; esto es, había en aquel corazón una herida, honda, profunda, causada por un amor a Dios que seráfico parecía, no humano!

«Padre: he pasado todo este mes de Octubre en grandísima pena y desconsuelo, teniendo como una certeza y seguridad de que yo me condeno, si bien es verdad, Padre, que de pecados que yo haya cometido, no me remuerde la conciencia, porque me parece que un pecado leve a sabiendas cometido, hace ya algún año que primero quisiera morir que cometerle; muchos cometí, Padre, como V. aun mejor que yo lo sabe, porque tiene V. en esto más conocimiento que yo, pero bien verá, Padre, cuán lejos está de tener parte en ellos mi voluntad, por lo que creo no seré a los ojos del Señor tan culpable como si mi voluntad tomara parte en ellos; así que, Padre, esto no me da tanta pena, como me da el haber abusado tanto de

las gracias, dones, bondades y misericordias del Señor; en esto, Padre, en esto hallo razones sobradas para que el Señor justísimamente me condene, porque con la lectura de la vida del P. Baltasar Alvarez he quedado con toda claridad, cierta y segura, en que el Señor me llamó a la unión consigo desde el mismo día de mi conversión, poniéndome en un grado de oración tan grande y levantado, como lo dice el Padre Lapuente escribiendo esta vida, y yo añado que, junto con este grado de oración, he recibido las bondades y misericordias del Señor, aquellas gracias que El acostumbra dar a los que El eleva, o lleva, o llama a este grado de oración.

II

Según esto, Padre, ¿qué vida es la mía?, ¿corresponde mi vida al estado en que he sido puesta por la bondad del Señor? No, no y mil veces no. ¡Oh! Vos, Dios mío, bien lo sabéis, nada a Vos se os oculta.

Yo confieso, Señor, ante los Cielos y la tierra que mil y mil veces he abusado de tus gracias, de tus dones, de tus misericordias y bondades.

¡Oh! que sólo esto basta a mis ojos, para ver cuán justamente me condenas; una gracia os pido, Señor, y es que, en lo que me reste de vida, me dejéis que os ame mi corazón cuanto pueda, y para que así sea, me asistas con tu gracia, y después de mi vida me des que jamás yo exhale ni la más pequeña queja contra Tí, que yo pueda en el infierno glorificar tu misericordia de la misma manera que he de glorificar por los siglos de los siglos tu justicia.

Señor, Señor, ya que me has dado que en esta vida te haya conocido, dame también que en el Infierno te ame. Señor, aumenta en mí todos cuantos tormentos quieras, que justísimamente los merezco, pero no me dejes con la privación de amarte. Padre, de estas peticiones hechas al Señor en este mes, no le doy ya más cuenta, porque mi corazón desfallece por la fuerza del dolor que experimento al escribirlo para darle cuenta a V. como me lo ha mandado. ¡Oh! y qué pena siente mi alma, Padre, cuando lo pienso.

III

Pasado así todo este mes, amaneció el lunes último día del mes o penúltimo que me parece trae 31, que ni esto puedo pensar, pero sí sé que era el lunes.

Cuando este día amaneció, me hallé que todas estas penas habían desaparecido. Trájome el Señor a mi memoria que era el día de S. Alonso; digo, Padre, que lo trajo el Señor a mi memoria, porque yo no lo recordé, que me hallaba un poco fatigada de cabeza y no podía recordar ni pensar en cosa alguna.

Este día cuando comulgué, todos mis contentos pasados, hacía ya algún tiempo, los experimenté, yo sentíame grandemente movida a hacer fiesta este día y como yo no era la que lo quería, sino que como que me sentía por alguno convidada, esta manera de sentir crecía tanto en mi alma, que volviendo de la Iglesia y entrando en mi habitación, dije llorando de gozo: ¿Señor, acaso sois Vos el que ahora me convidáis a hacer fiesta?

En lo íntimo de mi alma parece que me dieron la respuesta; sí, yo soy el que a ello te convido. Sintióse al punto mi alma como deshecha en júbilo y placer y en un contento, que no tiene explicación, y llorando de gozo como estaba, dije: Señor, verdaderamente que si soy lo que soy y Tú me has hecho, mi fiesta es hoy, y era tal el placer y contento de que mi alma gozaba, que este mi estado me hizo recordar aquel estado dichoso en que serían puestos nuestros primeros Padres en el Paraíso terrenal.

Así en este tan feliz y dichoso estado pasé todo este día hasta las cinco de la tarde; a esta hora cambió este mi estado; la causa del cambio fué esta:

IV

Como era S. Alonso y todas mis compañeras de costura habían hecho con tanto gusto y fervor la novena al Corazón Divino pidiéndole gracias para todos los Hermanos que se hallaban en Ejercicios, como en premio de ello yo había pensado darles un rato de vacación, de las cinco a las siete; mas dijeron que a las cuatro entraba una religiosa en Santa Clara y

como manifestaban tanto sentimiento porque no había sido el domingo para haber visto el monjío, las dije: vaya, pues iros a verle si queréis, ya que hoy es S. Alonso.

Cuando ellas se fueron, cerré todas las puertas y me entré en mi habitación, con el fin de leer, mientras ellas allá estaban, un capítulo de la vida del Padre Baltasar Alvarez. Cogí el libro y como yo llegaba a un sitio que me gustaba leerlo, por tener algo que dejar por Dios, no quise leer donde llegaba, y dije al Señor: Señor, que se abra el libro por donde Vos queráis, para leer aquello que Vos tengáis mayor gusto en que lo lea.

Abrí el libro y donde mis ojos se fijaron para empezar a leer, fué en el medio de una hoja, allí leí, porque parecía que allí me apuntaron y me dijeron: lee aquí, leí y lo que leí, fué esto: ¿Habrá alguno que me quiera servir de balde?

Cuando esto leí, la sangre toda parece que se me puso como que hervía dentro de mis venas, el corazón dió como un fuerte salto, como que se me iba a salir del cuerpo, y los huesos todos se me conmovieron y toda como fuera de mí dije: Señor, yo te quiero servir así, de balde como Tú lo deseas; bien ve y conoce mi alma, Señor, que así mereces Tú ser servido.

V

Como yo estaba sintiendo aquella alteración en mi sangre, en mis huesos, en mi corazón y en todo mi ser, hablé al Señor con rapidez; mas si yo hablé Señor con rapidez y ligereza, con mayor sentí que me atravesaron el corazón, y no sé con qué, que al punto de esto sentir dije: Señor, me has herido, Señor, me has herido; sin poder hablar más palabras que éstas, mi alma deshacíase en lágrimas, no sé si de sentimiento y dolor por el recuerdo tan grande que se me puso delante, que yo para amar a Dios así había sido elegida, que para esto y sólo para esto me ha llamado y traído el Señor a su santo servicio, o era del placer, deleite y gloria que mi alma sentía, efectos de lo que en mi corazón dejaron cuando esta herida me hicieron.

Es verdad, Padre, que yo en el libro leí esto, pero sonó en mi alma como si no hubiera sido leído, sino dicho a mi alma, y dicho como en tono de amorosa queja, y como de sentimiento que con él manifestaba que así desea ser amado y no halla quien así le ame; esto, Padre, esto ha sido lo que traspasó mi corazón; mas como de mí se apoderó tan grande deseo de amarle, así y así se lo manifesté, parece que al manifestarle yo este deseo, El me manifestó todo el ansia del suyo, porque al manifestarle yo mi deseo, El me llenó de placeres y contentos que a vida eterna sabían, y esto, Padre, hirió mi alma, porque, ¡oh bien mío!, bien sabes que estas manifestaciones el alma las recibe aunque son de tanta gloria y deleite, como saetas que la traspasan y como dardos que hieren, porque envueltos entre tan sabrosos deleites la comunican la grandeza e intensidad de tu deseo, que como ella vea que no puede aquel tu deseo saciar, esto es saeta que la traspasa, dardo que de muerte la hiere, y si es verdad que tus visitas la fortalecen y con ellas la sostienes como milagrosamente la vida, también es verdad que estas visitas más y más la hieren, porque en ellas de mil maneras y con mil caricias y regalos comunicas al alma que el verdadero amor, puro, desinteresado de una sola alma, te da mayor placer y mayor contento y deleite, que todo lo que te dan de angustia y pena la conducta de todos los pecadores.

VI

Pues, Padre, qué no sentirá mi alma entonces; con su visita me hace ver cada vez con mayor claridad, quién es El y quién soy yo, por otras manifestaciones del amor más tierno, más puro, más fuerte, más deleitable y sabroso que se puede imaginar, por otra comunica el ardiente deseo que tiene de ser amado desinteresadamente, a la manera de como El ama.

Estos conocimientos, Padre, ¿qué han de hacer sino herir mi corazón, llagar mi alma, porque siendo yo la que así debía amar, yo soy la que así soy amada; y viéndole apenado por no hallar en los corazones amor, yo no sé cómo suplir esta falta haciendo

que mi corazón le manifieste con obras este amor desinteresado que El tanto desea hallar? ¡Oh! si estuviéramos en aquellos tiempos en que se manifestaba en la vida amar a Cristo. ¡Oh bien mío!, aunque sé que me bajaba a los infiernos, porque justamente los tengo merecidos por mis infidelidades, me lanzaría con todo el consuelo de mi corazón por darte la prueba de amor que tanto tu corazón ansía.

¡Oh dulce Jesús mío! Tú que tienes presente el querer de todos los corazones sin que nada se te oculte, bien ves mi deseo; no te quiero amar por nada de lo que me das, ni por cosa alguna de lo que tienes prometido, te quiero amar sólo porque quiero amarte, aunque Tú dejes de amarme, porque justamente merezco que me desprecies como a esposa infiel, pues tantas veces te lo he sido. ¡Oh! que Tú te mereces todo mi amor, pues te lo debo, porque Tú eternamente de los principios de aquella eternidad que no ha tenido principio desde la cual ya me empezaste a amar, te debo yo mi amor, y no he empezado a amarte. ¡Oh, qué amor tan grande Tú mereces de mí! ¡Oh mi vida y mi todo!, o dame amor para amarte, o da fin a los días de mi vida; ¿para qué quiero la vida, si no la empleo en amarte? ¿Para qué es vivir, si no te amo? ¡Oh lumbre de mis ojos, me has herido el corazón con un ardiente deseo de amarte, sáname llenando este mi deseo!

¡Oh vida triste, vivir sin amar a quien tanto me ama! ¡Oh corazón mío, hecho únicamente para amar, y no amar a la única cosa que existe digna de ser amada! ¡Oh! cuánto mejor es no vivir, que vivir esta vida que yo vivo. ¡Oh mi Dios y mi todo! Dame que yo pronto vea o el amor en mi corazón o la muerte ante mis ojos, dispuesta para cortar esta vida inútil».

VII

De otro de sus escritos creo conveniente copiar unas palabras verdaderamente significativas. «... Se me ponía, dice, el corazón mal y cuando así me ponía, no podía coser. Bajaba al bosque y en el arroyo que por él pasaba, bebía mucha agua, poníame trapos mojados, buscaba los sitios más frescos, todo con el

fin de dar a mi corazón algún alivio; mas todo no me hacía más, que si nada hiciera... .....»

Estas palabras de la Sierva de Dios nos revelan que la intensidad de su amor para con Dios, nuestro Señor, procediese, o no, de la transverberación de su corazón, se asemejaba a la que abrasó el pecho del angelical joven, San Estanislao de Kostka.

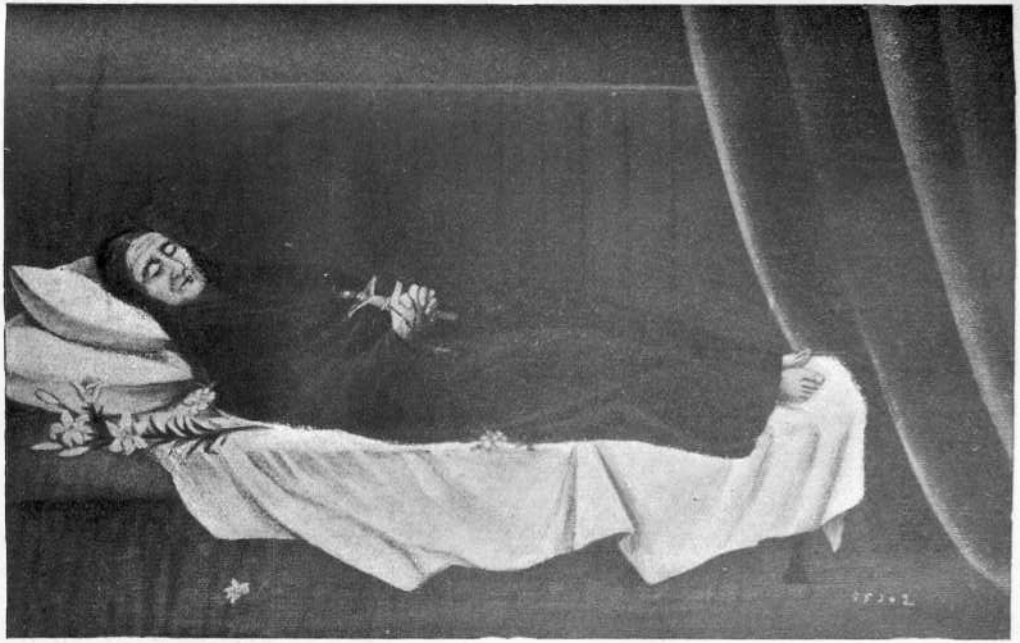
VIII

A la segunda pregunta, puesta al principio de este capítulo, contestará el citado confesor de la Sierva de Dios, D. Laureano Ruipérez.

«Varios viernes, dice, antes de la Asunción y en este mismo día, después de grandes dolores, se le abrieron llagas en el costado, pies, manos, cabeza y espaldas derramando abundante sangre. El Señor la dió a conocer que esto sería para grande gloria suya, pero Ella, ante el temor de ser conocida, pidió mucho para que no se le abrieran y al fin lo obtuvo.

Después todos los días desde las doce de la noche hasta las tres de la mañana tenía la impresión de las llagas hasta el día de Santa Teresa en que cesaron las llagas, las visitas y consuelos, quedando en grande sequedad..... .....»

Según este autorizado testimonio, Francisca fué estigmatizada temporalmente; y no lo fué durante toda su vida, por haberlo alcanzado del Señor a fuerza de oraciones y súplicas.



FRANCISCA EN EL ATAUD

Esta fotografía está sacada de un precioso cuadro al óleo, pintado por una señorita devota de la Sierva de Dios.

En él sólo son copia de la realidad la cara y la postura de Francisca. Todo lo demás es creación de la artista.

CAPITULO XLV

Muerte preciosa.

I

Habrá sabido Francisca, por divina revelación, la hora de su muerte? Nos consta que en una aparición de la Virgen Santísima supo el día en que había de morir santamente una amiga suya, llamada Pilar.

Sabemos también que en una enfermedad muy grave que padeció viviendo en la Fonda del Colegio de Carrión, aseguró a su P. Espiritual y a su médico, P. Seisdedos y Dr. Garrido, que no había de morir de aquella enfermedad.

En el año 1924 entregó santamente su alma al Señor en Gijón la Excma. Sra. D.ª María de los Angeles Paredes, viuda de Ballesteros. Sin haber podido tener noticia de este suceso, exclamó Francisca en Carrión: ¡Acaba de fallecer D.ª Angelita! Así se llamaba en familia a dicha señora.

Aún más; según testimonio del virtuoso sacerdote, D. Daniel Asensio, decía Francisca que en el día en que ella muriera, morirían tres mujeres. Así fué en efecto; a las dos horas de haber Ella expirado, fallecieron otras dos enfermas.

Después de la precedente relación, y sobre todo teniendo en cuenta la santidad de la Sierva de Dios, no parece muy temerario pensar que Dios, Nuestro Señor, le haya manifestado de antemano el día de su tránsito a la gloria.

Cítanse también en confirmación de esta misma verdad algunas frases de Francisca, en las que anun-

ciaba la proximidad de su muerte; pero dado lo avanzado de sus años y la gravedad de su padecimiento, que era *enfisematosa,* esto es, tumefacción en el tejido pulmonar, fácilmente pudiera predecirse que no estaba lejano el día de su partida de este mundo.

II

Usase en algunas órdenes monásticas una conmovedora ceremonia, momentos antes de administrar el Santo Viático a las religiosas gravemente enfermas. Consiste aquélla en despojar a la enferma de todas sus cosillas; de manera que sólo le queda la cama donde va a expirar.

Hermosa y santa es esta práctica. Pero ¿no será más perfecto y más santo ese total despojo de las cosas de la tierra, si se hace antes de aquel momento?

Eso fué lo que hizo la Esposa del Crucificado. Habiéndole preguntado, durante su enfermedad, el Presbítero D. Julio Ruíz, si quería disponer de algunas cosas, contestó poco más o menos con estas palabras: D. Julio, si sólo me quedan cuatro harapos... Y así era en realidad de verdad.

No mucho después hablaban ante la enferma dos señores sacerdotes de algunos detalles del entierro y funeral. Habiendo Ella, al parecer, no entendido bien el asunto de que trataban, vino a decirles: Yo estaré contenta con que me entierren de limosna.

III

Si Francisca era pobre en bienes de la tierra, fué muy rica, en vida y en muerte, de luces y consuelos recibidos del Señor.

Cuenta D. Félix Merino, Presbítero, que visitando a la Sierva de Dios en su última enfermedad, oyó de sus labios que el Señor la tenía, no en el Calvario, sino en el Tabor. Con esta frase evangélica expresaba Francisca los consuelos con que Dios la regalaba por aquel entonces.

Mas lo que demuestra la santidad de esta gran Sierva de Dios, fué lo que añadió a las palabras dichas. Yo, dijo poco más o menos, pido al Señor... que me tenga, no en el Tabor, sino en el Calvario;

allí murió El y allí quiero morir yo. Petición y deseos que prueban el heroismo de esta Sierva de Dios; los deseos de padecer por Cristo habían sido su aspiración durante toda su vida; por Cristo también quería morir padeciendo.

Dijimos arriba que Dios Nuestro Señor le había concedido también grandes luces; y así parece ser, pues llegó a afirmar al Sr. Merino que para ella el dogma de la Santísima Trinidad ya no era un misterio. ¡Cómo iban a la par en la afortunada Francisca el conocimiento de Dios y la práctica de la virtud más encumbrada!

IV

Los que hayan leído los capítulos precedentes de esta Historia, no podrán menos de confesar que Francisca era de sentimientos muy nobles. Así lo dice expresamente el P. Cipriano Pereda en el documento autógrafo que se inserta en el Capítulo XLII.

Sobre todo, así lo prueban sus obras en favor de los niños pobres, de enfermos y pecadores.

Manifestábase esa nobleza de alma con las personas que la honraban con su amistad. Ya se ha dicho que la principal amiga que tuvo, fué D.ª María Ballesteros de Ruíz.

Es sabido que la gracia no destruye la naturaleza, la perfecciona. Francisca era santa y sus sentimientos se ennoblecieron con la práctica de la virtud. Por eso, próxima ya a la muerte, encargó a un sacerdote dijese a su dicha amiga estas terminantes palabras: «Que dentro del Corazón de Jesús eternamente nos amaríamos, y que mis cosas (las de D.ª María) serían eternamente suyas». ¡Hermosas y tiernas palabras de una moribunda!

V

Recibidos los Santos Sacramentos, Francisca apenas dejaba caer de sus manos el crucifijo. El era su maestro, su ayuda y su consuelo en el momento de partir para la eternidad.

Qué poco la intimidaba este paso, lo demuestran algunas frases que dijo a los que la visitaban. «No me dan salida», dijo repetidas veces al ver que, a pesar de su gravísimo estado, no acababa de fallecer. Esta

contestación evidencia la paz que inundaba su alma.

La muerte de la Sierva de Dios fué preciosa; dejó caer de las manos el crucifijo y dobló suavemente la cabeza. Es que había volado ya a mejor vida la Esposa del Crucificado.

Tuvo lugar este hecho en el Convento de Carmelitas Mejicanas de Carrión de los Condes, el día veinte y nueve de Enero del año de mil novecientos treinta.

Su santo cadáver reposa en una sepultura del panteón de sus parientes del cementerio de dicha ciudad, de donde confiamos en el Señor que ha de ser extraído para ocupar un puesto más digno de su santidad heróica.

VI

Santa llamaba el pueblo a la recién fallecida; y que en tal concepto la tenía, lo prueba su conducta ante el cadáver de la misma.

A pesar del cuidado y vigilancia que se tuvo, no se logró impedir que furtivamente y poco a poco, fueran desapareciendo los objetos del uso y devoción de Francisca. Durante el tiempo que estuvo expuesto el cadáver de la Sierva de Dios, no cesó la gente de tocar al mismo algunos objetos. Más aún, en el momento de colocar aquel cadáver en el panteón que sus sobrinos le habían cedido, aprovechando la ocasión de echarle cal viva, las personas que estaban presentes, se apoderaron del velo que se repartió en varios pedazos. De no haberse prohibido terminantemente, se hubiera hecho lo mismo con todo lo demás.

¿No era esto una rectificación de aquel pueblo a su precedente conducta? (1).

---

(1) Sabemos que Francisca, a pesar del propósito que tenía de dirigirse siempre con Padres de la Compañía de Jesús, en los últimos meses de su vida tuvo por confesor a D. Félix Merino.

He querido averiguar la causa de este cambio, y para ello acudí al que mejor podía saberlo, a su último Director, P. Nazario Pérez.

He aquí su respuesta: «Si dejó (Francisca) de dirigirse con los nuestros, fué por no tener ningún conocido y por temor de molestarles, obligándoles a ir a su casa o teniendo que ir ella a nuestra iglesia con suma dificultad...» «Por otra parte, como había conocido a D. Félix desde chico, tenía con él confianza y él se le había ofrecido muchas veces para llevarle la comunión; así que no me extraña que, cuando ya no pudo salir de casa, con ocasión de llevarle la comunión se dirigiera con él...»

CAPITULO XLVI

Francisca, exlmia escritora.

I

La resistencia de la Esposa del Crucificado a escribir, debió superar a la de Santa Teresa de Jesús. Se advierte esa resistencia, mejor, se hace constar en muchos escritos de la Sierva de Dios, llegando a decir en uno de ellos que aquella obediencia que se le imponía, era uno de los mayores sacrificios de su vida. He aquí sus palabras:

«Padre: asáltame muchas veces una idea o pensamiento que me aflige cada vez más, y es si creerá usted que esto que el Señor me da, me lo da por sola su bondad, o le asaltará a V. alguna idea o pensamiento de que el Señor me lo dé por algún mérito mío.

Esto, Padre, es lo que me aflige; bien ve mi alma y bien conoce y entiende, que no me da el Señor lo que me da y todo cuanto me ha dado, por otra cosa que por sola su bondad, por su inmensa caridad y por su infinita misericordia.

¡Oh! qué bien veo, Padre, que todo me lo ha dado el Señor por sola su bondad, sin mérito alguno mío. Cuando detenidamente me pongo a pensar en el modo con que Dios nos gobierna y asiste, desde que salimos de sus manos, digo: ¿quién podrá gloriarse de sí o atribuirse alguna buena obra que haga? ¡Oh! con sobrada razón decía el Apóstol (1) que, aun aque-

(1) Se equivoca aquí Francisca atribuyendo al Apóstol lo que nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio de San Lucas.

llos que mucho hagan, si bien se examinan, nada podrán pensar, ni otra cosa de sí mismo decir, que siervos inútiles son, porque los hechos prácticos bien convencida dejan el alma de que así es.

Si mi alma experimenta que es de Dios tratada, como un tierno niño lo es por un tierno y cariñoso padre, ¿en qué podrá fundarse o apoyarse mi alma para creer que yo sea más o valga más a los ojos de Dios, o creer que por esto merezco yo ser de Dios más atendida, que lo pueden ser los demás de los cristianos? Pues qué, ¿no es más deudor y lo será siempre el que más ha recibido? Y ¿qué hice yo para haber por ello merecido que el Señor me trate con tantas ternezas, con tantos cariños, con tantas bondades, como trata una madre a su más tierno hijo?

¡Oh! verdaderamente que yo he de confesar, con toda la entereza de mi alma y corazón, que yo hice y hago lo que éste hace; ¿qué hace y qué ha hecho un tierno niño, para que merezca por ello las ternezas, los cariños y los desvelos de su madre?

Nada y mil veces nada; lo único que ha podido hacer, ha sido costar más a su madre, que los demás de sus hijos le han costado; y a los ojos de los padres, aun de aquellos que no obran según justicia, ¿quién es más y quién merece más? ¿El que se lleva las ternezas y los mayores desvelos o aquellos que trabajan sin descanso y con delirio por aumentar los intereses de su padre? ¡Oh! que yo siempre vi y veo que, el que más trabaja, es el que más vale y el que más merece, y el que es más atendido, en todo, en la casa de su padre y en él tiene puestos sus ojos con grandísima complacencia, y nada le niega de lo que este tal hijo le pida.

Pues si así obran los padres, aun aquellos que obran con pasión y obran sin justicia, ¿qué hará y cómo obrará aquel Padre amantísimo, justísimo porque es santísimo? Pues si es infinitamente santo, es porque es infinitamente justo; pues ¿qué hará, a quién más amará, a quién mejor atenderá cuando sus hijos le pidan?

¡Oh!, que siendo como es infinitamente justo, todas sus complacencias las ha de tener con aquellos que más se afanen y desvelen por aumentar y acrecentar sus intereses, porque Dios tiene sus mayores

delicias y complacencias con aquellos que más le glorifican, con aquellos que después de atender a la santificación de su alma, se desvelan y fatigan en bien y provecho de las almas, porque a ellas, sólo a ellas, llama Dios sus intereses.

¡Oh!, sacrificio el mayor que conocí; si millones de vidas tuviera y todas en sacrificio me las hubieras pedido, esto no me hubiera sido sacrificio; pero ir a hacer una cosa que me ha sido por obediencia mandada, y asaltarme, cuando la estoy haciendo, un pensamiento que esto no lo queréis Vos..... que esto no es de vuestro agrado..... .»

Sin embargo escribió mucho y lo que vale más, escribió bien. Parece que, como otro S. Pablo, subió al tercer cielo y allí vió los divinos secretos y las benéficas influencias de la divinidad en las almas, la excelencia de las virtudes y los más eficaces medios para alcanzarlas.

Esa claridad con que veía las verdades más escondidas al entendimiento humano, le permitió explicarlas con la posible lucidez y hasta con elegancia a veces insuperable.

II

Hállanse divididos los escritos de esta Sierva de Dios en dos clases bien definidas. La primera, que es la más numerosa, comprende lo que escribió para dar cuenta a sus Directores Espirituales de lo que pasaba por su alma, esto es, las gracias, luces, consuelos, amarguras, que en la práctica de la santidad experimentaba.

La segunda clase está escrita con miras al público piadoso, y abarca un solo trabajo del que después daremos cuenta.

No vamos a hacer una lista completa de los escritos a la primera de dichas partes pertenecientes; nos limitaremos a citar algunos; pues confiamos que no pasará mucho tiempo sin que puedan publicarse todos bien coleccionados y anotados.

Escribió acerca de la Sma. Trinidad, de la Virgen y de San José.

Nos ha dejado hermosos trataditos de las virtudes de la Obediencia, Humildad, Vencimiento propio,

Santo temor de Dios, del Castigo de los Angeles y de las Tentaciones.

Expuso en párrafos admirables los Caminos, Felicidad y Amistades de Dios.

Acerca de la Sagrada Eucaristía nos enseña doctrina tan sólida como consoladora.

Trata en varios documentos del destino de la Compañía de Jesús y señala el peligro de los que abandonan esta vocación.

Y por no citar más, cerraré esta incompletísima narración con sus escritos acerca de la Vida interior y la Distinción entre el buen y el mal espíritu.

Para que se pueda formar una idea de la elevación, de la claridad de conceptos y amenidad y aun elegancia del estilo, vamos a copiar algunos párrafos de los escritos de la Sierva de Dios acerca de la Sma. Trinidad.

«Paréceme repentinamente verme delante de aquel amantísimo Padre, y para darle algo a entender he de decir, que parece me es algo dado a conocer la unión del Verbo con la Persona del Padre y del amor que mútuamente se tienen. Paréceme ver con toda seguridad y certeza que todo el poder y justicia de Dios está en la Persona del Padre, y está en él como atributo sólo de esta Persona, o como si a esta Persona perteneciera sólo este Poder y esta Justicia de Dios; vi que también el Verbo tenía, como atributos propios o que a esta Persona le pertenece, la sabiduría de Dios y toda su infinita Misericordia, y vi que todos estos atributos son propios de la Divinidad y como son propios de la Divinidad, vi que el Padre es igual en Sabiduría y Misericordia que el Hijo, y el Hijo es igual en Poder y Justicia que el Padre, mas estas Divinas Personas que entre sí perfectísimamente obran según el perfectísimo conocimiento que de sí las dos tienen, por ser las dos una misma y sola esencia, se atribuyen cada una a sí lo que justamente a cada una de estas Divinas Personas pertenece, y así el Divino Verbo atribuye a su Padre el Poder y Justicia y el Padre atribuye o deposita en su Hijo la Sabiduría y Misericordia, y así como se desprende de la rosa el más suave y regalado olor, así vi que de la Santidad de Dios se desprende su Justicia y ésta es

muy particularmente la admiración de los bienaventurados.

Vi también, según me fué dado verlo y entenderlo, que toda la gloria del Padre está en ver al Divino Verbo, y esta gloria que es infinita en infinitas causas, aunque sólo es causa el mirarse El a sí mismo y verse El a sí mismo lo que es; y no es este mirarse Dios para que viéndose Dios infinitamente Grande, infinitamente Poderoso, infinitamente Sabio, infinitamente Santo, produzca la gloria que El ha de gozar, viéndose tan infinito en todas las cosas y que jamás estas grandezas le han de faltar y que jamás pueda haber quien se las pueda quitar, y que jamás puede existir sér alguno que a El se pueda asemejar, porque sabe que El solo puede hacer que un ser exista o deje de existir; no, no es esto, la gloria de Dios está en gozar de la esencia de su Divinidad, y la Divinidad de Dios es todo esencia, de qué es esta esencia, solo Dios lo sabe.

III

Allí se ve que de esta esencia divina brotan torrentes de placeres, que están sobre todo sentido y sobre todo entendimiento angélico y humano. Se ve que de esta esencia divina brotan para cada uno de los moradores de esta casa de Dios como un inmenso mar, en el cual está cada uno inundado en gloria, en gozo, en consuelo, en paz, en alegría, en infinito contento.

Cuando en retorno quieren darle a Dios aquel placer, aquel deleite, aquella alegría y gozo, aquella paz y bienaventuranza, se sienten nuevamente con nuevo placer, con nuevo contento, con nuevos placeres y deleites, con aumento de gozo, de consuelo, de alegría y paz, y cuando han contemplado extáticos el Hombre Dios, tan encumbrado en perfección, unido a la Divinidad, sentado a la derecha del Padre, por quien le vino a cada uno o le ha sido dado todo lo que allí cada uno de los mortales goza, y quieren prorrumpir en alabanzas para agradecer una vez más aquellas misericordias divinas, les es dado a cada uno un tiple de voz que su melodía y dulzura arrebata a los que les oyen cantar, como son arrebatados los que

los cantan; ordénanse al punto innumerables ejércitos de músicos y cantores, y tocando y cantando en ímpetus de purísimo amor, recorren los cielos sin que se pueda decir que al llegar a un extremo del Cielo gozaron más de cerca de Dios, o más de El están separados; porque allí todos están, vayan donde quieran, todos están siempre como en el centro de Dios.

Pues si sólo recordar esto poco que aquí digo de lo mucho que allí vi, y para esto poco que digo, lo desfiguro porque no hallo palabras ni comparaciones para dar a entender lo que allí vi y consideré, y si mal dicho saca a mi alma como fuera de mí, ¿qué será el experimentarlo?

Y si todo lo que todos allí gozan, es como chispas que se desprenden de una hoguera, porque nuestra capacidad aunque allí se dilata cuanto quiere, no puede gozar de lo que Dios es sino a manera de chispas que se desprenden de una hoguera, ¿qué será el gozo, que Dios en Sí mismo gozará y la gloria y felicidad, siendo como es inmensos raudales, que cada raudal produce mares inmensos, por ser la Divinidad el piélago inmenso que en sí encierra infinitos mares de dichas, gloria y felicidad?

¡Oh! mi mayor gozo y mi mayor contento, Señor, es saber quién sois Vos. Vi también, Padre, con un gozo sobre toda ponderación, que la felicidad del Padre y del Hijo es el Espíritu Santo, por ser esta Persona producción del amor que mútuamente estas dos Personas Divinas se tienen.

Vi brotar como a torrentes del pecho del Padre este Ser divino que nosotros llamamos Gracia, y quedar estos torrentes depositados en el corazón de Cristo.

Me fué dado a entender que de estas gracias sólo han de participar, o sólo han de recibir, los que se esmeren en dar especial culto a este Corazón Divino, los predicadores y confesores, que ejerzan estos ministerios, buscando en ellos intacta la gloria de Dios, los superiores que se hallen al frente de casas religiosas que obren siempre sin pasión con cada uno de los súbditos, prefiriendo siempre la justicia, y todos los que den a Dios los afectos de su corazón

Me fué dado a entender que este Ser divino, que

nosotros llamamos gracia, ha sido como engendrado por la bondad y caridad de Dios, gracia que sólo se nos ha dado por Cristo, pues este ser divino El nos lemereció con su vida, con su pasión y con su muerte.

Me fué dado a entender que este Ser divino de la gracia, por ser obra de la bondad y caridad de Dios, el que nos la da, nos la dispensa y concede, es el Espíritu Santo».

Después de la lectura de las precedentes páginas, nadie extrañará el elogio que de Francisca, como escritora, hizo un Prelado ilustre. «Ni el seminarista, dijo, que acabe de cursar sus estudios de Teología en Comillas con más brillantez, es capaz de hablar como habla esta mujer; y por el estilo, me parece oir a uno de los grandes místicos del siglo XVI».

IV

Por la Cuaresma del año de 1914 tuve con la Sierva de Dios algunas conferencias en Carrión de los Condes. En una de ellas me dijo confidencialmente que iba a publicar un libro acerca del Espíritu Santo.

Pasaron los años y el prometido o anunciado libro no parecía. Nunca juzgué prudente preguntarle por dicho libro; supuse que alguna razón imprevista había impedido su publicación.

Mas al repasar los apuntes de la Santa, me encontré con un documento que me lo explicaba todo.

El Emmo. Cardenal, Sr. Almaraz conocía y estimaba a Francisca del Valle. Durante su permanencia al frente de la diócesis palentina, se persuadió de su gran santidad. Tal vez acudió a él la Sierva de Dios para publicar dicho libro acerca del Espíritu Santo. Lo cierto es que el Sr. Cardenal confió el examen del mismo al Dr. D. Federico Roldán. Del dictamen, que este señor elevó al Emmo. Sr. Cardenal, entresacaremos algunos párrafos que nos darán a conocer el relevante mérito de aquel libro.

«..... Trátase aquí, dice el Muy Ilustre Censor, con efecto, de un libro no vulgar, no tan sólo por la materia sobre que versa, de la más elevada Teología especulativa y práctica, sino principalmente por la forma con que se expone dicha sublime materia.

De la más elevada Teología especulativa, decimos, porque si la teología de la beatísima Trinidad señala el ápice de ciencia teológica, penetrar en la vida íntima de las Divinas Personas y sorprender sus propias operaciones, representa lo más elevado de esa celestial ciencia.

Pues de esta vida íntima, de estas operaciones propias de las divinas personas se trata aquí con tal inteligencia, con tal sutileza, con tal aplomo y propiedad, que el más docto teólogo, lejos de hallar nada reprensible dentro del dogma católico, tendrá por fuerza que admitir la sana y profunda doctrina aquí expuesta. Véase sino y lo señalamos por vía de ejemplo, cuán admirablemente se expone la quizás a primera vista extraña proposición escogida para el primer día, de «cuánto debemos amar al Espíritu Santo las criaturas por ser El como el motor de nuestra existencia y la causa de ser criadas para gozar eternamente de los mismos gozos de Dios», y estimamos que se ha de convenir en nuestro humilde juicio.

Y por lo que hace a la teología práctica, la ciencia de la salvación y santificación, no hay a la verdad caminos más seguros, más expeditos, más libres de todo engaño, que los que aquí se señalan para llegar a las más elevadas cumbres de la santidad cristiana.

Pero aunque tan elevada la materia del presente libro, lo que más le separa de cualquier otro, aun versando sobre idénticos motivos que el presente, es la forma con que se expone tan sublime materia.

Porque por poco que se entre en su lectura, se deja ver bien pronto que no es su autor el teólogo, que trata de la vida íntima de Dios y de los íntimos caminos del alma en su santificación como de cosas vistas por defuera, en la aridez del estudio y de la especulación científica, sino un alma que ha aprendido esa altísima ciencia sintiéndola en la escuela soberana del Divino Espíritu, que es a la postre el maestro que el autor de este libro propone a sus lectores, para llevarlos a la más elevada santidad, cual es la vida del más puro amor divino, no por los bienes temporales y aun espirituales con que nos pueda la bondad divina enriquecer, ni siquiera por la gracia, por las virtudes, por la gloria misma, ni por los goces que trae

aparejada la comunicación con Dios, sino por purísimo amor: amar por amar.

Y en esta escuela del divino amor se lleva a las almas por caminos tan secretos, al par que seguros y expeditos, se exponen tan de relieve los escollos que puedan encontrarse para llegar a tan purísimo amor, se manifiestan tan claramente los ardides del demonio contra la obra de nuestra santificación, que causa maravilla y asombro.

De otra parte, se expone todo ello con tal ingenuidad, con tal candor, con tal unción y persuasión divina, que subyuga y hace ver que siente lo que dice, y lo dice por haberlo sentido.

Por último, aunque esto sea muy secundario en nuestro propósito, el lenguaje es castizo, la dicción tersa y limpia, y las más de las veces elegantísima.

En suma, y para terminar, estimamos, en nuestro humilde juicio, que el presente libro por el fondo y por la forma no desmerecería en nada al lado de los mejores escritos de nuestros renombrados místicos, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

Sevilla, en la fiesta del Espíritu Santo, 23 de Mayo de 1915. Dr. Federico Roldán.

Emmo. y Rvmo. Cardenal Arzobispo de esta Diócesis».

V

¿De dónde venían a la Sierva de Dios estos altísimos conocimientos? Era ella una mujercilla, como a sí misma se llama, sin instrucción ni estudios de ninguna clase, y sin embargo se ha visto que iguala, si no supera, a los mismos Teólogos en el conocimiento de verdades que el M. Iltre. Sr. Roldán califica de ápice de la Teología.

La respuesta, y por cierto muy satisfactoria, nos la da la misma interesada en varias partes de sus escritos. Reproduzcamos al menos uno. Helo aquí:

«Sucédeme, Padre, con mucha frecuencia y cuando más descuidada estoy, sentir repentinamente a manera de luz clarísima que parece desciende de lo alto sobre mi entendimiento, y al punto siento que mi entendimiento es como dueño de una verdad que antes no sabía ni conocía, y no es que con aquella luz

estudie mi entendimiento una verdad y la entienda, no, no es así; es que, puesta sobre mi entendimiento aquella luz, sin necesidad de discurrir la entiendo, porque esta luz no parece trae claridad para con ella ver la verdad y con esa claridad de luz estudiar esa verdad para mejor conocerla, sino que parece que esta luz trae consigo la misma verdad, y esa verdad parece me la dan o ponen en mi alma a manera de comida hecha, que puesta en la mesa, no hay más que hacer que gustarla y regalarse con ella; y no sólo trae esta luz esa verdad como hecha y guisada, sino que trae encerrada en sí fuego arrebatador, con el cual arde mi alma en deseos de amar a mi Dios, y al sentir este fuego en mi alma, mis potencias son arrebatadas por la hermosura y encanto de aquella verdad; en el instante mismo que esto empiezo a experimentar, siéntome como en traslado de la tierra al cielo, y esto sin hacer yo nada, pues esto no lo puedo lograr cuando yo quiero ni lo puedo impedir cuando esto me viene, pues algunos efectos ya deseo yo impedir y no lo puedo lograr».

VII

¿Fué tentada Francisca del demonio de la poesía, preguntaremos imitando a Menéndez y Pelayo?

Solía la Sierva de Dios recitar a veces algunos versos de S. Juan de la Cruz. Nada tiene esto de particular, porque sabemos que una de las lecturas favoritas de Francisca eran los libros del inmortal Doctor.

Mas entre los papeles autógrafos de la Sierva de Dios que conserva D. Laureano Ruipérez, hállanse algunas composiciones poéticas, originales de la que fué su dirigida. No pueden presentarse estas poesías como modelos, ni mucho menos, de arte; pero sirven para conocer mejor a la Esposa del Crucificado. Por eso vamos a copiar algunas.

A la Virgen Inmaculada.

J. M. J.

Apenas sois concebida,
Te hace el amor Serafín;
Tu pureza te hace ángel
Y tu ciencia Querubín.

Tus virtudes, ¡oh María!,
Prendaron al Criador,
El Serafín extasiado
Contempla tu ardiente amor.

Dos mil años ¡oh María!
Antes de tu Concepción,
Te anunciaron los Profetas
En la Escala de Jacob.

Tu virginidad, María,
Doscientos años después
Anunció la zarza ardiendo
Que sin quemar vió Moisés.

Te llaman los Santos Padres
La Hermosa Arca de Noé,
Donde los justos se acogen
Para nunca perecer.

J. M. J.

Yo no quiero buscarte
Por tu hermosura
Ni tampoco quererte
Por tu dulzura,
Cuando de amor herida
Tienes mi alma.

Dame, Jesús querido,
Que desde hoy viva
Sin cesar un momento
De amor herida.
Y siempre sufriendo,
Que es el Tabor glorioso
De mi destierro.

Si quieres que yo viva
En este suelo
Con la misma alegría
Que allá en el cielo,

Dame que viva
En amor abrasada y consumida
Y siempre sufriendo
Que es Tabor glorioso
De mi destierro.

Si quieres que yo pase
La vida alegre,
Dame que desde hoy viva
Sin culpa leve
Y tambien sufriendo,
Que es el Tabor glorioso
De mi destierro.

Eres aquella gota
De sangre viva
Que a mi corazón sólo
Tú le das vida.

Jesús querido,
Yo bien quisiera
Que tu amor
De mi muerte
La causa fuera.

No dejan de admirar las palabras con que Francisca encabeza esta última poesía. Dice así: «A la gente importuna que no se cansa de dar guerra». ¿Podrá algún día averiguarse el hecho o hechos que dieron lugar a estas palabras de la humilde y santísima Sierva de Dios?

VI

Nos enseñó la Santa, y ya lo vimos en el capítulo XLII que los Santos tienen sus divisas por donde pueda distinguirse de los falsos, de los hipócritas y fingidos, a los verdaderos.

Tratándose de Santos Escritores, puede asegurarse sin temor de incurrir en la nota de temerario, que la divisa mejor, más legítima y más segura, es la humildad. Esta divisa, esto es, esta nota característica la exibe en su favor nuestra Francisca.

Escuchemos unas páginas de la misma.

«Jesús, dulce bien mío; mirad lo que me ha sido mandado por aquel a quien Vos queréis que yo ciegamente obedezca.

Mándame le dé cuenta de lo que habéis sido Vos para mí en la Eucaristía.

¡Oh!, por dónde empezaré a decir lo que habéis sido para mí. ¡Oh! Sacramento divino, si para mí des-

de el día en que con todo mi corazón te quise amar, has sido para mí todas las cosas. ¡Oh!, maestro mío, enséñame por donde he de comenzar y lo que he de decir para mejor darlo a conocer a aquel, a quien Vos me habéis dado para que me dirija y gobierne. Mirad que si Vos no me enseñáis, nada sabré decir; bien lo sabes que es así, Maestro mío; pues si queréis que dé a conocer lo que ha sido para mí ese Verbo Divino en la Eucaristía, enséñame, Maestro mío, enséñame, y haz al mismo tiempo que sea esto que escribo para vuestra mayor honra y gloria. No cosientas tú, Maestro mío, que sirva para robarte lo que a Tí solo te pertenece, quédense antes sin luz mis ojos, sin movimientos mis manos, y muera yo antes que Vos consintáis que juzgue alguno si lo que ha sido para mí este Sacramento divino, habrá sido, porque yo lo merecí o hice alguna cosa para merecerlo. ¡Oh! muera yo antes que seáis Vos de esta manera ofendido, y si mi confesor se descuidara y dejándolo por allí, alguno entra en su cuarto, guardadlo Vos para que ninguno lo lea, y si como hijo de obediencia, hubiera de decir que escribir esto me ha mandado y el Superior lo cogiera, Bien mío, dadles Vos a conocer, cómo el amor que me tienes, quiso sacarme de la ignorancia y ruindad, y cómo de mi parte no ha habido más que haya contribuído. Sí, vida mía, dales a conocer cómo te propusiste hacerme feliz y lo has hecho sin mérito alguno mío por tu sola bondad, por tu encendida caridad, por la gran misericordia que siempre has tenido conmigo, movido a la vista de tanta ruindad y miseria en que me hallaba.

¡Oh! pero cuánto me cuesta escribir, amor de mi corazón, si lo queréis Vos, cueste lo que me cueste, pero si Vos no lo queréis, moved a mi confesor cuanto antes a mandarme que lo deje y emplee yo el tiempo, no en decir lo que me has dado, sino en agradecértelo y en discurrir medios de no perder lo que Vos me habéis dado por pura bondad y misericordia».

EPÍLOGO

I

Las circunstancias, en que por vez primera oí hablar de Francisca de Carrión, de sus grandes virtudes y santidad heróica, no podían ser más excepcionales. La imposición de las manos de mi Prelado habían hecho descender sobre mi alma al Espíritu Santo; quiero decir, que acababa de conferírseme, sin mérito alguno mío, la dignidad sacerdotal.

Abierta el alma, en esa preciosa etapa de la vida, a todo lo santo, y sensible a todo lo sobrenatural y divino, los relatos de los heroísmos de la Sierva de Dios no pudieron menos de causarme saludable y honda impresión.

Uno de sus efectos fué decidirme a hacer una peregrinación, que con toda verdad así puede llamarse aquel viaje a Carrión, para ver y tratar de cerca a tan afortunada alma.

Como lo pensé, así lo hice, y con no poca suerte; pues logré convivir con Francisca en la misma casa, esto es, en la Fonda de que se habló varias veces en esta historia, y pude observar de cerca su vida y oir su amena y edificante conversación.

¡Quién me había de decir entonces que, años después, tendría yo en mis manos sus escritos y que había de poder leer y saborear sus más íntimas cuentas de conciencia!

Con ellas, como con piedras labradas por la misma Biografiada, he levantado este monumento a la humilde Costurera, a la escondida Hortelana de Carrión de los Condes.

Es, sí, modestísimo este monumento, lo reconozco; pero espero que alguien, con más tiempo del que yo he podido disponer, y sobre todo con más relevantes dotes, ha de construir otro más digno de la Esposa del Crucificado.

Yo me tendría por afortunado si lograse suscitar esa vocación y ofrecerle para esa obra estos no escasos materiales.

¡Gloria a la escondida Perla Carrionense; pero sobre todo, gloria a Dios que ha querido manifestar la grandeza, el poder y la riqueza de sus dones enriqueciendo, santificando y elevando con ellos a una humilde Hija del pueblo!

Y tú, ¡oh Francisca!, desde el elevado trono en que la generosidad de tu divino Esposo te habrá colocado, como piadosamente creo, dirige una mirada a este tu antiguo amigo y actual devoto, y alcánzame del Señor las gracias que necesito para que mi pluma haya sido menos indigna de narrar tu vida y contar tus virtudes.

II

Es una virtud muy propia de la Compañía de Jesús el agradecimiento a sus bienhechores. Lo fué Francisca e insigne, dadas la humildad de su condición y la pobreza de su estado.

Ella sirvió al Colegio de Carrión de los Condes, sin cobrar un céntimo de sueldo, durante la mejor parte de su vida; y ella se impuso sacrificios a que no estaba obligada, pasando a veces la noche de claro en claro para confeccionar prendas de vestir que con excesiva urgencia se le encomendaban. Y por cierto

que más de una vez premió el cielo esta su caridad con un prodigio que he sabido por varios conductos fidedignos; trabajaba Francisca toda la noche sin lograr concluir las prendas que se le habían encargado. A las cinco de la mañana iba a la iglesia para oir misa y comulgar. Al regresar a casa para ultimar la labor, hallábala milagrosamente terminada.

Ella proporcionó crecidas limosnas a la iglesia y a la Escuela Apostólica; y a ella se debe un centenar de buenas vocaciones a la Compañía.

El frecuente cambio de personal que lleva consigo la actividad de la Compañía de Jesús, hizo que no todos se enterasen de la deuda de gratitud que para con Francisca tiene la Orden y especialmente el Colegio de Carrión de los Condes.

Hora es ya de reparar aquel olvido y de pagar estas deudas. ¿Cómo? De varias maneras; una de ellas podría consistir en trasladar honoríficamente, desde el cementerio a la iglesia de la Compañía, los restos mortales de la Sierva de Dios.

¡Bien merece esta honra la Esposa del Crucificado!

A. M. D. G.

ÍNDICE

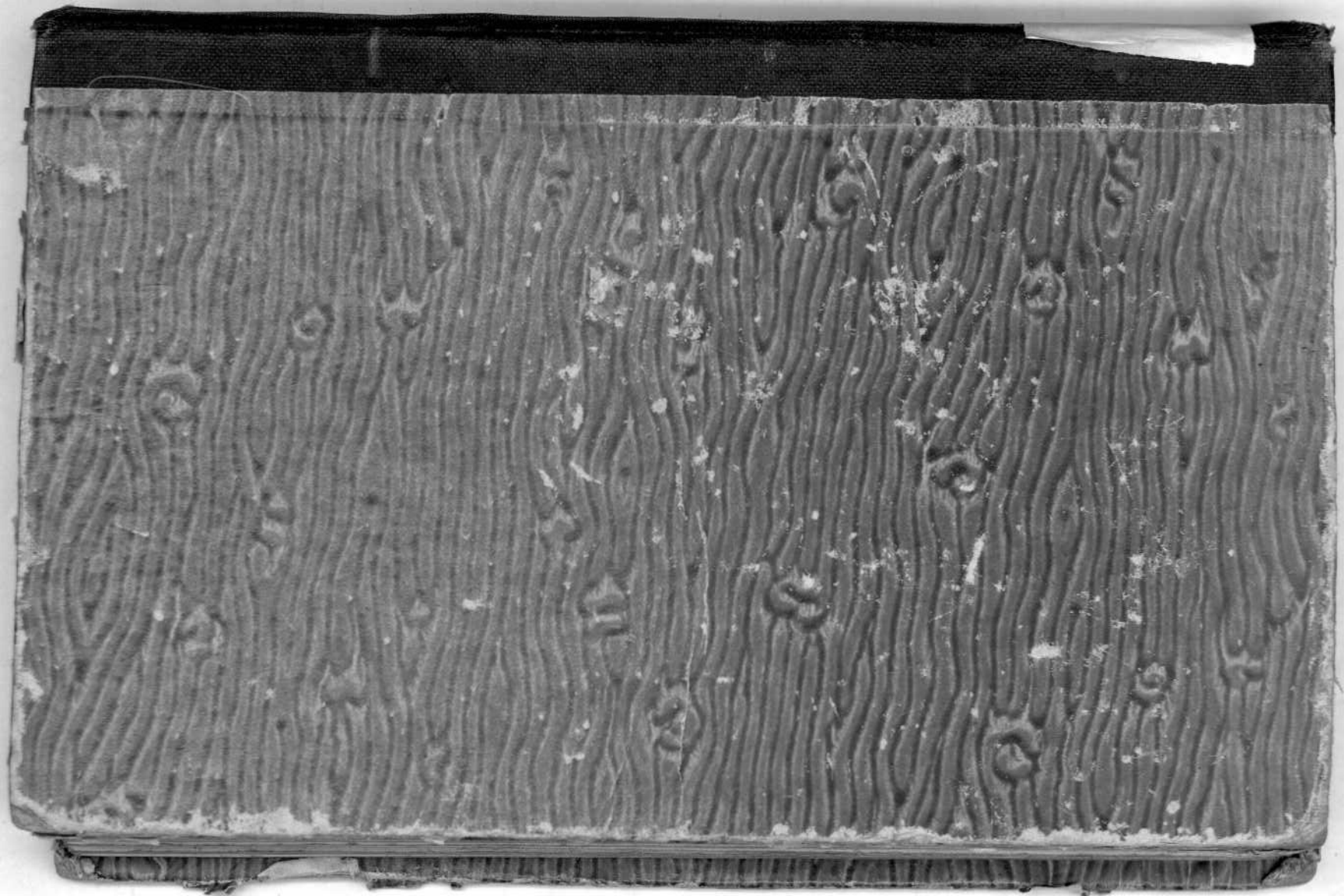
		Págs.
Prólogo		5
Capítulo	I.—Diseño y nombres de la Sierva de Dios	11
»	II.—Nacimiento y niñez de la Esposa del Crucificado	16
»	III.—Primeras comuniones é incidentes a que dieron lugar	24
»	IV.—Describe la Sierva de Dios las faltas en su niñez cometidas	34
»	V.—Cae en la tibieza: causa de esta desgracia	43
»	VI.—Conversión de Francisca	46
»	VII.—Luces y gracias que a raíz de su conversión recibe de Dios	50
»	VIII.—Fiel correspondencia de Francisca a las gracias que le fueron concedidas al principio de su conversión	55
»	IX.—Una falta de Francisca y su reparación	62
»	X.—Da Francisca principio a la obra de su santificación	68
»	XI.—Algunas gracias extraordinarias, viviendo aún en casa de su madre	78
»	XII.—Obras de caridad y de heroismo.	85
»	XIII.—Lamentable suceso e intervención en él de la Sierva de Dios.	89
»	XIV.—Vida religiosa en el hogar doméstico	93

Págs.

Capítulo XV.—Continúa el Señor haciendo ver a su Sierva las faltas en que incurría 99
» XVI.—Enfermedad y curación misteriosas descritas por la Sierva de Dios..... 101
» XVII. Francisca a servicio de la Compañía de Jesús 106
» XVIII.—Bienes de la vida interior y peligros en que se puede tropezar.. 111
» XIX.—Luchas que sostiene para alcanzar la virtud de la obediencia y gracias que para ello recibió del Señor..... 116
» XX.—Lecciones de María Santísima a su Sierva..... 122
» XXI.—Jardín y Jardinero..... 127
» XXII.—Purgación pasiva de Francisca.. 133
» XXIII.—Una comunión durante su purgación pasiva..... 141
» XXIV.—Una nubecilla en la vida de Francisca..... 146
» XXV.—Francisca abandona secretamente la casa paterna..... 150
» XXVI.—Unión espiritual de Francisca con la Compañía de Jesús..... 156
» XXVII.—Distribución del tiempo..... 163
» XXVIII.—Describe la Sierva de Dios cómo santifica el día..... 166
» XXIX.—Obstáculos vencidos..... 172
» XXX.—Vida eucarística de la Sierva de Dios..... 177
» XXXI.—Gracias y pruebas..... 190
» XXXII.—Lígase con votos especiales..... 199
» XXXIII.—Cuenta de conciencia acerca de los votos..... 205
» XXXIV.—Francisca fué favorecida por Dios con éxtasis y raptos..... 215
» XXXV.—Conoce con luz del cielo los padecimientos del alma de Cristo, Nuestro Señor..... 224

Págs.

Capítulo XXXVI.—Desea Francisca sufrir los padecimientos mismos de Jesucristo. 227
» XXXVII.—Limosnas de la Sierva de Dios. . 230
» XXXVIII.—Sus austeridades y penitencias corporales 235
» XXXIX.—Humildad de la Esposa del Crucificado 242
» XL.—Ultimos años de la Sierva de Dios. 246
» XLI.—Matrimonio místico 256
» XLII.—Decae el prestigio de Francisca.. 261
» XLIII.—Respóndese a una dificultad. . .. 279
» XLIV.—¿Fué cómo el de Sta. Teresa de Jesús, transverberado el Corazón de la Esposa del Crucificado, y estigmatizada como otros Santos? 282
» XLV.—Muerte preciosa..... 289
» XLVI.—Francisca, eximia escritora 293
Epílogo 306
Indice. 309



G 33895